

Alistair MacLean



La odisea del Ulysses



Lectulandia

«La odisea del Ulysses» es la increíble pero verídica historia del buque de este nombre, cuya tripulación se había amotinado, y al cual el Almirantazgo encargó que dirigiera la protección de un gigantesco convoy que iba de Halifax, Canadá, hasta el puerto ruso de Murmansk, en el Ártico. Tal misión suponía prácticamente una sentencia de muerte. Mac Lean, testigo excepcional, describe en su libro unos sucesos de impresionante dramatismo. No sólo las incidencias propiamente bélicas, sino la intolerable dureza de las circunstancias en que se realizó la expedición, entre las cuales destaca la temperatura de 40 grados bajo cero. Los protagonistas de este infernal viaje son presentados con un relieve de humanidad apasionante, y entre tanta crueldad destaca la figura del oficial de navegación, que lleva una «J» dibujada en su pecho. Esta inicial de un nombre femenino recuerda, en el cuadro de horror del Ulysses, la existencia de un amor elegante y compartido. No debe sorprender que «La odisea del Ulysses», que es al mismo tiempo una acusación y un homenaje, haya obtenido un éxito de resonancia mundial.

Lectulandia

Alistair MacLean

La odisea del Ulysses

Áncora & Delfín - 214

ePub r1.0

Titivillus 03.06.2018

Título original: *H. M. S. Ulysses*
Alistair MacLean, 1955
Traducción: Rafael Vázquez Zamora

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

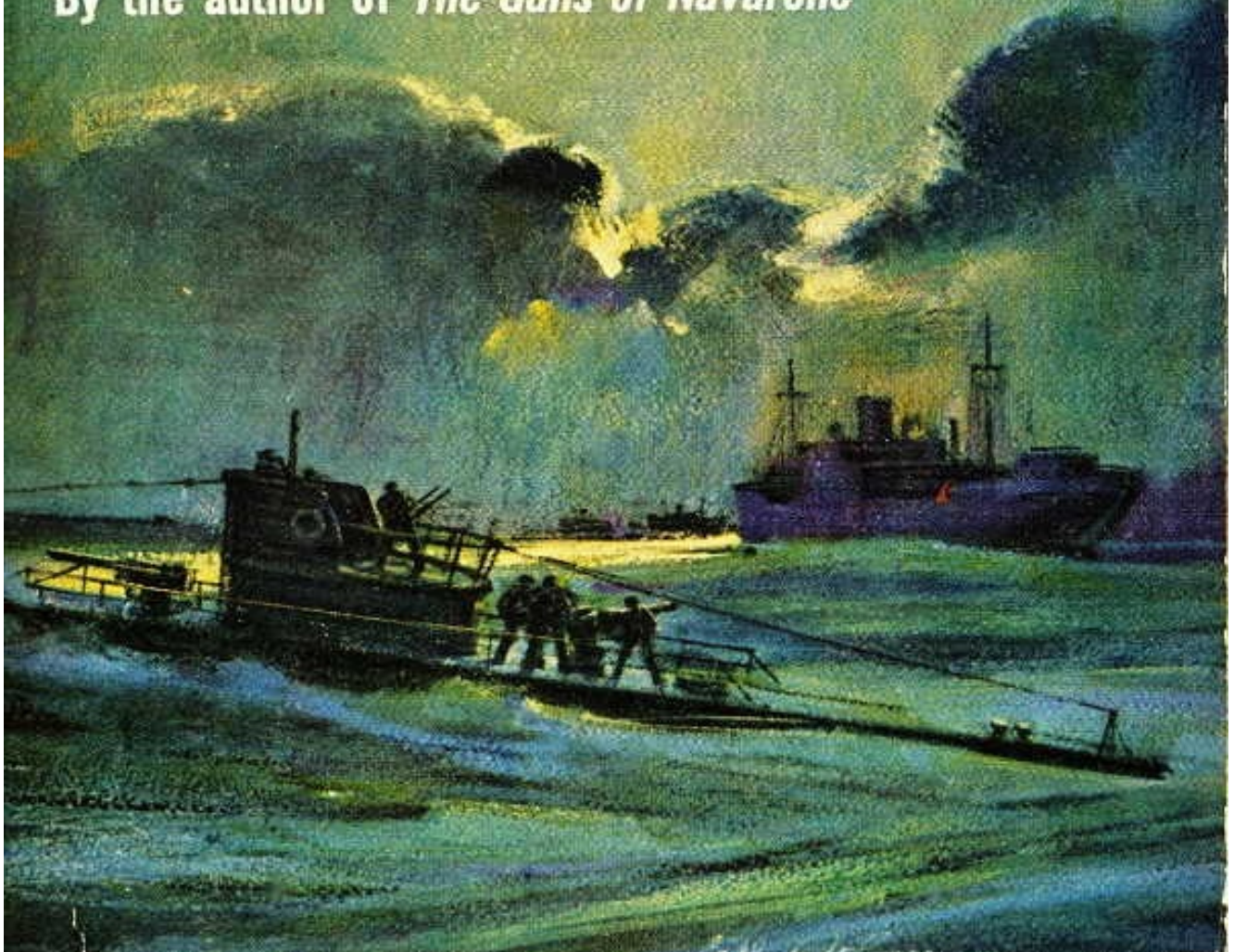
A Fawcett Gold Medal Book



MASTER  STORYTELLER
**ALISTAIR
MACLEAN**

H.M.S. ULYSSES

By the author of *The Guns of Navarone*



A Gisela

NOTA DEL EDITOR BRITÁNICO

Ésta es la historia de un barco en tiempo de guerra —las mejores horas de un barco de guerra— cuando se dedicaba a la tarea para la que fue construido, protegiendo la línea vital de aprovisionamiento contra los enemigos del Rey.

Ésta es la historia de la travesía más azarosa de toda la guerra, el peligroso convoy que llegaba a Rusia navegando por los mares del Norte.

Y, sobre todo, es ésta la historia de la valerosa tripulación de un barco de guerra, de unos hombres llevados al límite de la humana resistencia y aún más allá, zarandeados por los elementos, buscados y combatidos por el enemigo con siniestra decisión y los recursos más diabólicos. Los personajes de esta novela se nos graban en la memoria y son muy representativos de la Marina británica. No podremos olvidar cómo han vivido y muerto estos hombres, desde el Almirante hasta el último grumete.

Ésta es una novela que encadena la atención del lector por su arte narrativo y por lo que supone de oportuno recuerdo y homenaje a aquellos valientes que en la segunda Guerra mundial fueron, una vez más, nuestro más sólido escudo.

NOTA DEL AUTOR

Quiero reconocer aquí cuánto debo a mi hermano mayor, Ian L. MacLean, capitán mercante, por la considerable ayuda técnica y los consejos sobre cuestiones marítimas que me ha proporcionado durante la preparación de este libro.

Para evitar toda posible confusión debo hacer constar que no existe relación alguna entre el barco de guerra de Su Majestad llamado Ulysses en mi libro, y el destructor del tipo Ulster —ahora convertido en fragata^[1]— que, con el mismo nombre, participó en la guerra durante los primeros meses de 1944, un año después de los acontecimientos relatados en este libro. Tampoco hay ninguna relación entre los demás barcos de los que se dice aquí que estuvieron en Scapa Flow o que participaron en el convoy y cualquier otro buque del mismo nombre que haya servido, o esté sirviendo, en la Armada Real.

Venid, amigos míos;
no es demasiado tarde para buscar un mundo más nuevo.
Desatracad, y prepararos para surcar
las rumorosas ondas; porque mi meta es
navegar más allá del crepúsculo, y donde se bañan
todas las estrellas de Occidente, hasta que muera.
Quizás seamos baldeados por las aguas de los golfos:
Quizás lleguemos hasta las Islas Afortunadas,
y veamos al gran Aquiles, a quien ya conocemos.
Aunque mucho se ha perdido, mucho queda todavía; y a pesar
de que ahora ya nos somos aquella fuerza que en los días antiguos
movía cielos y tierra, somos aquello que somos;
un igual temperamento de corazones heroicos,
debilitado por el tiempo y el destino, pero de una voluntad fuerte
para luchar; para buscar, para encontrar y para nunca ceder.

ALFRED, LORD TENNYSON

I

PRELUDIO: EL DOMINGO POR LA TARDE

Con deliberada lentitud, Starr apagó la colilla de su cigarrillo. Al Capitán Vallery no se le escapó lo que había de irrevocable decisión en este pequeño acto. Sabía lo que vendría inmediatamente después y, por unos instantes, la punzante amargura de la derrota se le mezcló con el sordo dolor de cabeza que no se le quitaba desde hacía algún tiempo. Pero fue sólo cosa de unos instantes, porque, en realidad, estaba demasiado cansado para poder preocuparse por algo.

—Lo lamento, caballeros, lo lamento sinceramente —dijo Starr con una leve sonrisa—. Y les aseguro que no es por las órdenes. No, no es por la decisión del Almirantazgo, pues estoy absolutamente convencido de que esta decisión es la única que se podía tomar dadas las circunstancias. Lo que lamento es la... digamos incapacidad de ustedes para comprender nuestro punto de vista.

Hizo una pausa durante la cual ofreció cigarrillos de su pitillera de platino a los cuatro hombres sentados con él en torno a la mesa en la cámara de día del contraalmirante. Otra vez le brotó la sonrisa a Starr al ver las cuatro rápidas inclinaciones de cabeza para agradecerle los cigarrillos. Él sacó otro, se guardó la pitillera en el bolsillo del pecho de su chaqueta gris cruzada. Luego volvió a sentarse en su silla sin sonreír ya en absoluto. No era difícil imaginarse, por debajo de aquella manga de paisano, la ancha bocamanga, mucho más conocida para todos ellos, con los galones dorados del Vicealmirante Vincent Starr, jefe de Operaciones Navales.

—Cuando partí en avión de Londres hacia el norte —dijo con voz mate— iba muy fastidiado. Sí, caballeros, fastidiado. Soy un hombre muy... sí, un hombre bastante ocupado y pensaba que el Primer Lord del Mar me estaba haciendo perder el tiempo y perdía también el suyo. A mi regreso, debo disculparme. *Sir* Humphrey tenía razón. Por lo general, es un hombre un poco... —Su voz se convirtió en un murmullo y la ruedecilla de su encendedor produjo un ruidito raspante que se oyó claramente en aquel tenso silencio. Starr se inclinó hacia la mesa y prosiguió en voz baja:

—Hablemos con toda franqueza, caballeros. Yo esperaba..., tenía derecho a esperarlo..., que me prestasen ustedes toda la cooperación y el apoyo que estuviera en sus medios para resolver este asunto tan desagradable con la mayor rapidez posible. ¿He dicho asunto desagradable? —preguntó con una torcida sonrisa—. ¡Bah! De nada va a servirnos andarnos con rodeos. La palabra con que se suele designar lo sucedido es, lisa y llanamente: motín. No necesito recordarles, caballeros, que el motín es un delito gravísimo. Y, ¿con qué me encuentro? —Paseó la mirada por los

presentes—. Pues me encuentro unos oficiales con mando en la Marina de Su Majestad, ¡simpatizando con un motín de lo más bajo, perdonándolo incluso!

«Está exagerando» pensó Vallery sin poner en ello demasiado interés. «Nos está provocando». En efecto, las palabras y el tono del Vicealmirante eran un desafío, una pregunta en espera de que alguien se atreviese a contestarla.

Pero no hubo respuesta. Los cuatro hombres que escuchaban a Starr parecían apáticos, indiferentes. Cuatro hombres, cada uno de ellos un individuo, seguro cada uno dentro de su personalidad; pero en aquel momento resultaban extrañamente iguales, con sus rostros llenos de arrugas y de enorme cansancio y con sus ojos tan quietos, tan apagados, tan viejos...

—¿No se han convencido ustedes, caballeros? —siguió diciendo Starr sin levantar la voz—. Quizá mis palabras les parezcan a ustedes un poco... desagradables. —Se echó hacia atrás—. Claro, eso de *motín*... —Saboreó la palabra con delectación, apretando los labios y mirándolos uno por uno—. Decididamente, no suena muy bien, ¿verdad, caballeros? ¿Acaso preferirían ustedes llamarlo de otro modo más suave? —Movi6 la cabeza, se inclin6 otra vez hacia la mesa, alis6 entre sus dedos una hoja de se1ales y empez6 a leer en voz alta:

—«Regresamos de un golpe contra Lofotens: 1545^[2]... Cruzamos la barrera flotante: 1610. M1quinas paradas: 1630. Provisiones; gabarras a los costados; un grupo de marineros y fogoneros descargan los cilindros lubricantes: 1650. Informan al capit1n que los fogoneros se han negado a obedecer al suboficial Hartley, y luego sucesivamente al suboficial de fogoneros, Hendry, al Teniente Griersen y al Comandante. Parece ser que los cabecillas son los fogoneros Riley y Petersen: 1701. Se negaron a obedecer al Capit1n. 1715. El oficial de policia y otro oficial atacados mientras estaban de servicio». —Starr se interrumpi6 y levant6 la vista. ¿Qu6 servicio era 6se? ¿Acaso trataban de detener a los cabecillas?

Vallery asinti6 con un gesto, sin pronunciar ni una palabra.

—«1715: los marineros dejaron de trabajar; por lo visto, simpatizaban con los rebeldes. No hubo actos de violencia. 1725: el capit1n, por los altavoces, les advirti6 de las consecuencias que podia tener su actitud. Orden6 la vuelta al trabajo. Orden desobedecida. 1730: se1ales al Comandante general, en el *Cumberland*, pidi6ndole auxilio».

Starr volvi6 a levantar la mirada y la fij6 framente en Vallery.

—Me permito preguntar para qu6 se hizo esta llamada al Almirante. ¿Es que los soldados de infanteria de Marina de ustedes...?

—¡Lo orden6 yo! —interrumpi6 Tyndall bruscamente—. ¿Volver nuestros propios soldados contra unos hombres con los que habian navegado durante dos a1os y medio? ¡De ning6n modo! En *este* barco, Almirante Starr, no existe ni la menor antipatia entra ellos. Han pasado juntos por demasiadas cosas... De todos modos —a1adi6 secamente— es muy posible que los soldados de infanteria de Marina no hubieran aceptado. Adem1s, no olvide que si hubi6ramos utilizado a nuestros propios

hombres y hubiesen logrado acabar con este... bueno, llamémosle motín, el *Ulysses* nada tendría ya que hacer como barco de guerra.

Starr le miró unos momentos inexpresivamente y volvió a leer:

—«1830: llegan los soldados del *Cumberland*; no encuentran resistencia para subir a bordo. Intentan detener a seis u ocho de los cuales se sospechaba que eran los cabecillas. Tanto los fogoneros como los marineros ofrecen fuerte resistencia. Lucha en la cubierta de popa y en el sector de fogoneros y maquinistas hasta las 1900. No se emplearon armas de fuego, pero hubo dos muertos, seis heridos graves y de 35 a 40 heridos leves». —Starr acabó de leer y arrugó el papel con un movimiento de irritación casi salvaje—. ¿Saben ustedes, caballeros, lo que les digo? Pues que han marcado ustedes un tanto. Sí, reconozco que llevan mucha razón en una cosa: no se trata de motín. Cincuenta entre muertos y heridos. No, no es motín; es una batalla.

Tampoco esta vez provocaron reacción alguna en los presentes el tono mordiente y el gesto de desafío del Vicealmirante. Los cuatro seguían inmóviles, con sus rostros impávidos, llenos de una inmensa indiferencia.

La expresión de Starr se endureció aún más.

—Temo que tengan ustedes una visión de este asunto un poquito desenfocada, caballeros. Llevan ustedes mucho tiempo aquí y este aislamiento les hace ver las cosas de cierta manera. Se les deforma a ustedes la perspectiva. Permítaseme recordarles a los jefes de nuestra Marina que me escuchan que en tiempo de guerra los sentimientos individuales y las penalidades que se hayan pasado juntos nada tienen que pesar. —Dio unos golpes, aunque leves, con el puño sobre la mesa, conteniéndose a duras penas—. ¡Por Dios, caballeros, está en juego el futuro del mundo; y ustedes, con ese egoísta e injustificable aislamiento, cada uno en sus propios e insignificantes asuntos, tienen la colosal desfachatez de ponerlo en peligro, en mayor peligro del que ya corre!

El Comandante^[3] Turner se sonrió para sus adentros. «Un bonito discurso», pensaba. «Enhorabuena, Vincent; eres un chico listo. Lástima que recuerda un poco al melodrama victoriano. Lo de rechinar los dientes ha resultado mal teatro. Donde debería estar este hombre es en el Parlamento. Sería capaz de derribar un Gobierno con un discursito de estos. Pero, aunque parezca raro, el viejo Vincent es demasiado puro para meterse en política».

—¡Los cabecillas serán detenidos y castigados... severamente castigados! —dijo con voz cortante—. Entretanto, la XIV Escuadra de Portaaviones acudirá al estrecho de Dinamarca, como se convino, a las 1030 del miércoles en vez del martes. Comunicamos por radio con Halifax y dimos contraorden. Zarparán ustedes mañana a las 0600. —Miró al Contraalmirante Tyndall—. Por favor, Almirante, avise en seguida a todos los buques a su mando.

Tyndall —conocido en toda la Flota como «Granjero Giles»— no dijo ni una palabra. Sus coloradas facciones, habitualmente tan alegres y gesticulantes, se habían inmovilizado en un gesto duro y agrio. Su mirada, bajo los pesados párpados, se

fijaba con inquietud en el Capitán Vallery. Se preguntaba Tyndall qué infierno íntimo estaría hirviendo en aquellos momentos en este hombre tan sensible. Pero la cara de Vallery, descompuesta por el cansancio, nada le decía. Tyndall lanzó una maldición para sus adentros.

—No creo que haya más que añadir, caballeros —dijo Starr suavemente—. Sé que no van ustedes a realizar un viaje de placer, ya que están ustedes enterados de lo ocurrido a los tres últimos convoyes importantes: P.Q.17, FR71 y 74; y temo que no hayamos encontrado todavía la respuesta a los torpedos acústicos y a las bombas deslizantes. Además, nuestro servicio secreto en Kiel y Bremen..., y esto lo confirman recientes experiencias en el Atlántico..., nos informa de que la táctica nueva de los submarinos alemanes es atacar primero a las escoltas. En fin, quizá el tiempo les salve a ustedes...

«Eres un viejo diablo vengativo», pensó Tyndall fríamente. «Anda, sigue disfrutando, hombre».

—Aun corriendo el riesgo de parecer victoriano y melodramático —añadió Starr después de haber esperado impaciente a que Tyndall acabase de toser— debo decir que con ese servicio le damos al *Ulysses* la oportunidad... de... redimirse. —Echó hacia atrás su silla—. Y cuando hayan terminado ustedes, caballeros, la Medalla. Pero ante todo, ya lo saben ustedes, el FR77 a Murmansk, aunque se desencadene todo el infierno sobre ustedes. —Su voz se fue alterando hasta terminar en una nota estridente. Por debajo de la suavidad que pretendía adoptar, fluía una turbulenta corriente de ira—. ¡El *Ulysses* debe comprender de una vez para siempre que la Armada no tolerará que se desobedezcan las órdenes, que se falte a los más sagrados deberes, ni que se produzcan rebeliones y sediciones!

—¡Majaderías!

Starr, al oír aquello, dio un brinco hacia atrás, y le blanquearon los nudillos de las manos aferradas a los brazos del sillón. Miró alocadamente en torno suyo y su mirada fue a pararse en el Comandante médico Brooks, en aquellos ojos de un azul insólito y extrañamente hostiles ahora bajo la magnífica melena plateada.

También Tyndall vio la furia de aquellos ojos azules y notó cómo cambiaba de color el rostro de Brooks, ensombreciéndose. Conocía muy bien estos indicios. Querían decir que el viejo Sócrates iba a liarse la manta a la cabeza. El irlandés de pura sangre que era Brooks estallaba inevitablemente en ciertas ocasiones. Ésta era una de ellas. Tyndall lanzó, casi inaudible, un silbido. Pero éste fue su único comentario, ya que Starr le hizo una enérgica señal.

—¿Qué ha dicho usted, Comandante? —La voz del Vicealmirante era muy blanda, sin tono.

—He dicho que son majaderías —repitió Brooks con absoluta claridad—. Majaderías, eso es lo que he dicho. Usted nos previno que íbamos a hablar con toda franqueza. Pues bien, señor, yo también voy a ser completamente sincero. Ha hablado usted de abandono de deberes, de rebelión y de sedición. ¡Lo que tiene uno que oír!

Pero supongo que usted ha de llamarlo de alguna manera y preferentemente de un modo que esté dentro del campo de su experiencia personal. Y sabe Dios por qué extraña asociación de ideas ha querido usted presentar lo sucedido en el *Ulysses* con arreglo al único código de conducta que le es familiar. —Brooks hizo una breve pausa, y aquel silencio lo llenó la música de una gaita, en algún barco que estaría pasando cerca—. Dígame, Almirante Starr —prosiguió con recobrada calma—, ¿vamos a expulsar de esos hombres los diablos de su locura a fuerza de latigazos..., una bonita costumbre medieval..., o acaso ahogándolos, como en el caso de los cerdos de Gaderene? ¿O cree usted que la mejor cura para la tuberculosis es encerrar a los enfermos un par de meses en una celda?

—Pero, ¿se puede saber de qué diablos está usted hablando, Brooks? —preguntó Starr, exaltado—. Cerdos de Gaderene, tuberculosis... Vamos a ver, ¿adónde va usted a parar exactamente? Siga, siga, explíquese bien. —Y tabaleaba con los dedos sobre la mesa, en el colmo de la impaciencia. Tenía las hirsutas cejas arqueadas, muy altas en la frente llena de arrugas. Añadió—: Espero, Brooks, que pueda usted justificar esta... insolencia.

—Estoy completamente seguro de que el Comandante Brooks no ha tenido intención de insolentarse, señor. —El Capitán Vallery había hablado por primera vez—. Creo que está expresando...

—Por favor, Capitán Vallery —le interrumpió Starr—; me parece que soy perfectamente capaz de juzgar las cosas por mí mismo. —Incluso sonreía, pero con la sonrisa del conejo—. Bueno, siga, Brooks.

El Comandante Brooks lo miró muy sereno, como reflexionando.

—¿Justificarme? —Sonrió, cansado—. No, señor, no creo que pueda justificarme. —La leve inflexión de su voz y todo lo que implicaban sus palabras no pasó inadvertido para el Vicealmirante, que se sonrojó un poco—. Pero, de todos modos, trataré de explicarme. Quizá sirva para algo.

Luego estuvo callado unos momentos, apoyando los codos sobre la mesa y pasándose una mano por su abundante cabellera blanca, como era habitud en él. Levantó la mirada de repente y preguntó:

—¿Cuándo navegó usted la última vez, Almirante Starr?

—¿Cuándo navegué por última vez? —Starr frunció las cejas—. ¿Qué puede importarle eso, Brooks, o qué relación tiene eso con la cuestión planteada aquí?

—Muchísima —replicó Brooks—. ¿Quiere usted responder a mi pregunta, Almirante?

—Usted sabe igual que yo que he estado en el Cuartel General de Operaciones Navales desde que estalló la guerra. ¿Qué quiere usted dar a entender?

—Nada. La integridad moral y el valor de usted no quedan afectados en modo alguno. Todos lo sabemos. Lo único que me proponía era sentar una cuestión de hecho. —Brooks se acomodó mejor en su silla y prosiguió—: Soy un médico de la Armada, Almirante Starr; hace ya treinta años que lo soy. Es posible que no sea un

buen médico; quizá no esté demasiado al tanto de los últimos adelantos de la medicina, como sería mi obligación; pero creo que conozco bastante bien la naturaleza humana. No estamos ahora para modestias. Creo que sé muy bien cómo funciona la mente y que no se me escapa la maravillosa e intrincada interrelación del alma y el cuerpo... Ha dicho usted hace poco, Almirante, que «el aislamiento deforma la perspectiva». Pues bien, el aislamiento implica una separación radical, algo así como si lo cortasen a uno del mundo, y en tal sentido tiene usted razón. Pero, y a esto, señor, es a lo que voy, no sólo hay un mundo. El mar del Norte, el Ártico, la ruta terrible hasta Rusia..., ése es otro mundo, un mundo completamente distinto al de usted. Es un mundo, señor, del que no puede usted tener ni idea. En efecto, es usted quien está absolutamente aislado de *nuestro* mundo.

Starr emitió una especie de gruñido, que lo mismo podía ser de irritación que de burla y se aclaró la garganta para hablar, pero Brooks no le dejó:

—En *nuestro* mundo se dan unas circunstancias que no tienen precedente ni comparación posible en otras de la guerra, ni en la historia de la guerra en general. Los convoyes a Rusia, señor, son algo completamente nuevo y único en la historia de la humanidad.

Se interrumpió bruscamente y se quedó mirando, a través de la portilla, el aguanieve que caía oblicuamente sobre las aguas grises y los pardos montes del fondeadero de Scapa Flow. Nadie hablaba. El comandante médico tenía aún cosas que decir. Un hombre cansado necesita algún tiempo para fraguar sus expresiones. Por fin, dijo, como hablando para sí mismo:

—Desde luego, la humanidad puede adaptarse, y de hecho se adapta, a las circunstancias nuevas que se le presentan. Biológica y físicamente, ha tenido que hacerlo desde que existe, para sobrevivir. Pero se tarda mucho tiempo, caballeros, muchísimo tiempo. No se pueden comprimir los cambios de veinte siglos, por no hablar más que de la Era Cristiana, en un par de años. Esto no lo puede resistir la mente ni el cuerpo. Sin embargo, se puede intentar, y con ello pone de manifiesto el hombre su fantástica resistencia y su increíble tesón, pero sólo durante brevísimos períodos. Pronto llegamos al límite de nuestra capacidad. Si se nos empuja más allá de este límite, puede ocurrir algo. Y digo «algo» a propósito, pues lo que no sabemos es la forma en que puede presentarse el estallido. De lo que no cabe duda es de que siempre se producirá ese estallido, esa rotura que puede ser física, espiritual, mental... Y le aseguro, Almirante Starr, que la tripulación del *Ulysses* ha llegado a su límite de resistencia y ha sido empujada para que lo traspase.

—¡Muy interesante, Brooks, muy interesante! —dijo Starr queriendo aparentar tranquilidad—. Y todo eso resulta muy instructivo. Pero, desgraciadamente, su teoría, que, desde luego, no pasa de ser una teoría, es insostenible.

Brooks le miró un momento, pensativo.

—Por el contrario, señor, se trata de algo que no puede ni siquiera discutirse. Es un hecho, no una teoría.

—¡Tonterías! —Starr daba salida a su tremenda irritación—. Lo que no puede discutirse es que su punto de vista es un completo error. —Starr, inclinado hacia delante, subrayaba cada una de sus palabras con un golpecito del dedo índice sobre la mesa—. Ese abismo que pretende usted presentar entre los convoyes a Rusia y el resto de las operaciones navales, no existe en absoluto. ¿Puede usted indicarme un solo factor, una sola condición de esas aguas del Norte que no se dé también en las del resto del mundo? ¿Puede usted señalármelo, Comandante Brooks?

—No, señor —dijo Brooks con toda calma—. Pero, en cambio, puedo decirle algo mucho más importante: el miedo puede destruir a un hombre. Admitamos que el miedo es un fenómeno natural. Lo vemos aparecer en todas partes y con mucha mayor frecuencia de lo que desearíamos. En cualquier zona de la guerra se presenta el miedo. Pero en ninguna parte de un modo tan intenso ni tan continuo como en los convoyes del Ártico... La angustiada expectación, la tensión, pueden hacer trizas a un hombre, a cualquier hombre. Y cuando se encuentra uno inmovilizado en las condiciones más espantosas, cuando tiene uno constantemente ante los ojos el hundimiento de otros barcos, la muerte de otros hombres en aquellos mismos parajes... En fin, que somos hombres y no máquinas. Tiene que suceder algo... y sucede. Supongo, Almirante, que está informado de que, a consecuencia de nuestros dos últimos viajes, hemos tenido que internar a dieciocho hombres en sanatorios, y precisamente en sanatorios para enfermedades mentales.

Brooks estaba ahora en pie, apoyando sus anchos dedos sobre el borde de la mesa y mirando severamente a Starr. Y prosiguió:

—El hambre consume la vitalidad de un hombre, Almirante Starr. Socava sus energías, destruye su afán de luchar e incluso la voluntad para sobrevivir. ¿Le sorprende, Almirante Starr? Seguramente, cree usted que el hambre es imposible en los barcos de guerra de nuestra época, unos barcos tan bien atendidos. Pues bien, Almirante, no es imposible. Al contrario, es inevitable. Siguen ustedes enviándonos allá en el peor tiempo, cuando las noches son apenas más largas que los días, cuando hay que pasarse veinte horas de las veinticuatro vigilando o en zafarrancho, ¡y supone usted que vamos a alimentarnos bien! —Dio un golpe con la palma de la mano en mesa—. ¿Cómo demonios vamos a alimentarnos si los cocineros se pasan casi todo el tiempo haciendo de marineros, de artilleros, reparando desperfectos y haciendo de todo? Sólo quedan exentos de esos servicios el panadero y el carnicero. O sea, que comemos únicamente emparedados de carne de lata. ¡Semanas y semanas comiendo carne de lata! —El Comandante Brooks estuvo a punto de escupir de asco.

Turner, satisfecho, pensó: «¡Este buen Sócrates!... Anda, no te pares, sigue cantándole las verdades». Y Tyndall también manifestaba su aprobación moviendo la cabeza afirmativamente. El único que se hallaba molesto era Vallery, no por lo que decía Brooks, sino porque fuese Brooks quien lo estuviese diciendo. El capitán era él, Vallery, y el médico estaba haciendo de pararrayos suyo.

—Miedo, angustia, hambre —seguía diciendo Brooks en voz baja—, tres cosas

capaces de destruir a un hombre con más eficacia que el fuego, el acero, o la peste. Pues, a pesar de todo, Almirante Starr, no son más que los introductores, los heraldos, si podemos llamarlos así, de los Tres Jinetes del Apocalipsis..., tres y no cuatro..., el frío, la falta de sueño, el agotamiento.

»¿Sabe usted, Almirante, lo que pasa allí, entre Jan Mayen y la isla del Oso, cualquier noche de febrero? Claro que no lo sabe usted. ¿No tiene usted idea de lo que sucede cuando hay sesenta grados de frío en el Ártico, y sin embargo, no hiela? ¿Sabe usted lo que se siente cuando el viento, a veinte grados bajo cero, baja silbando del Polo y de Groenlandia, trayéndose todas las nieves de allá concentradas y penetra en la ropa más gruesa como un bisturí? ¿Y cuando hay quinientas toneladas de hielo sobre cubierta, cuando basta con exponerse cinco minutos directamente a la intemperie para quedarse congelado, cuando la proa se clava en el hielo y las salpicaduras nos golpean como piedras, cuando hasta las linternas eléctricas se apagan con el frío? ¿Tiene usted idea de todo eso, Almirante Starr? —Brooks le lanzaba esas preguntas como si fueran flechas.

»Y, ¿tiene usted idea de lo que es pasarse días y días sin dormir y muchas semanas con sólo dos o tres horas de sueño de las veinticuatro? ¿Ha experimentado alguna vez esa sensación? Es la mayor tortura que existe en el mundo y le aseguro que sería uno capaz de vender a sus amigos, a su familia y hasta las esperanzas de vida eterna que pudiera uno tener con tal de que le dejaran cerrar los ojos y dormir a gusto.

»Y luego está el agotamiento, Almirante Starr, el desesperante cansancio que nunca cesa. En parte se debe al efecto debilitante del frío, en parte a la falta de sueño, y en parte a muchas otras causas. Ya sabe usted por experiencia cómo fatiga el tener que aguantar, aunque sólo sean unas cuantas horas, en el puente de un barco que cabecea sin cesar, que no para en sus balanceos. Pues tenga en cuenta que nuestros hombres lo hacen continuamente en el Ártico, donde las galernas son cosa rutinaria. Durante meses y meses han estado resistiéndolo. Y le puedo enseñar a usted un par de docenas de hombres que no tienen más de veinte años y que parecen unos viejos.

Brooks se levantó bruscamente y empezó a pasearse por la cámara. Tyndall y Turner se miraron y luego miraron ambos a Vallery, que estaba sentado con la cabeza agachada y los hombros levantados como no sabiendo dónde meterse.

—Es un círculo vicioso y asesino —continuó Brooks—. Cuanto menos se duerme, más cansado se está; a mayor cansancio, se siente el frío con mayor intensidad... Y así sucesivamente. Mientras, de un modo continuo, el hambre y la terrible tensión. Todo se interrelaciona con lo demás. Cada factor se une a los demás para aplastar a un hombre, para destrozarlo física y mentalmente y dejarlo expuesto a cualquier enfermedad. Sí, Almirante, estoy hablando de enfermedad. —Y sonrió de un modo extraño—. Meta usted muchos hombres como arenques en un tonel, prívelos de toda posibilidad de resistencia, enciérrelos días y días, y ¿qué pasa? Pues pasa que pescan la tuberculosis. Es inevitable. —Se encogió de hombros—. Desde

luego, he podido aislar algunos casos hasta ahora. Pero sé muy bien que la tuberculosis pulmonar se está incubando..., mejor dicho, está ya madura y pujante, entre nuestros marineros.

»Hace muchos meses que estaba convencido de que se produciría un estallido. Se lo he advertido varias veces al Médico-jefe de la Armada. He escrito dos veces al Almirantazgo. Me han respondido con amabilidad... pero nada más. Dicen que faltan barcos, que faltan hombres... Y los últimos cien días colmaron la medida, Almirante, después de lo que habían sufrido en los meses anteriores. Fueron cien días sin uno siquiera de permiso. Sólo tocamos puerto dos veces, para proveernos de municiones, ya que tanto el combustible como los víveres nos los dan en alta mar los portaaviones. Y cada día una eternidad de hambre, de frío, de peligro y de sufrimiento. ¡Por Dios, no somos máquinas!

Se acercó a Starr con las manos muy metidas en los bolsillos y añadió:

—Me molesta mucho tener que decir esto delante del Capitán, pero todos los jefes y oficiales del barco, excepto el propio Capitán, saben que nuestros hombres se habrían amotinado, como usted dice, hace ya mucho tiempo, de no haber sido por alguien: por el Capitán Vallery. La absoluta lealtad de la dotación a este hombre, una devoción que casi raya en idolatría y que es un caso único en mi experiencia, Almirante.

Tyndall y Turner murmuraron su aprobación. Vallery seguía inmóvil. Brooks continuó:

—Pero hasta esa devoción tenía un límite. Repito que era inevitable. Y ahora viene usted hablando de castigos y de encarcelar a esos hombres. ¡Dios mío; así también podría usted ahorcar a un hombre por el delito de haber contraído la lepra o condenarlo a cadena perpetua por tener una úlcera! —Brooks movió la cabeza con desesperación—. Tan poca culpa tienen nuestros hombres que son ya incapaces de distinguir entre el bien y el mal. No pueden ni pensar. Lo único que les obsesiona es lograr unos días de descanso. No ven más allá de eso. ¿No puede usted comprenderlo, Almirante Starr? ¿No podría usted hacer un esfuerzo y comprender la situación moral de esos hombres?

Se produjo un silencio que duró por lo menos medio minuto, un silencio absoluto, en la cámara del Almirante. Luego se levantó Starr y recogió sus guantes. Vallery lo miró y comprendió que Brooks había fracasado.

—Capitán Vallery, que dispongan mi falúa. En seguida, por favor. —Starr hablaba con frialdad como si allí no hubiera sucedido nada—. Y prepárense ustedes lo antes posible. Almirante Tyndall, les deseo a ustedes y a su escuadra un buen viaje. En cuanto a usted, comandante Brooks, me hago cargo de su punto de vista. —Sus labios se entreabrieron en una helada sonrisa—. Se ve claramente que está usted agotado. Necesita un descanso con urgencia. Haré que le releven antes de medianoche. ¿Viene usted conmigo, Capitán?

Se volvió hacia la puerta y había dado un par de pasos cuando le inmovilizó la

voz de Vallery.

—¡Un momento, señor; se lo ruego!

Starr dio la vuelta. Vallery no había hecho ni ademán de levantarse. Estaba sonriendo y en su sonrisa había una mezcla de deferencia, comprensión e inflexibilidad.

—El Comandante médico Brooks —dijo Vallery recalcando mucho las palabras— es un jefe excepcional. Es valiosísimo, y prácticamente insustituible. En el *Ulysses* lo necesitamos absolutamente. Deseo que siga prestándonos sus servicios.

—¡He tomado mi decisión, Capitán —soltó Starr—; y no me he de volver atrás! Supongo que está usted enterado de los plenos poderes que me ha otorgado el Almirantazgo en esta investigación.

—Desde luego, señor —Vallery seguía imperturbable—. Repito, sin embargo, que no podemos permitirnos perder los servicios del Comandante. No podríamos encontrar otro jefe médico de su calibre.

Las palabras y el tono de su voz resultaban corteses, respetuosos, pero su significado era inequívoco. Brooks se adelantó, turbado: pero antes de que pudiera hablar se interpuso Turner con toda suavidad.

—Me imagino que no se me ha invitado a esta conferencia por razones puramente decorativas. Pero creo que es hora de que yo también diga algo. Apoyo sin reservas todo lo que ha dicho Brooks. —Starr, pálido, miró a Tyndall.

—¿Y usted, Almirante?

Tyndall le miró con malicia. Le había desaparecido del rostro todo su aire tenso y preocupado. En aquellos momentos parecía más que nunca el «Granjero Giles». Desde luego, sabía que se estaba jugando la carrera y pensó lo divertido que resultaba que una carrera a la que se le había dedicado la vida pudiera carecer de importancia repentinamente.

—Como jefe de la escuadra, la máxima eficacia de ésta es lo único que me interesa. En efecto, hay personas que son insustituibles. El Capitán Vallery ha dicho que nuestro Brooks es una de esas personas. Estoy completamente de acuerdo.

—Ya comprendo, caballeros, ya comprendo —dijo Starr, abrumado. Le ardían las mejillas—. Desgraciadamente, el convoy ha zarpado ya de Halifax y tengo las manos atadas. Pero les aseguro, caballeros, que están cometiendo ustedes un gran error al ponerle las pistolas al pecho, como si dijéramos, al Almirantazgo. En Whitehall tenemos buena memoria. En fin, cuando regresen ustedes, discutiremos con más calma este asunto. Buenos días, caballeros, buenos días.

Tiritando con el frío que se había levantado súbitamente, descendió Brooks por la escala hasta la cubierta alta y desde allí fue hacia proa pasando ante la cocina hasta llegar a la enfermería. Johnson, el primer enfermero, salió del dispensario a su encuentro.

—¿Cómo van esos enfermos, Johnson? —preguntó Brooks—. ¿Se portan como unos hombres?

—Son unos bromistas, señor. La mitad de ellos están más sanos que yo. Fíjese en el fogonero Riley, aquel del dedo roto, que tiene junto a la cama una gran pila de *Selecciones*. Ahí donde lo ve usted, se lee todos los artículos sobre medicina que encuentra. Le entusiasman las sulfamidas, la penicilina y todos esos antibióticos que están saliendo y que yo no puedo pronunciar. Y lo grande es que se cree moribundo.

—¡Lamentable pérdida! —murmuró el Comandante-médico moviendo la cabeza—. No sé qué verá en él el Comandante Dodson... Y ¿qué dicen del hospital?

Johnson perdió todo su aire desenvuelto.

—Aquello va muy mal, señor. Hace cinco minutos comunicaron que el marinero Ralston murió a las tres de la madrugada.

Brooks inclinó la cabeza. Mandar a aquel muchacho, destrozado de cuerpo y alma, al hospital, había sido sólo una fórmula inútil. El Comandante se sintió aún más cansado de lo que estaba. Le llamaban «el viejo Sócrates» y en efecto empezaba a sentirse viejo. Quizá se sentiría mejor si pudiera dormir bien toda una noche, pero lo dudaba. Suspiró.

—Todo eso tiene mala cara, ¿verdad, Johnson?

—Dieciocho, señor. Exactamente dieciocho —dijo Johnson con voz baja y amarga—. Acabo de hablar con Burgess, el que está en la otra cama, y me ha dicho que Ralston venía de ducharse con la toalla al brazo; le arrolló una multitud y de pronto se encontró con la cabeza partida. Nunca supo quién le había dado el golpe ni por qué.

—Esto es lo que llaman... digamos una «charla sediciosa», Johnson.

—Perdón, señor; ya sé que no debía... pero es que yo...

—No se preocupe, Johnson. No se puede evitar que la gente piense. Pero procure no pensar en voz alta. Es perjudicial para la disciplina de la Armada... Me parece que su amigo Riley le necesita a usted. Será preferible que le lleve usted un diccionario.

Se volvió y pasó al departamento siguiente por entre unas cortinas. La parte de atrás de una cabeza —lo único que asomaba por encima del sillón del dentista— se volvió hacia él. Johnny Nicholls, Teniente-médico, se puso en pie con presteza. En la mano llevaba un paquete de fichas de información.

—Hola, señor. Aquí tiene usted una banqueta.

Brooks le sonrió.

—Resulta muy agradable, Teniente Nicholls, encontrar en nuestros días un joven oficial de la Armada que sabe mantenerse en su puesto. Gracias, muchas gracias.

Se subió al sillón del dentista y se echó hacia atrás encajando la cabeza en el soporte.

—Le agradecería mucho que me encaje usted bien en el apoyo de los pies. Muy bien, gracias. —Bien acomodado, cerró los ojos y gruñó de satisfacción—. Ya soy viejo, Johnny. Ya he pasado en este mundo.

—De ningún modo, señor —dicho Nicholls alegremente—. Es sólo que está usted un poco cansado. Si me permite usted que le recete un tónico...

Se dirigió hacia una alacena, sacó dos vasos de lavar los dientes y una botella verde oscura donde decía «Veneno». Llenó los vasos y tendió uno a Brooks.

—Ésta es mi receta especial. ¡Salud, señor!

Brooks miró el ambarino líquido y luego a Nicholls.

—En esas universidades escocesas les enseñan a ustedes cosas muy paganas, muchacho... Pero debemos reconocer que esos paganos eran unos tipos formidables. ¿Qué es esta vez, Johnny?

—Un género de primera clase. Producido en la isla de Coll.

El viejo médico lo miró, suspicaz.

—No sabía que tuvieran allí destilerías.

—Y no las hay. Sólo dije que era un producto de la isla de Coll. Y ¿qué tal han ido las cosas, señor?

—Horriblemente. Ha estado a punto de ensartarnos a todos en un penal. Sobre todo, la tomó conmigo. Dijo que tenía que salir del barco inmediatamente. No lo decía en broma, no.

—¡Usted! —exclamó Nicholls mirándole asombrado con sus ojos de párpados enrojecidos por la falta de sueño—. Supongo que estará usted de broma, señor.

—Lo digo en serio. Pero, de todos modos, no voy a marcharme. El viejo Giles, el capitán y Turner, esos tres insensatos, le dijeron a Starr que si me iba yo, podía irse buscando un nuevo Almirante de la escuadra, otro Capitán y un nuevo Comandante. No debían haberlo hecho, pero de lo cierto es que el viejo Vincent se quedó de una pieza. Se marchó mascullando maldiciones y lanzando veladas amenazas... La verdad es que no eran tan veladas, pensándolo bien.

—¡Maldito idiota! —exclamó Nicholls con toda su alma.

—No crea, Johnny. En realidad, es un tipo despejado. No se llega a su posición actual siendo un cualquiera. Giles me ha dicho que Starr es un gran estratega y un buen táctico. No, no es tan malo como creemos y, hasta cierto punto, no podemos censurarle que nos mande otra vez allá. Se encuentra ante un problema insoluble. Con recursos muy limitados, una terrible demanda de barcos por todas partes, así como de hombres, en otras zonas de la guerra... En fin, es imposible que pueda atender la mitad de las peticiones que le hacen. Tiene que arreglarse con lo que le dan, que es bien poco. Pero todo esto no quita para que sea inhumano e incapaz de entender a sus hombres.

—¿Y dónde iremos esta vez?

—De nuevo a Murmansk. Zarpamos mañana a las seis de la mañana.

—¡Cómo! ¿Otra vez? —Nicholls estaba asombrado—. Pero señor, no pueden hacernos eso. Es imposible.

—Pues sí, muchacho. Por lo visto, el *Ulysses* tiene que redimirse. No quiero ni pensar en ello. ¡Qué estupidez! Si le queda un poco más de veneno...

Nicholls volvió a llenar los vasos y señaló en dirección al macizo acorazado que se veía claramente por la portilla a unas 300 o 400 brazas.

—¿Por qué hemos de ser siempre nosotros, señor? ¿Qué hacen ahí siempre anclados esos cuarteles flotantes? Se pasan meses y meses balanceándose con el ancla echada. Y siempre tiene que salir el *Ulysses*. Cambian de portaaviones, dejan descansar a los destructores, pero el *Ulysses* siempre está en la brecha. En cambio, el *Duque de Cumberland* nos manda esos brutos de soldados de infantería de marina para herir y matar a nuestros enfermos y mutilados, los hombres que en una sola semana han hecho más que...

—Calma, joven, calma —dijo Brooks medio en broma, medio en serio—. No irá a considerar como una matanza tres muertos y unos cuantos heridos. Los soldados se limitaban a cumplir su deber. En cuanto al *Cumberland*, hay que hacerse la idea de que no está equipado como nosotros para proteger convoyes.

Nicholls apuró su vaso y miró fastidiado a su superior.

—Hay veces, señor, en que me parece amar a los alemanes.

—Usted y Johnson debían hacerse amigos —le aconsejó Brooks—. Así el viejo Starr los podría encadenar a los dos a la vez por propagar bulos alarmantes y... ¡Hola, hola! —Se incorporó en el sillón de dentista y miró con gran atención por la portilla—. Observe al *Duque*, Johnny. Hay mucha ropa puesta a secar y los marineros corren de un lado a otro. No cabe duda de que hay cierta actividad en el barco. ¡Qué sorpresa! ¿Y ahora qué me dice usted, muchacho?

—Probablemente, les habrán dicho que van de permiso —gruñó Nicholls—. Ningún otro motivo podría hacerles entrar en actividad.

El agudo sonido de una trompeta les hizo prestar aún más atención. Se pusieron en pie, tensos, expectantes. La llamada de la trompeta era inconfundible:

—¡Dios mío, no! —se lamentó Brooks—. ¡No, no! ¡Es imposible que sea otra vez en Scapa Flow!

«¡Dios mío, es imposible que vaya a ser otra vez en Scapa Flow!».

Éstas eran las palabras que tenían en la boca, la mente y el corazón los 727 hombres exhaustos, obsesionados por la falta de sueño y amargados por tantas contrariedades, que se hallaban aquel duro día de invierno, por la tarde, en Scapa Flow. Sólo pensaban en eso, sólo podían pensar en ello cuando el agudo pitido de la sirena interrumpió todo el trabajo normal en los barcos. Y mientras el estridente pitido les sacudía los nervios, se sentían aún más enfermos, más inseguros en todo lo que hacían, y volvían dando tumbos a la férrea exigencia de la realidad.

Era un momento decisivo; el momento en que el *Ulysses* podía quedar destrozado para siempre como barco de guerra. Era el momento en que aquellos hombres agriados y casi incapaces de tenerse en pie de tanto cansancio después de los días de relativa seguridad en que estuvieron anclados junto a tierra, podían haber escogido para rebelarse contra la autoridad, contra aquella exigencia sin palabras y sin cerebro visible. Si había un momento para ello, era éste.

Pero el momento llegó... y pasó. Si el impulso de rebelión tentó unos instantes a estos hombres, quedó ahogado por la necesidad de actuar, quizá por el instinto de conservación. Pero quizá fuera sólo por disciplina naval, por lealtad al capitán, o por eso que los psicólogos llaman reflejos: o sea, que si oye uno el chirrido de los frenos, se apresura a dar un brinco para salvar la vida. O acaso fuera otra cosa.

Por lo que quiera que fuese, el barco quedó cerrado en un par de minutos. Sólo quedaba en cubierta la patrulla encargada del ancla. Unánimes en su incredulidad de que esto pudiera pasarles otra vez en Scapa Flow los hombres se fueron cada uno a cumplir con su deber, unos en silencio y otros vociferando, según su naturaleza. A desgana, resentidos, desesperados, se hallaba cada uno en su puesto. Pero el hecho es que estaban allí.

El Contraalmirante Tyndall también estaba. No era uno de los que actuaban en silencio. Subió al puente blasfemando, entró por la puerta de esclusa a babor y se encaramó a su sillón de patas muy altas en la plataforma de la aguja. Miró a Vallery.

—¿Qué demonios pasa, Capitán? —le preguntó, irritado—. Me parecía que todo estaba muy tranquilo y creo que en realidad sigue estándolo.

—Aún no lo sé, señor. —Vallery recorría con la vista el fondeadero—. Es una señal de alarma con orden de meterse bajo cubierta inmediatamente.

—¿Pero por qué, por qué?

Vallery movió la cabeza.

Tyndall gruñó:

—Es una conspiración para que los viejos como yo no podamos ni siquiera dormir un poco de siesta.

—Será alguna idea genial que habrá tenido Starr para fastidiarnos —dijo Turner.

—No —replicó Tyndall—. No se atrevería a tanto. Además, no es vengativo.

Se produjo un silencio sólo roto por el rumor de lluvia y el siniestro ruido del Asdic^[4]. Vallery de pronto enfocó sus gemelos.

—¡Señor, mire aquello! El *Duque* leva anclas.

—Pero, ¿qué demonios...? —exclamó Tyndall observando el cielo—. No hay ni un aeroplano, ni tenemos informes de radar, ni el Asdic ha descubierto nada. Tampoco hay señal alguna de que la Gran Flota alemana se dirija hacia acá...

—¡Nos hacen señales, señor! —dijo Bentley, que era el primer taquígrafo. Al cabo de unos momentos, añadió traduciendo lentamente: «Diríjanse en seguida a nuestro fondeadero. Rápidamente hacia la boya norte».

—Dígales que lo confirmen —le ordenó Vallery. Cogió el teléfono del castillo:

—Aquí el capitán, Número Uno. ¿Qué tal va ahí? Bueno. —Se volvió al oficial de guardia—. Avante despacio los dos: 10 a estribor. —Miró a Tyndall con un gesto interrogante. Tyndall estaba asombrado:

—¡Que me maten si lo entiendo! Debe de ser un nuevo juego naval... ¡Espere un instante! ¡Mire! El *Cumberland* baja al máximo sus cañones del 5.25.

Vallery exclamó:

—¡No, no puede ser! ¡Dios mío!, ¿cree usted que...?

El altavoz del Asdic dio la respuesta desde su cabina, situada al otro lado del puente, hacia popa.

—Asdic... puente. Asdic... puente. Eco: Rojo 30. Repito, Rojo 30. Repito: Rojo 30. Se intensifica. Se acerca.

La incredulidad del Capitán aumentó y se extinguió en el mismo instante.

—¡Alerta, director de control! Todos los cañones antiaéreos con el máximo de depresión. Blanco submarino. Torpedos. —Esto último se lo decía al Teniente Marshall, el oficial canadiense de torpedos—. Cargas de profundidad.

Se volvió otra vez hacia Tyndall.

—¡No puede ser, señor! ¿Cómo va a haber entrado un submarino alemán en Scapa Flow? ¡Imposible!

—Prien no creía que fuera imposible —gruñó Tyndall.

—¿Prien?

—Sí, el *Kapitan-Leutnant* Prien, el caballero que nos hundió el *Royal Oak* la otra vez.

—Pero no puede repetirse. Se han tomado todas las precauciones...

—Sí, para submarinos normales —dijo Tyndall en voz baja—; pero recuerde lo que nos dijeron hace dos meses sobre nuestros submarinos de bolsillo. Aquellos que habíamos de transportar a Noruega en barcos de pesca noruegos partiendo de las Shetlands. ¿No pueden los alemanes haber tenido la misma idea?

—Podría ser —accedió Vallery—. Mire cómo se marcha el *Cumberland*. Ahí va, a ponerse a salvo. Claro, no pueden perder tantos millones de libras si les hunden esa maravilla. De modo que lo ponen a salvo, mientras que nosotros hemos de quedarnos en el fondeadero. Apuesto cualquier cosa a que los alemanes saben el lugar exacto donde fondeaba el *Duque* y dónde vamos a colocarnos nosotros. Esos submarinos de bolsillo llevan torpedos especiales que nos estarán a la medida. —Tyndall le miró inexpresivo. Llegaban continuamente los informes del Asdic que comunicaban la proximidad, a cada momento mayor, de los ruidos submarinos.

—¡Claro, claro! —protestaba el Almirante—. Y aquí estamos nosotros para aguantarlo todo. Y esta pobre tripulación, que ha soportado el último viaje, tan infernal, las consecuencias del motín cuando subieron a pegarles los del *Cumberland*, ningún permiso, sino, por el contrario, trabajar sin parar mientras estuvimos fondeados... y ahora el golpe final... —Se interrumpió para mirar por encima del hombro de Vallery.

El Capitán se volvió hacia un lado:

—¿Qué hay, Marshall?

—Perdón, señor... El eco —señaló con el dedo pulgar hacia la dirección donde estaba el Asdic—. Parece un submarino, señor. Seguramente uno muy pequeño. —Marshall tenía un acento canadiense muy marcado.

—Sí, Marshall, es muy probable.

—Ralston y yo tenemos una idea para acabar con él, señor.

Vallery dio unas órdenes a la caña y a las máquinas y se acercó otra vez al oficial de torpedos. Éste tosía con fuerza mientras señalaba la carta del fondeadero, resguardada por un cristal.

—Si se les ha ocurrido a ustedes lanzar cargas de profundidad hasta que se nos destrozé la popa... —dijo el Capitán.

—No, señor. Es muy difícil que haya suficiente profundidad para las cargas. Mi idea, perdón, la de Ralston, consiste en salir en una lancha motora con varias cargas de veinticinco libras, detonantes químicos, etc... No es un plan muy seguro, ya lo sé, pero un submarino de bolsillo no puede tener un casco muy resistente...

Vallery sonrió.

—No está mal, Marshall. Creo que ha encontrado usted la única solución. ¿Qué le parece, señor?

—Merece la pena probarlo —dijo Tyndall—. Siempre será preferible eso a quedarnos aquí como patos mareados.

—Bueno, adelante, Torps. —Torps (por *torpedos*) era el nombre que le daba el Capitán familiarmente a Marshall—. ¿Quiénes son sus expertos en explosivos?

—He pensado que si llevo conmigo a Ralston...

—¡Qué ocurrencia! No llevará usted a nadie. No puedo exponerme a perder a mi oficial de torpedos. Usted no irá.

Marshall se entristeció y luego se encogió de hombros con resignación.

—Entonces, contamos, como expertos en explosivos, con el primer suboficial de torpedos y Ralston, que es el primer operador de torpedos. Los dos valen mucho.

—Muy bien. Bentley, que un hombre los acompañe en el bote. Le daremos desde aquí las señales del Asdic. Mejor que se lleve un Aldis^[5] portátil. —Bajó la voz—: ¿Marshall?

—¿Señor?

—El hermano menor de Ralston murió en el hospital esta tarde. —Miró al primer operador de torpedos, un muchacho alto y rubio, vestido con un mono azul descolorido sobre el que tenía puesto el *duffel*—. ¿Lo sabe ya?

El Oficial de torpedos miró a Vallery y luego volvió a observar al primer operador. Masculló con rabia una palabrota.

—¡Marshall! —le dijo secamente Vallery. Pero Marshall estaba abstraído y ni siquiera oyó al capitán.

—No, señor; aún no lo sabe —dijo por fin—; pero esta mañana le han comunicado una pequeña noticia: que Croydon fue convertido en papilla la semana pasada. Su madre y tres hermanas suyas viven allí. Mejor dicho... vivían.

Se volvió rápido y abandonó el puente.

Quince minutos después, todo había terminado. La ballenera a estribor y el bote

torpedero de babor se pusieron en marcha cuando el *Ulysses* se dirigía ya hacia donde estuvo fondeado el *Cumberland*. La ballenera fue hacia la boya mientras que la torpedera tomó por la tangente.

A unos cuatrocientos metros del barco, obedeciendo las instrucciones que le llegaban del puente, Ralston sacó unas pinzas de su mono y sujetó el detonador. Su ayudante miraba fijamente el cronómetro. Contó doce y la carga salió por la borda.

Siguieron otras tres, dejadas caer en diferentes lugares. La lancha recorría un estrecho círculo. Las primeras tres explosiones levantaron de popa la lancha, y nada más. Pero, a la cuarta explosión, llegó a la superficie una gran bocanada de aire seguida por un gran número de burbujas viscosas. Una vez amainada aquella turbulencia del agua, aparecieron unas manchas aceitosas que se extendieron por casi doscientos metros cuadrados de mar.

Los marineros contemplaban, absortos, inexpresivos, la torpedera que regresaba al *Ulysses* y atracaba a su costado con el tiempo justo: llevaba deshecho el mecanismo del timón y venía con mucha agua dentro.

El *Duque de Cumberland* era ya sólo una mancha de humo por detrás del promontorio del cabo.

Ralston, con la gorra en la mano, se sentó junto al Capitán. Vallery le miró en silencio un buen rato. No sabía qué decir o de qué modo podría decirlo mejor. Le resultaba violentísimo tener que encargarse de aquello.

Además, a Vallery le repugnaba la guerra. Siempre la había odiado y había lanzado todas las maldiciones que sabía, cuando la guerra le sacó de la comodidad de su retiro. Por lo menos, eso decía él; pero Tyndall sabía que se había presentado voluntario al Almirantazgo el 1.º de septiembre de 1939 y lo habían aceptado en seguida.

De todos modos, odiaba la guerra. Y no porque le impidiera seguir cultivando su verdadera vocación —la música y la literatura, en las que estaba excepcionalmente versado— ni tampoco porque la guerra era una continua afrenta a su sentido estético de la vida y a sus creencias sobre el bien y el orden.

La odiaba, sencillamente, porque era un hombre profundamente religioso y porque le dolía ver surgir en los hombres las bestias primitivas que llevaban dentro y porque se preguntaba qué necesidad había de aumentar las penalidades que siempre trae consigo la vida corriente, con la tortura mental y física que impone la guerra.

Sobre todo, la odiaba porque veía con diáfana claridad toda la locura y todo el salvajismo en que consiste la guerra, una insensatez que nada arregla ni prueba nada... a no ser la antiquísima verdad de que Dios está de parte del más fuerte, del que tiene más barcos, más aviones, más hombres, más elementos materiales de toda clase.

Pero comprendía que también él debía hacer algo en aquellas circunstancias.

Vallery sabía que aquella guerra era también suya. Por eso había vuelto al servicio y había envejecido y se había debilitado en estos años amargos y crueles. También se había hecho más amable y comprensivo, más tolerante. Desde luego, era un caso único entre los capitanes de la Armada, y aun entre los combatientes en general. Lleno de caridad y de humildad, el Capitán Richard Vallery era el único de su especie. Y daba la medida de la grandeza de este hombre el hecho de que nunca se le hubiera ocurrido, ni por asomo, pensar semejante cosa.

Suspiró. Ahora sólo le preocupaba lo que debía decir a Ralston. Pero fue Ralston el que habló primero.

—Muy bien, señor... Ya lo sé. —Hablaban con voz monótona y con la cara impasible—. Me lo dijo el oficial de torpedos.

Vallery se aclaró la garganta.

—Son inútiles las palabras, Ralston, absolutamente inútiles. Su hermano menor..., y por si fuera poco, su familia en Croydon, todos desaparecidos. Lo siento, muchacho, lo siento con toda mi alma. —Intentó sonreír—. Quizá piense usted que también son palabras, sólo palabras, una fórmula sin sentido.

De pronto, cosa sorprendente, Ralston se sonrió.

—No, señor; no me parece una fórmula. Sé lo que ha sentido usted. ¿Sabe usted que mi padre es también capitán? Siempre me dice que estos casos le apenan mucho.

Vallery lo miró asombrado.

—¿Su padre, Ralston? ¿Ha dicho usted...?

—Sí, señor. —A Vallery le pareció notar algo así como unos destellos de malicia en los ojos azules, tan tranquilos y seguros, que le miraban por encima de la mesa—. Sí; está en la Marina mercante. Es capitán de un petrolero... Dieciséis mil toneladas.

Vallery no dijo nada. Ralston prosiguió, con voz serena:

—Y respecto a Billy... mi hermano menor, pues no ha sido más que una de esas cosas... He tenido yo la culpa. Sí, señor; yo soy el culpable exclusivamente. —Sus manos afiladas y morenas retorcían la gorra. «Será mucho peor cuando se le pase el atontamiento que le ha producido este golpe múltiple», pensó Vallery. «Lo malo será cuando el pobre chico se dé plena cuenta de lo que esto representa para él».

—Escuche, muchacho; creo que necesita unos cuantos días de descanso para que vaya haciéndose a la idea. —«¿Qué palabras tan vulgares e inadecuadas!», pensó Vallery, y añadió—: Le están preparando los papeles para el permiso. Tendrá catorce días a partir de esta noche.

—¿Para dónde me han sacado la autorización de viaje? ¿Para Croydon? —Ya tenía la gorra completamente aplastada.

—Claro, ¿para dónde, si no? —Vallery se dio cuenta en seguida de su enorme equivocación—. ¡Perdóneme! ¡Qué estúpido he sido!

—No me mande de permiso, señor —rogó Ralston—. Comprendo que parece una cobardía por mi parte; pero la verdad es que no tengo adónde ir. Mi sitio está aquí, en el *Ulysses*. Puedo pasarme todo el tiempo ocupado o durmiendo; no tengo que hablar

de lo ocurrido. La actividad es lo mejor en estos casos. —Su aplomo era sólo una capa frágil que cubría la inmensa desesperación que le agitaba—. A veces se presenta la ocasión de hacer algo útil. Por ejemplo, ha sido un privilegio para mí contribuir hoy a eliminar el peligro... bueno, era más que un privilegio... era... en fin, no sé expresarme, señor.

Vallery lo comprendía. Se sentía triste y cansado, indefenso. ¿Qué podía ofrecerle a este muchacho para sustituir al odio o a la humanísima llamarada vengativa que lo consumía? Nada podía darle —Vallery lo sabía muy bien—; nada que Ralston no despreciase ni le pareciera ridículo. No era el momento para decir vulgaridades compasivas. Volvió a suspirar, esta vez más profundamente.

—Desde luego, Ralston, puede usted quedarse. Vaya al despacho de policía y dígales que no necesita ya los papeles. Si puedo servirle de algo en cualquier ocasión...

—Muy bien, señor. Muchísimas gracias. Buenas noches, señor.

—Buenas noches, muchacho.

II

LA MAÑANA DEL LUNES

«Cerrar todas las portillas y puertas estancas. Todos a sus puestos para zarpar». Impersonal e inexorable, la voz metálica de los altavoces llegaba a todos los rincones del barco.

Y de cada rincón salían hombres como respuesta a la llamada. Tenían un frío terrible. Temblaban con el helado viento del norte mascullando palabrotas mientras la densa nieve se les colaba por los cuellos y los puños al aferrar con sus manos agarrotadas los cabos y el metal. Sentíanse cansados, pues la labor de amunicionamiento y aprovisionamiento les había ocupado hasta muy tarde. Casi ninguno había dormido más de tres horas.

Estaban irritados; latía en ellos la hostilidad. Desde luego, obedecían las órdenes de un modo eficaz y mecánico, como tripulación bien entrenada; pero obedecían malhumorados, resentidos y hubiera bastado pincharles muy poco para que asomara en ellos la insolencia. Por eso, los oficiales los manejaban con gran suavidad. Vallery había insistido mucho en ello.

Aunque no pareciese lógico, el punto culminante de su resentimiento no lo había causado la prudente retirada del *Cumberland*, dejándolos a ellos para arrostrar el peligro, sino un detalle en apariencia insignificante: lo que habían repetido los altavoces la tarde anterior y que no era más que simple rutina. Los altavoces habían dicho: «Se recogerá el correo a las 2000 de esta noche». ¡El correo! Los que no estaban trabajando dormían como piedras, sin el menor deseo de escribir. El marinero Doyle, decano del grupo «B» y que tenía tres condecoraciones («por un crimen que he mantenido oculto trece años», como solía él explicar en tono humorístico sus galones de buena conducta), había resumido la cuestión de un modo muy gráfico: «Si mi mujer fuera Helena de Troya y Jane Russell en una pieza, y todos vosotros que habéis visto la foto de mi vieja sabéis que esa suposición es insultante para ambas damas..., pues bien, ni aun así le escribiría yo una tarjeta ahora mismo». Dicho lo cual, instaló su hamaca, con milimétrica exactitud, por donde pasaba el aire caliente. La veteranía da esos privilegios. Y se quedó dormido a los dos minutos. Todos hicieron lo mismo en la guardia de puerto, y el saco con el correo salió para tierra casi vacío.

A las seis en punto de la mañana levó anclas el *Ulysses* y se dirigió lentamente hacia la barra. A la media luz grisácea, con nubes bajas y plomizas, el barco salió del fondeadero como un fantasma, oculto a ratos por repentinas ráfagas de nieve.

Incluso era difícil localizarlo en los intervalos despejados. Le faltaba solidez,

substancia, perfil. Tenía un extraño aspecto de cosa volátil e inmaterial. Naturalmente, esto era una ilusión, pero una ilusión que encajaba bien con la leyenda del *Ulysses*. En efecto, el *Ulysses* se había convertido en una leyenda en su aún corta vida. Lo conocían y querían los marinos mercantes, los hombres que navegaban por los terribles mares del Norte desde St. John a Arkangel, desde las Shetlands a Jan Mayen, de Groenlandia al Spitzberg, en el extremo del mundo. Donde quiera que había peligro, donde quiera que había muerte, allí podía verse al *Ulysses* materializándose como un espíritu reencarnado, a la salida de una masa de niebla o sencillamente apareciendo de pronto como por milagro cuando la helada media luz de una aurora ártica traía consigo no sólo la amenaza, sino a veces casi la certeza de que nunca se vería el alba siguiente.

Sí, un barco fantasma casi; una leyenda. El *Ulysses* era desde luego un barco joven, pero había envejecido en los convoyes a Rusia y en el servicio de patrulla en el Ártico. Había navegado por allí desde el principio de la guerra y no había conocido otra vida. En los primeros tiempos operaba solo, escoltando barcos aislados o grupos de dos o tres; más adelante operó con corbetas y fragatas y ahora iba siempre con su escuadra: el grupo 14 de escolta de portaaviones.

Pero en realidad nunca había navegado el *Ulysses* solo. La muerte había sido —y seguía siéndolo— su constante compañera. Tocaba con un dedo a un petrolero y se producía una infernal erupción y una explosión horrisona; tocaba a un barco de carga y se iba a pique con su cargamento de armas y municiones, destrozado por un torpedo alemán; ponía su dedo implacable en un destructor, y éste se sumergía en las oscuras profundidades del mar de Barents con las máquinas aún en marcha; y si empujaba a un submarino se le veía salir a la superficie violentamente para ser aniquilado allí por fuego de cañón o le hundía con suavidad hasta dejarle en el fondo del mar, con su dotación, deseosa de una muerte instantánea, espantada ante la perspectiva de morir asfixiada en su tumba de acero. A donde fuera el *Ulysses*, allá también iba la muerte. Pero ésta nunca lo tocaba. Era un barco afortunado. Sí, un barco fantasma con buena suerte cuyo hogar era el Ártico.

Sin duda, todo este aire fantasmal era una ilusión, pero una ilusión calculada. El *Ulysses* había sido construido especialmente para una tarea determinada, para un solo océano, y los especialistas en camuflaje habían realizado una obra maravillosa. El camuflaje especial para el Ártico: las diagonales quebradas, en gris y blanco y azul pálido, se mezclaban bellamente, de un modo imperceptible, con los innumerables matices de gris y blanco, el frío y la siniestra oscuridad de los mares nórdicos.

Pero este camuflaje era sólo lo exterior, lo que indicaba por encima que el barco se destinaba exclusivamente a las aguas del Norte.

Técnicamente, el *Ulysses* era un crucero ligero. Era el único de su clase, una versión en 5.500 toneladas del famoso tipo *Dido*, precursor de la clase *Black Prince*. De unos 160 metros de eslora; estrecho, con 15 metros de manga; con su roda vuelta hacia dentro, su popa cuadrada de crucero, y una larga cubierta del castillo, era un

barco de guerra rápido y compacto, ágil, peligroso y duradero.

«Localizar; entrar en acción; destruir». Éstos son los requisitos básicos de un barco de guerra y el *Ulysses* se hallaba soberbiamente equipado para convertir en realidad, con el máximo de velocidad y eficiencia, ese lema.

En cuanto a la localización, hay que reconocer que el elemento humano es indispensable, y Vallery poseía demasiada experiencia como Capitán para no estimar el valor de la incesante vigilancia ejercida por los serviolas y señaleros. El ojo humano no está sometido a averías mecánicas ni dificultades técnicas. Además, los informes de radio tenían su importancia, y desde luego el Asdic era la única defensa contra los submarinos.

Pero la mayor ventaja que tenía el *Ulysses* para la localización consistía en que era el primer barco completamente equipado con radar que había en el mundo. Noche y día, las exploradoras de radar, situadas en el tope de los palos delantero y mayor, en forma de trípode, cubrían incesantemente un arco de 360° inspeccionando los lejanos horizontes en una búsqueda continua. Abajo, en las cámaras de radar (ocho en total) y en la de control de la aviación, unos ojos entrenados, capaces de percibir la más leve anomalía, observaban en todo instante las brillantes pantallas. El alcance y la eficacia del radar eran fantásticos. Sus constructores, llenos de optimismo, habían calculado un alcance de cuarenta a cuarenta y cinco millas a sus aparatos. Pues bien, en las primeras pruebas que se hicieron en el *Ulysses*, el radar localizó un Cóndor (que luego fue destruido por un Blenheim) a una distancia de 85 millas.

El segundo paso era entrar en acción, saliendo al encuentro del enemigo. A veces era el enemigo el que buscaba batalla; pero lo más frecuente era tener que ir tras él. Para ello solamente importaba una cosa: la velocidad.

El *Ulysses* era tremendamente rápido. Hélices cuádruples movidas por cuatro grandes turbinas Parsons —dos a proa y dos en la sala de máquinas de popa— desarrollaban una increíble potencia que muy pocos barcos de guerra, nada anticuados, podrían igualar. Oficialmente se consideraba que podía hacer 33,5 nudos. A la altura de Arram, a toda máquina, con la proa elevándose sobre el agua y la popa sumergida como la de un hidroplano, con todo su casco vibrando, había hecho, increíblemente, 39,2 nudos, que es el equivalente náutico de setenta y dos kilómetros por hora. Y el «Dude» —el jefe de máquinas Dodson— había sonreído diciendo que aquello sólo era la mitad de lo que el *Ulysses* era capaz de hacer, y que en cuanto aparecieran el *Abdiel* o el *Manxman*, verían lo que era bueno; pero como estos famosos cruceros minadores podían hacer 44 nudos, se atribuyó el desafío de Dodson a celos profesionales y no le hicieron caso. En realidad, todos se enorgullecían tanto de la potencia del *Ulysses* como el propio Dodson.

Localizar, entablar batalla y destruir. La destrucción: he ahí lo definitivo. También para eso estaba bien equipado el *Ulysses*. Tenía cuatro torres gemelas, dos a proa y dos a popa, con cañones de tiro rápido del 5,25 igualmente eficaces para los blancos de superficie y para los de aviación. Estos cañones eran controlados automáticamente

desde las torres de dirección de tiro. La principal estaba situada hacia proa, encima del puente, y la auxiliar hacia popa. Desde estas torres eran comunicados a los gigantescos cuadros electrónicos del puesto de transmisión todos los datos esenciales sobre la velocidad del viento, distancia, velocidad propia, velocidad del enemigo y, por supuesto, los ángulos de tiro. El puesto de transmisión, que era el corazón bélico del barco, estaba situado —y esto era curioso— en las mismas entrañas del *Ulysses*, muy por debajo de la línea de flotación, y desde allí partían automáticamente todos estos datos, condensados en dos sencillos factores: elevación y puntería. Desde luego las torres podían también combatir por su cuenta.

Éstas eran las armas principales del barco. Los demás cañones eran simplemente antiaéreos, o sea, baterías de tiro rápido que disparaban granadas de dos libras rápidamente, sin una puntería muy exacta, pero produciendo una cortina que bastaba para contener a los pilotos enemigos; y varios Oerlikons gemelos, aislados, de alta precisión. Estas últimas eran armas de increíble velocidad y exactitud, muy mortíferas si se las manejaba bien.

Por último, el *Ulysses* llevaba sus cargas de profundidad y torpedos, sólo treinta y seis cargas, número muy pequeño en comparación con el de las que llevaban muchos destructores y corbetas. Sólo podía disparar seis de cada vez. Pero no debemos olvidar que una carga de profundidad contiene cuatrocientas libras letales de amatol, y el *Ulysses* había destruido dos submarinos alemanes durante el invierno anterior. Los torpedos de veintiuna pulgadas, cada uno con su cabeza de setecientas cincuenta libras de trilita, yacían esbeltos y amenazadores en los triples tubos de la cubierta principal. Pero los torpedos todavía no se habían manchado de sangre.

De manera que éste era el *Ulysses*. Una máquina completa y perfecta, lo mejor que había ideado el hombre hasta entonces mezclando la ciencia y el salvajismo para lograr un instrumento de destrucción. Era una perfecta máquina bélica, pero sólo mientras fuera manejada y servida por un equipo perfectamente conjuntado que funcionase con suavidad y eficacia. Ningún barco puede ser mejor que su dotación. Y la del *Ulysses* se estaba desintegrando. Desde luego, este volcán tenía puesta por ahora una tapadera, pero no dejaban de oírse dentro ruidos amenazadores.

Los primeros indicios de trastornos se produjeron a las tres horas de abandonar el puerto. Como siempre, los cazaminas limpiaron el canal por delante de ellos, pero, también como siempre, Vallery no dejó nada al azar. Esta prudencia era una de las razones de que él y el *Ulysses* hubieran sobrevivido hasta entonces. A las 0620 lanzó los paravanes (o sea, los objetos alargados, en forma de torpedo, que colgaban a ambos lados de la proa de unos cables especiales). En teoría, los cables que conectaban las minas con sus anclas en el fondo del mar tenían que ser apartados del barco, enganchados por los paravanes y cortados luego. Entonces las minas flotaban en la superficie, donde se las hacía estallar o se las hundía con armas de pequeño

calibre.

A las 0900, ordenó Vallery que izaran los paravanes. El *Ulysses* disminuyó su velocidad. El Teniente-Comandante Carrington fue al castillo para supervisar las operaciones.

Entonces ocurrió aquello. Tuvo la culpa A. B. Ferry. Fue mala suerte que el chigre de babor funcionara defectuosamente, y mala suerte que Ralston fuera precisamente el que manejara eléctricamente el chigre, un Ralston taciturno y amargado a quien en aquellos momentos todo le importaba un comino. Pero el verdadero responsable de que las cosas se torcieran fue Carslake.

La presencia allí del subteniente Carslake dirigiendo el manejo de los cables de babor representaba la culminación de una serie de errores. Un error por parte de su padre, el Contraalmirante retirado que había visto en su hijo un hombre de su propio calibre, le hizo salir de la Universidad de Cambridge en 1939, a la edad de veintitrés años, y le obligó a ingresar en la Armada cuando ya era demasiado mayor para ello; un segundo error, por parte de su primer comandante, capitán de corbeta que había conocido a su padre y recomendó la candidatura del joven para una comisión; un tercer error, el del comité de selección del *King Alfred*, que le dio ese mando, y, por último, la equivocación cometida por el comandante que le dejó en su puesto a pesar de la reconocida incompetencia de Carslake y de su inhabilidad para manejar hombres.

Tenía la cara de un caballo de carreras excesivamente alimentado, una cara larga y estrecha con ojos saltones azul pálido y los dientes de arriba salientes. Bajo su escaso cabello rubio, tenía las cejas arqueadas en un perpetuo signo de interrogación y, bajo la nariz, larga y puntiaguda, el labio superior también arqueado formaba el complemento de las cejas. Su manera de hablar era una involuntaria caricatura del inglés académico, con las vocales breves muy alargadas y las largas interminables, pero su construcción gramatical era con frecuencia espantosa. Le fastidiaba la Marina, le fastidiaba que tardasen tanto en ascenderlo a teniente y le fastidiaba que sus hombres le tomasen ojeriza. En fin, que el subteniente Carslake era la quintaesencia de lo peor que produce el sistema universitario inglés. Vanidoso, mal educado, quisquilloso... En resumen, un verdadero burro.

Y en esta ocasión se estaba portando aún peor que de costumbre. Mientras se esforzaba por mantener el equilibrio sobre la balsa, apartando exageradamente las piernas, gritaba sin cesar dando órdenes innecesarias a sus hombres. El suboficial Hartley gruñía en voz alta, pero no quería intervenir para no romper la disciplina. Pero Ferry no se consideró obligado por tales escrúpulos.

—Dígale algo a su Señoría —murmuró al oído de Ralston—. Así no se llevará el Capitán un disgusto. —Y señaló con la cabeza hacia donde estaba Vallery apoyado en la barandilla del puente a unos siete metros sobre la cabeza de Carslake.

—Olvídese de Carslake y no pierda de vista a ese cable —le aconsejó Ralston— y quítese de una vez esos malditos guantes que le están bailando en las manos. Uno

de estos días...

—Sí, sí, ya sé —se burló Ferry—. Cualquiera día el cable me va a arrollar alrededor del tambor. No se preocupe, nunca me ocurrirá eso.

Pero ocurrió. Ocurrió precisamente en aquel momento. Ralston, que observaba fijamente el paraván que se balanceaba, volvió la cabeza y vio que el cable se partía, se enganchaba en la mano enguantada de Ferry y le arrastraba veloz hacia el tambor antes de que Ferry pudiese ni siquiera gritar.

La reacción de Ralston fue inmediata. El freno de pie estaba sólo a unos centímetros, pero en aquellas circunstancias le quedaba demasiado lejos. Hizo girar en sentido inverso, con furia, la rueda de control. A la vez que el grito de dolor de Ferry al triturarle el tambor el antebrazo, se oyó una explosión sorda y nubes de humo que salían del chigre al incendiarse el motor eléctrico, que valía quinientas libras.

Inmediatamente empezó a correr de nuevo el cable acelerándose con el peso muerto de la sonda que se sumergía y arrastrando con él a Ferry.

A unos ocho metros del chigre, el cable tenía que pasar por una pasteca en cubierta: si Ferry tenía buena suerte, sólo perdería una mano.

Había recorrido menos de metro y medio cuando Ralston pisó con furiosa violencia el freno. El chigre se paró en seco con un chirrido fortísimo, el paraván se soltó y cayó a la mar, y el cable, ya sin peso, quedó balanceándose al ritmo del barco.

Carslake saltó a cubierta. Estaba arrebolado de indignación. Se dirigió furioso hacia Ralston.

—¡Maldito imbécil! —gritó—. Por su culpa hemos perdido ese paraván. ¡Vamos, subteniente, explíquese ahora mismo! ¿Quién demonios le ha dado a usted la orden de intervenir en esto?

Ralston apretó los labios, y a los pocos instantes fue capaz de hablar cortésmente:

—Lo siento, señor. No pude evitarlo. Alguien tenía que hacerlo. El brazo de Ferry...

—¡Al diablo el brazo de Ferry! —Carslake chillaba rabioso—. Soy yo el encargado de esto y yo soy quien da aquí órdenes. ¡Mire! ¡Mire! —y señalaba al cable suelto, que se balanceaba al costado del buque—. ¡Esto es obra suya, Ralston, idiota, inútil! ¡Lo hemos perdido! ¿Lo comprende usted? ¡Lo hemos *perdido*!

Ralston se asomó, aparentando enorme sorpresa.

—Pues sí, es verdad. —Lo dijo con un tono provocativo, mirando a Carslake—. Y no olvide eso —añadió señalando al chigre—, porque también lo hemos perdido, y vale muchísimo más que cualquier paraván.

—¡No me venga usted con impertinencias! —gritó Carslake. Le temblaba la voz de pura irritación—. Lo que necesita usted es un poco de disciplina y, como hay Dios, me voy a encargar de que la aprenda, hijo de...

Ralston saltó sobre él como una fiera, con el puño tendido, pero lo paró, casi cogiéndolo al vuelo, la poderosa mano del suboficial Hartley. De todos modos, el

ademán había bastado. Ya no quedaba más solución que ver al capitán.

Vallery escuchó con gran paciencia y calma, mientras Carslake le informaba, excitadísimo, de lo ocurrido. Sin embargo, por dentro, estaba harto. Bien sabía Dios que él estaba hasta la punta del pelo de tantas dificultades, y ahora esto. Pero su máscara de impasibilidad engañaba a cualquiera.

—¿Es cierto, Ralston? —preguntó, impávido, cuando Carslake terminó su violenta acusación—. ¿Desobedeció usted las órdenes? ¿Se insolentó con el teniente y le insultó?

—No, señor. —Ralston parecía tan cansado como el Capitán—. No es cierto. —Miró inexpresivamente a Carslake y luego otra vez al Capitán—. No desobedecí orden alguna porque en realidad no hubo ninguna orden. El suboficial Hartley sabe que digo la verdad. —E hizo una señal a la corpulenta e impasible figura que lo había acompañado al puente—. No me insolenté con él. Me molesta hablar como un abogado, señor, pero puedo presentar muchos testigos para probar que el subteniente Carslake me insultó de palabra varias veces. Y si yo lo he insultado —dijo, sonriendo levemente— ha sido en defensa propia.

—No es ésta una ocasión adecuada para hacerse el gracioso, Ralston —le reconvinó Vallery fríamente. Estaba preocupado. Aquel muchacho le desconcertaba. Podía comprender su acritud por todo lo que le había pasado, pero no que se permitiese rasgos de humorismo—. Da la casualidad de que he presenciado todo el incidente. Es indudable que la prontitud y eficacia con que intervino usted le han salvado a Ferry el brazo y quizá la vida, y en comparación con eso, nada importa la pérdida del paraván ni la del mismo chigre. —Carslake había palidecido de despecho ante la desautorización que estas palabras implicaban—. Le agradezco que haya hecho eso. Sí, muchas gracias. Y en cuanto a lo demás, preséntese mañana por la mañana para ser arrestado. Retírese, Ralston.

Ralston apretó los labios, miró a Vallery unos momentos, y luego, saludando bruscamente, abandonó el puente.

Carslake se volvió hacia el Capitán, como implorando.

—Capitán, señor... —Pero se interrumpió al ver que Vallery levantaba la mano.

—Ahora no, Carslake. Ya lo discutiremos más tarde. —Se le notaba en la voz la antipatía que le inspiraba el subteniente—. Puede retirarse, subteniente. Hartley, quiero decirle algo.

Hartley se adelantó. El suboficial Hartley, de cuarenta y cuatro años de edad, era un puro representante de la Marina Real en lo que ésta tiene de mejor. Era muy amable, muy competente y de formidable resistencia. Todos lo admiraban. Esta admiración iba desde el ingenuo pasmo que le producía al marinero corriente hasta el respeto afectuoso que le tenía el propio capitán. Habían navegado juntos desde el principio.

—Bien, Hartley; hablemos con sinceridad. Esto quedará entre nosotros.

—No es como para que el subteniente Carslake lo tome así, señor —dijo Hartley

encogiéndose de hombros—. Ralston se ha portado muy bien. El subteniente perdió la cabeza. Quizá estuviera Ralston un poco reticente, pero la verdad es que lo habían provocado. Es todavía un muchacho, pero no cabe duda de que es un profesional y me parece lógico que no le guste que le mangoneen los aficionados. —Hartley hizo una pausa y miró al cielo—. Sobre todo, los aficionados chapuceros.

Vallery tuvo que contener una sonrisa.

—¿Debo interpretar eso como una censura a Carslake?

—Creo que sí, señor. Total, que el gallo ha salido con unas plumas menos. Su actitud no les ha sentado bien a nuestros muchachos. Si quiere usted, yo podría...

—Muy bien, Hartley. Quítele toda la importancia que pueda.

Cuando Hartley se marchó, Vallery fué en busca de Tyndall.

—¿Se ha enterado usted ya, señor? Otro incidente.

—¡Montones de incidentes! —replicó Tyndall de muy mal humor—. ¿Ha podido usted averiguar quién estuvo anoche junto a mi puerta?

Durante la guardia de la noche, Tyndall había oído un extraño ruido, como si arañaran algo más allá de la puerta por donde se entraba a su cámara de día desde la de oficiales y había salido a ver qué ocurría. En su prisa por llegar a la puerta, tumbó una silla y en seguida oyó pasos corriendo por el pasillo. Cuando abrió la puerta, no había nadie en el pasillo. Lo único extraño que halló fue una lima caída debajo del soporte donde estaban las pistolas Colt; la cadena estaba casi rota.

Vallery movió la cabeza. Estaba preocupadísimo.

—No tengo ni idea, señor. Mal asunto.

Tyndall temblaba de indignación.

—Estamos a la altura de los piratas. ¿Qué le parece la perspectiva de una banda de tipos con un ojo vendado, con pistolas y cuchillos, asaltando el puente?

Vallery rechazó este sarcasmo con impaciencia.

—No, señor; eso no. Lo sabe usted muy bien. Sólo será, estoy seguro, un poco de desafío, sólo eso. Lo importante por ahora es que un soldado de infantería de Marina debía estar de guardia junto a las armas, exactamente en el recodo de ese pasillo. Las armas se guardan noche y día. Ese hombre ha debido de ver... Pero lo niega.

—¿Hasta ahí ha llegado la podredumbre? —Tyndall lanzó un leve silbido—. Un día muy negro Capitán. ¿Y qué dice de esto nuestro joven Capitán de infantería, ese tragallamas?

—¿Foster? No puede creerlo. Se limita a retorcerse las guías de los bigotes. Está muy preocupado. También lo está Evans, su sargento.

—¿Preocupados? Yo también lo estoy, ¡qué diablos! ¡Vaya una novedad! —Tyndall levantó la mirada y vio al oficial de la guardia, a quien se le notaba muy bien su inquietud aun a aquella distancia—. ¿Qué estará pensando de este asunto el viejo Sócrates? No cabe duda de que el médico es un hombre sensato; quizá sea sólo un

medicucho, pero es la mejor cabeza de este barco... ¡Hombre, hablando del rey de Roma, por la puerta...!

Una extraña figura corpulenta acababa de entrar, envuelta en un amplio impermeable engrasado y con casco ruso, de piel de castor, a la cabeza. Parecía un oso sorprendido por una tormenta. Se detuvo ante la pantalla Kent (un cristal de forma circular que giraba a gran velocidad y permitía ver con claridad aunque lloviese o nevase). El recién llegado se pasó medio minuto mirando por el Kent y era evidente que no le gustaba lo que veía.

Resopló ruidosamente y se volvió hacia los otros, golpeándose los brazos uno contra otro para luchar contra el frío.

—¡Ja! ¡Un modesto médico alternando en el puente con los grandes jefes! ¡Cuántos me envidiarían! —Se encogía dentro de su impermeable y parecía más desgraciado que nunca—. Éste no es un sitio adecuado para un hombre civilizado como yo. Pero ya saben ustedes, caballeros, que cuando suena el clarín del deber...

Tyndall contuvo la risa.

—Hay que darle tiempo, Capitán. No lo va a soltar así de pronto. Estos médicos, ya lo sabe usted, le echan a todo mucho teatro.

Brooks se había puesto serio de pronto.

—Nuevas dificultades, Capitán. No se lo pude decir por teléfono.

—¿Más dificultades? —Vallery tosió bruscamente—. Lo siento —se disculpó—. Bueno, Brooks, eso no es una novedad. Estamos metidos hasta el cuello en dificultades.

—Sí, ya sé lo de ese imbécil Carslake. Tengo espías en todas partes. Pero lo que voy a contar... El joven Nicholls estaba trabajando anoche en el dispensario con unas medicinas contra la tuberculosis. Llevaba dos o tres horas allí, las luces estaban apagadas y los enfermos no sabían o habían olvidado que estaba allí. Entonces, Nicholls oyó al fogonero Riley —ese Riley es un enredador— y los demás, que planeaban una huelga a puerta cerrada y de brazos caídos en la cámara de calderas en cuanto les diera de alta. ¡Una huelga de brazos caídos en las calderas! ¡Es fantástico! Nicholls hizo como que no lo había oído y se marchó sin ruido.

—¡Cómo! —exclamó Vallery fuera de sí—. ¡Nicholls se quedó tan tranquilo en vez de informarme inmediatamente! ¿Por qué no vino a verme en el mismo instante? Dígale que venga aquí ahora mismo. No, déjelo. —Cogió el teléfono del puente—. Lo voy a llamar yo.

Brooks detuvo el brazo de Vallery con su mano enguantada.

—Yo no haría eso, señor. Nicholls es un buen chico; sí, de lo mejor que hay. Sabía que si hacía que los hombres se dieran cuenta de que los había escuchado, comprenderían que tenía que darle parte a usted y entonces se habría visto usted obligado a intervenir en seguida. Ya sabemos que lo que más puede molestar a usted es verse obligado a provocar el resentimiento de sus hombres. Precisamente lo decía usted ayer.

Vallery vaciló.

—Sí, desde luego lo dije... Pero, doctor, esto es muy distinto. El plan de los hospitalizados podría ser el foco que se extendiera...

Brooks le interrumpió:

—Ya le he dicho, señor, que Nicholls es un gran chico, tiene ideas estupendas. Ha colgado en la puerta de la enfermería un cartel, con letras rojas de gran tamaño, donde dice: «No acercarse: Se teme que haya una epidemia de escarlatina». Me he divertido mucho viéndolos llegar ante nuestra puerta y leer el cartel. Se alejan en seguida con pánico. Ahora ya no se acerca nadie. Puede usted estar seguro de que los conspiradores no se comunicarán con sus compinches fogoneros.

Tyndall se reía y el propio Vallery llegó a sonreír.

—Me parece muy bien, doctor. Pero insisto en que anoche debieron informarme de ello.

—¿Por qué le van a despertar a usted a media noche para contarle cualquier minucia? —dijo Brooks con brusquedad—. Cuando las cosas se ponen mal, es usted quien lleva a pulso este barco sobre sus espaldas, y si todos nosotros dependemos de usted, no podemos permitirnos el lujo de estropearle la salud. ¿De acuerdo, Almirante?

Tyndall asintió solemnemente.

—De acuerdo, Sócrates; aunque es un modo muy complicado de decirle al capitán que ha de dormir bien.

Brooks sonrió.

—En fin, caballeros, eso es todo. Ya les veré a ustedes en el consejo de guerra. —Guiñó uno de sus ojillos amarillentos, por encima de un hombro, cuando ya se marchaba. Al enfrentarse con la nieve, retrocedió para decir—: ¿Qué tal estará el Mediterráneo? ¡Qué maravilla! No hay nada como Malta en primavera. La playa de Sliema con las casas blancas detrás... Allí fuimos de pic-nic hace un siglo. ¡Qué airecillos más suaves, queridos muchachos, qué cielo más azul y aquel vino de Chianti bebido bajo una sombrilla a rayas!...

—¡Fuera, Brooks! —le gritó Tyndall entre carcajadas—. ¡Fuera del puente o le voy a...!

—Ya me he ido —dijo Brooks—. ¡Una huelga de brazos caídos encerrados en la cámara de calderas! No he oído en mi vida una idea más absurda.

En cuanto se marchó Brooks, Vallery miró muy serio al Almirante.

—Parece que tenía usted razón, señor.

—¡Bah, quién sabe! —dijo Tyndall—; lo malo ahora es que los hombres no tienen nada que hacer y se dedican a darles vueltas a las cosas y a amargarse. Más adelante quizá se arregle todo solo.

—¿Quiere usted decir cuando tengamos más... que hacer?

—Mmmmm. Claro, cuando tengamos que luchar por defender nuestra vida y por mantener el barco a flote. Entonces no hay tiempo para pensar en conspiraciones ni

en las injusticias del destino. El instinto de conservación sigue siendo la primera ley de la naturaleza... ¿Va usted a hablarles a los hombres esta noche, Capitán?

—Pues sólo de las cosas de rutina por los altavoces.

—Muy bien. Lo principal es que les tenga usted ocupados. Y, si no me equivoco sobre las intenciones de Vincent Starr, vamos a tener mucho que pensar en este viaje. Conviene que esos hombres se interesen también.

Vallery se rio. La risa transformaba su fino y sensible rostro. Parecía estarse divirtiendo.

Tyndall levantó las cejas interrogativamente. Vallery le sonrió.

—En fin, Capitán, éstas son solamente cosas que se dicen por decirlas, pero no se presenta muy bien la situación cuando sólo puede salvarnos el enemigo.

III

EN LA TARDE DEL LUNES

El viento estuvo soplando, sin parar, del norte-noroeste. Era un terrible ventarrón, cada vez más fuerte. Un viento frío, afilado, como si arrastrase infinidad de agujas, y que llevaba consigo nieves y hielo y el extraño olor a muerte que emana de más allá de la Barrera. No era uno de esos vientos a ráfagas, que le golpean a uno, sino un viento constante que parecía haberse instalado encima del barco y presionaba a estribor de la proa desde el alba hasta el anochecer. Lenta y solapadamente, iba hinchando a la mar. Hombres como Carrington, que conocía todos los mares y puertos del mundo, o como Vallery y Hartley, miraban ese continuo trabajo del viento y, algo turbados, callaban.

Bajó el termómetro y la nieve se quedaba donde caía. Los trípodes de los mástiles eran como grandes y brillantes árboles de Navidad, festoneados con los estayes y drizas recubiertos como de algodón. En el palo mayor quedaba al descubierto, a trechos, una mancha oscura formada por la sutil nubecilla de humo que subía de la chimenea más próxima a popa. No es que se viera el humo, pero se sentía su presencia allí. La nieve permanecía en la cubierta o se arrastraba por ella convirtiendo las cadenas del ancla en cadenetas de algodón y se amontonaba en torno a la torreta «A». Luego se fue amontonando también sobre las demás torretas y la superestructura, deslizándose en silencio hasta el puente. Taponó los grandes ojos del telémetro en la torre de dirección de tiro; se metía, invisible, por las escotillas, seguía sin que nadie lo notase, y buscaba los más pequeños intersticios entre el metal y la madera, para colarse por ellos. Todo se ponía húmedo e incómodo. La nieve, burlándose de la ley de la gravedad, se introducía piernas arriba, por los pantalones. Era un misterio cómo podía lograrlo. Entraba en las camisas, bajo los faldones de los abrigos y de los impermeables de hule. Penetraba hasta en las capuchas, y en fin, fastidiaba a los hombres cuanto podía. Convertía el barco en un pequeño mundo miserable, mojado, endiabladamente inhóspito. Sin embargo, era un mundo blanco, suave y bello, donde todo parecía hallarse en sordina. Caía la nieve todo el día, con insoportable insistencia, y el *Ulysses* seguía deslizándose silencioso sobre la marejada. Parecía un barco fantasma en un mundo fantasmal.

Pero no estaba solo en el mundo. En aquellos días nunca lo estaba. Se hallaba en una tranquilizadora compañía, la de la 14 Flota de Portaaviones, un aguerrido grupo de escolta casi tan legendario ya como aquella fabulosa Fuerza 8 que se había trasladado recientemente al sur para cubrir aquella otra ruta suicida, la de los convoyes de Malta.

Como el *Ulysses*, la escuadra llevaba rumbo NNO todo el día. No había alteraciones corrientes de rumbo. Tyndall detestaba los zigzags, y solamente los utilizaba en pleno convoy cuando surcaba las aguas que sabía frecuentadas por los submarinos. Creía, como muchos otros capitanes, que el zigzag era una mayor fuente de peligros que el propio enemigo. Había visto cómo el *Curaçao*, un crucero de 4.200 toneladas, que seguía habitualmente un rumbo zigzagueante, se hundía en las grises profundidades del Atlántico bajo la poderosa proa del *Queen Mary*. Nunca hablaba de esto, pero no lo olvidaba.

El *Ulysses* iba en su posición habitual, la posición que le señalaba su papel como buque insignia de la escuadra de protección, lo más cerca posible del centro de los trece barcos de guerra.

Delante de él navegaba el crucero *Stirling*, del viejo tipo *Cardiff*. Era un barco sólido mucho más viejo y con una velocidad de muchos menos nudos que el *Ulysses*, armado con cinco cañones corrientes de seis pulgadas, pero poco dotado para abrirse paso por las galernas árticas.

Era proverbial su «mojadura» en cuanto la mar se alteraba. Su principal misión consistía en defender a los demás barcos. Además, le correspondería tomar el mando si el buque insignia se hundía o quedaba inutilizado.

Los portaaviones *Defender*, *Invader*, *Wrestler*, y *Blue Ranger* se distribuían a babor y a estribor del *Ulysses*. El *Defender* y el *Wrestler* un poco adelantados, y los otros dos, retrasados. Parecía inevitable que estos portaaviones de escolta llevaran nombres terminados en *er*, y el hecho de que Marina tuviese ya otro *Wrestler*, un destructor de fuerza 8 (y también otro *Defender*, que había sido hundido poco antes frente a Tobruk) no se tenía en cuenta. Éstos no eran gigantes de 35.000 toneladas de la Escuadra, o sea, no eran barcos como el *Indefatigable* y el *Illustrious*, sino portaaviones auxiliares de 15 a 20.000 toneladas, conocidos irreverentemente como «barcos plataneros». Eran barcos mercantes, de construcción norteamericana, convenientemente transformados.

Procedían de los arsenales de Pascagoula, en Misisipí, y habían navegado por el Atlántico con tripulaciones mixtas anglo-norteamericanas.

Podían hacer dieciocho nudos, velocidad relativamente grande para barcos de una sola hélice (el *Wrestler* tenía dos), pero algunos de ellos llevaban hasta cuatro *diesels* Busch-Sulzer para mover el eje único. En sus estrechas pistas de vuelo, construidas sobre el castillo, cogían hasta treinta *Corsairs*, *Grumman*s, *Seafires*, —los que más abundaban eran los *Corsairs*—, o veinte bombarderos pequeños. Eran aviones anticuados y de un aspecto muy poco bélico, pero durante muchos meses habían dado un excelente resultado en la labor de protección formando una cobertura en paraguas contra los ataques aéreos o bien localizando y destruyendo barcos y submarinos enemigos. Era impresionante el número de bajas que estas heroicas escuadrillas habían causado al enemigo en el aire, en la superficie de la mar o por debajo de las aguas. El Almirantazgo no solía creérselo.

Tampoco inspiraba confianza a los estrategas navales de Whitehall la pantalla protectora formada por los destructores. La verdad es que sólo por cortesía podía dárseles a aquellos cacharros el título de «destructores».

Uno de ellos, el *Nairn*, era una fragata del tipo *River*, de 1.500 toneladas; otro, el *Eager*, era un dragaminas, y el tercero, el *Gannet*, más conocido por *Huntley and Palmer*, una corbeta anticuada y muy trabajada, del tipo *Kingfisher*, que debería haberse limitado a la navegación costera. El *Vectra* y el *Viking* eran destructores de dos hélices, tipos «V» y «W» transformados, y estaban ya en la reserva, pero se les seguía aprovechando por su resistencia, aunque fueran de tan escasa velocidad y de una potencia artillera muy deficiente. El *Baliol* era un diminuto destructor de tipo *Hunt* al que nada se le había perdido en las procelosas aguas del norte. En cuanto al *Port-Patrick*, era uno de los cincuenta destructores cedidos por los Estados Unidos durante la primera guerra mundial. Nadie se atrevía siquiera ni a calcular su edad. Este barco chocaba a todos y la atención general se concentraba en él cada vez que empeoraba el tiempo. Se decía que a dos de sus hermanos los había tumbado en el Atlántico una tempestad. En realidad y dado lo que es la naturaleza humana, todos esperaban presenciar un trágico espectáculo que confirmara esos rumores. Lo difícil era saber lo que pensaba de todo esto la dotación del *Port-Patrick*.

Estos siete buques escolta, difuminados por la nieve, mantenían sus posiciones protectoras constantemente. La fragata y el dragaminas iban delante, los destructores a los lados y la corbeta detrás. El octavo de la escolta, un veloz y moderno destructor de la clase «S» bajo el mando del capitán de destructores Orr, se movía nervioso en torno a la flotilla. Todos los comandantes de los barcos que la formaban envidiaban la movilidad de Orr, el cual cumplía así la misión que le había encargado Tyndall para librarse de las continuas molestias que le causaba. Pero nadie protestaba de este privilegio: el *Sirrus* tenía un asombroso olfato, casi una afinidad magnética, para descubrir los submarinos acechantes.

Desde la cámara de oficiales del *Ulysses*, un espacio alargado, incongruentemente confortable, que se extendía a lo largo de quince metros a proa por la banda de estribor, Johnny Nicholls contemplaba el cielo gris y revuelto. Ni siquiera la bondadosa nieve, capaz de cubrir mil pecados —pensaba Nicholls—, podía mejorar el aspecto tan raro, anguloso y sin gracia, tan anticuado, de aquel barco.

Era como para irritarse contra los lores del Almirantazgo, que, con sus espléndidos automóviles, sus cómodos sillones, los enormes mapas que cubrían las paredes y las lindas banderitas para clavarlas en ellos, enviaban esta abigarrada flota a luchar contra los submarinos, mientras ellos lo pasaban estupendamente. Pero Nicholls comprendía que habría sido injusto echarles eso en cara, porque si el Almirantazgo hubiera dispuesto de una docena de flamantes destructores los habría puesto al servicio de aquellos convoyes. Sabía Nicholls que las cosas andaban mal y

que lo primero había de ser atender a las exigencias del Atlántico y del Mediterráneo.

Pensaba que debía adoptar una actitud cínica e irónica ante aquellos viejos y gastados barcos. Pero, aunque parezca raro, no podía. Sabía lo que esos barcos podían hacer todavía y lo mucho que ya habían hecho. En verdad, los admiraba; casi se sentía orgulloso de ellos.

Nicholls se movió intranquilo y dejó de mirar por la portilla. Su mirada se volvió a la soñolienta humanidad del «Kapok Kid», hundido en un sillón con su par de enormes botas de aviador con borde de piel, apoyadas contra la estufa eléctrica.

El Kapok Kid, el Teniente Honorable Andrew Carpenter, R. N., oficial de derrota del *Ulysses*, era el mejor amigo de Nicholls, un amigo del que podía uno sentirse orgulloso. Nicholls nunca había conocido a nadie tan extrovertido, ni que se sintiera tan a gusto en cualquier ambiente. Donde quiera que estuviese, era como si hubiera estado siempre allí o hecho aquello toda la vida: lo mismo en una pista de baile que en un yate de carreras en Cowes, en una *garden party*, en el tenis o al volante de su gran Bugatti rojo, con el parabrisas bajado y flotándole por detrás los dos extremos de su larguísima bufanda. Pero pocas veces habrán engañado tanto las apariencias. Para el Kapok Kid, la Marina era toda su vida y sólo vivía para ella. Detrás de aquella fachada aparente de frivolidad había, además de un cerebro de primera clase, una sensibilidad profundamente romántica, un amor casi elisabetiano por los barcos y la mar, un amor que él creía estar ocultando a sus compañeros de la oficialidad. Pero su vocación era tan poderosa y patente que nadie se molestaba en aludir a ella. ¿Para qué hablar de algo que salta a la vista continuamente?

La amistad entre Nicholls y el Kapok Kid era un caso típico de atracción de contrarios: a la constante ebullición jovial de Carpenter se oponía la reserva y la reticencia de Nicholls; y si aquél idolatraba todo lo que tuviese relación con la mar, Johnny Nicholls lo detestaba. Quizá a causa de ese sentido de la independencia y el individualismo, tan arraigado en los escoceses, Nicholls rechinaba ante las mil pequeñeces de la disciplina, la autoridad y la burocracia navales. La tontería que implicaban muchas de estas chinchorrerías ofendía constantemente a la inteligencia de Nicholls y a su respeto por sí mismo. Incluso tres años antes, cuando la guerra lo sacó de las salas de un gran hospital de Glasgow, apenas había terminado su primer año de internado, empezó a sospechar que había muy pocas probabilidades de que existieran unas buenas relaciones entre él y sus jefes. Pero, a pesar de esta antipatía —o quizás a causa de ella y de su inexorable conciencia calvinista—, Nicholls se había convertido en uno de los mejores oficiales de la Marina británica. Sin embargo, aún le inquietaba vagamente descubrir en su alma algo muy parecido a un sentimiento de orgullo por los barcos de su escuadra.

Suspiró. El altavoz situado en el rincón de la cámara de oficiales había empezado a gruñir. Una amarga experiencia le había enseñado que los anuncios por altavoces nunca presagian nada bueno.

«¿Oyen ustedes? ¿Oyen ustedes?». La voz era metálica, impersonal. El Kapok

Kid seguía durmiendo con una magnífica indiferencia. «El Capitán hablará al barco a las 17,30. Repito. El Capitán hablará al barco a las 17,30. Eso es todo».

Nicholls le dio al Kapok Kid con un pie, bastante fuerte.

—Levántate, Vasco. Así tendrás tiempo de tomar una taza de algo antes de emprender el vuelo.

Carpenter empezó a removerse, y abrió un ojo de párpados enrojecidos. Nicholls le sonrió para animarlo:

—Además, ahí arriba se está muy bien ahora: hay marejada, baja la temperatura y empieza a soplar la ventisca. ¡Ánimo, Andy, que es lo tuyo!

El Kapok Kid se estaba ya despertando. Se incorporó en el sillón y se quedó inclinado hacia adelante, con la cara cogida con las manos y el lacio cabello caído sobre su ancha frente.

—¿Qué pasa? —dijo con voz adormilada—. ¿Sabes dónde estaba, Johnny? Pues nada menos que en el Támesis, en el «Ganso Gris». Era verano, Johnny... a fines de verano. Hacía mucho calor y todo estaba muy tranquilo. Ella, vestida de verde...

—Una simple indigestión —le cortó Nicholls, rápido—. Te das demasiada buena vida... Son las cuatro y media y el viejo hablará dentro de una hora... Es preferible que comamos algo.

Carpenter movió la cabeza, apesadumbrado.

—Ese hombre no tiene corazón ni sentimientos elevados. —Se puso en pie y se desperezó. Como siempre, estaba vestido de una pieza, de los pies a la cabeza, con un mono de *kapok* pesado y enguatado (el *kapok* es un tejido hecho con fibras de seda japonesa y malaya) y tenía una gran J dorada bordada sobre el bolsillo derecho del pecho. Lo que no se sabía era a qué correspondía la J. Miró por la escotilla y se encogió de hombros.

—¿Qué habrá pasado esta noche, Johnnie?

—Ni idea. Tengo curiosidad por ver cómo va a salir de esa situación, que desde luego es algo... delicada. —Nicholls hizo una mueca e intentó una sonrisa que no llegó a salirle del todo—. Y para colmo la dotación no sabe que vamos otra vez a Murmansk... aunque debe figurárselo.

—Mmmm. —El Kapok Kid parecía pensar en otra cosa.

—No creas que el Viejo tratará de quitarle importancia al peligro de esta aventura ni que se disculpará. Quiero decir que no culpará a los que de verdad tienen la culpa.

—Desde luego. —Nicholls negó con la cabeza enérgicamente—. Eso no va con el patrón. Nunca se disculpa ni intenta eludir su responsabilidad. —Se quedó un rato mirando la estufa eléctrica y luego dijo—: Puedes creerme, Andy: el patrón está muy enfermo. Sí, muy enfermo.

—¿Cómo! —Carpenter estaba asombrado—. Dices que está muy enfermo... ¡Supongo que será una broma tuya! ¿Cómo es posible...?

—Hablo completamente en serio —le interrumpió Nicholls en voz muy bajo. Winthrop, el padre, un joven entusiasta con una inmensa fuerza vital y convicciones

graníticas sobre todo lo de este mundo, se hallaba al otro extremo del reducto. Su intenso temperamento estaba transitoriamente apagado, ya que dormitaba agotado por el cansancio. A Nicholls le era simpático el capellán, pero no quería que se enterase de lo que estaba diciendo, pues con toda seguridad iría contándolo luego. Nicholls había pensado muchas veces que Winthrop no habría podido ser un buen sacerdote católico, ya que le sería imposible guardar el secreto de confesión.

—El viejo Sócrates me ha dicho que le encuentra en un estado muy avanzado y él no suele equivocarse —prosiguió Nicholls—. El patrón le llamó a su cabina anoche. Todo estaba manchado de sangre y el pobre se destrozaba los pulmones tosiendo. Un ataque agudo de hemoptisis. Brooks lo sospechaba hace ya mucho tiempo, pero el Capitán nunca le dejó que lo reconociese. Y dice Brooks que dentro de unos días no podrá resistir más. —Se interrumpió para mirar rápidamente al sacerdote—. Hablo demasiado —dijo en tono brusco—. Me estoy haciendo tan charlatán como Winthrop. Menos mal que no me habrá oído. No he debido hablarte de esto porque es una violación del secreto profesional. No sueltes ni palabra de lo que me has oído, Andy.

—Claro, hombre, estate tranquilo. —Hubo una larga pausa—. Pero dime, Johnny, ¿se está muriendo?

—Exactamente. Vamos, Andy.

Veinte minutos después bajó Nicholls a la enfermería. Empezaba a disminuir la luz y el *Ulysses* daba fuertes balanceos. Brooks estaba en la enfermería.

—Buenas tardes, señor. ¿No le importa que me quede esta noche aquí?

Brooks lo miró pensativo:

—Las ordenanzas dicen que el lugar del oficial médico auxiliar está a popa, en la cámara de máquinas, durante el zafarrancho. Y yo no puedo...

—Se lo pido por favor.

—¿Por qué? ¿Se siente usted muy solo, es por pereza, quizás esté demasiado cansado? —El gesto simpático quitaba a estas palabras toda ofensa.

—No, simple curiosidad. Quiero observar las reacciones del fogonero Riley y de sus amigos cuando hable el Capitán. Puedo aprender mucho.

—¿De modo que tenemos aquí a Sherlock Nicholls? Muy bien, Johnnie. Telefonee a popa y dígame al oficial del registro de averías que está usted muy ocupado en una operación importante o lo primero que se le ocurra. Por desgracia es muy fácil engañar a nuestra gente.

Nicholls sonrió y cogió el teléfono.

Cuando sonó la corneta anunciando la guardia del anochecer, Nicholls estaba sentado en la enfermería. Las luces estaban encendidas y las cortinas casi totalmente echadas. Desde allí dominaba Nicholls toda la enfermería. Cinco de los hombres estaban dormidos. Otros dos, Petersen, el gigantesco semioruego y semiescocés, el

fogonero de habla lenta y gestos pesados, y Burgess, el moreno londinense de los barrios bajos, se hallaban sentados en la cama hablando en voz baja sin dejar de mirar al corpulento paciente tendido entre ellos: el fogonero Riley.

Alfred O'Hara Riley había decidido, siendo aún casi un chiquillo, dedicarse a la carrera del crimen, y aunque la vida lo había baqueteado en innumerables vicisitudes, se había aferrado a aquella primera resolución del modo más firme. Esta férrea voluntad por salirse con la suya habría sido de lo más encomiable si la hubiera aplicado a otra actividad y podría haberle rendido grandes provechos. Pero Riley nunca mereció elogios ni logró provecho alguno.

Cada cual es aquello en que le convierte la herencia y el medio ambiente. Riley no era una excepción, y Nicholls, que sabía algo de sus comienzos, reconocía que la vida no le había dado todavía al forzado fogonero una verdadera oportunidad. Aquel hombre había sido desde un principio un paria de la sociedad. Su madre era una borracha analfabeta que tuvo al chico en uno de los peores suburbios de Liverpool, entre suciedad, fiebres constantes y una multitud de desgraciados que atestaban aquellas casuchas. Además, su figura peluda, de orangután, con la mandíbula poderosa y prognática, la boca torcida, la nariz de anchas aletas que al oler se movían como las de un animal y sus ojillos negros y astutos que bizqueaban bajo el pequeño espacio libre entre las cejas y el comienzo del cabello, unos ojillos que reflejaban con toda exactitud la escasa capacidad mental del individuo... todo ello parecía hecho a propósito para el camino que él se había propuesto seguir en la vida. Nicholls lo contempló sin que la repulsión que le inspiraba le hiciera condenarlo. Por un instante, vislumbró la tragedia de lo inevitable.

Riley nunca había sido un criminal triunfante. Su inteligencia de mono no le había permitido llegar a más. Lo curioso era cómo se daba cuenta él de sus limitaciones y cómo había renunciado decididamente a las formas más sutiles y elevadas —si cabe decirlo así— de la criminalidad. Se había especializado, naturalmente, en el robo, sobre todo en robos con violencia. Había estado en la cárcel seis veces, la última durante dos años.

El hecho de que se le hubiera permitido la entrada en la Marina era un misterio que extrañaba al propio Riley tanto como a las autoridades que le habían alistado. Pero Riley aceptó esta última desgracia con bastante ecuanimidad y pasó por los cuarteles navales de Portsmouth como un huracán por un campo de trigo, dejando tras él un rastro de maletas abiertas a navajazos, y carteras vaciadas. Fue detenido sin gran dificultad y encerrado durante sesenta días. Luego lo metieron en el *Ulysses* de fogonero.

Sus hazañas criminales a bordo del *Ulysses* habían sido breves y dolorosas para él. Su primer intento de robo fue el único: un burdo intento de desvalijar el rancho de los sargentos. Lo cogieron con las manos en la masa los sargentos Evans y MacIntosh. Prefirieron no denunciarle, y como consecuencia del castigo privado que le impusieron, Riley se pasó los tres días siguientes en la enfermería. Su versión era

que se había caído de una escala a una altura de seis metros. Pero todos conocían lo ocurrido, y Turner había recomendado que no se le procesara. Con gran sorpresa de todos, y más que nadie del propio Riley, Dodson, el jefe de máquinas, insistió en que le dieran una última oportunidad.

Desde entonces, y hacía cuatro meses de aquello, Riley había limitado sus actividades a alborotar y fastidiar en todo lo que podía. Por una reacción que a primera vista parecía ilógica, pero que en el fondo era comprensible, su breve encuentro con los sargentos de infantería de Marina le hizo renunciar a su apática tolerancia de la disciplina naval y en cambio le tomó odio africano a cuanto se relacionase con la Marina. Como agitador había logrado éxitos que no pudo conseguir en su vida de criminal. Desde luego, disponía en el barco de un fértil campo de operaciones; pero hay que reconocer el mérito —si puede emplearse esta palabra— de su astucia y habilidad manual y de la influencia que ejercía sobre sus compañeros. Su voz intensa y ronca, su seriedad imperturbable, sus ojillos hundidos, daban a Riley un extraño poder elemental, un prestigio de fuerza bruta y primitiva que había empleado hasta el máximo pocos días antes cuando desencadenó el motín que causó la muerte del fogonero Ralston y del soldado de infantería de Marina que apareció muerto misteriosamente con el cuello roto. Sin duda alguna, ambas muertes había que atribuírselas a Riley; y también era indudable que nunca se le podrían demostrar. Nicholls se preguntaba ahora qué nuevas maldades se estarían incubando bajo aquellas espesas cejas y a la vez pensaba cómo era posible que aquel mismo Riley estuviera siempre exponiéndose a castigos por su afán de llevar a bordo del *Ulysses* y de cuidar cariñosamente todos los gatos que encontraba sin dueño y todos los pajaritos con las alas rotas, que encontraba en su camino.

Sonó el altavoz, cortando en seco los pensamientos de Nicholls y haciendo callar los murmullos de la enfermería. Y no sólo allí, sino en todo el barco, en las torres, en los pañoles, en las cámaras de máquinas y de calderas, encima y debajo de cubierta, cesó toda conversación. Una gran tensión dominó al barco. Se sentía como algo tangible y casi visible, la opresión de los hombres de la dotación, setecientos treinta entre marineros y oficiales: «Habla el Capitán. Buenas tardes». Era una voz tranquila, bien modulada, que no revelaba tensión ni cansancio. «Como saben todos ustedes, es mi costumbre informarles, al comienzo de cada viaje, lo antes posible, de lo que les espera. Creo que tienen ustedes derecho a saberlo y que mi deber es informarles. No es siempre un deber agradable; nunca lo ha sido en estos últimos meses. Sin embargo, ahora puedo hablarles casi con alegría». La voz hizo una pausa y luego brotaron de nuevo las palabras, lentas y medidas: «Ésta es nuestra última operación como unidad de la *Home Fleet*. Dentro de un mes, si Dios quiere, estaremos en el Mediterráneo».

«Buena preparación», pensó Nicholls. «Sabe dorar la píldora». Pero el Capitán tenía otras ideas.

«Sin embargo, caballeros, hemos de concentrarnos ahora en la tarea que se nos

presenta. Será el mismo trago: otra vez Murmansk. Estamos citados a las 1030 del miércoles, al norte de Islandia, con el convoy procedente de Halifax.

»Este convoy se compone de dieciocho barcos grandes y rápidos... Todos ellos hacen quince nudos o más. Éste será nuestro tercer convoy a Rusia, caballeros: el FR77, para que puedan ustedes contárselo a sus nietos», añadió con absoluta seriedad. «Estos barcos llevan tanques, aeroplanos y gasolina para la aviación: nada más que eso.

»No intentaré ocultarles el peligro de esta operación. De sobra saben ustedes la situación desesperada en que se halla hoy Rusia, y cómo necesita con toda urgencia armas y combustible. Y tengan ustedes la seguridad de que los alemanes también lo saben y que su servicio secreto les habrá informado ya a estas horas de la naturaleza de este convoy y la fecha en que hemos zarpado». Se interrumpió. De pronto resonó en el silencio profundo del barco la tos bronca que el pañuelo apretado a la boca no lograba amortiguar. Por fin, pudo proseguir, aunque más lentamente: «En este convoy hay bastantes cazas y la suficiente gasolina como para cambiar el rumbo de la guerra en Rusia. Los nazis no se detendrán en nada..., repito, en nada..., para impedir que este convoy llegue a Rusia.

»Nunca he intentado engañarles a ustedes ni ilusionarles tontamente. Tampoco lo haré ahora. Por eso, he de advertirles que las cosas no se presentan bien. Como factores favorables contamos con nuestra velocidad y, así quiero esperarlo, con el elemento de sorpresa. Trataremos de abrirnos paso directamente hacia el cabo del Norte.

»Pero tenemos en contra cuatro factores de gran importancia: Todos ustedes habrán notado que el tiempo sigue empeorando y que no lleva trazas de mejorar. Temo que nos encontremos con unas condiciones atmosféricas anormales. Quiero decir, anormales aun para el mar Ártico. No niego que este mal tiempo podría impedir los ataques de los submarinos. Pero fíjense bien que sólo digo “podría”, y por otra parte el mal tiempo puede significar la pérdida de alguna de las unidades más pequeñas y débiles de nuestra barrera de protección y podemos tener casi la seguridad de que con este tiempo no podremos utilizar los aviones que llevamos».

«Dios mío, el patrón ha perdido la cabeza», pensó Nicholls. «Con lo que ha dicho hay suficiente para acabar con la poca moral que nos queda, si es que aún hay alguna. ¿Cómo demonios habrá podido...?».

«Además», continuó la voz inexorable y con absoluta calma, «no llevamos en este convoy barcos de salvamento. La operación FR77 no puede detenerse; no hay tiempo para salvar nada. Todos ustedes saben lo que les sucedió al *Stockport* y al *Zafaaran*. Se hallan ustedes mucho más seguros donde están^[6].

»Dos o quizás tres manadas de submarinos recorren el área de los setenta grados de latitud y nuestros agentes en el norte de Noruega nos informan de que hay por allí una gran concentración de bombarderos alemanes de todos los tipos.

»Por último, tenemos motivos para creer que el *Tirpitz* se prepara para zarpar».

Hizo otra pausa que esta vez parecía interminable. Era como si el capitán conociese la tremenda impresión que habían causado sus últimas palabras y quisiera dar tiempo para que éstas se grabaran aún mejor en el ánimo de todos. «No necesito decirles lo que todo esto significa. Los alemanes son capaces de arriesgar el *Tirpitz* con tal de detener al convoy. El Almirantazgo cree que lo harán. Durante la última parte del viaje, importantes unidades de la *Home Fleet*, incluyendo quizás a los portaaviones *Victorious* y *Furious* y tres cruceros, seguirán nuestra ruta paralelamente a una distancia de doce horas de marcha. Estas unidades llevan mucho tiempo esperando y nosotros seremos el cebo para que salte la trampa...

»Es posible que las cosas nos vayan muy mal. Los planes mejor trazados... o quizá suceda que la trampa tarde demasiado en cerrarse. Y a pesar de todo, este convoy tendrá que proseguir su ruta. Si los portaaviones no pueden cubrimos, el *Ulysses* habrá de proteger la retirada del FR77. Ya sabrán ustedes lo que esto significa. Espero que todo haya quedado perfectamente claro».

Se produjo otro ataque de tos y luego un silencio aún más largo que los anteriores. Después, la voz del Capitán había cambiado de tono por completo. Hablaba como en la conversación más corriente, aparentando no darle importancia alguna a lo que decía:

«Sé lo que estoy pidiéndoles a ustedes. Sé lo cansados y descorazonados que se sienten. Sé muy bien, y nadie lo sabe mejor que yo, por todo lo que han pasado ustedes, y lo muchísimo que necesitan y merecen un descanso. Y lo tendrán. Van a descansar a gusto todos ustedes en cuanto lleguemos a Portsmouth el dieciocho. Un permiso de diez días, y luego a Alejandría para prepararnos de nuevo... Pero antes de ese descanso... en fin, ya sé que parece cruel e inhumano, y así debe de parecérselo a ustedes, pedirles que hagan otra vez el mismo esfuerzo, que pasen de nuevo por lo mismo, pero en condiciones aún más duras. No puedo evitarlo... nadie puede evitarlo». Ahora separaba cada frase con un largo silencio y era difícil entenderle, ya que las palabras sonaban distantes y muy apagadas, como si el Capitán las estuviese murmurando para sí mismo.

«Nadie tiene derecho a exigirles a ustedes que lo hagan y yo menos que nadie... menos que nadie. Pero sé, estoy convencido de que lo harán. Sé que no me dejarán ustedes quedar mal. Tengo la absoluta convicción de que sacarán adelante al *Ulysses*. Buena suerte. Buena suerte y que Dios bendiga a todos ustedes. Buenas noches».

Los altavoces quedaron cortados, pero el silencio siguió flotando dramáticamente en el aire. Nadie hablaba. Nadie se movía. Ni siquiera se movían los ojos. Los que habían estado mirando a los altavoces, seguían con la mirada clavada en ellos sin verlos; o se miraban las manos; o fingían contemplar las colillas aún encendidas de los prohibidos cigarrillos sin prestar atención al acre humo que les irritaba los ojos. Era como si cada uno de los hombres quisiera estar solo para contemplarse por dentro

y supiera que le bastaba mirar a otro a los ojos para estar ya acompañado. Un extraño silencio, un silencio sobrenatural, la comprensión general sin palabras, un entendimiento colectivo que muy raras veces se da en la humanidad: el velo se levanta y vuelve a caer en seguida; el hombre no podrá recordar ya lo que ha visto, pero está seguro de haber visto algo y de que nada será ya como antes. Esto ocurre muy raras veces, tan pocas que es una lástima; es como un fragmento de una gran sinfonía, como la terrible calma que se abate sobre las monumentales plazas de toros de Madrid y Barcelona cuando la espada del más grande de los matadores se encamina derecha al punto mortal. Y los españoles tienen para esto una espléndida expresión: «la hora de la verdad».

El reloj de la enfermería estuvo sonando un minuto, o quizá dos, con un tic-tac anormalmente ruidoso. Con un profundo suspiro (parecía haber pasado un siglo desde que lanzó el anterior) empujó Nicholls la puerta corrediza de la cortina y encendió la luz. Miró a Brooks y en seguida apartó la vista.

—¿Qué tal, Johnny? —La voz era suave, casi zumbona.

—Pues no sé, señor; no sé en absoluto qué pensar. —Nicholls movía la cabeza—. Al principio creí que iba a ponerlo todo trágico. Pero cuando le oí decir que esta vez le alegraba poder darnos la buena noticia de que era el último viaje de la serie... me dije: «Está suavizando el asunto». ¡Sí, sí, suavizar! En seguida vi que había llevado yo razón en mi primera idea: empezó a amontonar tempestades, el *Tirpitz*, hordas de submarinos... y sin embargo... —Se le quedó la voz desflecada.

—Y, sin embargo, ¿qué? —dijo Brooks, burlón—. Lo que les pasa a ustedes los médicos jóvenes de hoy es que tienen demasiada inteligencia. Ya le vi a usted ahí, sentado en la sala de la enfermería, como un psiquiatra analizando los probables efectos del discurso en las mentes de esos guerreros heridos... y en cambio no prestando ni la menor atención al efecto que producía en el ánimo de usted mismo.

Después de un breve silencio, Brooks prosiguió:

—Ha sido una excelente maniobra psicológica, Johnny. No, ésa no es la palabra adecuada, porque nada premeditado hubo en ello. Pero, ¿no ha comprendido usted? El cuadro más tétrico que se podía pintar viene a decirles que esto va a ser una manera algo complicada de suicidarse. Nada de dorar la píldora, ninguna promesa... pero ha aludido a Alejandría como quien no quiere la cosa. Primero los anima, luego los precipita en el abismo. Nada que los induzca a sacrificarse, nada que les atraiga... y sin embargo, un atractivo tremendo... ¿Cuál ha sido ese atractivo, Johnny?

—No sé. —Nicholls estaba desconcertado. Levantó de pronto la cabeza y sonrió levemente—. Es posible que no haya ningún atractivo. Escuche. —La ronca voz de Riley era inconfundible en su profunda intensidad.

»... No ha dicho más que garambainas... ¿Alejandría? ¿El Mediterráneo? No os hagáis ilusiones, chicos. En la vida los veréis... Ni siquiera volveréis a ver Scapa Flow. ¡El capitán Richard Vallery, D.S.O.! ¿Queréis saber lo que pretende ese hijo de la gran...? Pues sólo quiere que le pongan otro galón. Ni más ni menos. Quizás una

gran condecoración. Pero no la tendrá. ¡Por Cristo, os juro que no la tendrá! Por lo menos, no la conseguirá a costa mía. Si yo puedo... impedirlo. “Sé que no me dejaréis quedar mal”, —imitaba burdamente, con voz de falsete, la del Capitán...— ¡Tío farsante! —Se calló unos momentos y siguió con mayor furia:

»¡Conque el *Tirpitz*! ¡Dios Todopoderoso! ¡El *Tirpitz*! ¡Y somos nosotros quienes vamos a pararlo! ¡Nosotros! Ese maldito acorazado de bolsillo... ¡Y dice que somos un cebo! —Levantó la voz—: Os digo, compañeros, que a ninguno de éstos le importamos nosotros un pito. ¡Derechos al cabo Norte! Nos están arrojando a los puñeteros lobos, y ese hijo de...

—¡Cállate! —le dijo, nervioso, Petersen, en un murmullo crispado. Extendió el brazo y Brooks y Nicholls oyeron perfectamente, sobresaltados, el crujido de los huesos de la muñeca de Riley al presionarlos el gigante—. Muchas veces me he preguntado, Riley —dijo Petersen con toda calma—, qué clase de hombre eres. Pero ya lo sé: ¡me das asco! —Soltó la mano de Riley y se volvió a su posición anterior, sentado en su cama.

Riley se frotaba la muñeca gimiendo de dolor. Luego se volvió hacia Petersen:

—Por amor de Dios, ¿qué te pasa? ¿Qué demonios...? —Se interrumpió bruscamente. Petersen le miraba fijamente y le siguió mirando un gran rato. El otro estaba aterrado. Por fin, pausadamente, el gigante se fue acomodando en la cama para dormir. Le volvió la espalda a Riley.

Brooks se levantó rápidamente, apagó las luces de la enfermería y cerró la puerta de separación con la sala de operaciones.

—¡Acto I, escena I! ¡Luces a la batería! ¿Comprende lo que digo, Johnny?

—Sí, señor. Por lo menos, creo entenderlo.

—No crea que esto va a durar mucho. Por lo menos, no seguirá con esa intensidad. —Y añadió con una mueca—: Pero ¡cualquiera sabe! Bien pudiera seguir lo mismo hasta Murmansk. Nunca se sabe.

—Ojalá dure hasta Murmansk, señor. Y gracias por la función. En fin, será preferible que me vaya a popa.

—Muy bien... Escuche, Johnny...

—Diga, señor.

—Ese cartelito que ha puesto a propósito de la escarlatina puede usted arrancarlo cuando salga y tirarlo a las profundidades marinas. No creo que lo necesitemos ya.

Nicholls sonrió y cerró la puerta tras él.

IV

LA NOCHE DEL LUNES

El zafarrancho del anochecer arrastró su interminable hora y por fin terminó. Aquella noche, como otras cien noches, no fue más que una constante irritación, una precaución que luego resultaba inútil y que ni siquiera justificaba su existencia y mucho menos su meticulosa disciplina. Por lo menos, así lo parecía. Pues aunque al amanecer eran ya una rutina los ataques del enemigo, al oscurecer casi nunca se habían producido. Desde luego, no ocurría así con los demás barcos, pero el *Ulysses* era un barco afortunado. Todo el mundo lo sabía. Hasta Vallery lo sabía, pero es que Vallery conocía también el porqué de esta suerte. La vigilancia era el primer artículo de su código naval.

Poco después del discurso del Capitán, el radar había descubierto que algo se acercaba. Con toda seguridad, era un aeroplano enemigo: el Comandante Westcliffe, primer oficial de armas aéreas, tenía ante él, en la cámara de control de la aviación, un mapa mural donde estaban señaladas todas las rutas de operaciones de los aparatos del Mando Costero y ésta era una área muy despejada. Pero nadie prestó la menor atención al informe, excepto Tyndall, que ordenó alterar en 45° el rumbo. Esta medida era tan rutinaria como el zafarrancho del anochecer en espera de ataques enemigos. Se trataba sencillamente del viejo amigo «Charlie», que iba una vez más a presentarles sus respetos.

«Charlie» (que solía ser un cuatrimotor Cóndor Focke-Wulf) era ya una institución para los convoyes a Rusia. Se había convertido para los marinos de la ruta de Murmansk en algo parecido a lo que había sido el albatros para los navegantes del siglo XIX, cuando surcaban las aguas del Sur allá por los turbulentos años cuarenta: un pájaro de mal agüero, temido por una parte y por otra aceptado casi amistosamente... e inmune a todo intento de destrucción. Aunque esta inmunidad obedecía, en lo relativo a «Charlie», a motivos muy diferentes que los del albatros. En los primeros días de la guerra, antes de intervenir los portaaviones de escolta, se pasaba «Charlie» el día entero, desde el amanecer hasta el anochecer, dando vueltas sobre los barcos y enviando a su base detallados informes de la posición del convoy. Por entonces tampoco formaban aún parte de éste los llamados *cam-ships*^[7].

Se dieron ciertos casos en que se intercambiaron señales entre los buques británicos y los aviones alemanes y sobre esto circularon centenares de historias apócrifas. Desde luego, era corriente que entre los enemigos hubiese un intercambio de bromas sobre el estado del tiempo. En varias ocasiones, «Charlie» había preguntado lastimeramente cuál era su posición. Como respuesta recibía los más

amables datos sobre su longitud y su latitud... datos que le situaban aproximadamente en el sur del Pacífico. Y por lo menos una docena de barcos británicos se atribuían la paternidad de esta historieta. El comodoro del convoy envió este mensaje: «Por favor, piloto enemigo, dé usted ahora las vueltas en sentido contrario. Nos tiene usted ya mareados». Y el «Charlie» de turno, con ejemplar cortesía, empezó efectivamente a dar las vueltas hacia el otro lado.

Sin embargo, en los últimos tiempos, la amabilidad brillaba por su ausencia, y «Charlie», que se había hecho más circunspecto con el transcurso del tiempo y la aparición cada vez más frecuente de eficaces cazas transportados por mejores barcos, solía presentarse únicamente al obscurecer. Su nuevo sistema era dar una sola y prudente vuelta sobre el convoy a gran altura y en seguida desaparecía en la obscuridad.

Aquella noche no fue una excepción. Los ingleses sólo vislumbraron un momento el Cóndor por entre la nieve que caía a ráfagas. «Charlie» informaría en seguida a sus superiores sobre la potencia, naturaleza y rumbo de la escuadra, aunque Tyndall dudaba mucho de que el servicio secreto alemán ignorase a aquellas alturas cuál era el rumbo del convoy británico. Una fuerza naval, cerca del 62° de latitud, al este de las islas Feroe y dirigiéndose hacia el NNE, no tendría ningún sentido para ellos, sobre todo cuando sabrían ya a aquellas horas que de Halifax había zarpado un convoy. No serían precisos cálculos muy complicados para deducir que dos y dos eran cuatro, por lo menos en aquella ocasión.

Ni siquiera se intentó lanzar los Seafires, los únicos cazas con alguna probabilidad de alcanzar al Cóndor, antes de que éste desapareciese en la noche. Localizar, de regreso, al portaaviones, en la obscuridad total y entre la nieve, era de enorme dificultad a pesar de las señales que se hicieran. Y en el mejor de los casos, tomar contacto con la pista del portaaviones en plena obscuridad era exponerse a perder al avión y al piloto. La pista, con la nieve y los bandazos, era una trampa mortal. Y si un Seafire caía al mar, con su fuselaje en forma de torpedo y el enorme peso de su motor Merlin Rolls-Royce en su proa, seguía hundiéndose infaliblemente hasta el mismísimo fondo del mar.

Recuperando su rumbo, el *Ulysses* se dirigía imperturbable en busca de la tormenta que se estaba formando. Al terminar la guardia de combate, los marineros volvieron a la guardia normal defensiva con sus turnos de cuatro horas. Tampoco era un trabajo como para matarse: doce horas ocupados y doce de descanso. Pero es que no sólo se trataba de eso, sino que la dotación tenía que aguantar otras tres horas al día en la guardia de combate. Además, el tiempo dedicado a las comidas tenían que sacarlo de las horas de descanso (cuando había comidas), y en resumen, si se dormía de tres a cuatro horas, podía darse uno por muy satisfecho. No era lo corriente tener tan buena suerte. Cuarenta y ocho horas sin dormir no se consideraba una hazaña digna de comentarse.

Paso a paso, fracción a fracción, amenazadores, el mercurio y el barógrafo

descendían con un aterrador paralelismo. Las olas eran ya muy altas y los surcos entre ellas más profundos, sus pendientes más pronunciadas y el viento, que helaba los huesos, fustigaba a la nieve hasta formar con ella una cegadora cortina. Mala noche, noche sin sueño tanto para los hombres de guardia como para los que pretendían descansar.

En el puente, el Primer Teniente, el «Kapok Kid», los señaleros, el oficial de proyectores, los serviolas y mensajeros, contemplaban de pésimo humor la blanca noche y pensaban con dolorosa impaciencia en el momento de poder calentarse de nuevo. Todos ellos iban forrados con las prendas más heterogéneas: jerseys, capotes, abrigos, *duffels*, chusqueros, balaclavas, bufandas, cascos... Lo llevaban todo encima sin dejarse más abertura que una rendija a la altura de los ojos y, a pesar de todo, no cesaban de tiritar. Se abrazaba cada uno a sí mismo para darse un hipotético calor y ponía los pies sobre las tuberías de vapor que rodeaban al puente. A pesar de ello, se helaban. Los servicios de los *pom-poms* antiaéreos se acurrucaban desesperadamente en los huecos de los reductos de sus múltiples cañones, bailoteaban para que no se les helaran los pies, movían los brazos como condenados y lanzaban continuas palabrotas.

La guardia de estribor, en los ranchos de abajo, no lo pasaba mucho mejor. La dotación del *Ulysses* no disponía de literas, sino sólo de hamacas, y éstas nunca se tendían una vez fuera del puerto. Para ello había muy sensatas razones. La higiene en un barco de guerra es cosa de la mayor importancia y se cuida todo más aún que en la mayoría de los hogares civiles. Pues bien, no es corriente que un marinero se decida a meterse en su hamaca completamente vestido, pero en los convoyes a Rusia, nadie está tan loco como para desvestirse. Además, un hombre agotado por el cansancio tiene que considerar la tarea de prepararse la hamaca (desatar, atar, tensar) como un cruel martirio. Para colmo, ¡el trabajo de subirse a ella y, sobre todo, la perspectiva de perder unos minutos en tirarse abajo de ella en un momento de gran prisa, puede significar el margen entre la vida y la muerte! Es más, la misma existencia de las hamacas en el rancho supondría un gran peligro para todos porque les impediría la rapidez de movimientos. Y en una noche de mar revuelta como aquélla, con un cabeceo acentuadísimo, no hay un sitio más molesto que una hamaca tendida en los ranchos a popa o a proa.

Así, que los hombres dormían donde buenamente podían, completamente vestidos, hasta con los guantes. Sobre las mesas y debajo de las mesas, en estrechos taburetes, en el suelo, sobre bultos de hamacas enrolladas... en fin, en todas partes. El sitio más solicitado de todo el barco era sobre las caldeadas planchas de acero de la cubierta en el callejón de la cocina. Aquello era de noche un túnel espectral iluminado sólo por una inquietante luz roja. Y otro motivo por el que tenía tantos adeptos este pasillo era porque sólo estaba separado de la cubierta alta por un leve tejadillo, a tres metros. El miedo de verse aprisionado bajo cubierta en un naufragio está siempre latente en la gente de mar.

Y hasta bajo cubierta hacía un frío espantoso. Los sistemas de calefacción por aire caliente sólo funcionaban bien en los ranchos «B» y «C», pero aun en ellos no subía apenas la temperatura de los cero grados. La atmósfera era allí húmeda e irrespirable, aparte del frío... Un campo ideal de cultivo para la tuberculosis, como temía el Comandante-Médico Brooks. En tales condiciones, unidas además al constante balanceo del buque y a las súbitas vibraciones que se producían cada vez que la proa se hundía, era casi imposible dormir. Lo más que se conseguía era un duermevela inquieto, lleno de sobresaltos.

Casi todos dormían —o procuraban dormir— con la cabeza apoyada en un salvavidas inflado. Los llenaban de aire, los doblaban luego y los sujetaban pegándoles esparadrapo. Así conseguían una especie de almohada bastante aceptable. Sólo se empleaban los salvavidas para esta finalidad, aunque las ordenanzas exigían severamente que habían de llevarlos durante los zafarranchos o simplemente al entrar en aguas enemigas. Los primeros que desobedecían estas órdenes eran los oficiales encargados de hacerlas cumplir. Por otra parte, había que reconocer que los voluminosos equipos que llevaban por aquellas latitudes contenían el aire suficiente para mantener a flote a un hombre durante tres minutos por lo menos, y si en ese tiempo no lo salvaban, se ahogaría ya de todos modos, con salvavidas o sin él. Lo que mata es el *shock* el tremendo *shock* de meterse bruscamente en el agua un cuerpo que está a la temperatura de 96° Fahrenheit y que de pronto se encuentra a setenta grados menos, ya que en el Ártico la temperatura del agua suele estar a punto de hielo. Y lo que es peor, el viento, también helado, pincha como con un millar de estiletes la ropa empapada del hombre que ha estado sumergido en el mar, y el corazón, con el cambio casi instantáneo de 100° F. en la temperatura del cuerpo, sencillamente, se queda parado. Pero dicen que es una muerte misericordiosa y amable por lo rápida.

Diez minutos antes de la medianoche, el Comandante y Marshall se dirigieron al puente. Incluso a aquella hora tan avanzada y con un tiempo tan horrible, el Comandante seguía siendo la misma persona imperturbable y alegre, fino y «piratesco», una especie de bucanero elisabetiano redivivo. Aquel hombre tenía una extraordinaria ansia de vivir. Como siempre, llevaba echada a la espalda la capucha del *duffel* y la bordada visera de su gorra quedaba pícaramente ladeada. Buscó a tientas la manilla del portillo del puente, entró, se estuvo unos momentos habituándose a la obscuridad hasta que localizó al Primer Teniente y le dio una jovial palmada en la espalda.

—Bueno, hombre, ¿qué tal va la nochecita? —gritó entre risas—. Supongo que la situación, como de costumbre, estará fuera de nuestro control. Pero, ¿dónde diablos se han metido nuestros pollitos en una noche tan agradable como esta? —Miró hacia afuera, trató de ver algo y luego lo dejó por imposible—. Supongo que todos se habrán ido al infierno o un poco más allá, ¿eh? —Con lo de «pollitos» se refería a los

demás barcos.

—No está la cosa tan mal —dijo Carrington sonriéndose. Era un oficial de la reserva y ex-Capitán de la Marina mercante en quien Vallery tenía absoluta confianza. El Teniente Comandante Carrington era, por lo general, un hombre taciturno. Raras veces se le veía sonreír. Pero se había establecido una sólida relación entre él y Turner, ese vínculo profesional fraguado con un profundo respeto mutuo que se tienen siempre dos excepcionales marinos.

—A ratos podemos distinguir los portaaviones. De todos modos, Bowden y sus chicos del radar los tienen bien localizados. Por lo menos eso dicen ellos.

—Más vale que Bowden no le oiga hablar a la ligera del radar —le dijo Marshall—. No olvide que el radar es la única conquista seria del hombre desde que bajó de los árboles. —Tiritó sin poderse contener—. Desde luego, me gustaría tener su trabajo. —Y añadió preocupado—: ¡Esto es peor que el invierno en Alberta!

—¡Qué tontería, hombre, qué tontería! —exclamó el Comandante como si hubiera oído un chiste—. Es que los jóvenes de hoy son ustedes unos decadentes. Esta vida que llevamos nosotros es la única digna de un ser humano que se respete a sí mismo. —Husmeó el aire helado como si se tratase de un aroma delicioso y se volvió hacia Carrington—. ¿Quién está con usted esta noche, Número Uno?

Una oscura silueta se destacó de la bitácora y se acercó hacia él.

—Ah, aquí está usted. Bueno, bueno; apuesto lo que sea a que éste es el mismísimo Oficial de derrota, el Honorable Carpenter, ataviado con la máxima elegancia de un irreprochable *gentleman*. ¿Sabe usted, Piloto, que con ese atuendo parece usted algo así como un cruce entre un buzo y el anuncio de los neumáticos Michelin?

—¡Ja! —dijo el Kapok Kid haciéndose el ofendido—. Ríase de mí mientras pueda, señor. —Se acarició el pecho almohadillado—. Espérese a que estemos todos nosotros zambullidos ahí abajo y, mientras los demás se hielan o se van derechos al fondo, yo siga flotando bien calentito y completamente seco por dentro. Me llaman el «Chico del *Kapok*», pero ya verán ustedes como gracias al *kapok* podré hasta fumar algún que otro cigarrillo en el agua...

—¡Basta! ¡Retírese, presumido!... ¿Rumbo, Número Uno?

—Tres-veinte, señor. Quince nudos.

—¿Y el Capitán?

—En la protectriz.

Carrington volvió la cabeza para señalar con el gesto la caseta circular de acero reforzado situada al extremo de popa del puente. Sobre ese refugio, llamado protectriz, se asienta la torre principal de dirección, los circuitos de control que se comunican con una central situada en la caseta. Una espartana litera, casi un sencillo banco, está allí a disposición del Capitán.

—Espero que esté durmiendo —añadió Carrington—, pero mucho lo dudo. Ordenó que se le despertase a medianoche.

—¿Por qué? —preguntó Turner.

—Ah, no sé. Supongo que por rutina. Para ver cómo van las cosas.

—Cancele la orden —dijo Turner con toda seriedad—. El Capitán debe aprender a obedecer como todos los demás... sobre todo las órdenes del médico. Asumo toda la responsabilidad. Buenas noches, Número Uno.

El portillo se cerró y Marshall se volvió inseguro hacia el Comandante.

—El Capitán, señor... Bueno, sé que no debía meterme en esto; pero ¿es que está enfermo?

Turner miró rápidamente en torno suyo. Habló en voz insólitamente baja, él que todo lo decía a gritos:

—Si Brooks se saliera con la suya, el buen viejo estaría en el hospital, en tierra. —Después de unos momentos de silencio, añadió—: Y aun así sería demasiado tarde.

Marshall no dijo nada. Se movió inquieto y acabó por dirigirse hacia popa hasta donde estaban los proyectores. Durante cinco minutos estuvo oyendo el Comandante un murmullo de voces. Miró a Marshall con curiosidad cuando regresó.

—Es Ralston, señor —explicó el Oficial de torpedos—. Ese hombre no habla con nadie... En último caso, hablaría conmigo.

—Y, ¿le habla?

—Sí, señor; pero sólo lo que él quiere. No suelta prenda. Es como si llevase colgado al cuello un letrero que dijese: «Privado. Prohibida la entrada». Por supuesto, es muy cortés. Pero no hay manera de abordarlo. No sé qué hacer con él.

—Déjelo tranquilo —le aconsejó Turner—. Es lo único que podemos hacer. —Movió la cabeza—. ¡Dios mío, qué mal ha tratado la vida a ese chico!

De nuevo se callaron. La nieve cesaba ya y el viento aumentaba su fuerza. Aullaba fantásticamente en los palos y en el aparejo formando una salvaje armonía con el obsesionante ping-pong del Asdic. Sonidos que ponían los nervios de punta y que despertaban en el alma innumbrables y atávicos terrores de miles de años atrás, terrores enterrados bajo la presión de la civilización. Diabólica e infernal orquesta cuya feroz sinfonía acababa produciendo un odio mortal.

Las doce y media, la una, la una y media... Turner pensaba añorante en el café y el cacao. ¿Café o cacao? Decidió que sería cacao, bien cargado y casi hirviendo. Se volvió a Chrysler, el mensajero del puente, hermano menor del primer operador del Asdic.

«Radio... Puente. Radio... Puente». El altavoz situado sobre la cabina del Asdic llamaba urgentemente y con insistencia. Turner dió un brinco y cogió el transmisor de mano. Gritó que estaba allí.

«Señal del *Sirrus*. Ecos, proa a babor, 300, se aproximan, fuertes. Repito: ecos, proa a babor, fuertes, se aproximan».

—¿Ecos? ¿Dijo usted «ecos»?

—«Ecos», señor. Repito: «ecos».

Mientras hablaba, Turner había apoyado la mano en la brillante fosforescencia de

la palanca que accionaba la señal de alarma para la llamada a zafarrancho de combate.

De todos los sonidos de este mundo, ninguno hay que se grabe más imborrablemente en la memoria de un hombre que el de E.A.S.^[8] No existe ningún otro sonido que se le parezca ni siquiera remotamente. No hay en él nada de noble ni de marcial ni que remueva la sangre heroicamente. Es tan sólo un pitido cuyo diapasón está casi en el límite máximo de la audiofrecuencia, un pitido alterno, penetrante, atónico, que comunica al oyente una impresión de desesperada urgencia y de extremado peligro. Como un cuchillo, se hunde en el cerebro más dormido y, por muy cansado que esté un hombre, por muy debilitado e inconsciente que se halle en el más profundo de los sueños, lo pone en pie en un instante con el pulso acelerado y dispuesto a afrontar lo desconocido, con la adrenalina saltándole en la sangre.

A los dos minutos el *Ulysses* tenía a todos los hombres en sus puestos de acción. El Comandante se había trasladado a la torre auxiliar de dirección, a popa. Vallery y Tyndall estaban en el puente. El *Sirrus*, a dos millas a babor, siguió en contacto con el enemigo durante otra media hora. El *Viking* se destacó para ayudarlo y bajo la cubierta del *Ulysses* se oían claramente a intervalos regulares las peculiares explosiones de las cargas de profundidad. Por último, el *Sirrus* comunicó: «No tuvimos buen éxito. Perdimos el contacto. Esperamos que no hayan sido molestados».

Tyndall llamó a los dos destructores y la corneta anunció en el *Ulysses* que había pasado la alarma.

Vuelto al puente, el Comandante envió a buscar el cacao que la alarma le había impedido tomar. Chrysler fue a buscarlo a la cocina de proa, la de los marineros, ya que al Comandante no le gustaba en absoluto el aguado brebaje que preparaban para los oficiales. Y volvió con un humeante jarro y una ristra de pichelos con las asas atadas por un alambre. Turner contempló con admiración la resistencia con que el denso y viscoso líquido se vertía por encima del borde de la jarra e hizo un gesto de satisfacción cuando lo probó. Chascó los labios y lanzó un suspiro de contento.

—¡Excelente, joven Chrysler, excelente! Tiene usted el don de buscarme el mejor cacao.

Se retiró a la caseta de derrota, exactamente detrás de la plataforma de la aguja y cerró la puerta. Se relajó en la silla, colocó el pichel en la mesa y los pies encima de ésta y aspiró profundamente el humo del cigarrillo que acababa de encender. Entonces, de un brinco se puso en pie exhalando maldiciones: el altavoz había empezado a graznar.

Esta vez era el *Port-Patrick*. Por una u otra razón, los comunicados de este barco eran recibidos con mucha reserva por el alto mando, pero esta vez insistía tanto que el Comandante Turner no tuvo más remedio que hacer funcionar la alarma.

Veinte minutos después estaba todo tranquilo otra vez, pero el Comandante no había de tomarse su cacao aquella noche. Tres veces más durante las horas de

obscuridad tuvo que ponerse toda la dotación en estado de alarma y sólo unos minutos después de terminar la última, tocaba ya la corneta para el servicio del amanecer.

En realidad no era lo que solemos entender por alba, sino una vaga e imperceptible claridad en el cielo, una helada y tétrica luz grisácea que iba aclarándose muy despacio mientras los hombres ocupaban sus puestos cansadamente. Esto era entonces la guerra en las aguas del Norte. No había muerte ni glorias heroicas, ni tonantes cañones, ni Oerlikons escupiendo fuego ni la exaltación bélica del espíritu ni una lucha épica: sólo unos hombres destrozados por el cansancio, condenados a no dormir, aniquilados de frío, unos hombres envueltos en ropas húmedas y manchadas que se tambaleaban al andar de tanta debilidad y hambre y fatiga y que iban cargados de recuerdos, de tensiones y de todo el agotamiento físico acumulado en cien noches como aquélla.

Vallery, como siempre, estaba en el puente. Aunque tan cortés, amable y considerado como siempre, presentaba un aspecto terrible. Su cara tenía un color malísimo, con los ojos inyectados en sangre y muy hundidos, con marcadísimas ojeras y los labios sin sangre. La fuerte hemorragia de la noche anterior y el no haber dormido en absoluto le habían debilitado aún más sus casi agotadas energías.

En la media luz fué surgiendo poco a poco la escuadra. Parecía milagroso que la mayoría de los barcos se mantuvieran en su posición. La fragata y el dragaminas estaban juntos y muy separados de los demás buques. Era de suponer que durante la noche no habían querido exponerse a tropezar con algún crucero pesado o un portaaviones. Tyndall lo comprendió y nada dijo. El *Invader* había perdido su posición durante la noche. Recibió una señal urgente y aceleró la marcha para colocarse de nuevo en su puesto. Avanzaba como a empujones por la mar gruesa.

A las 0800 terminó la última alarma. Y a las 0810 estaba abajo la guardia de babor preparándose el té, lavándose y formando cola ante la cocina para recoger las bandejas del desayuno, cuando una explosión sorda sacudió violentamente al *Ulysses*. Las toallas, el jabón, las tazas, los platos y las bandejas salieron volando. Amargados y blasfemos los hombres estaban ya en sus puestos de combate cuando empezó a sonar el toque de alarma.

A menos de media milla, el *Invader* giraba en un medio círculo y se escoraba peligrosamente. Había empezado a nevar otra vez, pero no con la suficiente intensidad como para obscurecer las grandes manchas de aceite negro y el humo que salía a proa del puente del *Invader*. Mientras los hombres del *Ulysses* lo contemplaban, el barco se inmovilizó, pero daba la impresión de que las enormes olas iban a tragárselo.

—¡Esos insensatos! —gritaba Tyndall, que estaba furioso injustamente. Ni siquiera era capaz de reconocer ante Vallery cuánto sentía el peso del mando que le aumentaba su irritabilidad casi crónica—. ¡Esto es lo que sucede, Capitán, cuando un barco se sale de su puesto! Y tengo yo la culpa tanto como ellos, porque he debido

mandarles un destructor para escoltarlo mientras se reintegraba a su sitio. —Miraba por sus prismáticos. Se volvió a Vallery—: Envíe una señal: «por favor informen daños»... Ese maldito submarino ha debido de seguirle desde la primera luz del amanecer. Habrá estado esperando la ocasión propicia.

Vallery callaba. Comprendía lo que estaría sintiendo Tyndall al ver alguno de sus barcos tan gravemente averiado o quizá hundiéndose. El *Invader* seguía escorado en un ángulo inverosímil y cada vez salía de él una columna más densa de humo. No se veían llamas.

—¿Quiere que vaya a investigar, señor? —preguntó Vallery.

Tyndall se mordió el labio inferior, pensativo. Vacilaba.

—Bueno... sí, es mejor que lo hagamos nosotros mismos. Ordene que siga la escuadra a la misma velocidad y con el mismo rumbo. Envíen señales al *Baliol* y al *Nairn* para que auxilien al *Invader*.

Vallery, observando cómo se comunicaban por las banderas con el *Invader*, se volvió al sentir que alguien le tocaba el codo.

—No fué un submarino, señor —el Kapok Kid estaba muy seguro de sí mismo—. Es imposible que al *Invader* le hayan torpedeado.

Tyndall lo estaba oyendo. Se volvió furioso hacia el infortunado piloto.

—¿Qué demonios sabe usted de eso, señor? —rugió. Y cuando el Almirante se dirigía a sus subordinados llamándoles «señor» era el momento de ponerse a salvo. Carpenter enrojeció hasta las raíces de sus cabellos rubios, pero no perdió terreno.

—Pues bien, señor, permítame que le diga en primer lugar que el *Sirrus* está cubriendo la banda de babor del *Invader* desde que usted le mandó regresar a su posición. Además el mar no está como para que un submarino pueda sostenerse con el periscopio fuera ni pueda preparar un torpedo. Y admitiendo que el submarino hubiese disparado, no habría sido un solo torpedo, sino por lo menos seis más, y desde ese ángulo de tiro el resto de la escuadra habría formado como un sólido muro detrás del *Invader*. Me parece evidente que no ha ocurrido así... Estuve tres años en submarinos, señor.

—¡Y yo diez! —chilló Tyndall—. Puras fantasías, Piloto, puras fantasías.

—No, señor —insistió Carpenter—. No se trata de fantasías. No es que pueda jurarlo —estaba mirando por los prismáticos—, pero estoy casi seguro de que el *Invader* se está levantando de popa y esto sólo puede ser porque su proa ha sido averiada o destrozada por una explosión por debajo de su línea de flotación. Tiene que haber sido una mina, señor, probablemente acústica.

—¡Ah claro, claro! —exclamó Tyndall con acritud—. Quiere usted decir una mina que han instalado los alemanes a seis mil pies de profundidad, ¿no es eso?

—Una mina *a la deriva*, señor —explicó Carpenter con toda paciencia—. O bien algún viejo torpedo acústico, ya que los torpedos alemanes no se hunden siempre. Sin embargo, me inclino a creer que ha sido una mina.

—Supongo que ahora va usted a decirme la marca y cuándo la pusieron —

vociferó Tyndall, que a pesar de todo estaba impresionado. Y no podía negar que el *Invader* se levantaba a popa aunque muy lentamente. El barco seguía aún defendiéndose a la desesperada en los profundos surcos entre las olas.

Un Aldis respondió a los guiños luminosos que enviaban desde el *Invader*. Bentley arrancó una hoja del bloque de señales y la entregó a Vallery.

—«Del *Invader* al Almirante» —leyó el Capitán—. «Estoy gravemente agujereado, por estribor hacia proa, muy profundamente. Creo fue mina a la deriva. Investigo extensión daños. Volveré pronto a informar».

Tyndall le cogió la hoja y volvió a leerla atentamente. Luego se dirigió a Carpenter y le sonrió.

—Tenía usted muchísima razón, muchacho. Por favor, acepte las excusas de este viejo gruñón.

Carpenter, que de nuevo había enrojecido, murmuró unas palabras y se marchó. Tyndall hizo una cómica mueca mirando al Capitán y luego se quedó pensativo.

—Creo que debemos hablarle personalmente, Capitán. Se llama Barlow, ¿no? Haga una señal.

Bajaron dos cubiertas y entraron en la cámara de control de la aviación. Westcliffe le cedió su silla al Almirante.

—¿El capitán Barlow? —dijo Tyndall por el micrófono.

—Al habla. —La voz salía por el altavoz situado encima de su cabeza.

—Aquí el Almirante. Capitán, ¿cómo va eso?

—Nos arreglaremos, señor. Hemos perdido casi toda la proa. Varias bajas. Fuegos de gasolina, pero los dominamos. Los maquinistas y los equipos de salvamento están haciendo una buena labor.

—¿Podrá seguir, Capitán?

—Me arriesgaré, señor.

—¿Cree usted que podrá llegar a la base?

—Con este viento y este mar detrás de nosotros creo que sí. Desde luego, tardaré de tres a cuatro días.

—Entonces muy bien. Márchese usted. Sin proa no nos servirá de gran cosa. Pésima suerte, Capitán Barlow. Lo siento. Además, oiga, le dejo a usted el *Baliol* y el *Nairn* para que lo escolten y avisaré por radio para que salga a su encuentro un remolcador capaz de internarse en alta mar... por si acaso.

—Gracias, señor. Se lo agradecemos mucho. Y algo más... ¿Nos permite vaciar los tanques de combustible para la escuadra, a estribor? Se nos ha metido mucha agua y no podremos librarnos de toda ella. La única manera de recobrar la estiba...

Tyndall suspiró.

—Vaya; lo estaba esperando. No podemos retirarlo con este tiempo; de modo que tírelo usted, Capitán. Buena suerte. Adiós, Capitán.

—Muchísimas gracias, señor. Adiós.

Veinte minutos después el *Ulysses* volvía a ocupar su puesto en la escuadra. Poco

más allá vieron al *Invader* que navegaba mejor, rumbo al sureste, llevando a un lado el destructor y al otro la fragata. Cuando transcurrieran otros diez minutos, los hombres del *Ulysses* habrían perdido de vista aquellos tres barcos que la nieve ocultaría en seguida. Se habían marchado tres buques y seguían once, pero eran los once los que se sentían más solos.

V

MARTES

Pronto fueron olvidados el *Invader* y sus penalidades. No tardaría la 14 Flota de Portaaviones en tener suficientes y más que suficientes motivos para cuidar sólo de sí misma. Tenía que habérselas con un enemigo mucho más elemental y más mortífero que cualquier mina o submarino.

Tyndall se sujetó con más fuerza para protegerse del cabeceo y de los bandazos y miró a Vallery. Pensó que éste debía de encontrarse muy enfermo. Era la décima vez que lo pensaba aquella mañana.

—¿Qué le parece, Capitán? ¿Cree usted que este tiempo va a mejorar?

—Al contrario, señor. Se nos ha puesto en contra. Carrington ha pasado seis años en las Indias Occidentales y ha padecido doce huracanes. Dice que ha visto bajar el barómetro más que ahora, pero nunca conoció un caso en que la presión descendiera con tanta rapidez en estas latitudes. Por lo visto, esto no es más que el prólogo.

—Pues para ser un prólogo, resulta muy interesante —dijo Tyndall, de pésimo humor. En efecto, el viento se mantenía con la misma intensidad: fuerza 9 en la escala Beaufort; y la nieve había dejado de caer. Pero todos sabían que volvería a nevar en seguida. Ante ellos, hacia el nordeste, presentaba el cielo un color lívido. Era un morado mate que ni se obscurecía ni se desvanecía, débilmente luminoso y terriblemente amenazador en su uniformidad y permanencia. Y hasta para los hombres que habían visto cuanto los cielos del mar Ártico pueden ofrecer, desde la obscuridad de un mediodía de verano hasta los magníficos despliegues de la Aurora Boreal, y ese azul aguado tan maravilloso que con harta frecuencia sonríe sobre las estupendas calmas del mar lechoso que lame el borde de la Barrera, esto de ahora era algo desconocido.

Pero el Almirante se había referido en concreto al estado de la mar, que se había ido hinchando sin parar apenas durante toda la mañana. Ahora, al mediodía, hacía recordar uno de esos grabados del siglo XVIII con un barco en plena tempestad y sus gigantescas olas gris-verdosas perpendiculares, todas iguales en marcha uniforme, decorativamente coronadas con sus franjas de blanca espuma. La diferencia es que en esta realidad que el *Ulysses* vivía ahora, había quinientos pies entre cresta y cresta y la escuadra, al atravesar esas murallas de agua, estaba sufriendo un gran quebranto.

Para los barcos pequeños, que sumergían sus proas cada quince segundos en un cremoso abismo de espuma, era ésta una prueba terrible. Pero el enemigo más peligroso era el frío. Hacía mucho que la temperatura había descendido hasta el punto de congelación y el mercurio seguía bajando muy cerca ya del cero.

El frío era insoportable, es decir, aún más insoportable que antes, y se formaban témpanos de hielo dentro de las cámaras y de los ranchos. Los depósitos y las tuberías de agua potable formaban una masa compacta de hielo. El metal se contraía, los goznes de las puertas se inmovilizaban al congelarse; el aceite, en el registro de proyectores, parecía goma. Hacer una guardia, sobre todo en el puente, era una tortura espantosa: el primer choque de ese viento era como si se recibiera una puñalada en los pulmones. Costaba un gran esfuerzo recuperar la respiración. Cuando se olvidaba alguien de ponerse los guantes —primero dos de seda, luego los mitones de lana y por último los guanteletes de piel de cordero— y tocaba un pasamanos de metal, se despellejaba la piel. Era como si se hubiese tocado un hierro al rojo vivo. Cuando estaba uno en el puente, si olvidaba agacharse cuando la proa se hundía en uno de los enormes surcos, las salpicaduras, que se solidificaban en un segundo y se convertían en dardos agudísimos, pinchaban las mejillas y la frente hasta el hueso. Las manos se helaban, los huesos se anquilosaban y el frío mortal reptaba desde los pies a las rodillas, los muslos... La nariz y la barbilla se ponían blancas y tenían que ser curadas inmediatamente en la enfermería. Pero lo peor de todo era cuando terminaba la guardia y había que volver bajo cubierta. Entonces se pasaba por la tremenda angustia de reanimar la circulación de la sangre. Pero nada de esto se puede describir en forma adecuada con palabras que no son sino borrosas sombras de la realidad cuando la realidad es tan espantosa. Hay cosas que se hallan más allá del conocimiento y de la experiencia de la mayoría de los hombres, afortunadamente para ellos; y en estos casos la imaginación se encuentra en un mundo desconocido y carece de elementos para crear un reflejo convincente.

Pero todo esto era relativamente insignificante, sólo molestias personales que debían ser descartadas. El verdadero peligro radicaba en la presencia del hielo.

Había ya unas trescientas toneladas de hielo sobre el *Ulysses* y a cada minuto crecía esta masa. Era una capa gruesa y uniforme que cubría la cubierta principal, el castillo, los reductos artilleros y el puente. Además, colgaba de las torres y los pasamanos como inverosímiles estalactitas. Con él se triplicaba el diámetro de cada alambre o cabo y convertía a los esbeltos mástiles en monstruosos árboles. Estaba el hielo por todas partes como una brillante amenaza de muerte, y gran parte del peligro se hallaba en su resbalosa superficie, problema que se resuelve mucho mejor en un barco carbonero, gracias al fuego de sus calderas, que en los modernos buques de guerra movidos por gasolina. En el *Ulysses* lo único que cabía hacer era esparcir sal y arena y confiar en que mejorase el tiempo.

Pero lo más grave del hielo en un barco es su peso. Para decirlo con términos técnicos, un barco puede ser rígido o tierno. Si es rígido, tiene un centro de gravedad bajo, se balancea con facilidad, pero recupera en seguida su estabilidad y en general resulta muy seguro. Si está tierno, o sea, si tiene un centro de gravedad alto, se resiste a dar bandazos, pero si lo hace le cuesta luego un gran trabajo estabilizarse. Un barco tierno resulta inseguro. Y si un barco es tierno y se le amontonan en sus cubiertas

centenares de toneladas de hielo, su centro de gravedad se elevará a una peligrosa altura. Puede llegar a una altura catastrófica.

Los portaaviones de escolta y los destructores, sobre todo el *Port-Patrick*, eran de lo más vulnerable. Los portaaviones, ya muy inestables por la gran altura y peso de sus pistas reforzadas, presentan a la nieve una enorme y lisa superficie ideal para que en ellas se forme el hielo. Hasta entonces había sido posible mantener las pistas relativamente despejadas gracias a los equipos de limpieza que habían estado barriendo continuamente con escobones y palas y echando sal y vapor con mangas. Pero el tiempo había empeorado tanto que enviar un hombre a esta tarea era condenarlo a muerte. El *Wrestler* y el *Blue Ranger* disponían de sistemas de calefacción bajo las pistas, pero resultaban totalmente ineficaces.

Las condiciones a bordo de los destructores eran aún peores. Tenían que luchar no sólo contra el hielo que producía la nieve caída sobre el barco, sino con el hielo del propio mar. Con regularidad matemática inmensas nubes de salpicaduras se estrellaban contra los castillos de los destructores, mientras las proas se hundían en los surcos y atravesaban la ola siguiente. Las salpicaduras se helaban en el mismo instante de tocar la cubierta, y aun antes, formando una capa de sólido hielo que en ciertos sitios tenía un grosor de casi medio metro. El tremendo peso del hielo, acumulado principalmente a proa, escoraba a los destructores peligrosamente. Con cada cabezada se hundían de proa más profundamente sumergiendo completamente los morros en el mar y cada vez les costaba un mayor esfuerzo sacarlos del agua. Como los capitanes de los portaaviones, los de los destructores sólo podían hacer una cosa: quedarse mirando aquello desde sus puentes con la vaga esperanza de que el tiempo mejorase.

Pasaron dos horas en que la temperatura bajó a cero, osciló y luego siguió descendiendo. Y el barómetro bajaba a la vez como un loco. Lo más extraño era que el lívido cielo del noroeste seguía tan lejano como siempre mientras el cielo del sur y del este estaba completamente despejado. La escuadra presentaba un fantástico aspecto: unos barquitos de juguete, como azucarillos tallados en forma de barco. Brillaban con una blancura deslumbrante, lanzando vivos destellos con el sol de invierno, mientras cruzaban como borrachos los valles marinos, cada vez más profundos, grises y verdes, del mar de Noruega, manteniendo imperturbable su rumbo hacia aquel lejano horizonte amoratado, el horizonte de otro mundo. Era un espectáculo de una belleza inigualable.

Pero el Contraalmirante Tyndall no veía la belleza por ninguna parte. Él, que pretendía no haberse angustiado nunca por nada, estaba ahora terriblemente alterado. Se le había agriado el carácter hasta el punto de ser descortés con los oficiales y nada quedaba ya en él de aquella jovialidad campesina de que hacía gala. Su mirada no se apartaba de los barcos. Se removía a cada momento en su sillón. Por último fue a visitar al Capitán.

Vallery tenía las luces apagadas. Estaba tumbado en su dura litera y se había

cubierto con un par de mantas. En aquella penumbra la palidez fantasmal de su rostro parecía la de un cadáver. En la mano derecha apretaba un pañuelo hecho una bola, un pañuelo manchado de sangre, y ni siquiera intentó esconderlo cuando entró Tyndall. Con un doloroso esfuerzo y antes de que Turner pudiera impedírselo se levantó y ofreció una silla a su visitante. Tyndall se sentó.

—Creo que ha terminado ya el prólogo, Dick... Ahora empezará el primer capítulo, que por lo visto va a ser aún más emocionante. Lo que yo me pregunto es por qué se me habrá ocurrido convertirme en comandante de una escuadra.

Vallery le sonrió con simpatía:

—No le envidio a usted, señor. ¿Qué piensa usted hacer?

—¿Y usted qué haría?

Vallery se rio. Por unos instantes se le transformó la cara. Tenía una expresión como de un muchacho, pero en seguida se le convirtió la risa en una tos dura y seca. Aumentó la mancha de sangre de su pañuelo. Luego miró a Tyndall tristemente y esbozó una sonrisa.

—Es el castigo por haberme reído de un superior. ¿Dice usted qué haría yo? Pues escondería la cola entre las patas y correría lo más rápido posible.

Tyndall movió la cabeza.

—Nunca supo usted mentir bien, Dick.

Los dos quedaron en silencio unos instantes y luego dijo Vallery:

—¿Cuánto nos queda, exactamente, señor?

—El joven Carpenter calcula ciento setenta millas, más o menos.

—Ciento setenta... —Vallery miró su reloj de pulsera—. O sea, veinte horas... con este tiempo. ¡Tenemos que llegar!

Tyndall afirmó enérgicamente con la cabeza:

—Nos esperan dieciocho barcos; mejor dicho, diecinueve, contando con el minador de Hvalfjord.

Se interrumpió porque habían llamado a la puerta. Se asomó una cabeza.

—Dos mensajes, Capitán.

—¿Quiere leerlos, Bentley?

Bentley entró en la camareta y leyó:

—El primero es del *Port-Patrick*: «Saltaron planchas de proa: rápida vía de agua. Empleamos las bombas. Tememos mayores daños. Por favor, aconseje».

Tyndall lanzó una maldición. Vallery dijo con toda calma:

—¿Y el otro?

—Es del *Gannet*, señor. Dice: «Nos deshacemos».

—¿El resto del mensaje?

—Sólo dice eso, señor: «Nos deshacemos».

—Claro, es uno de esos caracteres taciturnos —aclaró Tyndall, sarcástico—. Espere un momento. —Se estuvo acariciando la barbilla y mirándose los pies en un esfuerzo para pensar.

Vallery murmuró algo en voz baja y Tyndall lo miró con las cejas arqueadas.

—Si calmásemos... Quizá si los portaaviones...

Tyndall se dio una palmada en la rodilla.

—Dos cerebros con un mismo pensamiento. Bentley, haga dos señales. Una a todos los buques de protección diciéndoles que tomen posición a popa, pegados a la popa, de los portaaviones. Otra a los portaaviones para que vayan soltando aceite a babor y estribor. ¿Cuánto le parece a usted, Capitán?

—¿Estará bien unos veinte galones por minuto, señor?

—Exactamente, veinte galones. ¿Entendido? Que hagan las señales en seguida. Además, dígle al oficial de derrota que traiga aquí su carta.

Salió Bentley, y Tyndall dijo a Vallery:

—Tenemos que abastecernos más tarde, ya que aquí no podemos. Me parece que ésta es nuestra última posibilidad de refugio antes de llegar a Murmansk... Y si las próximas veinticuatro horas van a ser tan malas como dice Carrington, será muy difícil que los barcos pequeños lo resistan... ¡Ah, ya está usted aquí, Piloto! Veamos dónde estamos Y a propósito, ¿cómo anda el viento?

—Fuerza 10, señor. —Protegiéndose contra los feroces balanceos del *Ulysses*, el Kapok Kid desplegó su carta sobre la litera del Capitán—. Nos hemos desviado un poco de la ruta señalada.

—¿Hacia el noroeste, Piloto? —Tyndall se frotó las manos—. Excelente. Ahora, muchacho, denos la posición.

—12,40 oeste, 66,15 norte —respondió Carpenter con precisión. Ni siquiera se molestó en consultar la carta. Turner lo miró con un gesto de asombro, pero no hizo comentario alguno.

—¿Rumbo?

—310, señor.

—Y si necesitamos buscar un refugio para abastecernos de combustible...

—Rumbo exacto: 290, señor. Aproximadamente, cuatro horas y media de navegación.

—¿Cómo demonios...? —estalló Tyndall—. ¿Quién le dijo que... que...?

—Lo estuve calculando hace cinco minutos, señor. Parecía... en fin... comprendí que era inevitable. El rumbo 290 nos llevaría a unas cuantas millas al interior de la península de Langanes. Allí tendríamos un buen refugio. —Carpenter hablaba con gran seriedad.

—¡Le parecía inevitable! —rugió Tyndall—. ¿Le oye usted, capitán Vallery? ¡Inevitable! Y acababa de ocurrírseme... Váyase de aquí en seguida... ¡Quítese de en medio con ese traje de revista musical!

El Kapok Kid recogió sus cartas con un aire muy digno, de inocencia ofendida, y fue a salir; pero Tyndall lo llamó cuando estaba en la puerta:

—¡Piloto!

—¿Señor? —Los ojos del Kapok Kid estaban fijos en un punto situado por

encima de la cabeza del Almirante.

—En cuanto los barcos de cobertura hayan tomado posición, dígame a Bentley que les envíe el nuevo rumbo.

—Sí, señor. Muy bien. —El joven vaciló y Tyndall se echó a reír.

—Bueno, hombre, ¡qué se le va a hacer! —dijo resignado—. Volveré a rogarle que disculpe a este viejo gruñón... ¡y que cierre esa maldita puerta! Nos estamos helando.

El viento se hacía más fuerte a cada momento y el agua empezaba a cubrirse con largas estelas blancas. Los surcos entre las olas se ahondaban con una rapidez increíble mientras el viento barría las crestas de las olas y las aplastaba. Gradualmente, pero de modo que no escapaba al oído, el fino lamento de las jarcias subía de registro. De cuando en cuando grandes bloques de hielo, desprendidos por la creciente vibración, caían de los palos y estraves y se esparcían por cubierta.

El efecto de los largos regueros de aceite que soltaban los portaaviones fue casi milagroso. Los destructores, que ahora aparecían curiosamente manchados de grasa, seguían hundiéndose a popa, pero la tensión que producía el aceite en la superficie del agua impedía que ésta y sus salpicaduras batieran la cubierta de los barcos. Era lógico que Tyndall se sintiera orgulloso de la medida que había tomado.

Hacia las cuatro y media de la tarde había desaparecido por completo la sensación de alivio. Ahora soplaba un terrible temporal. Tyndall se había visto obligado a ordenar que se redujese la velocidad.

Desde el nivel de cubierta, la mar presentaba un aspecto más que impresionante. Era gigantesca, aterradora. Nicholls estaba con el Kapok Kid, libres ambos de guardia, en la cubierta principal, protegiéndose a sotavento de la cubierta del castillo. Nicholls, agarrándose a un pescante para no perder el equilibrio y dando un salto atrás de cuando en cuando para que no le mojasen las salpicaduras, miraba al *Defender*, que, seguido por el *Vectra* y el *Viking*, cabeceaba furiosamente o más bien de un modo grotesco, bajo aquel cielo azul tan sereno. Era un espectáculo casi perverso, que daba escalofríos de terror, ese contraste fúnebre entre el purísimo cielo azul allá arriba y las encrespadas aguas, salvajemente enfurecidas, abajo.

—En la Facultad de Medicina nunca me hablaron de esto —dijo Nicholls por fin—. ¡Dios mío, Andy!, ¿habías visto tú algo semejante?

—Una vez, sólo una vez. Nos cogió un tifón frente a las Nicobar. No creo que fuera tan terrible como esto. Y lo peor es que el Número Uno dice que esto es un juego de niños comparado con lo que vendrá luego... Y él sabe lo que dice. ¡Cómo me gustaría estar tranquilo en Henley!

Nicholls le observó con curiosidad.

—No creo conocer todavía bien al Primer Teniente, el «Número Uno». Para mí, como médico, no es un cliente muy... ¿cómo diríamos?... muy abordable. Pero

todos: Tyndall, el Capitán, el Comandante, tú mismo, todos hablan de él con asombro. ¿Qué tiene ese hombre que sea tan especial? Te advierto que yo le respeto; pero, vamos, no creo que sea un superhombre.

—La mar está empezando a cambiar —dijo el Kapok Kid, abstraído—. ¿Has notado que de cuando en cuando aparece una ola de mitad de tamaño que las otras? Cada séptima ola, dicen los marineros... No, Johnny, el Número Uno no es un superhombre. Pero sí es, sin duda alguna, el mejor marino que existe en el mundo. Cuando tú y yo íbamos aún en nuestros cochecitos de bebés, él doblaba ya el cabo de Hornos en barcas finlandesas. El Comandante podría contarte tantas historias tuyas que te servirían para escribir con ellas todo un libro.

»Desde luego, es uno de los grandes marinos de nuestro tiempo. Uno de los poquísimos grandes que quedan. Ya ves que Turner no es tampoco un principiante; pues bien, le dice a todo el mundo que no es digno ni de ponerle las botas a Carrington... Te aseguro que no soy un idólatra, Johnny, lo sabes de sobra, pero de Carrington se puede decir lo mismo que solían decir de Shackleton: “Cuando ya nada queda y se ha perdido toda esperanza, arrodillaos y rezad por Shackleton”. Créeme, Johnny, me alegro muchísimo de que esté aquí.

Nicholls callaba. La sorpresa le había hecho enmudecer. Para el «Chico Kapok», la seriedad era un crimen, la frivolidad una ley y consideraba casi como una blasfemia todo lo que pareciese adulación. Lo que había dicho sobre Carrington era tan insólito en él que aumentó la curiosidad que Nicholls sentía por Carrington. Se preguntó aún con más interés: ¿Qué clase de hombre era aquél?

El frío era tan agudo que ya resultaba imposible respirar sin taparse la boca y la nariz con varias vueltas de bufanda y volverse de espaldas al viento. A los dos hombres, con las caras azuladas y blancas y temblando violentamente, ni siquiera se les ocurría pensar en bajar. Estaban fascinados, hipnotizados por la tremenda mar, las montañas de agua (olas que alcanzaban de trescientos a seiscientos metros de altura) con una pendiente por el lado de sotavento y perpendiculares, cortadas a pico como un acantilado, por el otro lado empujadas por un viento de sesenta nudos y por una fuerza inmensa que se hallaba en algún lugar muy distante al noroeste. En aquellos renovados abismos se habría perdido con toda facilidad una altísima torre de iglesia.

Ambos amigos se volvieron a la vez al oír que se cerraba tras ellos con fuerza la puerta a sus espaldas. Era Doyle, el primer marinero. Carpenter le sonrió. Habían servido los dos en China.

—¡Vaya, aquí está Simbad el Marino! —dijo Carpenter—. ¿Qué tal van las cosas por ahí abajo?

—¿Las cosas? Hechas un asco, señor. —Tenía la voz tan lúgubre como la cara—. Todo tirado por ahí con este bailoteo: las tazas, los platos, las bandejas... y media dotación...

Se interrumpió mirando con incredulidad algo que veía en la mar por entre Nicholls y Carpenter. Éste le quería sacar de su abstracción:

—Bueno, hombre, di qué le sucede a media dotación. ¿Qué te ocurre, Doyle? Estás como alelado.

—¡Dios Todopoderoso! —exclamó Doyle como en una plegaria—. ¡Dios Todopoderoso! —y elevó la voz en las dos últimas sílabas.

Los dos oficiales, que estaban de cara a él, se volvieron al instante. El *Defender* estaba escalando, materialmente escalando, una ola tan inmensa que al verla no se podía creer que fuese realidad. Antes de que los tres hombres pudieran comprender lo que estaban viendo, el *Defender* llegó a la cresta de la montaña líquida, vaciló, levantó la popa hasta quedar con la hélice y el timón al descubierto y luego se hundió y desapareció completamente, tragado por la ola.

Incluso a aquella distancia de doscientas brazas y con el fragor del viento, el estallido de la proa llegó como un trueno. Nadie pudo decir después cuánto tiempo había permanecido el *Defender* hundido en las profundidades del Ártico. Luego, lentamente, como en una espantosa agonía, el barco fue surgiendo de nuevo entre chorros de agua y espuma como si fuera un submarino. Era un espectáculo inverosímil, sin precedentes y, casi con toda seguridad, no habrá nadie que haya presenciado otro igual. La tremenda e instantánea presión de miles de toneladas de agua había levantado y doblado la pista de aterrizaje hasta formar con ella una U. No se concibe que un hombre viera aquello sin perder el habla y quedar idiotizado durante algún tiempo. Pero el Kapok Kid, el Honorable Carpenter, estuvo a la altura de la situación. Dijo con magnífica serenidad:

—¡Palabra, esto no es corriente! —Lo dijo murmurándolo, pensativo, como un investigador.

Hubiera bastado otra ola como aquélla, sólo otra, para haber acabado con el *Defender*. Los mejores navíos, los más fuertes y poderosos, están hechos de unas planchas de metal increíblemente finas y el metal, retorcido ya y torturado, del *Defender*, no hubiera podido resistir otra embestida del agua como aquélla.

Pero no hubo otra que se le pudiera comparar. Fue el impacto único de una ola gigantesca y solitaria, una de esas contorsiones masivas de la mar, inexplicables, que se dan, afortunadamente, con muy poca frecuencia desde tiempos inmemoriales en todos los grandes mares del mundo cada vez que la Naturaleza le ha querido demostrar al hombre que toda su grandeza y los prodigios de su técnica son una insignificancia lamentable cuando ella se pone en movimiento. No hubo, pues, más olas como aquéllas y, hacia las cinco, aunque la costa estaba aún a unas diez millas, la flota se encontraba ya relativamente protegida por la proximidad de la península de Langanes (en Islandia).

De cuando en cuando, el Capitán del *Defender*, que parecía estarse divirtiendo enormemente, enviaba mensajes tranquilizadores al Almirante. El barco tragaba mucha agua, desde luego, pero se las estaba arreglando muy bien, a Dios gracias. Se

permitía incluso bromear con «la nueva moda de pistas de aterrizaje en forma de U». Después de este descubrimiento, quedaban anticuados los modelos corrientes. ¿No creía el Almirante que las pistas horizontales carecían de atractivo? El tipo vertical proporcionaba una estupenda protección contra el viento y la mar embravecida. ¡Y además podía aprovecharse como vela si faltaba el combustible! Con su último mensaje, en que reconocía que con la pista vertical sería un poco difícil hacer despegar a los aviones, el irritable Tyndall perdió la poca paciencia que le quedaba y le respondió con unas señales tan explosivas que se interrumpió bruscamente la comunicación con el *Defender*.

Poco antes de las seis de la mañana se hallaba la flota a menos de dos millas del refugio de Langanes, protegida ya plenamente por la península. Langanes está a bajo nivel, y el viento, que seguía fortísimo, la barría, así como a la bahía, incesantemente; pero la mar, comparada con la de una hora antes, estaba lo suficientemente apaciguada aunque los barcos cabeceaban mucho todavía. En seguida los cruceros y los buques de cobertura —excepto el *Port-Patrick* y el *Gannet*— se situaron junto a los portaaviones y recogieron a bordo las mangas del aceite. Tyndall, en contra de sus deseos y después de mucho vacilar, había decidido que el *Port-Patrick* y el *Gannet* eran una desventaja en potencia que podría darle un disgusto. Así, que los destinó a escoltar al portaaviones averiado hasta Scapa Flow.

Un enorme cansancio, casi tangible, pesaba sobre los ranchos y la cámara de oficiales del *Ulysses*. Les esperaba otra noche sin dormir, otras veinticuatro horas de imposible descanso. Con el entendimiento obnubilado por la fatiga, escucharon por los altavoces que el *Defender*, el *Port-Patrick*, y el *Gannet* iban a regresar a Scapa Flow en cuanto mejorase el tiempo. O sea, que se había reducido ya la escuadra en seis barcos. Sólo quedaban ocho. Perdían la mitad de los portaaviones. No era, pues, extraño que los hombres se sintieran desmoralizados, como si les hubieran abandonado. Riley decía que era «como si los hubieran arrojado a los lobos».

Sin embargo, resultaba curioso que apenas hubiese en ellos resentimiento ni excesiva amargura, quizá porque habían sabido resignarse a su situación. Brooks se daba cuenta de esta apatía de las dotaciones para rebelarse y no lograba encontrar una razón que se lo explicara. Pensó que quizá fuera éste el punto extremo en que las mentes enfermas llegan al fondo de su resistencia y dejan de funcionar. Algo así como si los procesos vitales se fueran paralizando a fuerza de sufrimiento y ya no reaccionaran los cuerpos ni los espíritus. Su intelecto le decía que esto era el inevitable final. Pero a la vez, su intuición le sugería vagamente que había algo más, que se estaba fraguando en ellos una reacción imprevisible, algo muy diferente a lo que hubo hasta entonces. De todos modos, no podía comprender de qué se trataba.

Fuera lo que fuese, no era apatía. Aquella tarde, pasó por el barco una ráfaga de furia al rojo vivo, como una llama que corriese por el *Ulysses* y luego un sordo resentimiento por la injusticia que había provocado aquella indignación. Incluso Vallery reconocía que hubo motivo suficiente para la protesta, pero se había visto

obligado a hacerlo.

Ocurrió de un modo muy sencillo. Durante las pruebas rutinarias de la tarde se había descubierto que los proyectores de trabajo no funcionaban. Se sospechó que la culpa había sido del hielo. Estos proyectores estaban situados en el penol del palo mayor a una altura de veinte metros sobre cubierta y de veinticinco sobre la línea de flotación. Las luces colgaban de los extremos de ambos travesaños. Para arreglar la avería, había que sentarse en esos palos —una posición muy incómoda a causa de la pesada transmisión aérea de acero de la radio que estaba sujeta precisamente allí—, o en un sillín volante suspendido de la cruceta. En cualquier ocasión habría sido una tarea de enorme dificultad, pero aquella noche había que hacerla con mayor rapidez, ya que las reparaciones interrumpirían las transmisiones radiofónicas. El sistema de transmisión de acero (tres mil voltios) tenía que ser retirado y dejado al cuidado del oficial de guardia durante la reparación. Ésta, además, iba a realizarse —un trabajo de gran precisión— en aquella temperatura bajo cero y manteniéndose en equilibrio en el resbaloso palo, mientras el *Ulysses* se balanceaba acentuadamente. Era, pues, un trabajo del mayor peligro.

Marshall no creyó conveniente encargárselo al que estaba de servicio, por tratarse de un hombre de bastante edad y de mucho peso, que ya había perdido la agilidad para encaramarse a aquella altura. Pidió voluntarios y fue inevitable que se lo asignara a Ralston, que siempre estaba dispuesto para estas cosas.

Tardó media hora en el trabajo: veinte minutos para encaramarse por el palo, situarse en el extremo de la cruceta y colgar el sillín volante, y diez minutos para la reparación propiamente dicha. Mucho antes de que hubiese terminado se habían concentrado en cubierta, azotados por un viento terrible, casi doscientos hombres exhaustos que se privaban del sueño y de la comida para contemplar fascinados el espectáculo.

Ralston se columpiaba en un gran arco sobre el cielo crepuscular. El ventarrón zarandeaba sus ropas. Por dos veces el viento y el oleaje lo elevaron con su sillín hasta quedar paralelo a la cruceta, obligándole a agarrarse a ésta con ambas manos para salvar su vida. Poco después pareció desde abajo que se había dado un golpe en la cara contra el cable aéreo, ya que se estuvo unos momentos con la cabeza entre las manos como mareado. Fue entonces cuando perdió sus guanteletes. Seguramente se los habría puesto sobre las piernas mientras hacía algún ajuste más delicado. Se cayeron juntos y desaparecieron por el costado del barco.

Unos minutos después, mientras Vallery y Turner estaban examinando los daños sufridos por la canoa de motor en Scapa Flow, llegó hasta ellos corriendo un individuo bajo y rechoncho. Se detuvo en seco al encontrarse con el Capitán y el Comandante. Éstos reconocieron al Oficial de policía Hastings.

—¿Qué sucede, Hastings? —le preguntó Vallery, desabrido. Siempre le resultaba difícil ocultar la antipatía que le inspiraba aquel hombre tan rudo.

—Ha ocurrido una desgracia... Están en el puente, señor —soltó Hastings

jadeando. Vallery hubiera jurado que le brillaban los ojos de satisfacción—. No sé exactamente lo que ha sido... Con este viento no se entendía nada por el teléfono... Creo que debería usted venir, señor.

Sólo encontraron a tres personas en el puente: Etherton, el oficial artillero, que sostenía aún el teléfono y que parecía angustiadísimo; Ralston, con las manos colgándole a los lados y las palmas en carne viva, la cara fantasmal, y coágulos de sangre en la frente; y en un rincón, el Subteniente Carslake gimiendo, y tapándose la boca destrozada. Le sangraban los huecos de sus prominentes dientes de arriba. Miraba como idiotizado.

—¡Dios mío! —exclamó Vallery—. ¡Dios mío! —Estaba parado con la mano aún en la puerta tratando de comprender el significado de aquella escena. Luego se volvió bruscamente al oficial artillero.

—¿Qué demonios ha pasado aquí, Etherton? —preguntó con rudeza—. ¿Qué es esto? ¿Es que Carslake...?

—Ralston le ha pegado, señor —dijo Etherton.

—¡No sea idiota! —le soltó Turner, enfurecido.

—¡Claro! —En la voz de Vallery se reflejaba su viva impaciencia—. Salta a la vista que le ha pegado. Lo que quiero saber es el motivo.

—Un mensajero de la radio llegó en busca de los aparatos. Carslake se los dio... creo que hará unos diez minutos.

—¡Lo cree usted! ¿Y dónde estaba usted, Etherton, y por qué lo permitió? Sabía usted perfectamente... —Vallery se interrumpió al recordar la presencia de Ralston y de Hastings.

Etherton murmuró algo, pero no se le entendía con el ruido del vendaval.

Vallery se inclinó hacia él:

—¿Qué ha dicho usted, Etherton?

—Que yo estaba abajo, señor. —Etherton miraba a cubierta—. Sólo... sólo fui por un momento, señor.

—Ya. ¿De modo que estaba usted abajo? —Vallery había conseguido dominarse, pero en sus ojos brillaba una expresión que no prometía nada bueno para Etherton. En seguida se volvió hacia Turner—. ¿Está malherido, este hombre, Comandante?

—Lo resistirá —dijo Turner. Carslake se había levantado y seguía gimiendo sin quitarse la mano de la boca.

El Capitán pareció fijarse en Ralston por primera vez. Le miró unos instantes que parecieron una eternidad en aquel puente batido por la tormenta, y luego dijo, resumiendo en el monosílabo, restallante como un latigazo, sus treinta años de mando:

—¿Eh?

Ralston tenía la cara helada e impávida. Ni un instante había dejado de mirar a Carslake.

—Sí, señor. Fui yo. Le pegué... porque es un hijo de mala madre, traicionero y

asesino.

—¡Ralston! —gritó Hastings.

De pronto se le hundieron los hombros a Ralston. Se esforzó por apartar la vista de Carslake y miró con enorme cansancio a Vallery.

—Lo siento. Olvidé que éste tenía un galón en la bocamanga. —A Vallery le impresionó la amargura de Ralston, que añadió—: Pero es que...

—¡Frótese la barbilla, hombre! —le interrumpió Turner—. Se le ha helado.

Lenta y mecánicamente, hizo Ralston lo que le decían. Se frotaba con el reverso de la mano. Vallery pestañeó al ver la palma, en carne viva, con la piel y la carne colgándole en iras. Se imaginó en seguida cuánto habría sufrido aquel hombre al descender por el palo sin los guanteletes...

—Intentó matarme, señor. Lo hizo a propósito. —Ralston hablaba con un gran cansancio.

—¿Se da usted cuenta de lo que está diciendo? —La voz de Vallery era tan helada como el viento que azotaba Langanes, pero a la vez sintió un primer escalofrío de temor aún muy leve.

—Quiso matarme, señor —repitió Ralston con voz apagada—. Devolvió los aparatos de radio cinco minutos antes de que yo bajase de la cruceta. Estoy seguro de que empezaron a transmitir en el momento en que agarré el palo para bajar.

—¡Qué tontería, Ralston! ¿Cómo se atreve usted?...

—Tiene razón, señor. —Lo decía Etherton. Añadió apenado—: Acabo de comprobarlo.

Vallery sintió un miedo más claro. Casi desesperado, dijo:

—Cualquiera puede equivocarse. Se puede ser culpable por ignorancia, desde luego, pero de eso a...

—¡Por ignorancia! —A Ralston se le había evaporado como por encanto su aplastante cansancio. Avanzó dos pasos, rápido—. ¡Ignorancia! Le di los aparatos, señor, cuando vine del puente. Pregunté por el oficial de guardia y me dijo que era él. Yo no sabía que el oficial artillero estaba de guardia. Cuando le dije que el transmisor sólo me lo podía devolver a mí espetó: «No te tolero esa insolencia, Ralston. Sé cumplir con mi deber. Ocúpate en el tuyo, que ya tienes bastante. Encarámate arriba y danos otra muestra de tu heroísmo»... Sabía muy bien lo que decía, señor. No fue una casualidad.

Carslake se desasíó de los brazos que lo sujetaban, los del Comandante, y gesticulando como un endemoniado, gritó al Capitán:

—¡Es mentira, señor! ¡Es una cochina mentira! —Las palabras le salían con gran dificultad, y apenas se le entendía por el estado desastroso de su boca sangrante—. Nunca dije...

Las palabras se convirtieron en toses y en gritos apagados cuando Ralston le aplicó un terrible directo en su ya destrozada boca. Carslake salió dando tumbos, tropezó en la caseta de derrota, y quedó tumbado, blanco e inmóvil. Tanto Turner

como Hastings se lanzaron de un salto para sujetar a Ralston, pero éste no hizo el menor intento de moverse.

A pesar del rugido del viento, dominaba en el puente un extraño silencio. Cuando Vallery habló, lo hizo con voz inexpresiva.

—Comandante, ¿querrá usted pedir por telégrafo un par de soldados de infantería de marina? Que conduzcan a Carslake a su camarote y que Brooks lo atienda. ¿Oficial de policía?

—¡Señor!

—Lleve a Ralston a la enfermería y que lo curen. Luego enciérrenlo y pónganle guardia armada. ¿Comprendido?

—Comprendo, señor. —Era evidente la satisfacción que sentía Hastings.

Vallery, Turner y el Oficial artillero guardaron silencio mientras se marchaban Ralston y Hastings y también mientras dos forzudos marineros se llevaban a Carslake, que seguía sin sentido. Vallery los siguió, pero se detuvo al oír a Etherton.

—Señor.

Vallery ni siquiera se volvió.

—Le veré después, Etherton.

—No, señor. Por favor. Se trata de algo importante.

Una cierta vibración en la voz del oficial artillero retuvo a Vallery. Se volvió con impaciencia.

—No es que quiera disculparme, señor. No hay disculpa alguna. —Miraba fijamente a Vallery—. Me encontraba en la puerta del Asdic cuando Ralston entregó los aparatos a Carslake. Escuché lo que se dijeron... todo lo que dijeron.

Vallery miró a Turner y vio que también él esperaba con gran interés.

—¿Y la versión que ha dado Ralston?... —A pesar suyo, Vallery exteriorizaba el gran interés que aquello le causaba.

—Completamente exacta, señor. En todos los detalles, Ralston ha dicho la pura verdad.

Vallery cerró los ojos un instante y se alejó lentamente. No protestó cuando sintió la mano de Turner en su brazo para ayudarle a bajar la empinada escala. El viejo Sócrates le había dicho mil veces que llevaba el barco a sus espaldas. Ahora sentía su peso perfectamente, el aplastante peso del *Ulysses*.

Vallery estaba cenando con Tyndall en la cámara de día del Almirante cuando llegó el radio. Abstraído en sus pensamientos, miraba el plato, que no había tocado aún, mientras Tyndall abría el papel.

El Almirante se aclaró la garganta.

—«Rumbo previsto. Tiempo previsto. Mar moderada, viento que refresca. Espero cita convenida. Comodoro 77».

—¿Dios mío, mar moderada y viento fresco? ¿Ha pensado usted que está en el

mismo maldito océano que nosotros?

Vallery sonrió levemente.

—Exactamente, señor.

—Exactamente —fue el eco de Tyndall. Se volvió al mensajero que esperaba.

—Comunique esto: «Se mete usted en terrible tormenta. Cita convenida. Quizá se retrase usted. Esperaremos sitio convenido hasta su llegada». ¿Queda así bastante claro, Capitán?

—Espero que sí, señor. ¿Se podría añadir: «Silencio radio»?

—Ah, sí. Añada «Silencio radio. Almirante, 14 A.C.S.». Envíelo inmediatamente. La puerta se cerró con suavidad. Tyndall se sirvió más café y miró a Vallery.

—No deja usted de pensar en ese chico, ¿verdad?

Vallery se sonrió vagamente y encendió un cigarrillo. En seguida empezó a toser broncamente.

—Lo siento, señor —se disculpó. Después de un silencio, miró al Almirante.

—¿Qué loca ambición me haría convertirme en el Capitán de un crucero? —preguntó, abatido.

—Desde luego, no le envidio... pero la verdad es que lo hace usted muy bien. Bueno, ¿qué va usted a hacer con Ralston?

—¿Y usted qué haría, señor? —replicó Vallery.

—Tenerlo encerrado hasta que volviésemos de Rusia. A pan y agua y, por si acaso, encadenado.

Vallery sonrió.

—Nunca supo usted mentir, John.

Tyndall se rió:

—¡*Touché!* —Le halagaba que Vallery le comprendiese y sobre todo que le tratase con cierta familiaridad, ya que Richard Vallery se permitía muy pocas veces apearle el tratamiento. Prosiguió el Almirante—: Todos sabemos que es una odiosa ofensa pegarle a uno de los oficiales de Su Majestad, pero si lo que dice Etherton es cierto, lo único que lamento es que Ralston no le haya dado a Brooks la ocasión de rehacer por completo la cara de ese joven cerdo.

—Desde luego, creo que la versión de Etherton es absolutamente cierta —dijo Vallery—. Lo malo es que la disciplina naval..., ¡cuánto le gustaría esto al viejo Starr!... me obliga a castigar al que pudo ser víctima de un asesino. —Empezó a toser otra vez y Tyndall miró hacia otro lado. Esperaba que no se le notase la piedad y la indignación que sentía de que Vallery, aquel perfecto caballero, el mejor que él había conocido, estuviera muriéndose a chorros por culpa de la ciega inhumanidad de los jefes que están sentados tranquilamente en Londres, a dos mil millas de distancia —. Una víctima —dijo Vallery por fin— que ha perdido ya a su madre, un hermano y tres hermanas. Además, creo que tiene a su padre también en la Marina.

—¿Y Carslake?

—Le veré mañana. Me gustaría que viniese usted también, señor. Le diré que

seguirá siendo oficial de este barco hasta que regresemos a Scapa Flow, pero que luego tendrá que pasar a la reserva... No creo que le interese presentarse ante un consejo de guerra —dijo secamente.

—Si es que está cuerdo, de lo cual dudo mucho. —De pronto Tyndall se aferró a esta idea—. ¿Cree usted que está en su sano juicio?

Vallery vaciló:

—Pues... creo que sí, señor. Por lo menos lo estaba. En cambio, Brooks tiene sus dudas. Dice que no le gustó la expresión que tenía anoche. Le notó algo extraño y en estas condiciones anormales en que vivimos cualquier provocación se amplifica desproporcionadamente... y no es que Carslake sea hombre capaz de considerar los ataques a su orgullo y a su persona física como una *pequeña* provocación.

Tyndall asintió:

—Convendrá vigilarle... ¡Maldita mar! ¿Cuándo se irá a quedar quieto este barco? Se ha derramado la mitad del café en el mantel. El joven Spicer —y miró hacia la cocina— se va a poner furioso. A sus diecinueve años, es ya un tirano de cuidado... Yo tenía entendido que estas aguas estaban bien resguardadas.

—Y no puede negarse que son muy tranquilas en comparación con lo que nos espera. Escuche. —Ladeó la cabeza como para escuchar mejor el viento que soplaba fuera—. Veamos qué dice el hombre del tiempo.

Descolgó el teléfono de mesa y pidió que le pusieran con la estación de radio. Volvió a colgar después de una breve conversación.

—El anemómetro está loco. A ochenta nudos. Sigue el noroeste. La temperatura no sube de diez bajo cero. —Se estremeció de frío—. ¡Diez bajo cero! —miró pensativo a Tyndall—. Y el barómetro que no se mueve de 27,8.

—¿Cómo?

—27,8. Eso dicen. Me parece imposible, pero eso dicen. —Se miró el reloj de pulsera—. Cuarenta y cinco minutos, señor... Ésta es una manera muy complicada de suicidarse.

Permanecieron un rato callados y luego Tyndall habló por ambos, respondiendo a la pregunta que los dos se hacían.

—Tenemos que marcharnos, Dick. No hay otra solución. Y a propósito, nuestro feroz y joven capitán Orr quiere acompañarnos con el *Sirrus*... Le dejaremos que nos siga un poco. Ese muchacho tiene que aprender.

A las 2020 todos los barcos se habían abastecido de combustible. A pesar de la gran dificultad que tenían para mantenerse en posición en aquel huracán, se hallaban infinitamente más seguros que en alta mar. Recibieron la orden de zarpar en cuanto amainase un poco el mal tiempo: el *Defender* y su escolta rumbo a Scapa Flow; y la flota a una posición situada cien millas ENE, el lugar de la cita. Debían mantener riguroso el «silencio de la radio».

A las 2030 el *Ulysses* y el *Sirrus* zarparon con rumbo Este. Unos destellos luminosos les desearon buena suerte. Y aunque Tyndall maldijo esta desobediencia a sus órdenes, reconoció que aparte de ellos no había nadie en todo el mundo capaz de ver aquellas señales y ordenó que se les respondiera cortésmente.

A las 2045, todavía a dos millas de la punta de Langanes, el *Sirrus* luchaba desesperadamente para mantenerse en equilibrio sobre las líquidas montañas. El agua lo cubría en algunos momentos como si no fuera un destructor, sino un submarino. A las 2050 redujo la velocidad y tuvo que buscar refugio renunciando a seguir tras el *Ulysses*. Éste, a las 2100, penetró en el estrecho de Dinamarca (entre Islandia y Groenlandia).

VI

LA NOCHE DEL MARTES

Fue la peor tormenta de la guerra. Sin duda alguna, si se hubieran conservado los datos en el Almirantazgo, se demostraría que aquella fue con mucha diferencia la más tremenda convulsión de la naturaleza desde que se empezó a llevar el registro de estos fenómenos.

A las diez, con todas las puertas y escotillas cerradas, prohibido todo el tránsito sobre cubierta alta, con toda la tripulación fuera de las torres artilleras y de los pañoles y suspendidas las guardias por primera vez, incluso el taciturno Carrington admitió que los huracanes del Caribe, en los otoños de los años 34 y 37, no habían sido peores que éste. Aunque los dos barcos que él había mandado en aquellas dos ocasiones —un mercante de tres mil toneladas y un petrolero anticuado— no eran tan resistentes como el *Ulysses* ni mucho menos, confiaba plenamente en la capacidad de este barco para sobrevivir en las peores circunstancias. Pero lo que el Primer Teniente desconocía y lo que nadie podía suponer era que esta ululante borrasca era sólo la obertura de la trágica sinfonía que se avecinaba. Como una espantosa bestia de un mundo primitivo, el monstruo polar esperaba acechante en el umbral de su guarida. A las 2230 cruzó el *Ulysses* el círculo Ártico. Entonces se lanzó el monstruo al ataque.

Sus primeros zarpazos fueron tan terribles que las mentes y los cuerpos de los navegantes quedaron insensibilizados. Las garras de hielo cortante destrozaban un rostro humano con suma facilidad. Las caras manaban sangre de un instante al siguiente. Los dientes del monstruo eran aquel viento bajo cero que, con una velocidad de ciento veinte nudos, arrancaba las ropas árticas como si fuera papel de seda y penetraba hasta los huesos. Su voz era la orquesta diabólica, el rugido del huracán mezclado con el continuo chillido del torturado cordaje. Y su peso, la aplastante fuerza del huracán que levantaba en vilo a un hombre y lo lanzaba, sin respiración, contra un mamparo, partiéndole los miembros y privándole del sentido. Después de barrer las heladas llanuras de Groenlandia, se aliaba con el mar cruel y se lanzaba con fuerza titánica, aullando, contra aquella cáscara de huevo que era el *Ulysses*.

La verdad es que el *Ulysses* tendría que haber desaparecido entonces. Era inconcebible que algo construido por el hombre pudiera resistir los embates del monstruo. Era lógico que este barco hubiese quedado hecho añicos, que se hubiera desintegrado bajo los poderosísimos martillazos del viento y del mar. Pero no fue así.

Sólo Dios sabe cómo pudo resistir la insensata furia de aquel primer ataque. El viento huracanado le hizo virar en un arco de 45° y materialmente lo levantó

quedando un instante suspendido a unos doce metros sobre un abismo entre dos gigantescas olas. Cayó en este «valle» dando un tremendo golpe que sacudió todo su casco como si éste se fuera a deshacer. La vibración pareció durar una eternidad: era que el metal del barco, sometido a semejante presión, luchaba por ajustarse de nuevo. La presión y la distensión a que estaba sometido el acero eran muy superiores a lo que pudieron prever sus constructores. Resistió milagrosamente, pero quedó escorado peligrosamente a estribor. Una ola de inmensa altura, elevándose por encima del palo mayor, pasó rugiendo sobre el indefenso casco.

El «Dude» salvó aquel día al *Ulysses*. El «Dude», conocido también por «Persil», pero que se llamaba en realidad Dodson y era el jefe de máquinas del barco, vestido impecablemente como siempre con un «mono» de deslumbrante blancura, había estado en su puesto de la sala de máquinas mientras duró la primera y terrible embestida del mar y del viento. Desde allí no podía saber lo que había sucedido. No sabía tampoco que el barco había quedado sin gobierno y que nadie en el puente se había recobrado aún del fenomenal golpe. Ignoraba que el guardabanderas se había quedado sin sentido en un rincón de la caseta del timón y que su segundo, casi un niño aún, tenía tal pánico que no se atrevía a sujetar el timón que giraba como loco. Lo único que sabía era que el *Ulysses* daba unos bandazos espantosos y sospechaba el motivo.

Era inútil que gritase desesperadamente por el tubo del puente. Nadie le respondía. Señaló a los controles de babor, gritó con todas sus fuerzas «¡Despacio!» al oído del oficial maquinista y luego saltó rápido para agarrar la rueda de estribor.

Quince minutos después habría sido demasiado tarde. La hélice de estribor, al acelerarse, llevó el barco sobre la montaña de agua. Cuando volvió a hundirse se produjo de nuevo la espantosa vibración del casco de acero. El castillo desapareció sumergido a una buena profundidad. Pero en seguida quedó otra vez a flote. Entonces el «Dude» ordenó que dieran más revoluciones y que parasen la máquina de estribor.

Bajo cubierta sólo había un montón revuelto de cosas. En los ranchos se habían roto las taquillas y sus contenidos estaban tirados por todas partes. Las hamacas habían salido despedidas de sus soportes y todo estaba lleno de vajilla rota, mesas retorcidas y aplastadas, taburetes partidos y en posturas absurdas, libros, papeles, teteras, tazas y vasos revueltos. En medio de ese caos, centenares de hombres espantados que gritaban y maldecían histéricamente, que se esforzaban por mantenerse en pie, o arrodillados, o sentados, o que renunciando a todo esfuerzo se quedaban tumbados, rodando a cada momento por el suelo.

El Comandante-Médico Brooks y el Teniente Nicholls, ayudados por el incansable Padre, trabajaban como podían. Y el veterano Johnson, aunque parezca raro, estaba tan mareado que no servía para nada. Por lo visto, había aguantado tantas tempestades en su vida que no podía resistir esta última.

Llegaban a la enfermería marineros por docenas, y aquello duró toda la noche mientras el *Ulysses* seguía luchando por salvar la vida. Todo el espacio disponible se había convertido en hospital de emergencia. Los agotados médicos tuvieron que tratar aquella noche de todo: magulladuras, cortes, dislocaciones, fracturas. Afortunadamente, las heridas graves eran escasas y a las tres horas sólo quedaban nueve pacientes en la enfermería incluyendo a Ferry, que se había partido el brazo (el mismo que ya se había magullado) y también Riley, que protestaba airadamente, y sus compañeros de conspiración habían sido desplazados para hacer sitio a otros heridos más graves.

A las veintitrés treinta llamaron a Nicholls para que curase al Kapok Kid. Después de recorrer el barco con enorme dificultad, cayéndose a cada momento con las disparatadas bordadas del *Ulysses*, acabó por encontrar al Piloto en su cabina. Parecía muy abatido. Nicholls le miró detenidamente. En la frente tenía una brecha profunda y de muy mal cariz y por debajo de su traje de marciano le asomaba un tobillo horriblemente hinchado. No era para tomarlo a broma, desde luego, pero dadas las circunstancias podía haber sido peor. A Nicholls le pareció desproporcionada la pesadumbre que reflejaba el rostro de Carpenter y trató de animarle:

—Bueno, Horacio, ¿qué demonios te pasa? ¿Has bebido?

El Honorable Carpenter se quejó amargamente.

—Es la espalda, Johnny. —Se tendió boca abajo en la litera—. ¿Quieres mirármela?

La expresión de Nicholls cambió. Se acercó y se quedó parado en seco.

—¿Cómo quieres que te la vea con esa coraza que llevas puesta?

—Eso precisamente quiero decir —murmuró el Kapok Kid, angustiado—. El viento me lanzó contra el cuadro de proyectores... Ya sabes, todo son allí tornillos y salientes. ¿Está rasgada la tela? ¿Las costuras...?

—¡Por amor de Dios! ¿Acaso quieres decir...? —Nicholls se sentó sin acabar de creer lo que pensaba.

El Kapok Kid le miró esperanzado.

—Entonces, ¿no le ha pasado nada?

—Está perfectamente, hombre. ¡Lo que tú necesitas es un sastre! ¡Qué presunción! ¡Te preocupaba que se te hubiera estropeado el «kapok»!

—Bueno, hombre, ya está bien. Anda, matasanos, vete a trabajar, que tendrás mucho qué hacer... —dijo Carpenter. Y tocándose la frente, que le sangraba, añadió—: Pero antes dame aquí unas puntadas perdiendo el menos tiempo que puedas... A un hombre de mi calibre lo necesitan urgentemente en el puente en circunstancias como éstas... Soy el único de este barco que tiene una idea de dónde estamos...

Mientras lo curaba, dijo Nicholls:

—Y ¿dónde estamos?

—No lo sé —confesó Carpenter—. Por eso precisamente es tan urgente que me

encargue del asunto. Lo que sé perfectamente es dónde estaba hace poco... ¡En Henley! ¿Te he contado alguna vez...?

El *Ulysses* no murió. Durante toda la noche parecía que de un momento a otro se iba a hundir bajo el peso del agua. Pero una y otra vez emergía de nuevo, vibrando todo el casco bajo la fantástica presión. Mil veces tuvieron los tripulantes que bendecir al genio de los astilleros de Clyde que lo habían construido. Y mil veces maldijeron la ciega crueldad de aquella tempestad empeñada en echar a pique al *Ulysses*.

Quizá no fuese «ciega» la palabra adecuada. Las oscuras fuerzas de la naturaleza manifestaban un odio salvaje en el que había una buena dosis de astucia casi humana. Después del primer ataque, el viento había rolado al norte en contra de todas las leyes naturales. Y el *Ulysses* tuvo que enfrentarse con otra mar embravecida por otro lado. Mar pavorosamente hinchada y de una astucia tan grande como la del viento. De repente, una ola gigantesca destrozaba un bote de salvamento. Al cabo de una hora, se habían perdido dos balleneras, una motora y una balsa. La mar barría implacablemente todo lo que encontraba poco firme sobre cubierta.

Pero el ataque más astuto de todos fue el sufrido a popa. En los momentos culminantes de la tempestad, se produjeron unas seis explosiones en otros tantos segundos, que casi levantaron la popa por encima de la superficie. Cundió el pánico en los ranchos. Quedaron fundidas o vacilantes casi todas las luces a popa de la sala de máquinas. En la oscuridad de los ranchos, los gritos de: «¡Torpedeados!», «¡Una mina!», «¡Nos hundimos!» galvanizaban a los hombres, aun a aquellos —más de la mitad— que se hallaban postrados por el mareo, y todos se precipitaban frenéticos hacia las puertas y las escotillas... sólo para encontrárselas cerradas herméticamente por el frío que las helaba. Las lámparas de las baterías automáticas fueron encendiéndose al fallar los circuitos normales. Estos puntitos brillantes daban alucinantes relieves a los rostros lívidos y contorsionados de los marineros. Todo estaba maduro para un desastre definitivo cuando una voz áspera y sarcástica se impuso al caos. Era la voz de Ralston, a quien habían soltado antes de las nueve por orden del Capitán. Las celdas estaban en la misma punta de la proa y era imposible que un ser humano permaneciese allí vivo. De todos modos, a Hastings le había costado un gran esfuerzo ponerlo en libertad.

—¡Son nuestras propias cargas de profundidad! ¡Las *nuestras*, hatajo de idiotas! —Lo que cortó la oleada de pánico no fueron las palabras de Ralston, sino el tono sarcástico de su voz—. Os digo que han estallado nuestras cargas. Todas ellas ha debido de llevárselas la mar por la borda.

Era cierto, un golpe de mar se había llevado a la deriva todas las que estaban en el emplazamiento de popa. Por un descuido, habían dejado allí las que prepararon para el submarino de bolsillo enemigo en Scapa Flow. Hicieron explosión casi

directamente bajo el *Ulysses*. Sin embargo, parecía que los daños no eran muy serios.

Hacia las dos de la madrugada, poco después de estallar las cargas de profundidad, se produjo un pequeño motín entre los oficiales de mayor graduación. El Capitán, a quien habían convencido para que bajase no hacía una hora, agotado de fatiga y sin poder dominar el temblor que le producía el frío, regresó inmediatamente al puente en cuanto estallaron las cargas. Le salieron al paso Turner y el Comandante Westcliffe, que le obligaron a entrar en la protectriz. Turner abrió la puerta y encendió la luz. Vallery estaba más extrañado que enfadado.

—Pero... ¿qué significa esto?

—¡Un motín! —exclamó Turner sonriendo. Tenía llena la cara de los sangrantes arañazos del hielo—. ¡Motín en alta mar! ¿Se dice así técnicamente, Almirante?

—Así se dice —asintió el Almirante. Vallery se volvió asombrado; Tyndall estaba echado en la litera. Se incorporó—: No tengo jurisdicción sobre un capitán en su propio barco. Además, no veo absolutamente nada. —Y se volvió a echar en la litera como si estuviera muy enfermo. El único que sabía que no estaba fingiendo era el propio Tyndall.

Vallery, sin decir ni una palabra, estaba de pie, agarrado a un pasamanos con la cara palidísima y los ojos inyectados de sangre y cargados de sueño. Turner sintió que se le apretaba el corazón cuando le vio tan grave. Y le habló con tan profunda seriedad, cosa insólita en él, que Vallery se sorprendió:

—Señor, esta no es una noche para un Capitán de la Marina. Esta noche es para los marineros. Por eso, con todos los respetos, me permito sugerir que un hombre como Carrington, que es tan distinto a todos nosotros...

—Está muy bien que se incluya también usted, Comandante —murmuró Vallery—; y completamente innecesario.

—El primer Teniente permanecerá en el puente toda la noche. Y lo mismo Westcliffe y yo.

—Yo también —dijo el almirante—. Pero antes he de dormir un poco. —Parecía aún más deshecho que Vallery.

—Gracias, señor —dijo Turner—. Bueno, Capitán, lamento que van ustedes a tener poco sitio aquí esta noche... Vendremos después del desayuno.

—Pero...

—No hay peros que valgan —murmuró Westcliffe.

—Por favor —insistió Turner.

Vallery le miró:

—Como capitán del *Ulysses*... No sé qué iba a decir... Muy bien, muy bien. —El Capitán suspiró de cansancio—. En realidad, dormir toda una noche me sentará estupendamente.

Con enorme dificultad se arrancó el Teniente Nicholls de las neblinosas simas de un sueño de piedra. Abrió los ojos contra su intenso deseo de seguir durmiendo. Se dio cuenta de que el *Ulysses* daba aún tremendos balanceos y que se sumergía a cada momento tan peligrosamente como antes. El Kapok Kid, con la frente envuelta en vendajes y el resto de la cara llena de coágulos de sangre, se inclinaba sobre él. A Nicholls le fastidió la alegría de su amigo.

—¡Qué contenta canta la alondra! —gritó Carpenter—. ¿Qué tal vamos esta mañana? —dijo burlón, parodiando al médico que visita a un enfermo. El Honorable Carpenter tenía en poca estima la profesión médica.

Nicholls fijó en él su turbia mirada.

—¿Qué pasa, Andy? ¿Otro accidente?

—Los señores Carrington y Carpenter se han hecho cargo de la dirección de la empresa —dijo el Kapok Kid dándose una cómica importancia—. Y si ellos llevan el mando, todo ha de ir bien. ¿No quieres venir arriba para ver a Carrington en plena faena? Va a virar y, tal como está la charca, será una operación digna de verse.

—¡Te voy a matar! ¿A quién se le ocurre despertarme sólo para eso?

—Hermano, de todos modos te despertarás cuando este barco vire... y probablemente te despertarías en cubierta con el cuello roto. Además, Jimmy te necesita. Por lo menos, le hace mucha falta una de esas láminas de cristal que tenéis en el dispensario. Quería cogerla yo, pero está cerrado con llave.

—¿Dices una lámina de cristal?

—Es preferible que vengas tú y veas de qué se trata —le invitó el Kapok Kid.

Amanecía. Y era un alba salvaje que ponía los pelos de punta. Buen epílogo para aquella pesadilla. Unas extrañas y deshilachadas bandas de un vapor blanquecino pasaban sobre el extremo del palo mayor, donde se hallaban las exploradoras del radar. La mar, que seguía agitada, estaba, sin embargo, mucho más reducida. El *Ulysses* había disminuido notablemente su velocidad y seguía vapuleado por el oleaje enfurecido. Pero el viento corría ya sólo a cincuenta nudos. Aun así, Nicholls creyó que se le quemaban los pulmones cuando salió a cubierta. Se tapó en seguida la cara con la bufanda para protegerla del frío y de los lanzazos de los trozos volantes de hielo. Subió al puente a tientas, por costumbre e instinto. El Kapok Kid le seguía con el cristal. Mientras subían oyeron graznar a los altavoces, que emitían un ininteligible mensaje.

Turner y Carrington se hallaban solos en el puente, en penumbra, vendados como unas momias. Ni siquiera se les veían los ojos. Llevaban gafas contra el viento. Parecían un par de buzos.

—Buenos días, Nicholls —le gritó el Comandante—. Es usted Nicholls, ¿verdad? —Se quitó las gafas de espaldas al viento y las tiró, fastidiado—. Con esta porquería no hay manera de ver... Ah, el Número Uno ha conseguido el cristal.

Nicholls vio que en un rincón había un montón de gafas, viseras y mascarillas antigás. Las señaló con un movimiento de cabeza.

—¿Qué es esto? ¿Un saldo?

—Estamos virando, doctor —le dijo Carrington con su voz tan tranquila y clara como siempre. No parecía fatigado—. Pero es imprescindible que veamos por dónde vamos y como el comandante asegura que esos chismes de nada sirven; en efecto, se enturbian en cuanto nos las ponemos porque se hielan en seguida, ¿querría usted sostener así la placa de cristal y que Andy la vaya limpiando?

Nicholls miraba al mar furioso. Sintió escalofríos.

—Perdone mi ignorancia, pero ¿qué necesidad hay de virar?

—Muy sencillo: dentro de muy poco será imposible hacerlo —le respondió Carrington—. Esto me convertirá en el hombre menos popular del barco. Acabamos de radiar una advertencia. ¿Listos, señor?

—Atención, máquinas; atención, timón. Listo, Número Uno.

Durante treinta segundos, cuarenta y cinco segundos, un minuto entero, Carrington estuvo mirando fijamente, sin pestañear, a través del cristal que le sostenía Nicholls y le limpiaba Carpenter. A Nicholls se le helaban las manos. Carpenter frotaba el cristal concienzudamente.

—¡Media avante, babor!

—¡Media avante, babor! —gritó Turner como un eco.

—¡20 a estribor!

—¡20 a estribor!

Nicholls se atrevió a mirar por encima de un hombro. En el segundo antes de que sus ojos guiñaran cegados por las lágrimas vio una ola monumental que se precipitaba sobre ellos. ¡Dios mío! ¿Por qué no habría esperado Carrington a que pasara?

La ola levantó la proa, empujó al *Ulysses* a estribor y luego acabó de pasar bajo el barco. El *Ulysses* dio entonces un bandazo en el sentido contrario y los pasamanos de babor quedaron sumergidos en la ola siguiente.

—¡Toda avante, babor!

—¡Toda avante, babor!

—¡30 estribor!

—¡30 estribor!

La ola siguiente, al pasar por debajo, no hizo más que equilibrar al barco. Y entonces comprendió por fin Nicholls. Increíblemente —porque parecía imposible que nadie hubiera previsto aquello con tanta exactitud— Carrington había calculado que dos sistemas contrapuestos de oleaje se resolvían en un área de relativa calma. El mismo Carrington no podría explicar cómo se le había ocurrido aquello. La única explicación: Carrington era un gran marino. Durante quince o veinte segundos era el mar una burbujeante masa blanca de olas contrarias y el *Ulysses* pasaba bastante bien por ese hueco. Inmediatamente después, otro golpe de mar, elevándose hasta el

punto, volvía a zarandear al barco. Uno de estos golpes, más fuerte que todos los anteriores, cubrió al *Ulysses* con triturante peso. El buque se escoró tanto que Nicholls salió despedido. Hubiera jurado que Carrington se había reído. Con agotadores esfuerzos, logró llegar hasta el centro de la plataforma de la aguja.

Y aún no había acabado de pasar la ola. Se elevaba como una catedral sobre el surco a donde el *Ulysses* había sido despectivamente lanzado. La monstruosa ola, suspendida allí arriba, parecía estar esperando sádicamente a que el barco agotara su capacidad de sufrimiento para hundirlo definitivamente. El inclinómetro giraba implacable: 45°, 50°, 53°, y en este punto se detuvo una eternidad mientras los hombres, agarrados desesperadamente a donde podían, esperaban, con un absoluto vacío mental, a que se produjera lo inevitable. Éste era el fin. El *Ulysses* no podría salir de aquella.

Segundo a segundo, transcurrió toda una vida. Nicholls y Carpenter se miraron inexpresivos y mortalmente pálidos. Con la absurda inclinación en que se hallaba ahora, el puente quedaba protegido del viento. La voz de Carrington, clara y tranquila, dijo en un increíble tono de amena charla:

—Aunque se escorase 65°, volvería a ponerse derecho. Sujétense bien los sombreros, caballeros. Va a resultar interesante.

Exactamente, cuando Carrington acabó de pronunciar estas palabras, el *Ulysses* empezó a temblar; primero casi imperceptiblemente, luego lentamente y después con terrible frenesí se inclinó hacia atrás hasta describir un arco de 90° y luego otra vez recobró su equilibrio. Nicholls fue a parar de nuevo a un rincón del puente. Pero el *Ulysses* había virado ya casi por completo.

El Kapok Kid, con un suspiro de formidable alivio, se levantó y dio a Carrington unas palmadas en la espalda.

—No mire usted, señor, pero sepa que hemos perdido el palo mayor.

Era una exageración, pero los cuatro últimos metros del palo mayor, que sostenían una exploradora del radar, se habían perdido. Los latigazos de la última embestida y el peso del hielo habían sido demasiado.

—¡Las dos adelante despacio!

—¡Las dos adelante despacio!

—¡Vía!^[9]

El *Ulysses* había virado por completo.

El Kapok Kid miró a Nicholls y con la cabeza le señaló al Primer Teniente.

—¿Comprendes lo que quiero decir, Johnny?

—Sí. —Nicholls estaba muy tranquilo—. Sí, te comprendo. —Luego hizo una mueca y añadió—: La próxima vez que afirmes algo, te creeré bajo palabra, si no te importa, y has de prometerme que no me obligarás a soportar una prueba de este calibre para demostrarme que tienes razón. ¡Son unas pruebas que le dejan a uno deshecho!

El *Ulysses* avanzaba con una seguridad asombrosa. El viento había amainado a

popa y el puente quedaba increíblemente protegido. La niebla casi había desaparecido. Hacia el sureste se elevaba un sol blanco y deslumbrante en un horizonte sin nubes. Había terminado la larga noche.

Una hora después, con el viento reducido a treinta nudos, el radar estableció contacto con el oeste. Al cabo de otra hora, con el viento casi desaparecido, empezaron a divisarse unas leves columnas de humo en el horizonte. A las 1030, en la posición y a la hora convenidas, el *Ulysses* acudió a su cita con el convoy procedente de Halifax.

VII

LA NOCHE DEL MIÉRCOLES

El convoy llegó directamente del oeste, balanceándose peligrosamente en una tremenda marejada. Era una espléndida presa para cualquier manada de lobos alemanes. Formaban el convoy dieciocho barcos, quince grandes mercantes modernos y tres petroleros de 16.000 toneladas. Transportaban una carga infinitamente más valiosa y vital que cuantas haya podido llevar nunca una flota de galeones cargados de oro. Tanques, aeroplanos y petróleo... ¿Qué podían significar el oro y las joyas, las sedas y las más raras especias en comparación con estos tesoros? Era difícil de calcular el valor total de aquella carga. Desde luego, entre diez y veinte millones de libras esterlinas. De todos modos, su valor efectivo no podía medirse monetariamente.

A bordo de los barcos mercantes formaron las dotaciones cuando el *Ulysses* pasó entre ellos. Alineados en cubierta, daban gracias al Supremo Hacedor por haberles permitido librarse de aquella espantosa tempestad. El *Ulysses*, visto desde los barcos recién llegados, presentaba el más extraño aspecto: con el palo mayor roto, sin botes de salvamento, relucía como un cristal a la luz de la mañana. El huracán le había quitado la nieve y a la vez había pulido el hielo hasta darle una calidad de trasparente satén. Pero a ambos lados de la proa y delante del puente se veían unas enormes manchas carmesíes en los sitios en que el viento le había arrancado el camuflaje dejando al descubierto el plomo rojizo que había debajo.

La escolta norteamericana era reducida: un crucero pesado con un aeroplano para exploraciones, dos destructores y dos guardacostas de tipo fragata. Pequeña, pero suficiente: no se necesitaban portaaviones de escolta (aunque éstos acompañaban con frecuencia a los convoyes atlánticos) ya que la Luftwaffe no podía operar tan lejos hacia el oeste, y las manadas de lobos marinos, en los últimos meses, habían operado exclusivamente al norte y al este de Islandia: por allí estaban no sólo más cerca de sus bases, sino que podían con mayor facilidad interceptar las rutas de convoyes, convergentes en Murmansk.

Siguieron juntos, con rumbo estenordeste, los mercantes, los buques de guerra norteamericanos y el *Ulysses* hasta que, a última hora de la tarde, se perfiló en el horizonte la maciza figura de un portaaviones de la escolta inglesa. Media hora después, a las 1600, los barcos norteamericanos disminuyeron su velocidad y viraron, enviando unas señales de bienvenida a los compañeros británicos.

La 14 flota de portaaviones, o sea lo que de ella quedaba, estaba ya sólo a dos millas. Tyndall, que subió al puente, lanzó una sarta de maldiciones al ver que

faltaban un portaaviones y un dragaminas. Dirigió una irritada señal al Capitán del *Stirling* preguntándole por qué se habían desobedecido sus órdenes y dónde diablos estaban los barcos que faltaban.

Un Aldis guiñó la respuesta con sus luces. Tyndall, sentado y con una expresión de pésimo humor, escuchaba lo que Bentley le iba leyendo. El timón del *Wrestler* se había roto durante la noche. A pesar de la protección de la península de Langanes, el tiempo había sido irresistible y había empeorado a partir de medianoche al cambiar el viento en dirección norte. El *Wrestler*, a pesar de sus dos hélices, había perdido todo gobierno y con visibilidad nula se esforzó por mantener el rumbo, lo que sólo le sirvió para encallar en el banco de Vejle. Aún seguía allí, auxiliado por el dragaminas *Eager*, cuando zarpó la flota poco después del alba.

Tyndall guardó silencio unos minutos. Luego dictó un radio para el *Wrestler*, pero no se atrevió a quebrantar su propia orden del «silencio radio» y, anulando el mensaje, decidió ir él en persona. Sólo serían tres horas. Comunicó al *Stirling*: «Tome mando flota: regresaré por la mañana», y ordenó a Vallery que regresara a Langanes con el *Ulysses*.

Vallery, aunque a disgusto, dió las órdenes necesarias. Estaba muy preocupado, pero él trataba de ocultarlo. Y la menor de sus preocupaciones era su propio estado de salud, aunque sabía, y no quería confesárselo a nadie, que se hallaba gravemente enfermo. Creía que su deber era no reconocerlo cuando alguien se refería a ello y le divertía y emocionaba que sus camaradas se valiesen de tantas artimañas para descargarle de parte de sus obligaciones, y que estuviesen cuidándole como si se tratase de una broma.

Le preocupaba mucho su dotación, que no se hallaba en condiciones físicas de realizar ni la menor tarea, ni de sobrevivir a aquel frío bestial ni, mucho menos, de llevar adelante la navegación y de luchar para abrirse paso hasta Rusia. Le deprimían también las desgracias que había sufrido la escuadra desde que zarpó de Scapa Flow: eran malos presagios para lo que aún tendrían que soportar y Vallery no se hacía ilusiones sobre el futuro. Pero aún había algo que le roía el alma: la actitud de Ralston.

Aquel Ralston, corpulento retoño del árbol escandinavo, con su cabello de lino y sus tranquilos ojos azules, aquel hombre a quien nadie comprendía y con el que nadie del barco había entablado amistad, cumplía perfectamente su deber, seguro de sí mismo y sin sonreír nunca. Ralston no tenía ya nada por que luchar, a no ser por sus recuerdos. Era uno de los hombres más dignos de confianza entre todos los del *Ulysses*; su competencia era extraordinaria y tenía abundantes recursos para cualquier situación. Sin embargo, estaba encerrado por una falta que ningún hombre razonable y justo podría imputarle.

Encerrado con llave y cerrojo, eso era lo denigrante. La noche anterior, Vallery aprovechó la ocasión de la tempestad para ordenar que lo soltaran y había tratado de olvidar aquel grave incidente. Pero Hastings, el oficial de policía, se había excedido

en el cumplimiento de su deber y había vuelto a encerrarlo en cuanto pasó el peligro. Estos oficiales de policía naval nunca se habían distinguido por una actitud tolerante hacia la vida ni, sobre todo, hacia los marineros. Naturalmente, no podían permitírselo. Y Hastings, incluso entre estos oficiales tan rígidos, constituía una excepción por su absoluta carencia de las más elementales emociones humanas. Era como una máquina. Él se creía muy justo, pero su falta de corazón le hacía ser a veces injusto. Y Vallery temía que a Hastings, si no tenía un poco de cuidado, le ocurriese lo mismo que a Lister, que hasta poco antes había sido oficial de policía, tan odiado, del *Blue Ranger*. Nadie sabía lo que le había sucedido a Lister a no ser que se confiase demasiado y cometiera la imprudencia de atravesar sólo la cubierta de vuelo una noche tenebrosa...

Vallery suspiró. Como le había explicado a Foster, tenía las manos atadas. Foster, el Capitán de infantería de Marina, acompañado por el sargento Evans, que estaba muy resentido, se quejó amargamente de que obligaran a sus soldados a hacer las guardias. Sus hombres necesitaban dormir lo más posible si se quería que estuviesen en forma cuando llegara la gran ocasión. En realidad, Vallery estaba de acuerdo con Foster, pero no podía permitirse anular su propia orden... Suspiró de nuevo y mandó buscar a Turner, a quien encargó que hiciese a proa las reparaciones imprescindibles.

Era ya de noche cuando se acercaron al banco de Vejle, pero les fue fácil localizar al *Wrestler*, que estaba peligrosamente escorado a popa. El *Eager* se hallaba anclado cerca de él. La mar estaba en calma. Apenas un leve balanceo, casi imperceptible.

A bordo del *Ulysses* empezó a hablar con sus luces el Aldis. Le respondió en seguida el *Wrestler*. Las averías eran tan graves que Tyndall gritó:

—¡Dios mío! ¡Un trabajo de astilleros! —Y decidió que, por lo pronto, tirasen al mar 800 toneladas de gasolina.

El *Ulysses* remolcó al portaaviones averiado. Hacia la una, ya habían dejado al *Wrestler* rumbo a Scapa Flow.

—Hasta que lleguen a Scapa Flow lo van a pasar muy mal —gruñó el Almirante. Sentía escalofríos y un agotador cansancio. ¿Qué puede sentir un Almirante que ha perdido las tres cuartas partes de su flota de portaaviones? Se volvió hacia Vallery:

—¿Cuándo calcula usted que alcanzaremos al convoy?

Vallery titubeó. En cambio, el Kapok Kid, como siempre, lo sabía con absoluta seguridad.

—0805 —dijo, exacto como un buen reloj—. A veintisiete nudos y con el rumbo de intersección que he señalado ahí con lápiz.

—¡Ya está aquí otra vez este sabio! —exclamó Tyndall—. ¿Qué habré hecho yo, Dios mío, para merecer a este hombre? Pues bien, jovencito, sepa usted que es

imprescindible que lleguemos antes de amanecer.

—Sí, señor —dijo el Kapok Kid imperturbable—. Ya lo he pensado. Para llegar antes del alba: treinta y tres nudos. Exactamente, treinta minutos antes de que amanezca.

—«¡Ya lo he pensado!». ¡Que se lleven en seguida a este entrometido! —vociferó el Almirante. Estaba furioso. Se levantó con el aire del hombre a quien han inferido una ofensa mortal y cogió del brazo a Vallery—. Vamos, Capitán, vamos abajo... ¿Qué pintamos dos viejos como usted y yo frente a esa juventud que lo sabe todo?

Cuando empezaba a clarear distinguieron desde el *Ulysses* las borrosas siluetas de los barcos del convoy. La gran masa del *Blue Ranger* era inconfundible.

Había un poco de balanceo nada molesto; la temperatura a cero grados, una leve brisa y el cielo sin nubes. Eran exactamente las 0700.

A las 0702, fue torpedeado el *Blue Ranger*. El *Ulysses* se hallaba a unas doscientas brazas, a estribor. Los que se encontraban en el puente sintieron el choque físico de las dos explosiones gemelas y vieron cómo se levantaban dos columnas de llamas, muy por encima del puente del *Blue Ranger* y hacia popa. Inmediatamente después oyeron a un serviola que gritaba algo ininteligible señalando hacia adelante y hacia abajo. Era otro torpedo que avanzaba contra la popa del portaaviones. Se distinguía su ominosa estela fosforescente cruzando las aguas transversalmente a la cola del convoy, para perderse luego en la tenebrosidad del Ártico.

Vallery gritaba por el tubo. Daba las órdenes necesarias para maniobrar y evitar una colisión con el portaaviones torpedeado. Tres series de lámparas Aldis y los proyectores lanzaban continuamente las señales de «Mantengan la posición» a todos los barcos del convoy. Marshall, por teléfono, transmitía instrucciones al oficial encargado de las cargas de profundidad. Los cañones apuntaban hacia el fondo del mar traidor. Ya no eran necesarias las señales al *Sirrus* porque este destructor, apenas visible en la confusa luz del alba, cruzaba por entre los demás barcos de convoy y se dirigía a toda máquina hacia el lugar donde se calculaba podía hallarse el submarino.

El *Ulysses* pasó a unos cuarenta metros del portaaviones incendiado. A la velocidad que llevaba y desde tan cerca, sólo podía distinguirse una caótica masa de llamas y un denso humo negro.

Al minuto siguiente, la lámpara de señales del *Vectra*, a la cabeza del convoy, empezó a guiñar: «Contacto, Verde 70, se acerca. Contacto, Verde 70, se acerca».

—Enterados —ordenó Tyndall que respondieran.

Apenas había empezado el Aldis a funcionar cuando le interrumpió el *Vectra*.

«Contactos, repito: Contactos. Próximo. Muy próximo. Repito: contactos, contactos».

Tyndall lanzó una maldición.

—Enterados. —Se dirigió a Vallery—. Vamos, Capitán. Hay que unirse al *Vectra*.

Tenemos aquí la primera manada de lobos y esta vez vienen en masa. No tenemos derecho a librarnos de esto... ¡Vaya un servicio de inteligencia que tiene el Almirantazgo!

El *Ulysses* fue en busca del *Vectra*. Ya debía de haber mucha luz, pero la inmensa antorcha que era el *Blue Ranger* —con toda la gasolina ardiendo— producía el curioso efecto de dejar a oscuras la mar en torno. Una serie de explosiones revelaban cómo iban llegando las llamas a los paños de municiones y a las reservas de gasolina. El enorme cuerpo de acero se fue inclinando para morir y se tumbó majestuosamente en las glaciales tinieblas del mar, y encerrados en aquel ataúd de acero, se hundirían muchos de sus hombres. Éstos fueron los más afortunados.

Las aguas estaban ardiendo. Eran como una inmensa alfombra de fuego. Centenares de toneladas de combustible se extendían sobre la superficie y las llamas saltaban fantásticamente. Vallery vio unos instantes aquel fenomenal espectáculo y luego, sintiendo como si se le parase el corazón, vio algo más: en el ardiente valle líquido nadaban y se debatían unos hombres. No unas docenas de ellos, sino centenares que gritaban sin voz y que perecían en la espantosa contradicción del agua y el fuego.

—Señales del *Vectra*, señor —dijo Bentley con un tono absurdamente normal—. «Cargas de profundidad. 3, repito 3, contactos. Pedimos inmediata ayuda».

Tyndall se hallaba ahora junto a Vallery. Oyó a Bentley, miró unos instantes a Vallery y siguió luego la mirada de éste al mar incendiado.

Para un hombre de mar, el petróleo es mala cosa: su peso obstaculiza los movimientos del barco, sus vapores le requeman los ojos, le revuelve el estómago y le envenena los pulmones. Pero cuando el petróleo se incendia, el martirio es ya infernal: supone morir ahogado, quemado, asfixiado, ya que las llamas devoran todo el oxígeno de la superficie del mar, y ni siquiera los más terribles fríos del Ártico le salvan a uno de esta lenta y crudelísima agonía. El cuerpo empapado de combustible se aísla en su inexorable tortura y le embarca implacablemente, envuelto en llamas rumbo a la eternidad. Vallery lo sabía muy bien.

Y también sabía que si el *Ulysses* se paraba, inconfundiblemente perfilado contra las llamas, era tanto como suicidarse. Además, aunque hubiera podido salvar a los hombres que ardían con la mar, esto habría representado perder unos valiosísimos minutos que los submarinos habrían aprovechado para preparar su ataque contra el resto del convoy. Y el primer deber del *Ulysses* era proteger al convoy. Pero, aunque Vallery supiera todo esto perfectamente, lo que más pesaba en su ánimo en aquellos momentos era la solidaridad humana. Centenares de hombres se estaban convirtiendo en antorchas vivas en medio del mar. Dio las órdenes oportunas y el *Ulysses* se dirigió, por entre las llamas, hacia donde era más densa la concentración de los hombres del *Blue Ranger*, más espesa la capa de petróleo y más feroces las llamas. Una instantánea llamarada gigantesca brotó del centro del grupo como un fogonazo de magnesio que iluminó un pavoroso cuadro que se grabó imborrablemente en las

retinas de los hombres del *Ulysses*. Ninguna fotografía hubiera podido retener con tal permanencia aquella indescriptible masa humana que se retorció en la superficie flamígera: unos hombres que, en su desesperación, parecían salirse del agua en unos saltos inverosímiles, antorchas vivas, trágicamente grotescos en su convulsiva crucifixión. Pero la mayoría se consumían ya, insignificantes, como leños carbonizados mecidos por las olas. Los que aún vivían, gesticulando como endemoniados, esperaban del *Ulysses* sólo una prolongación de su agonía.

—Treinta a estribor —ordenó Vallery en un murmullo que sin embargo oyeron los que se hallaban, con espantado silencio, en el puente.

—Treinta a estribor, señor.

—¡Vía!

Por tercera vez en diez minutos, viraba el *Ulysses* a una velocidad tan grande que su proa no podía seguir la línea normal de la virada cortando el agua, sino que, como siempre ocurre en estos casos, el barco realizó un movimiento forzado y violento como cuando un automóvil resbala sobre el hielo. El costado del *Ulysses*, que aún mantenía un ángulo agudo, chocó con el borde del grupo de cadáveres y supervivientes que flotaban a babor de la proa del barco incendiado. Casi instantáneamente, al proseguir la virada, el enorme casco del *Ulysses* se metió de lleno en el corazón del fuego y en el centro de la masa de moribundos.

Para la mayoría de ellos fue una muerte instantánea y misericordiosa. El tremendo choque y la presión de las olas los ahogaron en un momento. Poco después volvían a emerger en el vórtice formado por las cuatro grandes hélices...

A bordo del *Ulysses* los hombres, para los cuales la muerte y la destrucción eran ya la única perspectiva de su existencia y que tenían que aceptarlas con indiferencia y hasta con bromas si no querían enloquecer, perdieron por completo el freno en esta ocasión. Proferían maldiciones absurdas e inútiles y lloraban como niños. Lloraban al ver aquellos rostros carbonizados vueltos hacia el *Ulysses* en los que se habían grabado, como en piedra, la última alegría, la esperanza de ser salvados y en la mayoría de ellos un gesto de horror e incredulidad al comprender que nada podían esperar. Sobre ese gesto se cerraba definitivamente su tumba de agua. Algunas de estas víctimas gritaban enloquecidas levantando ambos brazos con los puños crispados y chorreantes de petróleo mientras el *Ulysses* los aplastaba. Una pareja de muchachos fueron absorbidos por el torbellino de las hélices cuando aún tendían las manos creyendo que alguien les iba a sacar del agua. Y un caso todavía más impresionante fue el de un marinero que se llevó su mano quemada al boquete ennegrecido que había sido su boca y envió al puente del *Ulysses* un beso de eterna gratitud. Y los hombres de este barco lloraban sobre todo, aunque parezca extraño, al ver al inevitable humorista, que se quitó su gorro de piel, lo levantó por encima de su cabeza e hizo una increíble reverencia, casi saliéndose del agua, para hundirse en seguida.

Misericordiosamente, quedó vacía la mar de pronto. El aire tenía una extraña

calma e iba cargado con el mareante hedor de la carne quemada y del petróleo incendiado, y la popa del *Ulysses* se balanceaba locamente casi debajo de la negra nube que cubría al *Blue Ranger*. Entonces fue cuando cayeron sobre él los tres proyectiles de artillería.

Las granadas procedían del *Blue Ranger*. Por supuesto, ningún artillero había disparado aquellos cañones. Fue el calor. La primera granada estalló sin causar daños; la segunda destrozó un pañol que afortunadamente estaba vacío, y la tercera penetró, por la cubierta, en la cámara de fuerza núm. 2. Había en ella nueve hombres: un oficial, siete marineros y el segundo oficial encargado de los torpedos. En aquel espacio cerrado todos murieron al instante.

Unos segundos después una potente explosión abrió un enorme agujero en la línea de flotación del *Blue Ranger*. Su cubierta de vuelo quedó vertical al agua. El *Blue Ranger* parecía dispuesto ya a morir satisfecho de haber castigado, con un último ramalazo de energía, al barco que había acabado de aniquilar a su tripulación.

En el puente, Vallery escupía sangre, con la cabeza inclinada y los ojos cerrados y su sangre parecía de una brillantez inverosímil al resplandor rojizo del portaaviones que se hundía. Tyndall estaba a su lado sin saber qué hacer y con la mente vacía. De pronto le apartó sin más ceremonias el Comandante-Médico, que le tapó a Vallery la boca con una toalla y se lo llevó abajo. Todos sabían que el viejo Brooks debía estar en su puesto en la enfermería, pero nadie se atrevió a decir ni una palabra.

Carrington puso de nuevo al *Ulysses* en rumbo mientras esperaba que Turner llegase de la torre de dirección de tiro, a popa, para encargarse del puente. En tres minutos se situó el *Ulysses* junto al *Vectra*. Ambos barcos arrojaron cargas de profundidad. Subió a la superficie una grasienta mancha. Podía ser un submarino hundido o quizás sólo un ardid, pero en todo caso ninguno de los dos buques podía detenerse a investigar. El convoy les llevaba dos millas de delantera y sólo iban protegiéndolo el *Stirling* y el *Viking*. Una cobertura insuficiente e incapaz de salvar al convoy de un ataque enemigo.

Fue el *Blue Ranger* el que salvó el convoy. En aquellas elevadas latitudes amanece muy lentamente. El alba es casi interminable. Aun así se veía ya lo bastante para distinguir las siluetas de los barcos mercantes contra un horizonte despejado, lo cual constituye, como es sabido, el ideal de un comandante de submarino. Pero en esta ocasión, desde los submarinos enemigos que navegaban al sur, no se podía ver al convoy, ya que el leve viento del oeste arrastraba la enorme nube de humo negro del portaaviones incendiado a lo largo del flanco sur del convoy y al nivel del mar formando una perfecta cortina de humo denso e impenetrable. ¿Por qué habían abandonado esta vez los submarinos su costumbre casi invariable de desencadenar los ataques al amanecer, desde el norte, con lo cual cogían a sus blancos entre sus periscopios y la salida del sol? Quizá fuese por el deseo de lograr una sorpresa táctica; pero fuera éste u otro el motivo, lo cierto es que significó la salvación del convoy. Al cabo de una hora, las rápidas hélices de estos barcos habían dejado muy

atrás a la manada de lobos, y el FR77, después de burlar a sus perseguidores, llevaba demasiada velocidad para que éstos pudieran alcanzarlo de nuevo.

A bordo del buque insignia, el transmisor de radio enviaba un mensaje cifrado a Londres. Tyndall había decidido que ya no tenía sentido mantener el «silencio de radio», puesto que el enemigo conocía perfectamente la posición del convoy milla por milla. El Almirante hizo una mueca de amargura al pensar en la alegría que iba a llevarse el Alto Mando Naval alemán al saber que el FR77 se había quedado sin un solo portaaviones. Seguro que el buen «Charlie» les hacía una visita dentro de muy poco tiempo.

El mensaje decía: «Almirante, 14 A.C.S. Al D.N.O., Londres. Cita cumplida FR77, ayer 1030. Tiempo desastroso. Graves averías portaaviones: *Defender* y *Wrestler*, inservibles para escolta, regresan base protegidos; *Blue Ranger* torpedeado 0702, hundido 0730 hoy. Escolta convoy sólo *Ulysses*, *Stirling*, *Sirrus*, *Vectra*, *Viking*. Sin dragaminas *Eager* vuelve base; dragaminas esperado de Hvalfjord no llegó. Necesitamos urgente apoyo aéreo. Podrían enviarnos flota portaaviones. Caso contrario, permiso regresar base. Por favor, aconsejen inmediatamente».

Tyndall pensó que podría haber redactado mejor el mensaje, sobre todo el final, que sonaba a amenaza y podía enfurecer al viejo Starr. Éste sólo vería en aquellas palabras una pusilánime confirmación de su convicción de que el *Ulysses* —y el propio Tyndall— eran ineptos para aquella tarea... Además, desde hacía ya casi dos años —mucho antes de hundir el *Bismarck* al *Hood*— había sido táctica del Almirantazgo no dividir las flotas destacando acorazados o portaaviones. Los barcos anticuados, demasiado lentos para las modernas batallas navales —navíos como el *Ramillies* y el *Malaya*— se empleaban en los convoyes atlánticos más importantes. Con sólo esa excepción, la estrategia oficial se basaba en mantener intacta la Home Fleet destinada a oponerse a la flota principal alemana y, en cambio, dejar un poco a la suerte a los convoyes... Tyndall pasó la mirada lentamente por última vez por todos los barcos del convoy, suspiró cansado y pensó; «¡Qué demonios; así está bien! Si yo he perdido mi tiempo redactándolo, que lo pierda también Starr en interpretarlo».

Bajó pesadamente la escala del puente y metió su corpulencia por la puerta del camarote del Capitán. Vallery, desvestido en parte, yacía en su litera entre sábanas muy blancas y limpias y esta blancura contrastaba con la mancha roja que se extendía sobre el embozo. Vallery, con las mejillas hundidas y la tez cadavérica bajo su enmarañada barba, con los ojos enrojecidos y muy hundidos en las órbitas, parecía estar ya muerto. De la boca le brotaba un hilo de sangre que se deslizaba por su piel apergaminada. Cuando Tyndall cerró la puerta, Vallery levantó con gran dificultad una mano en la que sobresalían los nudillos blancos y las venas azules.

Tyndall había cerrado la puerta cuidando mucho de no hacer ruido. Se tomaba

tiempo para que le desapareciera de la cara la mala impresión que le había hecho ver al Capitán. Cuando se volvió hacia él, se había serenado ya, pero no intentó ocultar su preocupación al decirle:

—¡Gracias a Dios que tenemos al buen Sócrates! Es el único del barco que logra hacerle entrar un poco a usted en razón. —Se sentó en el borde del lecho—. ¿Cómo se encuentra usted, Dick?

Vallery intentó sonreír, pero le salió una mueca.

—Depende de lo que quiera usted decir, señor. ¿Física o mentalmente? No niego que estoy agotado, pero no me encuentro enfermo. El médico dice que me puede curar, por lo menos temporalmente. Me hará una transfusión de plasma porque, según dice, he perdido mucha sangre.

—¿Plasma?

—Sí, plasma. La sangre completa podía ser un coagulante más eficaz. Pero ese hombre se empeña en que el plasma puede evitar o disminuir los futuros ataques... —Se interrumpió para limpiarse de los labios un poco de espuma y sonrió sin ganas —: Lo que necesito, John, no es un médico ni medicina, sino el Padre... y el perdón. —Hubo un largo silencio entre ellos. Tyndall se movía molesto y se aclaró la garganta ruidosamente. Pocas veces se había dado cuenta tan clara de que ante todo era un hombre de acción.

—¿A qué perdón se refiere usted? ¿Qué diablos está diciendo, Dick? —No quería hablar tan fuerte y con aquella rudeza.

—De sobras sabe usted a lo que me refiero —le replicó Vallery con voz apagada. A este hombre casi nunca le oyeron emplear palabrotas, ni siquiera las menos fuertes —. Estaba usted conmigo en el puente esta mañana.

Se pasaron dos minutos sin hablar. Luego Vallery empezó a toser con renovada fuerza. La toalla que tenía en la mano se obscurecía por momentos, y cuando Tyndall lo vio recostarse de nuevo en la almohada, sintió una punzada de miedo. Se inclinó rápidamente sobre el enfermo y suspiró aliviado cuando notó que respiraba.

No tardó Vallery en volver a hablar. Pero seguía con los ojos cerrados.

—No es que me inquiete tanto la muerte de esos hombres en la centralita de fuerza. —Parecía hablar consigo mismo; su voz era sólo un murmullo—. Tuve yo la culpa, me figuro, ya que acerqué demasiado el *Ulysses* al *Blue Ranger*. Fue una estupidez acercarse a un barco que se hundía, sobre todo un barco incendiado... Pero en realidad es una de esas cosas que pasan, uno de esos riesgos... que nosotros... — El resto no se entendía, era sólo el deshilvanado murmullo de un moribundo.

Tyndall se puso en pie bruscamente y se calzó los guantes mientras decía:

—Lo siento, Dick. No he debido venir; no está bien que le haya hecho hablar tanto. El viejo Sócrates me reñirá con razón.

—No, no son esos hombres los que me inquietan, sino los otros, los muchachos que se retorcían y ardían en la mar. —Vallery no parecía haber oído a Tyndall—. Yo no tenía derecho... quiero decir que quizá algunos de ellos pudieron haberse... —Su

voz volvió a perderse en un confuso rumor y luego volvió a sonar clara—: El Capitán Richard Vallery, juez, jurado y verdugo... John, ¿qué voy a decir cuando llegue mi turno?

Tyndall titubeó, pero le sacó del apuro la urgente llamada de alguien que golpeaba la puerta. Se sobresaltó y a la vez dejó escapar un largo e inaudible suspiro de alivio.

—Entre.

Se abrió la puerta y entró Brooks. Se detuvo en seco al ver al Almirante y se volvió hacia el ayudante con la bata blanca que esperaba tras él, cargado de tarros, tubos y los más varios accesorios.

—Quédate ahí fuera, Johnson —le dijo—. Te llamaré cuando te necesite.

Cerró la puerta, y acercó una silla a la litera del Capitán. Con la muñeca de Vallery entre sus dedos miró fríamente a Tyndall. Y es que Brooks recordaba la insistencia de Nicholls en que el Almirante se encontraba muy mal. Desde luego le pareció exhausto pero más de sufrimiento moral que de enfermedad... El pulso del Capitán era muy rápido e irregular.

—Almirante, ha estado usted desasosegándolo —le acusó Brooks.

—¿Yo? ¡Qué ocurrencia! —Tyndall se sentía profundamente ofendido—. Debe usted creerme, doctor, que no he dicho...

—Nuestro Almirante es inocente, doctor. —Era Vallery el que hablaba, y con voz firme—: No ha dicho ni una sola palabra. El único culpable aquí soy yo... más culpable que nadie.

Brooks le miró fijamente. Luego le sonrió comprensivo y lleno de compasión.

—Otra vez lo del perdón, ¿no? —le dijo Tyndall sorprendido.

Vallery abrió los ojos.

—¡Sócrates! —murmuró—. Usted debería saberlo. Al menos así lo espero.

—Pero, ¿de quién ha de ser el perdón? —preguntó Brooks—; ¿de los vivos, de los muertos... o del juez?

Tyndall se sobresaltó:

—¿Ha estado usted oyendo desde ahí fuera? ¿Cómo ha podido usted...?

—El perdón de los vivos, de los muertos y del Juez, doctor. Todo eso necesito.

—En cuanto a los muertos, señor, no le darían su perdón, sino su bendición, porque nada hay que perdonar —dijo Brooks—. No olvide usted que soy médico. Vi a estos muchachos en el agua y comprendí que los había mandado usted a casa por el camino más corto. Y por lo que se refiere al Juez, ya sabe usted: «Lo que el Señor da, el Señor lo quita. Bendito sea el Nombre del Señor». El Señor sabe lo que hace. —Sonrió a Tyndall—. No se asuste usted, Almirante; no soy blasfemo. Si nuestro Juez fuera efectivamente así, Capitán, ni usted ni yo, ni el Almirante, por supuesto, querríamos tener que ver con Él. Pero tanto usted como nosotros estamos convencidos de que no es así.

Vallery sonrió débilmente y se incorporó un poco sobre la almohada.

—Siempre tiene usted la medicina adecuada, doctor. Es lástima que no pueda

usted también hablar por los vivos.

—¿Cómo que no? —Brooks se dio una palmada en un muslo y exclamó al recordar algo repentinamente—: ¡Palabra, fue magnífico! —Se rio con ganas. Tyndall miró a Vallery con burlona desesperación.

—Lo siento —se disculpó Brooks—. Hace sólo un cuarto de hora un grupo de simpáticos fogoneros depositaron en la enfermería la figura tendida y por completo inconsciente de uno de sus camaradas. ¿No adivinan quién? Pues nada menos que nuestro nihilista titular, nuestro antiguo amigo Riley. Un leve golpe y contusiones varias en la cara, pero tenemos que devolverlo al calor de su rancho esta misma noche. Además, insiste en que sus cachorros le necesitan.

Vallery le miraba divertido y curioso.

—Supongo que se habrá caído otra vez.

—Exactamente lo que yo le pregunté, señor... pero uno de sus camilleros voluntario me dijo: «Es que se ha tropezado con el gato del barco». Me extrañó la respuesta y le dije: «¿Qué gato es ése?». Entonces el muchacho se volvió al otro camillero y le dijo: «¿No tenemos un gato en el barco, Nobby?». Y el llamado Nobby le miró compasivamente y explicó: «Perdónele usted, señor, es que lo confunde todo. Nuestro pobre amigo Riley se empezó a debilitar y la cara se le fue poniendo, así, muy rara, como la trae. ¿No tendrá nada grave, verdad, señor?». El hombre parecía muy preocupado.

—Y en realidad, ¿qué había sucedido? —preguntó Tyndall.

—No quise insistir; pero el joven Nicholls se llevó aparte a los dos marineros, y prometiéndoles solemnemente que no se les castigaría, les sacó la verdad en un momento. Parece ser que Riley vio una magnífica oportunidad de alborotar en lo de esta mañana. Le presentó a usted como un ser inhumano, un asesino a sangre fría y, lamento decirlo, trató a los antepasados inmediatos de usted del modo más grosero. Y todo esto lo decía a sus amigos, a gente de la que estaba seguro. Pues bien, esos amigos suyos estuvieron a punto de matarlo... Así es como le juzgan a usted los vivos, señor. Créame, le envidio a usted...

Se levantó bruscamente.

—Y ahora, señor, si tiene usted la bondad de relajarse y de levantarse la manga de la camisa... ¡Maldita sea!

Llamaban a la puerta. Respondió Tyndall:

—Adelante... Ah, es usted, Chrysler. Gracias.

Se dispuso a leer el mensaje. Miró a Vallery:

—Londres me contesta. —Le estuvo dando vueltas sin decidirse a abrirlo—. De todos modos, tendré que leerlo antes o después.

—¿Si quiere usted...? —dijo Brooks haciendo ademán de marcharse.

—No, no, Brooks. Es de nuestro común amigo el Almirante Starr. Estoy seguro de que le gustará a usted saber lo que dice, ¿verdad?

—No lo crea usted. Supongo que no será nada bueno.

Tyndall abrió el mensaje y lo alisó antes de leerlo.

—D.N.O. al Almirante Comandante del 14 A.C.S. —leyó lentamente—: «*Tirpitz* prepárase a actuar. Imposible descartar portaaviones. FR77 vital: prosigan Murmansk toda velocidad. Buena suerte. Starr». —Tyndall quedó pensativo, con la boca contraída—. ¡Buena suerte! Por lo menos, podía haberse ahorrado la ironía.

Durante un buen rato permanecieron los tres hombres mirándose en silencio, inexpresivos. Como era de esperar, fue Brooks quien habló el primero.

—Y ya que hablamos de perdón —murmuró con toda calma— me gustaría saber quién va a perdonar, en este mundo o en el otro, a ese vengativo hijo de perra.

VIII

LA NOCHE DEL JUEVES

Aunque eran todavía las primeras horas de la tarde, ya oscurecía sobre la mar. El viento había amainado por completo. Volvía a nevar densamente y la visibilidad era muy reducida. Hacía un frío intenso.

En pequeños grupos de tres o cuatro, los oficiales y los marineros se dirigían hacia estribor de la cubierta de popa. Exhaustos, con los huesos ateridos, torturados cada uno por sus problemas privados, arrastraban los pies levantando nubecillas de nieve pulverizada. Nadie hablaba. A popa, se alineaban detrás del capitán.

Rodeaban al Capitán tres oficiales: Carslake, Etherton y el Comandante médico. Carslake tenía vendada la mitad inferior de la cara hasta los ojos. Por segunda vez en veinticuatro horas había intentado convencer a Vallery de que volviese atrás su decisión de quitarle el mando. En la primera ocasión, el Capitán se negó rotundamente y casi estuvo despectivo con él. Diez minutos después, cuando volvió a hablarle, amenazó a Carslake con detenerle si le molestaba otra vez. Y ahora Carslake miraba a la nieve con sus ojos azul pálido cargados de odio.

Etherton se hallaba a la izquierda de Vallery y no podía contener el temblor que le causaba el frío. Brooks apretaba los labios indignado, como médico, de que no se obedecieran sus órdenes. Ya le había dicho a Vallery, sin respetar en absoluto la disciplina, que no tenía derecho alguno a estar allí y que era insensato quebrantando el reposo que él le había ordenado. Su puesto estaba en la litera y no allí bajo la nieve. Pero como Vallery le había dicho casi humildemente, alguien tenía que presidir el servicio funeral, y si el Padre no podía hacerlo, era deber del Capitán. En aquella ocasión no podía contarse con el Padre porque aquel cadáver que yacía a los pies de Vallery era precisamente el del sacerdote... Estaba a los pies de Vallery y a los de Etherton, el hombre que seguramente lo había matado.

El Padre había muerto hacía cuatro horas, poco después de alejarse «Charlie». Tyndall se había equivocado en sus cálculos: «Charlie» no apareció hasta media mañana. Además, cosa insólita en él, iba acompañado de tres amigos. Desde luego, habían tenido que hacer un largo vuelo desde la costa noruega hasta los diez grados de longitud oeste, pero aquella distancia no era excesiva para estos gigantescos Condor-Focke-Wulf 200, que solían volar desde Trondheim hasta la Francia Ocupada, dándose antes una vuelta por las costas occidentales de las Islas Británicas.

La presencia de los Condor en grupo significaba siempre un peligro y esta vez no fué una excepción. Se aproximaron al convoy por la popa. El fuego antiaéreo de los mercantes y su escolta fué intenso y el bombardeo alemán se realizó un poco al

tuntún, con evidente falta de entusiasmo y desde una altura superior a dos mil metros. En aquella mañana clara y fría los tripulantes del convoy veían caer las bombas desde que se desprendían de los aviones. Tenían tiempo de prepararse. El ataque aéreo se interrumpió casi al empezar. Los aviones desaparecieron rumbo al este, indemnes, pero impresionados por la calurosa acogida que habían tenido.

En aquellas circunstancias, el ataque resultaba muy sospechoso. Normalmente, el circunspecto «Charlie» se limitaba a un vuelo de reconocimiento, y en las pocas ocasiones en que se decidió atacar lo hizo con valentía y decisión. En cambio, aquel ataque en grupo había sido extrañamente temeroso. Cabía admitir que se tratase de nuevos pilotos de la Luftwaffe más inclinados a la prudencia que los anteriores o que quizás hubieran recibido severas órdenes de no arriesgar sus valiosos aparatos. Pero lo más probable, casi lo seguro, era que el fallido ataque fuera solamente un ardid para apartar la atención del convoy de un peligro realmente grave que les estuviera esperando en algún otro sitio. Por eso el mando, convencido de ello, intensificó la vigilancia sobre el mar y bajo las aguas.

Transcurrieron cinco, diez, quince minutos y nada ocurrió. Las pantallas de radar y el Asdic seguían obstinadamente limpias. Por fin Tyndall decidió que no había motivo para mantener alerta a todas las dotaciones, que tan urgentemente necesitaban reposo.

Se reanudó la vida normal en los barcos, dentro, claro está, de la vigilancia inevitable en aquellas circunstancias. Se cancelaron todos los trabajos de la mañana y tanto los oficiales como los marineros, casi en su totalidad, fueron a dormir. Entre los que no podían hacerlo se contaban Brooks y Nicholls, que debían atender a sus pacientes; el oficial de derrota, que regresó a sus cartas; Marshall y su artillero Peters, que reemprendieron las rondas que habían interrumpido; y Etherton, nervioso, hipersensible como siempre y con una desesperada impaciencia por redimirse de su participación en el incidente Carslake-Ralston. Por lo pronto, permaneció Etherton montando la guardia en la fría soledad de la torre principal de dirección de tiro.

Marshall y Peters oyeron la urgente llamada de cubierta mientras hablaban con el encargado del taller eléctrico. Éste se hallaba a babor del castillo. Salieron rápidamente del taller y miraron hacia donde señalaba el brazo gesticulante de un marinero. Marshall miró a este hombre y lo reconoció inmediatamente: era Charteris, el único marinero conocido personalmente por todos los oficiales del barco. Cuando estaban en puerto se convertía también en el barman del *Ulysses*.

—¿Qué sucede, Charteris? —le preguntó—. Dinos enseguida qué estás viendo.

—¡Allí, señor! ¡Mire! Allí; no, un poco más a su derecha... Es... es un submarino, señor.

—¿Cómo? ¿Dónde está? Señálalo bien, hombre. —El reverendo Winthrop, el Padre, se inclinaba sobre la barandilla, entre Marshall y Charteris—. ¿Dónde está, dónde?

—Ahí, frente a nosotros, Padre. Yo lo estoy viendo —remachó Marshall—, pero

la verdad es que nunca he visto un submarino tan raro.

Arriba, en la torre, los azogados ojos de Etherton ya habían visto al enemigo, incluso antes que Charteris e, igual que éste, pensó inmediatamente que se trataba de un submarino sorprendido por una tempestad de nieve cuando se hallaba en la superficie. No se le ocurrió que el radar o el Asdic tendrían que haberlo detectado; lo importante era el tiempo, la rapidez, antes de que desapareciera. Casi sin saber lo que hacía, descolgó el teléfono y ordenó al antiaéreo múltiple de proa:

—¡Director... Antiaéreos! —gritó—. Submarino a babor, sesenta. Se mueve hacia popa. Repito, sesenta a babor. ¿Le ven ustedes?... ¡No, no; ahora a setenta! —gritó desesperadamente—. Bien, eso es. ¡Sigan el blanco!

—¡A tiro, señor! —chilló el receptor.

—¡Abra fuego... continuo!

—Señor... oiga, señor... Kingston no está aquí. Es que ha ido...

—¿Qué nos importa Kingston? —gritó furioso Etherton. Kingston era el Capitán artillero—. ¡Abran fuego, insensatos, ahora mismo! ¡Acepto toda la responsabilidad! —Colgó el teléfono y volvió a su puesto de observación. Entonces sintió un malestar terrible y un miedo casi paralizador. Consiguió, sin embargo, reaccionar y cogió de nuevo el teléfono, temblando.

—¡Anulada mi orden! —grito como loco—. ¡No disparen, no disparen! ¡Ah, Dios mío, Dios mío, Dios mío!

Era demasiado tarde.

Y era demasiado tarde porque había cometido un error tremendo: olvidó ordenar que quitaran los tapabocas, las placas de metal que cierran la boca de los cañones cuando no se usan. Y aquellas granadas estallaban al contacto...

La primera granada estalló dentro del cañón, matando al artillero e hiriendo gravemente a su ayudante. Las otras tres lograron destapar la boca, pero hicieron explosión unos segundos después a pocos metros de los hombres que vigilaban en cubierta.

Los cuatro resultaron ilesos. Milagrosamente, no les tocó nada de la lluvia de metal que volaba hacia fuera y hacia abajo, una granizada de hierro al rojo vivo que penetraba chirriando en el agua. Pero la fuerza expansiva de la explosión actuó hacia atrás y la potencia de unas cuantas libras de un alto explosivo, cuando estalla casi al alcance de la mano, es mortal de necesidad.

El sacerdote murió instantáneamente; Peters y Charteris, segundos después. La explosión los levantó, como agarrados por una mano de gigante y los lanzó contra un mamparo, de espaldas. La sangre que derramaron sobre la nieve quedó borrada al instante por más nieve.

Marshall tuvo una suerte fantástica. La explosión lo lanzó por la puerta abierta detrás de él arrancándole los tacones de sus zapatos al tropezarse con un saliente. Frenó violentamente en el aire, dio un salto mortal, se deslizó por el pasadizo y fue a dar contra la base de la torre B quedando con la espalda encajada entre las cuatro

grandes espigas de las tuercas de una escotilla. Hubiese bastado que se hubiera dado este golpe un centímetro más a la derecha o a la izquierda para que no lo hubiese podido contar. En cambio, su buena suerte le había librado del trance con sólo unas costillas rotas. Le resultaba dolorosísimo respirar, pero había salvado la vida.

El supuesto submarino no era más que un bote salvavidas que flotaba volcado a la deriva y que debía de proceder de alguno de los anteriores convoyes a Rusia.

La voz del capitán Vallery, baja y ronca, se fue apagando. Cerró el libro de oraciones y dio unos pasos atrás. Resonaron las agudas notas de la corneta. Todos permanecían en silencio, inmóviles. Una a una, las trece figuras envueltas en lona y con pesos atados, se deslizaron por la plancha inclinada cayendo en las aguas del Ártico para desaparecer en sus profundidades. Los asistentes al acto tardaron un minuto en moverse. El efecto irreal e hipnótico de aquel fantástico funeral hacía olvidarse a estos hombres incluso del frío y de la fatiga. Ni siquiera prestaban atención a Etherton, que se había desmayado, no resistiendo ser el culpable de aquella tragedia. Sabe Dios cuánto tiempo había seguido como en éxtasis de no haber sonado el estridente pitido de la alarma.

Vallery tardó tres minutos en llegar al puente. Descansaba a menudo; se detenía a cada dos o tres peldaños de las cuatro escalas que subían al puente. Aun así, este esfuerzo agotó sus escasas reservas de energía. Brooks tuvo que ayudarle hasta la entrada. Vallery, respirando con dificultad y con los labios manchados de espuma, cogió los prismáticos. A pesar de su agotamiento, tenía los ojos extraordinariamente vivos y su mirada era más penetrante que nunca al taladrar los torbellinos de nieve.

«Se acerca contacto; mismo rumbo; igual velocidad». El altavoz del radar hablaba con voz impersonal y amortiguada, pero el tono preciso y tranquilo del teniente Bowden era inconfundible.

—¡Bueno, bueno! ¡Lo cazaremos! —Tyndall reflejaba en su rostro arrugado la satisfacción que le producía el triunfo que se prometía; se volvió al Capitán. A Tyndall le entusiasmaba siempre la posibilidad de entrar en acción.

—Algo viene del SSO, Capitán. Pero, por Dios, hombre, ¿qué hace usted aquí? —Cuando le estaba hablando se daba cuenta.

—¡Brooks! ¿Cómo demonios le ha permitido...?

—¿Y si tratara usted de convencerlo? ¿O acaso cree usted que no lo he intentado ya? —gruñó Brooks, resentido. Y bruscamente se marchó.

—¿Qué le pasa a ese hombre? —preguntó Tyndall sin dirigirse a ninguno—. ¿Qué demonios le he hecho yo para que se ponga así?

—Nada, señor —le tranquilizó Vallery—. Toda la culpa la tengo yo por haber desobedecido las órdenes del médico... Pero me estaba usted diciendo algo.

—Ah, sí; temo que nos amenace algo, Capitán. —Vallery sonrió al ver la anticipada alegría que denotaba el rostro del Almirante—. El radar informa que un

navío de superficie se nos acerca rápidamente. Es un barco grande y capaz de una gran velocidad.

—¿No será nuestro, naturalmente? —murmuró Vallery. Levantó de pronto la mirada—. ¡Dios mío!, no será el...

—¿El *Tirpitz*? —terminó Tyndall. Negó firmemente con la cabeza y dijo—: Al principio también lo pensé yo; pero, no. El Almirantazgo y la aviación le siguen los pasos muy de cerca. Si viene en busca nuestra, lo sabremos... Probablemente será algún crucero pesado.

—«Se acerca, se acerca. Mismo rumbo». —La voz de Bowden, inalterable, recordaba vagamente la de un comentarista radiofónico de los partidos de *cricket*—. «Velocidad calculada, 24; repito, 24 nudos».

Apenas se calló Bowden, empezó a hablar el altavoz de radio:

—«Radio-Puente. Radio-Puente. Mensaje del convoy: *Stirling* al Almirante. Entendido. Wilco^[10]. Corte».

—Excelente, excelente. Es de Jeffries —explicó Tyndall—. Le mandé una señal ordenando que el convoy cambiase el rumbo al NNO. Así se apartarán de ese visitante que se nos acerca.

—¡Piloto! —llamó Tyndall.

—Seis... seis millas y media —dijo el Kapok Kid, inexpresivo.

—Nos está fallando este hombre —comentó Tyndall, apenado—. Hace unos días nos habría dado la distancia con toda exactitud... En fin, seis millas es bastante lejos, Capitán. No los alcanzará. Bowden dice que ni siquiera a nosotros nos ha descubierto aún y que la intersección de rumbos es pura coincidencia... Creo que el Teniente Bowden tiene un mal concepto del radar alemán.

—Desde luego. Espero que acierte ahora. Por vez primera tiene para nosotros esa inferioridad alemana un interés práctico. —Vallery miró hacia el sur con los prismáticos. Sólo veía la mar y la nieve que disminuía—. De todos modos esto se va a presentar con buen tiempo.

Tyndall arqueó las cejas.

—Antes, a popa, había algo raro en el ambiente —dijo titubeando—. No me gustó, señor. Casi daba miedo: la nieve, el silencio, los muertos... trece muertos. Me figuro lo que sentirían nuestros hombres contra Etherton y contra todo. No sé cómo habría terminado aquello, de no sonar tan oportunamente la alarma.

—«Cinco millas —gritó el altavoz—. Repito: cinco millas. Rumbo y velocidad constantes».

—Cinco millas —repitió Tyndall para sí mismo.

—Diez a estribor —ordenó Vallery. El crucero emprendió su nuevo rumbo. Se disminuyó la marcha hasta que el *Ulysses* navegó sólo a veintiséis nudos.

Pasaron cinco minutos y el altavoz volvió a graznar.

—«Radar-Puente. Distancia constante; se altera el rumbo de intersección».

—¡Excelente! ¡Estupendo! —El Almirante estaba contentísimo—. Hemos ganado

la partida. Se ha cruzado con el convoy. ¡Empezaremos a disparar basándonos en el radar!

Vallery llamó al director de tiro.

—Director; ah, ¿es usted, Courtney?... Bueno, bueno, haga usted eso mismo.

Vallery colgó y miró a Tyndall.

—Ese chico es muy listo. Tenía ya preparadas las torres «X» e «Y» desde hace diez minutos. Dice que ya sólo es cosa de apretar un botón.

—Vaya, otro por el estilo de nuestro amigo Carpenter —dijo Tyndall señalando con la cabeza al Kapok Kid, pero en seguida hizo un gesto de asombro—: ¿Courtney? ¿Dijo usted Courtney? ¿Y dónde está Etherton?

—Creo que en su camarote. Se desmayó a popa durante la ceremonia. De todos modos, no está en condiciones de encargarse de esta tarea. No me gustaría estar en el pellejo de ese chico. Me figuro...

Tembló el *Ulysses* con el primer disparo de la torre «X». Las granadas salieron silbando en el crepúsculo. Segundos después, volvió a temblar el barco cuando empezaron a disparar los cañones de la torre «Y». Luego se alternaron los cañones, un disparo cada medio minuto. No se podían desperdiciar proyectiles, ya que el barco quedaba fuera de la observación directa, pero caerían lo bastante cerca para enfurecer al enemigo y distraer su atención de todo lo que no fuera el barco que disparaba contra él.

La nieve caía ya sólo en una débil cortinilla de gasa que no lograba oscurecer el horizonte. Hacia el oeste desaparecían las nubes y el cielo se iluminaba con el ocaso. Vallery ordenó que cesara el fuego de la torre «X».

De pronto desapareció la nieve por completo y surgió el enemigo, enorme y amenazador, una negra y confusa silueta.

—¡30 a estribor! —gritó Vallery—. Toda avante. ¡Cortina de humo! —Tyndall asintió con un gesto. No formaba parte de su plan entablar batalla con un crucero pesado alemán ni con un acorazado de bolsillo, sobre todo a aquella distancia de cuatro millas.

En el puente media docena de prismáticos observaban el horizonte a proa tratando de identificar al enemigo. Pero la silueta que se recortaba en el cielo rojizo era muy difícil de identificar con sus contornos vagos y ambiguos. De pronto brotaron unas llamas del mismo centro de la silueta. Simultáneamente un proyectil iluminante lanzado por el *Ulysses*, estalló en el aire, exactamente encima del enemigo, bañándolo con un intenso e implacable resplandor blanco y haciéndolo aparecer extrañamente desnudo e indefenso.

Pero ésta era una engañosa apariencia. Todos se agacharon, por un instintivo reflejo, cuando los proyectiles enemigos empezaron a silbar sobre sus cabezas y a hundirse en el mar. Es decir, todos no, pues el Kapok Kid se quedó como estaba y miró con toda calma al Almirante cuando éste se fue levantando poco a poco.

—Es del tipo *Hipper*, señor —anunció—. Diez mil toneladas. Cañones de ocho

pulgadas; lleva aviación.

Tyndall le miró muy serio y suspicaz. Estaba buscando algo duro que contestarle, cuando vio el humo que despedían las torres artilleras del crucero alemán, a la luz ya declinante de las bengalas.

—Esa gente no pierde el tiempo —exclamó—. Y tienen una puntería magnífica —añadió con admiración profesional al ver que las granadas enemigas caían en la estela del *Ulysses* a unos cuarenta y cinco metros de la popa—. La próxima vez nos darán.

El *Ulysses* estaba aún virando y empezaba a salir de su cortina de humo, cuando Vallery se puso a mirar por los prismáticos. Unas densas cortinas de humo brotaban de la cubierta del crucero enemigo, exactamente a estribor delante del puente.

—¡Muy bien, joven Courtney! —exclamó—. Excelente puntería.

—¡Magnífico! —gritó Tyndall—. Pero no podemos hacerles reconocer nuestros méritos... Ah, de buena nos hemos librado. —La popa del *Ulysses*, que viraba a casi hacia el norte, desapareció bajo la cascada que levantó en la mar uno de los proyectiles enemigos que estalló junto al barco.

La andanada siguiente —estaba claro que el impacto logrado por el *Ulysses* en el crucero enemigo no había afectado a su potencia artillera— cayó aún más cerca de la popa. Los alemanes no disparaban ya a ciegas. El jefe de máquinas Dodson estaba cargando vengativamente la cortina de humo, que salía espesa, negrísima, impenetrable, extendiéndose por la superficie del mar. Vallery puso rumbo este a gran velocidad.

Durante las dos horas siguientes, entre el humo y la obscuridad del anochecer, jugaron al ratón y al gato con el crucero enemigo. Disparaban de cuando en cuando, se dejaban ver un momento, tentadoramente, y luego desaparecían otra vez tras la cortina de humo que la obscuridad natural hacía ya casi innecesaria. Durante todo este tiempo el radar fue los ojos y oídos del *Ulysses* y nunca falló. Por último, convencido ya de que no podía haber peligro para el convoy, Tyndall tendió una doble cortina de humo en forma de inmensa «U», desapareció hacia el SO y disparó unos cuantos proyectiles, no tanto en señal de despedida como para indicarle al crucero la dirección en que se marchaba.

Noventa minutos después el *Ulysses* se hallaba navegando de nuevo hacia el norte mientras Bowden y sus hombres registraban las andanzas del enemigo, que avanzaba con rumbo este, y cuando perdieron el contacto había alterado el rumbo al sureste.

Tyndall se levantó de su silla anquilosado por la rigidez que había adoptado tanto tiempo que le había dejado adormecido y atontado. Se desperezó a gusto.

—No ha sido mal trabajo el de esta noche, Capitán, no ha sido malo. ¿Qué se apuesta que nuestro amigo se pasa la noche dando vueltas al sur y al este a gran velocidad con la esperanza de colocarse mañana delante del convoy? —Tyndall, a

pesar de su enorme cansancio, estaba muy alegre—. Y a esas horas el FR77 estará a unas doscientas millas al norte del crucero. Supongo, Piloto, que ya tendrá usted preparados nuestros rumbos de intersección para reunirnos con el convoy a toda máquina.

—En efecto, señor, creo que podríamos restablecer el contacto sin mucha dificultad —dijo el Kapok Kid cortésmente.

—Cuando me fastidia más este hombre es cuando se pone más humilde —declaró Tyndall—. ¡Estoy helado!... ¡Maldita sea! Supongo que no tendremos más líos tan pronto.

La llamada telefónica, ahora para Vallery, del Teniente médico.

—Tome usted mismo la comunicación, Chrysler.

—Lo siento, señor, pero insiste en hablar con usted. —Chrysler pasó el receptor. Vallery contuvo una exclamación de mal humor y se puso al aparato.

—Aquí el Capitán. Sí, ¿qué ocurre?... ¿Cómo?... ¿Cómo!... Pero, hombre, ¿cómo no me lo han dicho?... Ya, ya. Gracias.

Vallery se volvió lentamente a Tyndall. En la oscuridad, el Almirante entrevió el súbito abatimiento que se había apoderado del ya exhausto Capitán.

—Era Nicholls —dijo Vallery con voz apagada—. El Teniente Etherton se ha suicidado en su cabina hace cinco minutos.

A media mañana de aquel día, apenas seis horas después, el Almirante Tyndall parecía haber envejecido muchos años de repente. Le roían los remordimientos; se criticaba a sí mismo rudamente. Estaba desesperado. Increíblemente, en unas pocas horas, sus rosadas mejillas se le habían hundido y habían tomado un tono gris apergaminado y los ojos se le habían quedado mortecinos. La rapidez del cambio producido en aquel duro y jovial marino que parecía impermeable a las más terribles vicisitudes de la guerra, era impresionante y causaba en sus hombres un efecto terriblemente desmoralizador. Si la piedra angular se derrumbaba, todo estaba perdido. Esto era lo que debían pensar aquellos hombres bajo sus órdenes.

Cualquier tribunal imparcial habría declarado inocente a Tyndall; le habría puesto en libertad sin someterlo siquiera a un proceso. Había obrado como creía justo; había hecho lo que cualquier otro comandante haría en su lugar. Pero Tyndall se había sometido al más exigente de los tribunales: el de su propia conciencia. No podía olvidar que era él quien había llevado al convoy tan al norte, que era él quien había hecho caso omiso de las órdenes oficiales, según las cuales tendría que haber puesto rumbo directo al cabo Norte y que había sido en la latitud 70 N. (o sea, donde sus Señorías le habían advertido que estarían) donde el FR77 se había metido, en aquel amanecer frío, claro y sin viento, en plena concentración de submarinos alemanes, la mayor concentración que había operado en el Ártico en toda la guerra.

La «manada de lobos» atacó a su hora favorita —el amanecer— y desde la

posición que siempre tomaba: el noreste. Fue un ataque cruel, hábil y de una ferocidad calculada. Ya había pasado la era del *Kapitan-Leutnant* Prien (el destructor *Wolverine* le había hundido, con toda su dotación, su famoso submarino) y de sus ilustres contemporáneos; había pasado el tiempo de los grandes comandantes de submarinos, la época de las sobresalientes individualidades y del auténtico heroísmo. Pero en su lugar había algo que todo el mundo consideraba como mucho más peligroso y más mortífero: los ataques en masa, perfectamente concentrados e integrados, de las «manadas de lobos», ataques metódicos, que parecían dirigidos por máquinas infalibles más que por hombres; ataques que eran el resultado de una fórmula bajo un mando único.

El *Cochella*, tercer barco de la línea de babor, fue la primera víctima. Hermano del *Vytura* y del *Varelia*, que le acompañaban también en el FR77, transportaba el *Cochella* 3.000.000 galones de petróleo de 100 octanos. Lo alcanzaron por lo menos tres torpedos: los dos primeros casi lo partieron por la mitad y el tercero produjo en él una formidable explosión que lo redujo a añicos. El *Cochella* navegaba serenamente bajo el límpido crepúsculo matutino y, al minuto siguiente, había desaparecido. Su desaparición fue tan completa que sólo quedó en su lugar la espuma hirviente que produjo su hundimiento. Ni siquiera quedó un naufrago para reflejar en su rostro horrorizado la súbita tragedia.

Dos barcos del convoy recibieron las consecuencias de la explosión. Una enorme masa de metal atravesó la superestructura del *Sirrus* y destrozó su radar. Lo que sucedió al otro barco, el *Tennessee Adventurer*, no estaba claro, pero es casi seguro que se le averiase gravemente el puente y el timón. Quedó a la deriva.

Al principio, no entendieron lo que sucedía. Tyndall, recobrándose rápidamente de la impresión física de la explosión, ordenó una inmediata virada a babor. Era indudable que la «manada de lobos» se hallaba del lado de babor y lo único que cabía hacer para disminuir las futuras pérdidas y contrarrestar la estrategia enemiga, era precipitarse contra ellos. Era sensato pensar que los submarinos estuvieran arracimados; generalmente, sólo se esparcían cuando se trataba de convoyes lentos. Además, Tyndall había adoptado esta táctica varias veces con un gran éxito. Por último, el blanco de los submarinos quedaba diezmado y así los obligaba a sumergirse si no querían ser hundidos.

Con la impecable precisión y coordinación de unos jinetes olímpicos, el convoy viró majestuosamente, dejando unas estelas curvas y blancas que fosforecían en la semioscuridad que aún cubría la superficie de la mar. Por desgracia, cuando vieron que el *Tennessee Adventurer* estaba sin gobierno, era ya demasiado tarde. Lentamente y luego con toda la velocidad de que era capaz, viró hacia el este dirigiéndose hacia otro mercante, el *Tobacco Planter*. Apenas hubo tiempo de comprender lo inevitable: frenéticamente, el timón del *Planter* intentó eludir el *Adventurer*, pero éste, que se balanceaba como un loco y que, evidentemente, había perdido todo control, parecía estar persiguiendo al *Planter* paso a paso.

Chocó con el *Planter* con terrible violencia hincándole la proa poco antes del puente. La potencia de diez mil toneladas de peso muerto navegando a quince nudos, es fantástica. La herida fue mortal y el *Planter*, arrancándose por fin aquella proa que llevaba hundida en el costado, dejó abierta a la mar su herida y precipitó así su propia muerte. Parecía que a bordo del *Adventurer*, alguien había tomado el mando. Se detuvieron sus máquinas y permaneció casi inmóvil, emparejado con el barco que se hundía, y escorado de proa.

El resto del convoy evitó a aquella pareja al dirigirse hacia el norte. El Comandante Orr, del *Sirrus*, consiguió apartar a su destructor averiado con una violenta virada y lo dirigió hacia los mercantes averiados. Apenas había avanzado media milla cuando le llamó una urgente comunicación del buque-insignia. Tyndall no se hacía ilusiones. El *Adventurer* podía seguir allí todo el día —era evidente que el *Planter* se hundiría en cuestión de minutos— pero ello no garantizaría la ausencia de submarinos ni un acceso de caballería por parte del enemigo. Éste seguiría allí esperando lo más posible, hasta el anochecer, con la esperanza de que algún destructor llegase en ayuda del *Adventurer*. En eso llevaba razón Tyndall. El *Adventurer* fue torpedeado exactamente al ponerse el sol. Tres cuartas de la tripulación con veinte supervivientes del *Planter*, pudieron escapar en los botes de salvamento. Un mes después, la fragata *Esher* los encontró, en tres botes, frente a la abrupta costa de la isla de los Osos. Llevaban rumbo norte. El capitán, alerta y rígido, sentado en la popa, parecía buscar con sus ojos vacíos algún horizonte perdido. Los demás estaban sentados o tumbados en los botes, uno de ellos de pie, abrazado al mástil, y todos ellos con los labios quemados por el sol y vueltos hacia arriba en una horrible mueca, como una risa sarcástica. Todos habían muerto helados a la primera noche. El joven comandante de la fragata que los encontró, los dejó a la deriva y vio cómo desaparecían por el borde septentrional del mundo, rumbo a la Barrera. Y la Barrera es la región del Gran Silencio, los mares de la paz increíble, unas aguas tan tranquilas y frías que es muy posible que aún sigan allí, sin posible descanso, los naufragos del *Planter* y del *Adventurer*... No se sabe si el Almirantazgo aprobó la decisión del Capitán de la fragata.

Pero Tyndall se equivocaba en lo principal: el anticiparse a los planes del enemigo. El Comandante de la «manada de lobos» había supuesto lo que el Almirante británico iba a figurarse y Tyndall no podía prever que su enemigo adivinaría su decisión. Su táctica de lanzar todo un convoy contra un ataque de submarinos era perfectamente conocida por el enemigo; y también sabía éste que su barco era el *Ulysses*, único de su clase y muy familiar a simple vista o en silueta para cualquier comandante de submarinos alemanes. Y, por supuesto, se les había informado de que era el *Ulysses* quien dirigía el convoy FR77 hacia Murmansk. Tyndall debería haber esperado y previsto lo que iba a suceder.

En efecto, el submarino que había torpedeado al *Cochella* había sido el último y no el primero de la manada. Los otros se habían quedado al sur del submarino que

hizo saltar la trampa, muy al oeste de la ruta del convoy, para ponerse fuera del alcance del Asdic. Y cuando el convoy viró al oeste, los submarinos se alinearon tranquilamente, disparando contra los barcos mientras éstos cruzaban sus proas en ángulo recto. La mar estaba en calma y tenía un azul mediterráneo, alcanzando en aquella zona una extraordinaria profundidad. Había dejado de nevar. Lejos, hacia el sureste, surgía del horizonte un sol brillante cuyos rayos trazaban una amplia franja plateada sobre la superficie del Ártico y hacían brillar a los barcos, envueltos en sus blancas capas de nieve, contra el mar y el cielo oscuros al fondo. Eran unas condiciones ideales, si es lícito emplear la palabra ideal para referirse al prólogo de una matanza.

Y hubiera sido una espantosa matanza, una destrucción casi total, de no haber mediado un aviso que llegó casi demasiado tarde. Y este aviso no lo transmitieron el radar ni el Asdic, ni ningún otro de los mágicos e infalibles instrumentos modernos de detección, sino sencillamente los penetrantes ojos de un marinero de dieciocho años... y los rayos del sol naciente enviados por Dios.

—¡Capitán, señor! ¡Capitán! —era el joven Chrysler, que gritaba con voz excitadísima. Tenía los ojos pegados a los poderosos prismáticos—. ¡Hay algo que brilla hacia el sur, señor! ¡Ha brillado dos veces; ahora otra vez!

—¿Dónde, muchacho? —gritó Tyndall—. ¿Dónde, dónde?

—Cincuenta a babor, señor... No, sesenta a babor... Lo he perdido de vista, señor.

Todos los prismáticos del puente se volvieron hacia aquel lugar. No se veía nada en absoluto. Tyndall se encogió de hombros con elocuente incredulidad.

—Puede que sea algo —dijo el Kapok Kid, dubitativo—. ¿No podría ser el reflejo de un periscopio al girar rápidamente?

Tyndall lo miró en silencio, inexpresivo, y luego volvió la mirada al mar. Al Kapok Kid le pareció que el Almirante había cambiado de aspecto. Su rostro, de una impavidez pétrea, era el de un hombre responsable de veinte barcos y cinco mil vidas, el rostro de un hombre que había tomado una decisión equivocada, exactamente la errónea decisión que podría destrozar una brillante carrera de marino.

—¡Otra vez! —chilló Chrysler—. ¡Dos destellos! ¡No, tres destellos! —Estaba excitadísimo y bailoteaba de pura desesperación porque no conseguía hacer que los demás los vieran a la vez que él—. Créame usted, señor, los vi, los vi. ¡Por favor, señor, créame usted!

Tyndall estuvo mirando a Chrysler fijamente un buen rato y temblando angustiado. De pronto, Tyndall se decidió.

—¡Todo el timón a babor, capitán! ¡Bentley... la señal!

Lentamente, basándose tan sólo en la palabra de un muchacho de dieciocho años, el FR77 viró al sur lentamente. Con una lentitud excesiva. De repente, el mar crepitó bajo los torpedos —tres, cinco, diez—. Vallery contó hasta treinta en el mismo número de segundos. Corrían superficialmente y sus espumosas estelas aparecían en

la superficie dejando un rastro lechoso sobre el mar espejeante. Se abrían en abanico al este y al oeste para abarcar todo el convoy. Era un espectáculo fantástico: ninguno de los tripulantes del convoy había visto nada semejante, nada que se le pudiera comparar ni remotamente. En un momento se produjo una enorme confusión. No había tiempo para comunicarse por medio de señales. Cada barco tenía que valerse por sí mismo para evitar su destrucción y la confusión fue aún mayor porque los barcos de la línea central y las de los extremos no habían visto todavía las estelas de los torpedos.

Era imposible que todos escaparan, ya que los torpedos llegaban demasiado arracimados. El crucero *Stirling* fue la primera víctima. Precisamente cuando parecía haberse librado de todo peligro —pues se hallaba muy apartado de la máxima concentración de los torpedos— se escoró bajo algún invisible martillazo, dio unas vueltas alocadas y se alejó hacia el este con la popa envuelta en humo. El *Ulysses*, muy bien gobernado, viró al máximo y se abrió paso de un modo inverosímil entre las rutas de cuatro torpedos. Dos de ellos le pasaron apenas a la distancia de un bote, a cada banda. El *Ulysses* seguía siendo un barco afortunado. Los destructores, rápidos y fáciles maniobreros, se libraron con una pericia casi despectiva y pusieron rumbo sur a toda máquina.

Los barcos mercantes, torpes, con su pesada andadura y su enorme carga, tuvieron peor suerte. Dos barcos de la línea de babor, un buque-tanque y otro de carga recibieron los impactos pero milagrosamente pudieron continuar navegando. En cambio, el gran mercante que les seguía inmediatamente —con su cubierta atestada de tanques— fue torpeado tres veces en tres segundos: ni humo ni explosiones espectaculares. El barco, rasgado de proa a popa, se hundió rápida y silenciosamente. Con la enorme carga de metal que llevaba encima, su hundimiento era inevitable. Ninguno de sus tripulantes tuvo la menor oportunidad de salvarse.

Un mercante de la línea central, el *Belle Isle*, fue torpedeado en el mismo centro. Hubo dos explosiones distintas —probablemente, fueron dos torpedos— y se incendió al instante. Unos quince hombres resbalaron por la cubierta, que había quedado en una posición casi vertical, y cayeron al mar unos tras otros como grotescos muñecos. Nadaban desesperadamente para alcanzar el más próximo bote salvavidas. Todos ellos consiguieron acomodarse en uno. Empezaron a remar frenéticamente. Todo esto transcurrió en un solo minuto. Cuando aquellos desgraciados llegaron a la proa del *Walter A. Baddeley*, que se encontraba en la fila de estribor, el bote quedó destrozado al chocar contra el costado del barco, que avanzaba a toda máquina. Todos los naufragos salieron como lanzados por una catapulta para debatirse de nuevo en el mar helado. Luchaban desesperadamente para librarse de la única y potente hélice del *Baddeley*, que los habría guillotinado, pero seguramente no se les ocurrió pensar que librarse de la hélice sólo suponía vivir diez minutos más hasta perecer congelados en las aguas árticas. Sin embargo, la muerte no habría de llegarles por el metal ni por el frío. Aún estaban debatiéndose, intentando

inútilmente salir del vórtice del agua que los succionaba, cuando los torpedos alcanzaron al *Baddeley*, varios y simultáneamente, poco antes del timón.

Cuando unos hombres están nadando y cerca de ellos se produce una poderosa explosión submarina, no tienen esperanza de salvación. El efecto es inhumano, repugnante, e incluso los doctores más experimentados se resisten a contemplar lo que queda de estos hombres... Aunque también es verdad que para las víctimas — como ha ocurrido tantas veces en el Ártico— la muerte es compasiva porque mueren sin saberlo.

Los torpedos le habían arrancado al *Baddeley* casi toda la popa. Penetraban ya centenares de toneladas de agua por el gran boquete abierto en ella. Después de varias explosiones en el interior del barco, se fue hundiendo éste no sin que antes, a media milla de distancia, desde el *Ulysses*, le captase la cámara del teniente Nicholls. Una fotografía inolvidable, la sencilla instantánea de un barco hundiéndose casi verticalmente contra un cielo pálido. Una foto con una extraña falta de detalles, a no ser dos bultos confusos absurdamente suspendidos en el aire: eran dos tanques de treinta toneladas que salieron disparados y que la cámara inmovilizó cuando caían para estrellarse contra la estructura del puente, ya sumergida. Al fondo se veía la popa del *Belle Isle* con la hélice parada fuera del agua.

Unos segundos después de haber funcionado el objetivo, salió despedida la cámara de las manos de Nicholls y se estrelló contra un mamparo. Se rompió la lente pero se salvó la película. Se comprende el pánico de los marineros que escaparon del *Belle Isle*. Éste llevaba más de mil toneladas de municiones para tanques. Partido en dos pedazos por la formidable explosión, se hundió definitivamente en un minuto y el *Baddeley*, sacudido por la misma explosión, acabó de sumergirse.

Aun rodaban los ecos de la explosión en un ululante disminuyendo cuando el *Ulysses* se vio envuelto en las explosiones sordas que empezaban a llegar del sur. A menos de dos millas de distancia, el *Sirrus*, el *Vectra* y el *Viking*, deslumbrantes de blanca bajo el sol, lanzaban sin cesar cargas de profundidad por sus popas. De vez en cuando, uno u otro casi desaparecían bajo las gigantescas setas de agua que levantaban las explosiones y reaparecían como por arte de magia cuando las blancas columnas volvían a fundirse con la mar.

El primer impulso de Tyndall fue sumarse a la caza y dar salida al deseo de venganza que le torturaba. El Kapok Kid le miró a hurtadillas y no sabía qué pensar de la expresión hierática de aquellos labios apretados y del rostro contraído por una ira amarga. Una amargura que iba dirigida sobre todo contra sí mismo. Tyndall se volvió bruscamente en su asiento y gritó:

—¡Bentley! Pregunte al *Stirling* qué daños ha tenido. —El *Stirling* se hallaba a más de una milla a popa pero se acercaba a una velocidad de casi veinte nudos.

—«La sala de máquinas se inunda» —leyó Bentley poco después—. «Pañoles inundados pero pocos daños en el casco. Se ha averiado el timón pero usan el de emergencia. Controlamos el barco».

—¡Gracias a Dios! Responda: «¡Sigán rumbo este!». Capitán, echemos una mano a Orr para acabar con esos asesinos.

El Kapok Kid le miró con gran preocupación:

—¡Señor!

—Diga, Piloto, ¿qué hay? —Tyndall hablaba seco, impaciente.

—Estoy pensando en aquel primer submarino.

—¡Dios todopoderoso! —gritó Tyndall rojo de indignación—. ¿Acaso quiere usted decirme que...? —Se interrumpió de repente y miró un buen rato a Carpenter—. ¿Qué dijo usted, piloto?

—El submarino que hundió al petrolero, señor —dijo receloso el Kapok Kid—. Es posible que haya vuelto a cargar y está en una posición perfecta para...

—¡Claro, claro! —murmuró Tyndall. Se pasó una mano por los ojos y miró a Vallery. El Capitán tenía vuelta la cara hacia otro sitio. El Almirante volvió a pasarse la mano por sus ojos cansados—. Tiene usted razón, Piloto, mucha razón. —Hizo una pausa y sonrió—: ¡Como siempre, maldita sea!

El *Ulysses* no encontró nada al Norte. El submarino que había hundido al *Cochella* y hecho saltar la trampa, se había marchado prudentemente. Mientras exploraban el área, oyeron cañonazos y vieron que procedían del *Sirrus*.

—Pregúntenle a qué se debe ese jaleo —dijo Tyndall irritado. El Kapok Kid sonrió para sus adentros: el viejo tenía aún energía.

—«*Vectra* y *Viking*, averiados, probablemente destruyeron submarino» decía la señal. «¿Y ustedes?».

—«¿Y ustedes?» —repitió Tyndall furioso—. ¡Vaya insolencia! El próximo barco que mande ese hombre será el peor dragaminas, el más viejo que haya en Scapa... ¡Usted tiene la culpa de todo esto, Piloto!

—Sí, señor. Lo siento, señor. Pero es posible que lo pregunte sólo por... la natural preocupación...

—¿Qué tal le parecería a usted ser el oficial de derrota de ese hombre cuando lo envíe a un dragaminas? —dijo Tyndall amenazador. El Kapok Kid se retiró a la caseta de derrota.

—¡Carrington!

—¿Señor? —El Primer Teniente, como siempre, estaba impecablemente afeitado, competente, alerta y seguro de sí mismo. No se notaba cansancio alguno en aquella piel cetrina propia de todos aquellos que han pasado muchos años bajo el sol tropical. Llevaba tres días sin dormir.

—¿Qué opina usted de aquello? —el Almirante señalaba al noroeste. Unas curiosas nubecillas grises manchaban el horizonte; delante de ellas, el mar se teñía de índigo.

—Es difícil saberlo, señor —dijo Carrington pensativo—. Desde luego, no es mal tiempo... ya he visto antes algo semejante: unas nubes bajas y retorcidas en una mañana espléndida coincidiendo con una elevación de temperatura. Es muy corriente

en las Aleutianas y en el mar de Bering, señor. Allí significa niebla densa.

—¿Y usted, Capitán, qué cree?

—No tengo idea, señor. —Vallery movió la cabeza enérgicamente. La transfusión de sangre parecía haberle reanimado—. Para mí es nuevo. Nunca lo he visto.

—Lo suponía —gruñó Tyndall—. Tampoco yo lo he visto nunca y por eso se lo he preguntado primero al Número Uno... Si llega usted a la convicción de que se trata de niebla, Carrington, le agradeceré que me lo diga. No puedo permitirme esparcir al convoy y los barcos de escolta por medio Ártico si nos cae encima una niebla espesa. Aunque le advierto —añadió con amargura— que los mercantes irían mucho más seguros sin nosotros.

—Se lo puedo afirmar, señor. —Carrington tenía la rara condición de afirmar una opinión suya sin ofender a nadie—. Es niebla.

—Muy bien —Tyndall nunca dudaba de sus juicios—. Bentley, comuníqueme a los destructores: «Interrumpan persecución. Reúnanse convoy». Además, Bentley, añada la palabra «inmediatamente».

Al cabo de una hora navegaban de nuevo juntos los mercantes y su escolta con rumbo nordeste. Al sureste, el sol brillaba todavía pero ya empezaban a flotar sobre el convoy los primeros hilos de la neblina. Habían reducido la velocidad a seis nudos. Todos los barcos lanzaban sus boyas de niebla.

Tyndall se estremeció de frío. Salió del puente y, con gran sorpresa de Chrysler, le puso una mano en el hombro.

—Sólo quería fijarme un poco en tus ojos, muchacho —le dijo sonriendo— porque les debemos muchísimo. No lo olvidaremos; muchas, muchas gracias.

Miró al joven un buen rato y se compadeció de las macilentas mejillas y los enrojecidos ojos de Chrysler.

—¿Qué edad tienes? —le preguntó bruscamente.

—Dentro de dos días, señor, cumplo dieciocho años.

—Tendrás dieciocho años dentro de dos días —repitió Tyndall con lentitud, como para sí mismo—. ¡Dios mío! —Dejó caer la mano que tenía apoyada en el hombro del muchacho y se dirigió con paso cansado a su protectriz. Entró y cerró la puerta tras él.

—Cumplirá dieciocho años dentro de dos días —repitió como alucinado.

Vallery se incorporó en el diván.

—¿Quién? ¿El joven Chrysler?

Tyndall afirmó, con un gesto de tristeza.

—Ya sé —dijo Vallery—. Hizo una gran labor hoy.

—El único que se dio cuenta... Dios mío, que lío. —Daba grandes chupadas a su cigarrillo y tenía la vista clavada en el suelo—. Diez botellas verdes colgadas en la pared —murmuró como para sí.

—¿Perdón, señor?

—Catorce barcos salieron de Scapa, dieciocho de San Juan... las dos partes que

componen el FR77 —dijo Tyndall en voz baja—. Treinta y dos barcos en total. Y ahora... ahora nos quedan sólo diecisiete, tres de ellos averiados. Al *Tennessee Adventurer* lo doy ya por muerto. —Lanzó un atroz juramento—. Y bien sabe Dios cómo detesto tener que dejarme atrás barcos que no son más que blancos fáciles para el asesinato... —se interrumpió, volvió a dar una chupada a su cigarrillo—. ¿Lo estoy haciendo muy bien, verdad?

—No diga tonterías, señor —le dijo Vallery, impaciente y casi irritado—. No tuvo usted la culpa de que los portaaviones tuvieran que regresar.

—Lo cual quiere decir que el resto fue culpa mía, ¿no? —Tyndall sonrió débilmente y levantó la mano como para rechazar una automática protesta—. Lo siento, Dick; sé que no le ha pasado a usted esa idea por la cabeza... pero es verdad, es verdad... Seis mercantes han desaparecido en diez minutos, ¡seis! Y no deberíamos haber perdido ni uno sólo. —Con la cabeza agachada y los codos apoyados en las rodillas, apretaba las palmas de las manos contra sus agotados ojos—. Contralmirante Tyndall, maestro de estrategias —prosiguió en voz muy baja—. Altera el rumbo del convoy para darse de bruces contra un crucero pesado y vuelve a alterarlo para meterse de lleno en plena «manada de lobos», la mayor con que he tropezado en mi vida... Y, para colmo, los submarinos estaban exactamente donde el Almirantazgo había previsto que estarían. Por mucho que me haga el viejo Starr a mi regreso, no me causará impresión. Después de todo esto, no puedo sentir nada.

Se levantó pesadamente. La luz de la única lámpara le dio de lleno en la cara. A Vallery le impresionó lo cambiado que estaba.

—¿Adónde va ahora, señor? —le preguntó.

—Al puente. No, no, Dick, usted quédese donde está. —Trató de sonreír, pero le salió una mueca—. Déjeme tranquilo mientras medito mi próximo error.

Abrió la puerta y quedó inmovilizado por el inconfundible silbido de las granadas por encima del barco, muy bajas. Inmediatamente sonó la penetrante señal de alarma, que taladraba la niebla. El Almirante volvió la cabeza lentamente y miró hacia el interior. Dijo:

—Parece que ya he cometido ese error.

IX

EL VIERNES POR LA MAÑANA

Tyndall vio que la niebla envolvía completamente al barco. A partir de aquella última nevada grande durante la noche, la temperatura había empezado a subir rápidamente. Pero era un engaño porque los helados pulmones de la niebla producían ahora un frío doblemente insoportable.

El Almirante llegó a toda prisa al puente, seguido por Vallery. Turner, con el casco de acero colgando salía en aquel momento hacia la torre auxiliar de dirección a popa. Tyndall extendió el brazo para detenerlo:

—¿Qué sucede, Comandante? ¿Quién ha disparado? ¿De dónde?

—No lo sé, señor. Los proyectiles vienen de popa, aproximadamente. Pero tengo una idea bastante aproximada de quién es. —Miró al Almirante unos instantes, como reflexionando—. Nuestro amigo de anoche ha regresado. —Se volvió bruscamente y se alejó veloz.

Tyndall quedó desconcertado. Parecía no comprender en absoluto. Pero de pronto lanzó una maldición y cogió violentamente el teléfono del radar.

—Puente; habla el Almirante. ¡En seguida, el Teniente Bowden! —El altavoz tomó vida inmediatamente.

—Habla Bowden, señor.

—¿Qué diablos hace usted ahí abajo? ¿Dormido, o qué? Nos atacan, teniente Bowden. Nos atacan desde la superficie. Quizá esto sea una novedad para usted. —Se interrumpió para agacharse porque otra salva pasaba silbando para hundirse en la mar a menos de media milla de la proa del barco. El agua que levantaban los proyectiles caía sobre las cubiertas de un mercante. Tyndall se irguió en seguida y rugió por el micrófono—: ¡Nos tienen perfectamente a tiro! Por amor de Dios, Bowden, ¿dónde está ese barco?

—Lo siento, señor —dijo Bowden impávido—. Parece que no lo podemos localizar. Tenemos todavía al *Adventurer* en nuestras pantallas... Creemos que tapa al barco enemigo o, si se halla más cerca, estará en la demarcación directa del *Adventurer*.

—¿Cómo de cerca? —vociferó Tyndall.

—Cerca no, señor. Quiero decir junto al *Adventurer*. No podemos distinguirlo.

Tyndall dejó colgando el transmisor y se volvió a Vallery.

—¡No pretenderá Bowden que me crea ese cuento chino! —dijo el Almirante furioso—. Tendría que ser una probabilidad entre un millón: un barco enemigo que por casualidad se sitúa exactamente en la única posición que puede ocultarlo de

nuestro radar. ¡Fantástico!

Vallery le miró inexpresivo.

—¡Bueno, hombre, diga algo! ¿Acaso no le parece a usted fantástico?

—No, señor —respondió con toda calma Vallery—. No lo es en absoluto. Y no es una casualidad. Los submarinos le han comunicado por radio nuestra posición y rumbo. Lo demás ha sido muy sencillo.

Tyndall le miró procurando comprender, luego entrecerró los ojos y movió la cabeza convulsivamente. Era un gesto mezcla de autocrítica, de reconocimiento de la opinión ajena y del esfuerzo por despejar su cerebro, que se le llenaba como de algodón con su extremada fatiga... ¡Un niño de seis años podría habérselo figurado! Otro proyectil enemigo cayó en el mar, a unos cincuenta metros a babor. Tyndall siguió inmóvil como si nada hubiese oído.

—Bowden —otra vez hablaba por el micrófono.

—¿Señor?

—¿Algún cambio en la pantalla?

—No, señor, ninguno.

—¿Y sigue usted manteniendo la misma opinión?

—Sí, señor. Sólo puede ser eso.

—¿Dice usted que está muy cerca del *Adventurer*?

—Sí, señor, muy cerca. Eso creo.

—Pero, hombre, el *Adventurer* debe estar ahora a diez millas de nosotros, a popa.

—Sí, señor, lo sé. Y a esa misma distancia está el bandido.

—¡Cómo! ¡A diez millas! Pero, pero...

—Está disparando por radar, señor —le interrumpió Bowden. De pronto la imperturbable voz metálica pareció alterada por el cansancio—. En fin, eso parece. Y tiene una puntería extraordinaria... Temo, señor, que el radar de ellos sea por lo menos tan bueno como el nuestro.

A Tyndall se le cayó de las manos el transmisor de ebonita, que se rompió en cien pedazos. El Almirante se agarró a un tubo de vapor para recobrar el equilibrio. Vallery acudió en su ayuda pero Tyndall lo rechazó y, con trabajo, logró instalarse en su alto taburete.

«¡Qué insensato eres!», se dijo a sí mismo con rabia. «¡Eres un viejo imbécil!». ¡Nunca se perdonaría su imprevisión, sus repetidos errores! Una y otra vez el enemigo había pensado con más rapidez y tino que él. ¡Qué disparate haber dado por cierto que el radar alemán seguía siendo tan primitivo y deficiente como el Almirantazgo y el servicio secreto de las Fuerzas Aéreas informaban el año anterior! Tenían radar, desde luego, y tan bueno como el británico. Tan bueno como el del *Ulysses* a pesar del general convencimiento de que este barco poseía el mejor radar del mundo. Mejor dicho, que era el único barco con radar. Y a él nunca se le había ocurrido que el de los alemanes podía ser incluso mejor. Tyndall se retorció por dentro de indignación contra sí mismo. Aquella mañana había costado su error seis

barcos, trescientos hombres ahogados... «¡Que Dios me perdone!», gemía en silencio, «¡que Dios me perdone! Soy yo el que los ha sacrificado. ¡El radar!».

Por ejemplo, la noche anterior, mientras el *Ulysses* trataba de despistar con un falso rumbo, el crucero alemán lo había seguido disparando al buen tuntun — aparentemente— cada vez que el *Ulysses* se ocultaba tras la cortina de humo. Así daba el enemigo la sensación de que no podía localizarlos. ¡Y la verdad era que había seguido al convoy incesantemente cuando éste se alejaba hacia el noroeste, lo cual le resultaba mucho más fácil por haber prohibido Tyndall expresamente el uso del zigzag!

Y luego, mientras el *Ulysses* viraba tan notablemente, primero al sur y luego otra vez al norte, ¡el enemigo lo había tenido continuamente en la pantalla de su radar! Así pudo darle oportunamente a la «manada de lobos» la posición exacta del convoy. Y ahora, el último insulto, el golpe definitivo al orgullo profesional de Tyndall: el enemigo disparaba desde una gran distancia pero con extraordinaria puntería, una clara confesión de que estaba empleando el radar porque los ingleses tenían ya que dar por cierta la existencia de un ultrasensible equipo de radar en el crucero atacante y era inútil fingir. ¡Pero Tyndall ni siquiera lo había sospechado! ¡Qué estúpido, qué insensato había sido! Seis barcos, trescientos hombres. Rusia había perdido centenares de tanques y aviones, millones de galones de petróleo. ¿Cuántos millares más de muertos rusos, soldados y civiles, representaba aquello? Y pensó también en el luto de tantas familias británicas, en los chicos que repartían telegramas distribuyendo la noticia allí y en los Estados Unidos. Aquella gente nunca sabría que él, Tyndall, les había privado de sus esposos, padres, hijos hermanos... y esto era aún peor que la falta de consuelo.

—¿Capitán Vallery? —dijo Tyndall con un ronco murmullo. Vallery se le acercó tosiendo al entrarle la niebla por la nariz y la garganta, en sus destrozados pulmones. Revelaba el terrible sufrimiento moral de Tyndall el que no se diese cuenta del estado lamentable del Capitán.

—¡Ah, está usted aquí! Capitán, hay que destruir a ese crucero enemigo.

Vallery movió la cabeza pesadamente:

—Sí, señor. ¿Cómo?

—¿Cómo? Ya nos da lo mismo acabar de perderlo todo. De modo que destacaremos los buques de escolta, incluidos nosotros, por supuesto, y no podrá escapar... Un simple ejercicio táctico, quizá incluso dentro de mis escasas facultades —añadió con amargura mirando ciegamente a través de la niebla. Tuvo que agacharse bruscamente. Una granada acababa de hacer explosión en el agua, cosa rara. Sólo a unos metros del casco del buque y la cascada de agua cayó sobre el puente.

—Nosotros —el *Stirling* y nosotros— lo atacaremos por el sur para hacer callar su artillería y destrozarle ese maldito radar. Orr y sus muchachos, que son unos valientes, se acercarán por el norte. Con esta niebla podrán aproximarse mucho antes de disparar los torpedos. Todas las circunstancias están contra la posibilidad de que

un barco solo pueda defenderse. No tendrá mucha suerte.

—Todos los barcos de escolta... —murmuró Vallery, aplanado—. ¿Quiere usted decir *todos*?

—Eso es exactamente lo que me propongo hacer, capitán.

—Pero... en fin, quizá sea eso mismo lo que ellos se proponen —protestó Vallery.

—¿Cree usted que propongo un suicidio? ¿Una muerte gloriosa por la patria? —dijo Tyndall, sarcástico—. No se haga ideas raras. Esas cosas pasaron a la historia.

—¡No, señor! —replicó Vallery con impaciencia—. Lo que ese crucero pretende es apartarnos del convoy, dejarlo sin cobertura.

—Bueno, y ¿quién va a encontrarlos con este tiempo? —dijo señalando aquella caótica masa de agua revuelta y espesa niebla—. ¿No comprende usted que si no fuese por nuestras boyas de niebla, ni siquiera nuestros barcos podrían verse unos a otros? ¿Cómo quiere usted que los vea el enemigo?

—¿No? —insistió Vallery con ironía—. ¿Y qué sucedería si se presentara otro crucero alemán equipado también con radar? ¿O bien otra «manada de lobos»? Tanto el uno como los otros podrían estar ahora mismo en comunicación con el enemigo que tenemos a proa. No olvide usted que llevan nuestro rumbo con la misma precisión que nosotros mismos.

—Si ellos se comunican por radio, supongo que la nuestra está también alerta, ¿no?

—Sí, señor, pero me dicen que con la VHF^[11] no es tan fácil.

Tyndall gruñó sin replicar nada a esto. Sentíase terriblemente cansado y sin la fuerza ni la habilidad para contradecir al Capitán. Éste siguió atacando, con honda preocupación:

—¿Por qué supone usted que nos vigila ahí inmóvil ese crucero, disparando de cuando en cuando una granada, si no es para obligarnos a llevar un rumbo determinado?

—Quizá espere que pensemos eso mismo que está pensando usted. —Tyndall se esforzaba en pensar, pero no lograba desvanecer su niebla mental, más densa aún que la que envolvía al barco—. Quizá lo que se proponga sea obligarnos a alterar el rumbo hacia el norte... donde puede estar esperándonos una manada de submarinos.

—Es posible —concedió Vallery—. Pero también podría haber dado un paso más en sus cálculos y pretende que nos pasemos de listos. Quizá espere que sigamos con nuestro rumbo actual porque es el que a él le conviene. Desde luego, sabemos ya que no tiene un pelo de tonto.

¿Qué le había dicho Brooks a Starr en Scapa, hacía ya tanto tiempo? «Ese extraño sentimiento, esa exquisita angustia en que cada célula del cerebro se tensa hasta casi romperse y que le pone a uno al borde de la locura, y con un terrible deseo de gritar con desesperación». Tyndall se preguntaba confusamente cómo podría Brooks haber descrito con tan sorprendente exactitud lo que él mismo estaba sintiendo en aquellos momentos. Tyndall sabía ahora lo que era estar a punto de chillar como un loco...

Comprendía —vagamente— lo que se hallaba en el límite de la resistencia. Su frente, helada por fuera y un volcán por dentro, era como un ciego que camina por un pantano. Sospechaba que éste era el primer síntoma —o quizá el último— del derrumbamiento nervioso. Bien sabía Dios cuántas crisis de éstas se habían producido en el *Ulysses* durante los últimos meses... Pero él todavía era el Almirante. Tenía que hacer algo, que decir algo.

—Es inútil andar haciendo suposiciones, Dick. —Vallery lo miró asombrado, pues el Almirante nunca le había llamado más que «Capitán» en el puente—. Tenemos que hacer algo inmediatamente... Bentley, tome esta señal para la radio: «A todos los buques de escolta y al Comodoro^[12] Fletcher, del *Cape Hatteras*...».

A los diez minutos, los cuatro barcos de guerra se dirigían al sudeste a través de una impenetrable muralla de niebla y habían reducido ya a casi la mitad la distancia que les separaba del crucero enemigo. El *Stirling*, el *Viking*, y el *Sirrus* se hallaban en comunicación constante con el *Ulysses*; tenían forzosamente que estarlo porque navegaban por la niebla como ciegos. El *Ulysses* era sus ojos y sus oídos.

—«Radar-puente... Radar-puente». —Automáticamente, todas las cabezas se movían y todos los ojos se clavaban en el altavoz—. «Enemigo altera rumbo. Al sur. Aumenta velocidad».

—Demasiado tarde —gritó broncamente Tyndall. Le brillaban triunfalmente los ojos. Apretaba los puños hasta hacerse daño.

Nada decía Vallery. Pasaban los segundos y el *Ulysses* se abría camino, partiendo la niebla y el helado mar como con un cuchillo. De pronto, sonó de nuevo el altavoz.

—Enemigo vira 180°. Iniciar rumbo sudeste. Velocidad 28 nudos.

—¿Veintiocho nudos? ¡Estupendo! ¡Quiere escaparse! —Tyndall parecía un condenado a muerte a quien acaban de perdonarle la vida—. Capitán, propongo que el *Sirrus* y el *Ulysses* pongan rumbo sudeste a toda máquina y hagan detenerse al enemigo. Que se envíe por radio una señal a Orr. Que el radar nos informe del rumbo enemigo.

Tyndall esperó con impaciencia la respuesta.

—«Radar-puente... Rumbo 312. Aguanta el rumbo... Repito: aguanta el rumbo».

—Muy bien; aguanta el rumbo —repitió Tyndall—. Capitán, que empiecen a disparar por radar. ¡Lo tenemos, lo tenemos! —gritaba con entusiasmo—. ¡Ha esperado demasiado tiempo! Es nuestro, capitán.

Vallery persistía en su silencio y Tyndall lo miraba medio intrigado, medio irritado. Por fin, le dijo:

—¿Qué, no está usted de acuerdo?

—No sé, señor. —Vallery movía la cabeza dubitativamente—. No tengo idea. ¿Por qué habrá esperado tanto? ¿Por qué no habrá huido en el mismo instante en que hemos abandonado al convoy?

—¡Porque está demasiado seguro de sí mismo! —gritó Tyndall.

—O demasiado seguro de alguna otra cosa —dijo lentamente Vallery—. Quizá haya querido asegurarse de que vamos a seguirlo.

Tyndall pronunció, exasperado, unas palabras ininteligibles e iba a gritar otra vez cuando el *Ulysses* retembló con la vibración de la torre «A». Por un momento se aclaró la niebla que rodeaba al castillo, atomizada por el intenso calor y la cordita desprendidos de los disparos. Pero unos segundos después había vuelto a caer el sudario gris de la niebla.

Y entonces, como por arte de magia, volvió a aclarar. Una pesada masa de niebla avanzaba sobre ellos y a través de un hueco en la siguiente divisaron el *Sirrus*, que parecía llevar en sus dientes un monstruoso hueso y que avanzaba hacia el sudeste a más de treinta y cuatro nudos. El *Stirling* y el *Viking* se habían perdido ya, a popa, en la niebla.

—Está demasiado cerca —dijo Tyndall—. ¿Por qué no nos lo dijo Bowden? Una señal al *Sirrus*: «Vapor 327 cinco minutos». Y nosotros, Capitán, lo mismo 5 al sur y luego volver al rumbo.

Apenas se hubo sentado de nuevo en su silla cuando sonó otra vez el altavoz:

—«Radio-puente. Radio-puente...».

Los cañones gemelos del 5.25 de la torre «B» rugieron al unísono ensordecedoramente, lanzando llamas y humo a través de la niebla. Simultáneamente, una tremenda explosión y un espantoso crujido levantaron las chapas del puente bajo los pies de los que allí se encontraban, arrojándolos como una catapulta en todas direcciones, unos contra otros o contra el metal, donde se rompían los huesos y se laceraban la carne. Aquella confusa mezcla de cuerpos y mentes luchaba desesperadamente por orientarse de nuevo tras el terrible golpe recibido, con los tímpanos destrozados por la explosión, las gargantas y narices quemadas por los vapores acres y los ojos cegados por el denso humo negro. Y dominando aquel horrible tumulto, la voz impersonal, de absoluta calma, del transmisor radiofónico que repetía su ininteligible mensaje.

Poco a poco fue desapareciendo el humo. Tyndall logró ponerse en pie. La explosión le había arrancado de su asiento lanzándolo al centro de la plataforma de la aguja. Movió la cabeza aún atontado y sin comprender lo que sucedía. La cosa debía de ser peor de lo que él se imaginaba: en todo el tiempo que llevaba navegando no recordaba un golpe tan terrible como éste. Además, aquella muñeca... era curioso que formase aquel ángulo tan raro. Se dio cuenta con moderada sorpresa de que se trataba de su propia muñeca. Y lo extraño es que no le dolía en absoluto. Y allí, frente a él, la cara de Carpenter, a la que la explosión había arrancado el vendaje, dejando al descubierto la brecha de la frente y todo el rostro pintarrajeado de sangre... Aquella muchacha de Henley, de la que siempre estaba hablando Carpenter... Tyndall se preguntó, aunque ello resultara absurdo en tales circunstancias, lo que la joven diría si lo viera así... «¿Por qué no se calla de una vez el transmisor de la radio, que nos va a

enloquecer repitiendo siempre las mismas frases?...». De repente se le aclaró la cabeza.

—¡Dios mío! ¡Oh, Dios! —se quedó mirando sin poder creer lo que veía, las planchas retorcidas, el asfalto quebrado bajo sus pies... dio unos pasos vacilantes y su sentido del equilibrio le confirmó lo que sus ojos se negaban a creer: toda la plataforma de la aguja se inclinaba en un ángulo de quince grados.

—¿Qué sucede, Piloto? —su voz sonaba bronca, forzada, extraña incluso para sí mismo—. ¡En nombre de Dios, dígame que pasa! ¿Una explosión en la torre «B»?

—No, señor. —Carpenter se pasó el antebrazo por los ojos: la manga del *kapok* quedó cubierta de sangre—. Un impacto, señor. En la superestructura. Es cierto, señor. —Carrington se había asomado por el cristal, izándose con dificultad. Incluso en aquel momento, admiró Tyndall la calma de este hombre, su control casi inhumano—. Y ha sido de los grandes. Nos ha destrozado el *pom-pom* de proa y ha abierto un boquete del tamaño de una puerta por debajo de donde estamos... Ahí adentro deben estar bastante mal, señor.

Tyndall apenas oyó las últimas palabras. Se había arrodillado sobre Vallery, acunándole la cabeza con el brazo sano. El Capitán yacía retorcido contra la puerta, casi inconsciente, con su estentórea respiración interrumpida por las convulsiones que le producía su propia sangre. Tenía una mortal palidez.

—Que suba Brooks en seguida, Chrysler. ¡Quiero decir el Comandante Médico! —gritó Tyndall—. ¡Inmediatamente!

—«Radio-puente; radio-puente, contesten por favor. Contesten por favor»... La voz era más urgente, menos impersonal, trasluciendo su angustia a través del anonimato metálico.

Chrysler colgó el receptor y miró muy preocupado al Almirante.

—¿Qué, viene ya? —preguntó Tyndall.

—No responden, señor. —El muchacho vaciló—. Me parece que se ha roto la línea.

—¡Maldita sea! —rugió Tyndall—. Entonces, ¿qué demonios hace usted ahí parado? Vaya a buscarle ahora mismo. Tome el mando, Número Uno, ¿quiere? Bentley, haga que el comandante venga al puente.

—«Radio-puente; radio puente...». —Tyndall miró exasperado al altavoz y luego se inmovilizó cuando la voz prosiguió: «Hemos sido alcanzados a popa. Control de averías informe destruido pañol de señales. Cabinas 6 y 7 del radar destruidas. La cantina destrozada. Torre de control a popa gravemente averiada».

—¡La torre de control de popa! —gritó Tyndall que, al sacarse los guantes, sintió un terrible dolor en su mano partida. Con un gran cuidado hizo descansar la cabeza de Vallery sobre los guantes y se puso lentamente en pie—: ¡La torre de popa! ¡Y Turner está allí! Dios quiera que...

Dando tumbos se acercó al otro extremo del puente. Una vez allí, se sujetó con la mano sana al pasamanos de la escalera y miró con temor hacia popa.

Al principio no pudo ver nada, ni siquiera la chimenea de popa ni el palo mayor. La niebla era demasiado densa y de una enloquecedora opacidad. Entonces, de repente y sólo por unos instantes, se aclaró la niebla. La mano de Tyndall se apretó convulsivamente a la barandilla y sus nudillos se pusieron blancos como el marfil.

La superestructura de popa había desaparecido. En su lugar había una disparatada confusión de acero retorcido y la torre «X», que normalmente no podía ser vista desde el puente, aparecía ahora con toda claridad y, en apariencia, indemne. Pero todo lo demás había desaparecido: las cabinas del radar, el pañol de señales, la cabina de la policía, la cantina y probablemente casi toda la cocina de popa. Nada ni nadie podía haber sobrevivido allí. Milagrosamente, el palo mayor, aunque truncado, estaba aún en pie pero, inmediatamente detrás de él, colgada disparatadamente sobre aquel revoltijo endiablado, la torre de popa, grotescamente inclinada, se mantenía en un ángulo inverosímil de 60°. Le había desaparecido el telémetro. Y el Comandante Turner estaba allí... Tyndall se tambaleó peligrosamente al extremo de la empinada escala y volvió a sacudir la cabeza para despejársela. Sentía un dolor sordo encima de la frente y tenía la sensación de que la niebla brotaba de allí... Al *Ulysses* le llamaban «el barco afortunado». Veinte meses en los peores servicios y en las aguas más peligrosas del mundo y nunca había tenido ni un solo rasguño... pero siempre había sabido Tyndall que alguna vez, en algún sitio, se le quebraría la buena suerte.

Oyó unos pasos precipitados subiendo por la escala de acero y forzó sus empañados ojos para descubrir quién era. En seguida reconoció el rostro delgado y moreno del primer señalero, Davies. Tenía la cara muy pálida y respiraba jadeante. Abrió la boca para hablar pero se calló. Tenía la mirada fija en el pasamanos.

—¡Su mano, señor! —Subió la mirada desde la barandilla hasta los ojos de Tyndall—. ¡Su mano! No tiene usted los guantes puestos, señor.

—¿No? —Tyndall se miró como si le asombrara el hecho de tener una mano—. Es verdad que no los tengo puestos. Gracias, Davies. —Apartó la mano del acero helado y miró sin gran curiosidad su carne sangrante—. No importa. ¿Qué sucede, muchacho?

—¡La cámara de control, señor! —El recuerdo del horror que había presenciado oscurecía los ojos de Davies—. La granada estalló allí mismo. Ha desaparecido... Y la cámara de derrota... —El estruendo de los cañones de la «A» le impedía hablar. Parecía un misterio que el principal armamento continuase funcionando entre aquel destrozo—. Acabo de estar en la cámara de control y en la de derrota, señor —prosiguió Davies, ya más calmado— y no han podido salvarse.

—¿Incluyendo al Comandante Westcliffe?

—Seguro no lo sé, señor, pero si estaba allí...

—Tenía que encontrarse allí —le interrumpió Tyndall— porque nunca abandonó su puesto durante el zafa...

Le cortó bruscamente la palabra la endemoniada cacofonía de unas explosiones cuya proximidad había sido estremecedora.

—¡Dios! —murmuró Tyndall—. ¡Fue ahí mismo! ¡Davies! ¿Qué demonio...? —Manoteaba desesperadamente después de haberse dado un fortísimo golpe con la espalda contra la cubierta del puente, golpe que le dejó sin respiración. Davies había salido despedido escala arriba yendo a chocar contra el cuerpo del Almirante con fuerza irresistible. Y ahora estaba Davies tumbado cuan largo era sobre la cubierta, entre las piernas de Tyndall y completamente inmóvil.

Con gran lentitud fue saliendo Tyndall de la inconsciencia. Instintivamente trató de sentarse pero su mano rota cedía bajo el peso del cuerpo. Y las piernas tampoco le ayudaban; las tenía como paralizadas. La niebla había desaparecido y cruzaban el cielo unas cegadoras ráfagas de color: rojas, verdes y blancas. ¿Estaría empleando el enemigo un nuevo tipo de bengalas? Confusamente, con un gran esfuerzo de voluntad, el Almirante logró pensar que debía de haber alguna relación entre estas deslumbrantes ráfagas y el terrible dolor que sentía en la frente. Se tocó los ojos con la mano derecha: los tenía fuertemente cerrados...

—¿Está usted bien, señor? No se mueva. Pronto lo sacaremos de aquí. —La voz profunda y autoritaria sonaba por encima de la cabeza del Almirante. Tyndall se encogió y movió la cabeza. El que le hablaba era Turner, y él sabía que Turner había muerto. Se preguntó, entre nieblas mentales, si sería aquello estar muerto, aquel confuso y aterrador mundo de tinieblas y luces deslumbrantes a la vez; un mundo oscuro, iluminado de dolor e impotencia y voces del pasado.

Entonces, de pronto, abrió los párpados. A unos palmos de su cara veía las facciones agudas y piratescas del Comandante, arrodillado a su lado y expresando la mayor angustia.

—¡Turner! ¿Turner? —Su mano rota se levantaba, a pesar del horrible dolor, para tocar el brazo del comandante y asegurarse de la realidad de su presencia—. ¡Turner! ¡Es usted! Creí...

—La torre de popa, ¿eh? —Turner sonreía—. No, señor. Estaba muy lejos; venía hacia acá y subía a la cubierta del castillo cuando el primer impacto me lanzó contra la cubierta principal... ¿Cómo está usted, señor?

—¡Gracias a Dios! ¡Gracias a Dios! No sé cómo estoy. Las piernas... ¿Qué diantres es eso?

Sus ojos, que ya lograban ver normalmente, se abrieron más con el asombro. Por encima de la cabeza de Turner, formando un ángulo increíble, una especie de tronco blanco cruzaba el barco. Desde allí se podía tocar uno de sus extremos.

—El palo mayor, señor —le explicó Turner—. Lo arrancó de cuajo el último proyectil. Ya ve usted que se ha caído sobre el puente y de camino se llevó casi toda la torre de antiaéreos. No creo que el joven Courtney haya tenido mucha suerte... Davies lo vio caer. Yo estaba por debajo de él en ese momento.

¡Davies! —La obnubilada mente de Tyndall lo había olvidado—. ¡Claro, Davies! Tenía que ser Davies el que le estaba inmovilizando las piernas. Consiguió mover la cabeza y vio el voluminoso cuerpo a sus pies, aplastado por el peso del mástil sobre

la espalda.

—Por amor de Dios, Comandante, sáquenlo de ahí.

—No se mueva, señor, hasta que venga Brooks. Davies está muy bien.

—¿Muy bien? ¡Muy bien! —Tyndall casi chillaba sin cuidarse de las figuras silenciosas que le rodeaban—. ¿Está usted loco, Turner? Este infeliz debe estar agonizando. —Hacía frenéticos esfuerzos por levantarse pero varios pares de manos le atenazaban para impedirselo.

—Le digo que está muy bien, señor —insistió Turner con una voz sorprendentemente suave—. Créame usted, Davies está perfectamente; ya no siente nada. Nunca más le dolerá nada. —Y entonces el Almirante lo comprendió todo y se dejó caer de nuevo hacia atrás, cerrando los ojos.

Aún los tenía cerrados cuando se presentó el Comandante Médico Brooks. Segundos después, el Almirante estaba ya en pie, atontado por el golpe, dolorosamente magullado pero no herido. Desafiando a Brooks, exigió Tyndall que le ayudaran a subir a su silla. Sus ojos se iluminaron al ver que Vallery se sostenía en pie con dificultad y que no apartaba de su boca la toalla blanca. Pero nada dijo. Con la cabeza inclinada, se izó con gran dificultad hasta su silla.

—Radio-puente; radio-puente. Por favor respondan señal.

—¿Todavía sigue ahí ese maldito idiota? —preguntó Tyndall—. ¿Por qué no consigue alguien...?

—Señor, sólo ha perdido usted el sentido durante un par de minutos —se atrevió a decir el Kapok Kid.

—¡Dos minutos! —Tyndall se le quedó mirando silencioso y luego a Brooks, que le estaba vendando su mano derecha—. ¿No tiene usted nada mejor que hacer, Brooks? —le preguntó con dureza.

—No —replicó Brooks con un gesto truculento—. Cuando los proyectiles de los cañones enemigos estallan dentro de cuatro paredes, los médicos nada tenemos que hacer... A no ser firmar certificados de defunción —añadió brutalmente. Vallery y Turner se miraron. Vallery se preguntaba si Brooks tenía idea de lo mal que estaba Tyndall.

—Radio-puente; radio-puente. *Vectra* repite petición instrucciones. Urgente. Urgente.

—¡El *Vectra*! —Vallery miró al Almirante, que ahora estaba inmóvil y callado y se volvió hacia el mensajero del puente—. ¡Chrysler! Vaya como pueda al radioteléfono y pídales que repitan el primer mensaje. —Miró de nuevo a Turner, siguió la mirada de éste y luego, bajando los ojos, contuvo la repentina náusea que sentía. El suboficial artillero, que estaba abajo, otro muchacho como Chrysler, debía de haber visto caer el mástil, tenía que haber intentado escapar, espantado. Apenas había conseguido salir de su cabina cuando la imponente masa de acero de la pantalla de radar, arrastrando el peso del mástil, lo aplastó. Y allí estaba ahora como un guiñapo, entre los dos cañones de su Oerlikon.

Vallery, horrorizado, apartó los ojos de aquel espantoso cuadro. ¡Dios mío, qué disparatada locura era la guerra! ¡Maldito crucero alemán, malditos artilleros alemanes, malditos todos, todos, todos! Pero, en realidad, ¿por qué iba a enfurecerse contra ellos? ¿Acaso no cumplían con su deber como él mismo? Lo cumplían, aunque, desgraciadamente, lo cumpliesen con aquella terrible perfección. Miró sin ver al horrible revoltijo del puente. ¡Qué infernal puntería! Se preguntó, vagamente, si el *Ulysses* habría logrado algunos blancos. Probablemente ninguno, y ahora era ya imposible. Era imposible, desde luego, porque el *Ulysses*, que seguía navegando rápido hacia el sudeste, estaba completamente ciego. Había perdido sus dos ojos de radar, víctimas del tiempo y de la artillería alemana. Y lo que era aún peor, todas las torres de dirección de tiro estaban irreparablemente averiadas. «Si esto continúa así», pensó con sarcasmo, «lo único que necesitaremos serán unos cuchillos y unos ganchos». En efecto, en términos de moderna artillería naval, el *Ulysses*, a pesar de conservar intacto su armamento, se hallaba totalmente impedido. No tenía probabilidades de ninguna clase. ¿Qué había dicho el fogonero Riley? Algo así como «arrojados a los lobos». Sí, eso era, arrojados a las fieras. Pero sólo un Nerón habría cegado a un gladiador antes de hacerle salir a la arena del circo.

Había cesado por completo el fuego. El puente estaba mortalmente tranquilo. Sólo turbaba aquel silencio el rumor del agua, el ruido de los ventiladores de la cámara de máquinas, y el monótono *ping-ping* del Asdic... Pero estos ruidos sólo servían para hacer aún más profundo aquel silencio.

Vallery notó que todos los ojos estaban clavados en el Almirante Tyndall. Éste murmuraba algo entre dientes pero no se le podía entender. Aún asomaba su rostro —extrañamente gris y de expresión alocada— y parecía fascinado por la trágica visión del muchacho aplastado. ¿O sería por la destrozada exploradora del radar? ¿Se habría dado cuenta ya de todo el terrible significado de la exploradora del radar rota y de las torres de dirección de tiro inutilizadas? Vallery le estuvo observando un buen rato hasta cerciorarse de que Tyndall se había dado perfecta cuenta de la situación.

—«Radio-puente; radio-puente». —Todos los que se encontraban en el puente se sobresaltaron y aguzaron los oídos con los nervios a punto de estallar:

—«Mensaje del *Vectra*. Primer mensaje. Recibido 0952». —Vallery se miró el reloj. ¡Sólo habían pasado seis minutos! ¡Imposible!

—Dice así: «Contactos, contactos, 3, repito, 3. Corregir 5. Gran concentración submarinos, a proa y por el través».

Todos clavaron la mirada en Tyndall. Sabían que a él correspondía toda decisión y toda responsabilidad. Él era quien había tomado la decisión —él sólo, contra los consejos de su propio superior— de dejar el convoy casi sin protección. Objetivamente, Vallery admiraba cómo había tendido el enemigo la trampa, cómo había calculado el tiempo y puesto el cebo. ¿Cómo reaccionaría Tyndall ante aquella culminación de una serie de desastrosos cálculos, de una serie de errores de los cuales, en pura justicia, no podría hacersele a él responsable? Sin embargo, eran

errores suyos. En aquel momento, la férrea voz del altavoz sonó de nuevo.

—Segundo mensaje dice: «Estrecho contacto enemigo. Cargas de profundidad. Un barco torpedeado, hundiéndose. Tanque torpedeado, averiado, sigue a flote. Por favor, aconsejen. Por favor, ayuden. Urgente. ¡Urgente!».

Al cortarse la transmisión, diez, veinte segundos hasta que todos se movieron. Tyndall bajaba de su silla con movimientos lentos y rígidos. Cojeaba acentuadamente. Con la mano derecha envuelta en las blancas vendas, se tocaba la muñeca rota. Emanaba de él una extraña y fantasmal dignidad y, en su rostro, como el de una estatua, sólo había el lejano eco de una sonrisa. Cuando habló, lo hizo como para sí mismo, aunque en voz alta:

—No me encuentro bien —dijo—. Voy abajo. —Chrysler, que no era lo bastante joven para no entrever la tragedia, abrió la puerta y sujetó a Tyndall, que vacilaba en el primer peldaño de la escala. Volvió la mirada hacia los demás y sorprendió —comprendiéndolo— el gesto compasivo de Vallery. El joven y el viejo, muy juntos, avanzaron lentamente hacia popa. Poco a poco se fue apagando el arrastrar de los pies de Tyndall.

Se extrañaba mucho la soledad del puente destrozado. Tyndall, el alegre, dinámico e indestructible Tyndall, se había marchado. La rapidez con que se había producido aquel colapso y la extensión de los daños superaban toda posibilidad de comprensión. Lo único que sentían era que se hallaban sin protección y solos.

Como era inevitable, el primero en romper el silencio fue Brooks:

—Nicholls siempre decía que... —Se interrumpió en seco y movió la cabeza—. Veré lo que puedo hacer. —Y abandonó corriendo el puente.

Vallery le siguió con la vista y luego se dirigió a Bentley. El rostro alucinado del Capitán resultaba inexpresivo y como tallado en piedra.

—Tres mensajes, jefe. El primero al *Vectra*. «Viren 360°. No se dispersen. Repito, no se dispersen. Acudo en su ayuda». —Interrumpió su dictado y momentos después añadió: «Fírmelo así: «Almirante, 14 A.C.S.». ¿Lo ha tomado bien?... Bueno. No hay tiempo para ponerlo en clave. Corriente. Envíe en seguida uno de sus hombres al radio... Y ahora otro: para el *Stirling*, el *Sirrus* y el *Viking*. «Abandonen inmediatamente la persecución. Rumbo nordeste. Máxima velocidad». Transmitirlo también corriente. —Se volvió hacia el Kapok Kid—: ¿Qué tal va esa frente, Piloto? ¿Puede usted aguantar?

—Desde luego, señor.

—Gracias, muchacho. ¿Me oyó usted? Nuevo rumbo para el convoy, al norte. Pongamos que dentro de unos minutos, a las 1015. Seis nudos. Deme el rumbo de intersección lo más pronto posible.

—Tercer mensaje, Bentley: Éste es también para el *Stirling*, el *Sirrus* y el *Viking*. «Radar inutilizado. No puedo verlos a ustedes en la pantalla. Lancen boyas de niebla.

Sirenas a intervalos de dos minutos». Este mensaje hay que ponerlo en clave. Todo lo que haya, al puente en seguida. ¡Comandante!

—¿Señor?

—Sus hombres, a los puestos de defensa. Aunque tengo la impresión de que antes de que lleguemos allí, se habrá marchado la manada... Organice dos equipos: el primero a babor, para despejar todos los destrozos: todo por la borda, no guardaremos nada. Necesitará usted al herrero y su ayudante y estoy seguro de que Dodson le proporcionará a usted un grupo con lámparas de acetileno. Encárguese usted personalmente de ello. El segundo equipo, con Nicholls al frente, también a babor, para ocuparse de los muertos. Todos los cadáveres serán envueltos y colocados en la cantina cuando esté despejada... ¿Me podrá usted dar una relación completa de bajas y daños dentro de una hora?

—Mucho antes, señor... ¿Podría hablar con usted dos palabras en privado?

Se alejaron hacia popa. Cuando se cerró tras ellos la puerta del refugio, Vallery miró al Comandante con curiosidad y, a la vez, con cierta ironía:

—¿Otro motín, Comandante?

—No señor. —Turner empezó a buscarse algo en un bolsillo de atrás. Sacó un frasco medio vacío y lo alzó a la luz—. ¡Gracias a Dios que se ha salvado! —exclamó con unción—. Temía que se hubiese hecho añicos al caer yo... Ron, señor. Y del mejor. Sé muy bien que detesta usted estas cosas, pero ahora lo necesita. ¡Beba, señor!

Vallery frunció el entrecejo.

—¿Así que ron, eh? Oiga, Comandante, ¿cómo es posible...?

—¡Al diablo con las ordenanzas! —dijo Turner rudamente—. ¡Bébalo, que lo necesita usted muchísimo! Está usted herido, ha perdido usted mucha sangre. —Le quitó el tapón metálico al frasco y puso éste en las manos vacilantes de Vallery—. Hay que enfrentarse con la realidad. Le necesitamos a usted —ahora más que nunca — y está usted casi muerto de pie... Sí, sí, tal como lo digo, muerto de pie —añadió brutalmente—. Esto puede hacerle ir tirando unas horas más.

—Me pone usted las cosas de una manera —dijo Vallery en voz muy baja—. En fin, muy bien. Contra mis convicciones...

Se detuvo con el frasco cerca de los labios.

—Por cierto, Comandante, me da usted una idea. Haga que den ron a todos los hombres. Doble ración. Hay que levantar los ánimos. También ellos van a necesitarlo. —Bebió e hizo una mueca que no era por el ron.

—Sobre todo, que den bastante ron a los encargados de recoger a los muertos.

X

LA TARDE DEL VIERNES

Se encendió la luz fluorescente, que inundó la ya oscura enfermería. Nicholls se despertó sobresaltado y se protegió instintivamente con una mano sus cansadísimos ojos. Aquella luz le molestaba terriblemente. Entornando los ojos, miró las manecillas de su reloj de pulsera. ¡Las cuatro! ¿Era posible que hubiera dormido tanto? ¡Dios, qué frío hacía!...

Se incorporó en el sillón del dentista, donde descansaba, y volvió la cabeza. Brooks estaba de espaldas a la puerta, y el capuchón sobre su plateada cabeza aparecía cubierto de nieve. Con sus dedos ateridos trataba de sacar un cigarrillo del paquete. Por fin, lo consiguió. Mientras lo encendía, le brillaban los ojos animadamente.

—¡Hola, Johnny! Lamento haberte despertado, pero el patrón quiere verte. Tiene tiempo de sobra. —Pensó, súbitamente compadecido, que Nicholls tenía muy mal aspecto. Parecía enfermo, agotado de cansancio, pero mejor sería no hablarle de ello—. ¿Cómo va eso? Aunque, mejor será que no me lo diga. Aún peor estoy yo. ¿Le queda algo de aquel veneno?

—¿Veneno, señor? —le replicó en aquel tono de broma que formaba parte de las relaciones entre estos dos hombres—. ¿Sólo porque se ha equivocado usted en su diagnóstico? El Almirante estará perfectamente...

—¡Dios! ¡Qué intolerantes son los jóvenes, sobre todo cuando por casualidad llevan razón! Me estoy refiriendo a aquella botella de contrabando procedente de la isla de Mull...

—No Mull, sino Coll —corrigió Nicholls—. No es que me importe, pero le comunico que se la bebió usted entera. —Y miró con una mueca de cansancio al decepcionado Brooks. Luego, compadecido de él, añadió—: Pero me queda una botella de Talisker. —Se levantó y, acercándose al botiquín de los venenos, sacó una botella que llevaba una etiqueta con la palabra «Lysol». La destaponó y oyó —más que vio— cómo se vertía el líquido en los dos vasos y cómo ambos chocaban en un brindis mudo. Se preguntó, con clínica objetividad, por qué le estarían temblando las manos.

Brooks vació en seguida su vaso y suspiró beatíficamente al sentir cuerpo abajo el calorcillo del alcohol.

—Gracias, hombre, gracias. Tiene usted madera de gran médico.

—¿Lo cree usted, señor? Pues, yo no. Yo no. Sobre todo, no puedo creerlo a partir de hoy. —Y se estremeció al recordar—. Cuarenta y cuatro hombres que dentro de

diez minutos irán por la borda, uno tras otro, señor, como... como otros tantos sacos de desperdicios.

—¿Cuarenta y cuatro? —se asombró Brooks—. ¿Tantos, Johnny?

—Para ser exactos, señor, éste es el número de los desaparecidos. En realidad, sólo hemos encontrado treinta cadáveres. Lo demás son pedazos sueltos, muchos pedazos... Fue un trabajo de pala y escoba. —Sonrió sin ganas—. Hoy no he cenado. Ni creo que haya comido nada ninguno de los que han formado parte de esa partida... Será mejor tapar esa portilla.

Cruzó la enfermería con paso rápido. A lo lejos, en el horizonte, a través de la escasa nieve que caía, lucía intermitente una estrella. Esto significaba que la niebla había desaparecido, la niebla que había salvado al convoy y que los había ocultado a los submarinos al virar bruscamente hacia el norte. Nicholls vio al *Vectra*, que llevaba vacía su armazón para el lanzamiento de cargas de profundidad. También vio al *Vytura*, el buque-tanque averiado, que seguía dificultosamente al convoy. También, cuatro de los barcos tipo *Victory*, grandes, poderosos, de aspecto tranquilizador... y tan lamentablemente engañadores en su indestructible apariencia. Nicholls cerró de un fuerte golpe la portilla, apretó bien todas las tuercas de «mariposa» y se volvió bruscamente:

—¿Por qué diablos no regresamos? —estalló—. ¿A quién cree el viejo que está tomándoles el pelo, a nosotros o a los alemanes? No tenemos protección aérea, ni radar, ni la menor esperanza de recibir ayuda. Los alemanes nos tienen acogotados y a medida que avancemos más, les será más fácil. ¡Nos quedan aún mil millas! —Levantó la voz—. ¡A todos los malditos barcos, submarinos, y aviones enemigos que cruzan el Ártico, se les está haciendo la boca agua esperando el momento de agarrarnos! —Sacudió la cabeza, desesperado—. Ya sabe usted, señor, que estoy dispuesto a todo, pero, ¡esto es un asesinato o un suicidio!

—Johnny, muchacho, no irá a...

—¿Por qué no regresa? —Nicholls ni siquiera había oído la interrupción de Brooks—. Sólo tiene que dar la orden. ¿Qué pretende? ¿La muerte o la gloria? ¿Es que se propone lograr la inmortalidad a costa mía, a costa nuestra? —Lanzó una feroz maldición—. Quizá llevase razón Riley. Sí, unos preciosos titulares en los periódicos: «El Capitán Richard Vallery, D.S.O.^[13], ha sido condecorado póstumamente...».

—¡Cállese! —La mirada de Brooks estaba tan helada como el propio hielo del Ártico y su voz sonó como un trallazo.

Luego, suavizando el tono, dijo:

—¿Cómo se atreve a hablar así del Capitán Vallery? ¿Cómo se permite enfangar así el nombre del más honorable...? —Se interrumpió llevándose las manos a la cabeza, con sorda irritación. Estuvo pensando unos momentos las palabras que iba a emplear y luego, sin apartar los ojos del rostro tenso y terriblemente pálido de Nicholls, dijo:

—Teniente Nicholls, ese hombre es un buen marino, quizá un gran marino. Pero

eso no importa un comino. Lo que importa es que Vallery es el más cumplido *gentleman* que es posible conocer. He dicho *gentleman*. No es como usted o como yo. No se parece a ningún otro. Aunque va solo, nunca lo está. Le acompañan hombres como San Pedro, como San Francisco de Asís —se rio entrecortadamente—. Es divertido, ¿verdad?, oír hablar así a un viejo réprobo como yo. Incluso podrían acusarme de blasfemo, pero la verdad nunca es blasfemia. Yo sé lo que me digo...

Nicholls no le replicó. Tenía el rostro como petrificado.

—La muerte, la gloria, la inmortalidad —prosiguió Brooks—. ¿Ésas eran sus palabras, no? ¿La muerte? —sonrió y movió la cabeza—. Para Richard Vallery la muerte no existe. ¿La gloria? Claro que la desea. Todos deseamos la gloria, pero todas las *London Gazettes* y todos los palacios de Buckingham del mundo no podrán darle la clase de gloria que él apetece. El capitán Vallery no es ya un niño, y solamente los niños juegan con juguetitos... en cuanto a la inmortalidad... —Se rio, ya sin rencor, y le puso una mano en el hombro a Nicholls— quiero preguntarle, Johnny, si no sería una estupidez que Vallery deseara algo que ya tiene.

Nicholls seguía callado. El silencio se ahondó un rato entre ellos y sólo se notaba, aumentado, el ruido de la ventilación. Por último, Brooks tosió y miró intencionadamente la botella de «Lysol».

Nicholls volvió a llenar los vasos. La mirada de Brooks se cruzó con la de Nicholls y de pronto lo compadeció. ¿Qué era aquello que había dicho Cunningham durante la invasión de Creta por los alemanes, aquellas palabras que se citaban como un modelo de perífrasis? Algo así: «No es aconsejable llevar a los hombres más allá de un cierto punto». Una gran verdad, aunque expresada con demasiada retórica. Verdad incluso para hombres como Nicholls. Brooks se preguntó cuál habría sido el infierno íntimo por el que habría pasado aquella mañana Nicholls, mientras apartaba y colocaba ordenadamente los descuartizados restos de los que habían sido hombres poco antes. Como médico de servicio, habría tenido que examinar los cadáveres y los trozos uno a uno.

Nicholls dijo en voz baja:

—Lo siento, señor. No sé lo que me hizo hablar de esa manera. Ahora no sé qué decirle.

—Yo también lamento haberle hablado tan duramente. No es mi estilo. —Levantó el vaso, observó su contenido con deleite—. ¡Por nuestros enemigos, Johnny! ¡Por su hundimiento total! ¡Y no olvidemos al Almirante Starr! —se tragó el líquido de un golpe, dejó el vaso y miró a Nicholls unos instantes.

—De todos modos, Johnny, creo que debería usted saber el resto —dijo por fin—. Quiero decir, los motivos que tiene Vallery para no abandonar esta misión y regresar —sonrió o, más bien, hizo una mueca—. No es porque tengamos detrás tantos submarinos enemigos como delante, y no cabe la menor duda de que los tenemos —encendió otro cigarrillo y prosiguió:

—El Capitán envió un radio a Londres esta mañana. Dio su opinión de que el

FR77 sería deshecho —«aniquilado» fue la palabra que empleó— mucho antes de llegar al Cabo Norte. Pidió que, por lo menos, le permitiesen tomar el cabo por el norte en vez de por el este... Lástima que no haya hoy puesta de sol, Johnny —añadió con buen humor—. Me habría gustado mucho verla.

—Sí, sí —dijo Nicholls, impaciente—. ¿Y la respuesta?

—¿Cómo? ¡Ah, la respuesta! Vallery la esperaba inmediatamente, pero tardó cuatro horas en llegar —sonrió, pero sin ganas—. Debe de haber algo muy grande cociéndose por ahí: algo así como una gran invasión... Por supuesto, esto es reservado, Johnny...

—Por supuesto, señor.

—No tengo idea de qué pueda tratarse. Quizá sea el tan esperado segundo frente. Lo cierto es que el apoyo de la Home Fleet se considera vital para el buen éxito del plan. Pero la Home Fleet está obstaculizada en sus movimientos por el *Tirpitz*. De modo que la consigna es: cazar al *Tirpitz* a toda costa —Brooks volvió a sonreír fríamente—. Así, Johnny, somos gente muy importante. Constituimos el cebo más gordo y sabroso que se haya ofrecido a la más gorda y sabrosa presa que hay ahora en el mundo, aunque temo que la trampa tenga los goznes un poco mohosos... El mensaje provenía del mismísimo Primer Lord del Mar... y de Starr. Ha sido una decisión tomada en Consejo de ministros, por lo menos. De manera que seguimos. Sí, y rumbo este.

—Ya lo comprendo. Nosotros somos los del «a toda costa» —dijo Nicholls, sin levantar la voz—. Está claro: «a toda costa», a costa nuestra naturalmente. Somos la mercancía a vender.

—En efecto —confirmó Brooks. El altavoz empezó a graznar y Brooks tuvo que esperar a que terminase la llamada a los puestos de zafarrancho de combate. Apenas había terminado de sonar la trompeta, Nicholls se precipitó hacia la puerta, pero Brooks lo detuvo con una mano—. No, usted no, Johnny. Ya le dije que el patrón quiere verle. Le cita en el puente, diez minutos después de empezar el zafarrancho.

—¿En el puente? ¿Y para qué demonios quiere verme allí?

—Emplea un lenguaje muy poco propio de un joven oficial —dijo Brooks solemnemente—. ¿Qué impresión le han hecho hoy los hombres? Ha estado usted toda la mañana trabajando con ellos. ¿Estaban como siempre?

Nicholls parpadeó. Consiguió dominarse.

—Creo que sí —titubeó—. Es curioso... ahora están como en la etapa de Scapa Flow. Fantasma ambulantes. Aunque ahora apenas si pueden andar. A unos seis hombres hemos tenido que llevarlos en camillas. Tropezaban a cada momento con todo. Andan dormidos; están demasiado cansados para ver por dónde van.

Brooks asintió con la cabeza:

—Lo sé, Johnny, lo sé. Yo también los he visto.

—Ya no se les nota ganas de amotinarse, no hay en ellos rencor reconcentrado —Nicholls se esforzaba por dar forma coherente y concisa a sus nebulosas impresiones

—. No les queda la energía necesaria para amotinarse ni la iniciativa imprescindible para ello... Pero tampoco es eso... Están siempre murmurando: «Hijo de perra, qué buena suerte ha tenido», o «Murió sin darse cuenta»..., cosas así. Y ya puede usted figurárselos moviendo la cabeza mecánicamente. Lo dicen todo sin humor, indiferentes —y Nicholls también movía la cabeza—, apáticos, sin esperanza alguna... En fin, llámelo usted como quiera. Yo les llamaría «perdidos».

Brooks, sin dejar de observar la cara de Nicholls, le dijo amablemente:

—Creo que haríamos bien en aplicarles esa palabra. Bueno, ya es hora de que suba usted a ver al Capitán, que va a dar una vuelta por el barco.

—¡Cómo! —se asombró Nicholls—. ¿Va a abandonar el puente durante el zafarrancho?

—Exactamente.

—Imposible, señor. No hay precedentes de semejante cosa.

—Tampoco el Capitán tiene precedentes. Eso es lo que he tratado de hacerle comprender a usted.

—¡Es que se va a matar! —protestó Nicholls.

—Eso mismo le he dicho yo. Clínicamente, es un moribundo. Lo normal sería que hubiese muerto ya. Sólo Dios sabe por qué se sostiene aún en pie. Desde luego, no es por nuestras inyecciones... No nos viene mal, Johnny, darnos alguna que otra vez cuenta de las limitaciones de la medicina. De todos modos, le he convencido para que le lleve a usted con él... Es mejor que no le haga esperar ni un segundo más.

Para el Teniente Nicholls, las dos horas siguientes fueron un purgatorio. Durante dos horas, el Capitán le llevó de inspección, abriéndose paso por entre los destrozos, bajando y subiendo cien escalas, introduciéndose por espacios estrechísimos... Dos horas de agotadora tortura, bajo un frío espantoso que parecía paralizar el corazón. Pero nunca se le olvidaría este horrible paseo. Este recuerdo habría de reconfortarle el corazón con una extraña y maravillosa gratitud.

Todos iban dándose cuenta de la presencia del Capitán Vallery e, interrumpiendo lo que estuvieren haciendo, se esforzaban por mantenerse firmes y sus ojos no podían ya manifestar sorpresa ni admiración.

—Sigán como estaban —decía en seguida Vallery—. ¿Quién manda aquí?

—Yo, señor —respondió una figura corpulenta, que avanzaba con dificultad, hasta pararse frente a Vallery, tratando de mantenerse firme.

—Ah, sí, Gardiner, ¿verdad? —señaló a los hombres que hacían corro en torno al elevador—. ¿Para qué demonios es todo eso?

—Hielo —dijo Gardiner, conciso—. Hay que mover sin cesar el agua si no queremos que se nos hiele.

Y a otro, más allá:

—¿Estás bien, muchacho?

—Sí, señor. ¡Claro que estoy bien! —levantó la cara, contraída de dolor—. Estoy estupidamente —insistió, como indignado.

—¿Cómo te llamas?

—McQuater, señor.

—¿Y cuál es tu tarea, McQuater?

—Pinche de cocina, señor.

—¿Qué edad tienes?

—Dieciocho años, señor. —¡Dios mío!, pensó Vallery, esto que mando no es un barco, sino una escuela de párvulos.

—¿De Glasgow, eh? —dijo sonriente.

—Sí, señor —respondió el muchacho a la defensiva.

—Muy bien —y Vallery miró las botas empapadas de McQuater—. ¿Por qué no te pones las botas de agua? —le preguntó con brusquedad.

—Aquí no las usamos, señor.

—Pero, hombre, tienes los pies calados.

—No importa, señor, no lo siento —dijo el muchacho, sencillamente.

Vallery hizo un gesto compasivo. Nicholls, que miraba al Capitán, se preguntaba si éste tendría idea del patético aspecto que presentaba con sus facciones hundidas y ensangrentadas, sus ojos enrojecidos e inflamados, su boca y su nariz teñidas de rojo por la sangre seca y la inevitable toalla sucia arrollada en su guante izquierdo. De pronto, Nicholls se sintió avergonzado de sí mismo. Sabía que aquel hombre no podría nunca verse a sí mismo como digno de inspirar compasión.

Vallery sonrió a McQuater.

—Dime sinceramente, hijo, ¿estás muy cansado?

—Estoy cansado, sí, señor.

—Yo también —confesó Vallery—. Pero, ¿podrás aguantar un poquito más?

Sintió que el débil hombro del muchacho se ponía rígido bajo su mano.

—¡Claro que puedo, señor! ¡Claro que puedo! —exclamó McQuater, como ofendido, casi truculento.

Vallery paseó la mirada lentamente por el grupo y sus oscuros ojos brillaron de satisfacción al oír un murmullo general de asentimiento. Fue a dirigirles la palabra, pero tosió e inclinó la cabeza. Volvió a mirar a aquellos hombres y, al sorprender en sus rostros una expresión de alarma y compasión, dio de repente media vuelta, a la vez que murmuraba:

—No os olvidaremos. Podéis estar seguros de que no os olvidaremos.

Con rapidez increíble para su estado, salió de aquel charco y de aquel círculo de luz para meterse en la zona oscura al pie de la escala.

Diez minutos después salían Vallery y Nicholls de la torre «Y». El cielo se había despejado y brillaba con diamantinas estrellas, diminutas esquirlas de fuego helado en el oscuro terciopelo de aquella insondable inmensidad. Hacía un frío atroz. El Capitán Vallery no pudo reprimir un escalofrío, cuando se cerró tras ellos la puerta de

la torre.

—¿Hartley?

—¿Señor?

—Ahí dentro olía mucho a ron.

—Sí, señor. A mí también ha querido parecerme —Hartley estaba de buen humor—. Pero no se preocupe, señor. La mitad de los hombres del barco guardan sus raciones de ron para el zafarrancho.

—Está totalmente prohibido, Jefe... ¡Lo sabe usted tan bien como yo!

—Sí, señor. Pero no hay en ello nada malo. Los calienta... Y si de ese modo se vuelven más valientes, mejor que mejor... ¿Recuerda aquella noche en que el *pom-pom* de proa se cargó a dos Stukas?

—Desde luego que me acuerdo.

—Pues se habían calentado antes. Siempre ha sido así... Y ahora *lo necesitan*.

—Supongo que tiene usted razón, Jefe —dijo Vallery con una risita—. Es así y no podemos nada contra ello. No le importe a usted que yo esté enterado. Siempre lo he sabido, que conste. Pero, francamente, ahí dentro apestaba como en una taberna...

Subieron a la torreta «X». Y tanto allí como en los demás sitios recorridos con Vallery en la visita de inspección, Nicholls vio estupefacto cómo aquellos hombres que habían llegado a un estado extremo de agotamiento y que habían perdido toda esperanza, se galvanizaban milagrosamente y se mostraban animados, dispuestos a los mayores esfuerzos y con energías increíblemente renovadas. Nicholls sabía que aquellos hombres habían pasado ya, hacía tiempo, de ese punto que señala el límite de toda posibilidad de resistencia.

Vagamente, trató de imaginarse cómo se podía producir ese cambio, cómo se las arreglaba Vallery para conseguirlo. Pero la «técnica» empleada era distinta en cada caso. No era más que una reacción natural ante diferentes grupos de circunstancias, conforme éstas se iban presentando, una reacción carente de todo refinamiento. La verdad es que no había «técnica» alguna. ¿Sería entonces la compasión esa fuerza activadora; la compasión que sentían aquellos hombres por el emocionante valor de aquel hombre que, a todas luces, se estaba muriendo? ¿O sería la vergüenza? (Si él puede hacerlo, si puede aún arrastrar ese simulacro de cuerpo vivo para venir a interesarse por nuestra salud, si es capaz de hacer todo eso y sonreír además, ¿por qué no vamos nosotros también a poder hacerlo?). Eso es —se dijo Nicholls—, así es cómo se produce esto: una mezcla de compasión y vergüenza. Pero se odiaba por haber pensado esto, porque sabía que se estaba mintiendo a sí mismo... Estaba demasiado cansado para pensar. Tenía la mente como algodónosa y no podía controlar sus pensamientos. Como todos sus compañeros. Incluso Andy Carpenter, el último hombre del que se podría suponer tal cosa, también se sentía así y lo reconocía... Nicholls se preguntó qué habría pensado el Kapok Kid de aquello. Era muy probable que también él estuviese a aquellas horas preguntándose cosas, pero serían cosas relacionadas con las orillas del Támesis. ¿Cómo sería la muchacha de

Henley? Su nombre empezaba con «J». —Joan, Jean—, no lo sabía: el Kapok Kid llevaba bordada una gran «J» en el pecho de su *kapok*. Una gran «J» dorada que ella le habría bordado. Pero, ¿cómo sería esa joven? ¿Rubia y alegre como el Kapok Kid? ¿O morena y delicada, como San Francisco de Asís? Y ¿por qué diantre se acordaba de éste? ¡Ah, sí, lo había contado el viejo Sócrates!... ¿No era ese hombre del que Axel Munthe...?

—¡Nicholls! ¿No se encuentra usted mal? —le gritó, muy preocupado, Vallery.

—Estoy bien, señor —dijo Nicholls, sacudiendo la cabeza como para aclarársela—. ¿Adónde vamos ahora, señor?

Entonces Vallery le enumeró todos los sitios que aún le faltaban por inspeccionar en el buque. Dondequiera que el Capitán sabía que se encontraba encerrado algún hombre cumpliendo con su deber, allí iba a visitarlo, por difícil que fuese para él el acceso. En la cámara de calderas «A», Nicholls insistió en que Vallery descansara unos minutos. Apenas podía respirar y el dolor le atenazaba con saña. Un forzado fogonero fue a buscarle una silla plegable, que le puso de golpe detrás de él.

—Un asiento, señor —gruñó.

—Gracias, gracias —dijo Vallery, sentándose con alivio. Luego levantó la cabeza y exclamó, sorprendido:

—¿Riley? —luego, miró a Hendry, el jefe de calderas, y le dijo aludiendo con otra mirada a Riley—: Cumple con su deber con la menor amabilidad posible, ¿eh?

Hendry se sentía molesto.

—Lo hizo por su propia voluntad, señor. Se le ocurrió a él.

—Lo siento —dijo Vallery, sinceramente—. Perdóneme, Riley, se lo agradezco muchísimo —pero no acababa de explicárselo. No hacía más que mirar a Riley y a Hendry.

—Yo tampoco lo entiendo, señor —dijo Hendry—. Es un pez raro. Lo mismo sería capaz de coger un tubo de plomo y romperle a usted la cabeza como lo vemos cuidando gatitos o un pájaro con el ala rota. Lástima que Riley tenga una opinión tan mala de sus prójimos, señor.

Vallery asentía moviendo lentamente la cabeza, sin hablar. Se echó hacia atrás en la silla de lona y cerró los ojos, exhausto. Nicholls se inclinó sobre él:

—Escuche, señor. ¿Por qué no suspende este recorrido? Se está usted matando. ¿No puede usted dejarlo para otra ocasión?

—Me parece que no, muchacho —dijo Vallery en tono paciente—. «Otra ocasión» sería demasiado tarde. Temo que no pueda usted comprender, Nicholls —luego se dirigió a Hendry:

—De modo que ¿cree usted que se las arreglarán bien aquí, Jefe?

—No se preocupe usted de nosotros, señor —la voz de Hendry era a la vez amable y enérgica—. Lo más urgente es que se cuide usted. Los fogoneros no le fallarán a usted.

Vallery se levantó lentamente de la silla de lona y, tocando levemente a Hendry en

un brazo, le dijo:

—Ya sabía yo que usted... ¿Vamos, Hartley? —le sorprendió ver parado al pie de la escala una gigantesca figura embutida en un *duffel* y del que sólo se veía su rostro sombrío—. ¿Quién es éste? Nunca creí que los fogoneros pudieran tener tanto frío —añadió sonriendo.

—Es Petersen, señor, que viene con nosotros —dijo Hartley en voz baja.

—¿Quién lo ha destinado aquí? Pero este Petersen, ¿no es aquel que hizo...?

—Sí, señor. Era algo así como el... segundo de Riley cuando lo de Scapa Flow. Está ahora a las órdenes del Comandante Médico. Y, por lo pronto, nos va a echar una mano.

—Nos, ¿dice usted? Será *a mí* a quien ayudará. —En la voz de Vallery no había resentimiento ni amargura—. Hartley, siga mi consejo. Nunca se ponga en manos de los médicos... ¿Cree usted que este Petersen es de fiar?

—Sería capaz de matar al que le mirase a usted con antipatía —dijo Hartley con naturalidad—. Es un hombre de muy buen fondo, señor. Simplete, fácil de manejar y bueno.

Al pie de la escala, Petersen se apartó para dejarlos pasar pero Vallery se detuvo, miró hacia arriba al gigante —pues le llevaba quince centímetros de estatura— y le clavó una mirada inquisitiva.

—Hola, Petersen. Me dice Hartley que viene usted con nosotros. ¿Lo desea de verdad? Ya sabe usted que no está obligado.

—Capitán, lamento muchísimo lo ocurrido —dijo Petersen lentamente pero con firmeza.

—No, no me refiero a eso... Quiero decir que hace una noche muy mala para andar por ahí. Pero me gustaría que nos acompañase usted. ¿Eh?

Petersen empezó a sonreír poco a poco y su rostro expresaba una profunda satisfacción. En cuanto el Capitán pisó el primer peldaño, lo cogió por la cintura. Vallery dijo más tarde que había tenido la sensación de subir la escala en un ascensor.

Visitaron al Comandante-maquinista Dodson en la cámara de máquinas. Dodson estaba siempre animado y era de una extraordinaria competencia en su especialidad. Para él no existían más que sus máquinas. Cuando salieron a la cubierta alta, después del calor que habían pasado en la cámara de calderas, el descenso de temperatura fue repentino y brutal. Se paralizaba la respiración.

Los tubos lanzatorpedos de estribor estaban allí cerca. Sus servidores se apiñaban a sotavento de un destrozado pañol —el que destruyeron las equivocadas granadas del *Blue Ranger*— y era fácil localizarlos por el bailoteo de sus pies helados y el incontrolable castañetear de sus dientes.

Vallery aguzó la mirada en la oscuridad:

—¿Está por aquí el Oficial de torpedos?

—¿El Capitán, señor? —preguntó una voz sorprendida e incrédula.

—Sí, ¿cómo van las cosas por aquí?

—Muy bien, señor. —Todavía con titubeo—. Creo que el joven Smith ha perdido un pie. Congelado, señor.

—Que lo lleven abajo en seguida. Organice usted a su gente en turnos de diez minutos.

Se alejó rápidamente para evitar la habitual escena de agradecimiento por su visita. Pasaron por el taller de torpedos, donde estaban almacenados los torpedos de reserva y los cilindros de aire comprimido, y subió la escala que conducía a la cubierta parcial que lleva los pescantes de botes. Vallery se detuvo un momento, con una mano en un chigre mientras con la otra se sujetaba contra la boca y la nariz su ensangrentada bufanda, ya casi sólida por el hielo. Apenas podía distinguir, a ambos lados del *Ulysses*, la confusa masa sombría de los mercantes. Sin embargo, era curioso lo mucho que destacaban sus mástiles balanceándose perezosamente sobre el fondo de cielo estrellado. Vallery tembló de frío. Se subió un poco más la bufanda. Avanzó hacia proa apoyándose pesadamente en el brazo de Petersen. La capa de nieve, cuyo espesor era de unos diez centímetros, silenció sus pasos, como una muelle alfombra, cuando se acercó a un antiaéreo Oerlikon. Le puso la mano en el hombro a un artillero que, encapuchado, se acurrucaba en su refugio.

—¿Qué tal va esto, artillero?

El hombre se movió un poco, pero en seguida se inmovilizó de nuevo. No respondió.

—¡Le estoy hablando, artillero! —dijo Vallery con la voz endurecida. Sacudió por los hombros al artillero y se volvió indignado hacia Hartley.

—¡Jefe, este hombre se ha dormido estando de zafarrancho! Estamos todos muertos de sueño, ya lo sé, pero los compañeros de este hombre, los que están abajo, confían en él. ¡No hay disculpa posible! ¡Tómele el nombre!

Nicholls dijo en voz baja:

—¿Tomarle el nombre? ¿Para qué? —No debía hablar así, lo sabía pero no podía evitarlo—. ¿Para comunicar la noticia a sus parientes? Este hombre está muerto.

La nieve empezaba a caer de nuevo, suave y fría, y el viento la arremolinaba. Vallery sintió en la cara los primeros copos helados invisibles en la densa oscuridad. Sintió que le acariciaban las mejillas y le impresionó el gemido del viento en las jarcias. Temblaba de frío.

—No funciona el calentador —dijo Hartley, que había estado explorando con las manos. Parecía muy cansado—. Los artilleros suelen pasarse horas enteras pegados a los calentadores que hay a los lados de la caseta. Ya hemos advertido mil veces que los plomos podrían fundirse.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —dijo Vallery moviendo lentamente la cabeza. Se sentía muy viejo y exhausto—. ¡Qué manera más inútil de morir un hombre con el enemigo cerca! Que lo lleven a la cantina, Hartley.

—No puede ser, señor —intervino Nicholls—. Ahora está helado y con el *rigor mortis*... Hay que esperar.

Vallery estuvo de acuerdo con el joven médico y salieron, pero en ese momento los inmovilizó la llamada de los altavoces que empezaban a lanzar roncós sonidos.

—«¿Me escuchan? ¿Me escuchan? Capitán, o comunicar al Capitán, que se ponga en contacto inmediatamente con el puente». —El locutor repitió tres veces el mensaje y cortó.

Vallery le dijo a Hartley, impaciente:

—¿Dónde está el teléfono más próximo?

—Aquí mismo. —Y, volviendo a donde estaba el artillero muerto le quitó los auriculares y el microteléfono que tenía sujeto al pecho—. Es decir, si es que funciona aún la torre antiaérea.

—Sí, lo que queda de ella sí funciona.

—¿Torre? El Capitán habla al puente. Póngame. —Entregó los auriculares y el microteléfono a Vallery—. Aquí tiene, señor.

—Gracias... ¿Puente? Sí, soy yo... Sí, sí... Muy bien... Que vaya el *Sirrus*. No, Comandante, nada puedo hacer ahora... Sólo que mantengan la posición. Nada más. —Devolvió a Hartley el teléfono.

—El *Viking* ha establecido un contacto con su Asdic —explicó el Capitán secamente—. Hemos mandado al *Sirrus*. Vamos.

Después de visitar la dotación del antiaéreo *pom-pom* del centro del barco, temblando del frío que les penetraba hasta los huesos y bajo el mando del barbudo Doyle —respetuosamente desenfadado en sus comentarios sobre el tiempo— descendieron de nuevo a la cubierta principal. Ya Vallery no protestaba en absoluto, ni siquiera por cubrir las formas, de la ayuda que le prestaba Petersen. Se sentía muy aliviado con tan eficaz apoyo. Reconoció que Brooks había dado muestras de una gran perspicacia y sensatez y lo que más le agradecía a Petersen era que lo soltase y se apartara discretamente cada vez que él se detenía para hablar o se cruzaban con algún grupo.

Oyeron estallar las cargas de profundidad —cuatro— a lo lejos y sintieron las oleadas que la presión hacía estrellarse contra el casco del *Ulysses*. Al oír la primera explosión, sorda y profunda, Vallery se puso en tensión, con la cabeza ladeada. Prestaba una intensa atención a lo que sucedía y tenía toda su vida concentrada en sus oídos. Pero nada podía hacer. Sólo escuchar. Esperaba mientras los otros golpeaban los cierres de la escotilla que daba acceso al rancho de fogoneros. Una vez abierta la escotilla, Vallery dobló una pierna para pasar por ella. En el centro del rancho había otra escotilla, más pesada que la anterior. También abrieron ésta. Y por la escala bajaron a la timonera, la cual, como en la mayoría de los barcos de guerra actuales, estaba muy alejada del puente, bien oculta bajo el blindaje. Allí estuvo hablando Vallery un par de minutos con el guardabanderas, mientras Petersen, en el reducido espacio vecino, abría la maciza escotilla —450 libras de acero— que daba acceso al fondo del *Ulysses*, donde se hallaban los dos compartimentos dedicados a la estación-radio y a la centralilla de fuerza núm. 2.

Hallándose allí el Capitán, sonaron dos explosiones y luego otras dos, cada vez más cerca. El *Ulysses* temblaba aún cuando Vallery salió de la centralilla de fuerza núm. 2 seguido por los otros. Petersen se detuvo a cerrar la escotilla. El clamor de los motores eléctricos quedó amortiguado mientras ellos se encontraban en la calma de la estación-radio. Ésta era el centro nervioso combativo del barco. A pesar de tener una red tan complicada de cables y plomos como la centralilla de fuerza, aquí todo quedaba dominado por las dos enormes mesas electrónicas computadoras. Éstas constituían los vínculos vitales entre las torres de dirección de tiro y las torres artilleras. Allí solía desarrollarse una intensa actividad, pero la casi total destrucción de las torres de dirección aquella mañana motivaba ahora este silencio de la estación-radio. Sólo había nueve hombres manejando los aparatos, y de ellos un sólo oficial. La atmósfera, a pesar de los varios letreros de «Se prohíbe fumar» estaba irrespirable de humo de tabaco. Pero a Nicholls le hicieron una impresión tranquilizadora aquellos cigarrillos quemándose tan lentamente así como la inhumana inmovilidad del personal. Aquella calma era una garantía de vida.

Miró con una curiosidad desinteresada al individuo moreno que estaba más cerca de él, con los codos sobre la mesa, sosteniendo un cigarrillo con dos dedos inmóviles apenas a dos centímetros de la boca entreabierta. El humo se elevaba en una lenta espiral azulada después de rozar los ojos irritados que nada miraban. La ceniza del cigarrillo tenía ya unos cuatro centímetros y se inclinaba levemente hacia abajo. Nicholls se preguntó vagamente cuánto tiempo llevaría así aquel hombre y para qué.

La causa de aquella inmovilidad colectiva era, sin duda alguna, la expectación. Esperaban. Pero ¿qué esperaban? Por primera vez vio Nicholls, con absoluta claridad, lo que significaba esperar. Era aquélla una espera con los nervios a la máxima tensión, una tensión inhumana a punto de estallar, con todos los sentidos alerta a la llegada del torpedo que los aniquilase. Por primera vez comprendió por qué los hombres que estaban siempre criticando humorísticamente lo que se hacía en uno u otro lugar del barco, nunca se permitían bromas con la estación-radio. Aquello era una trampa mortífera, y no hubiera tenido gracia alguna gastarles bromas a los que habían de ser víctimas de esa trampa. La estación-radio estaba a seis metros por debajo de la línea de flotación. Hacia proa, lindaba con el pañol de pólvora «B» y, hacia popa, con la sala de calderas «A». A ambos lados tenía tanques de combustible y debajo, el fondo del buque sin protección alguna, blanco directo e ideal para las minas acústicas y los torpedos. Los hombres allí encerrados estaban a merced de la muerte; eran las más fáciles víctimas de ésta... Encima de ellos, para que les fuese negada la única probabilidad entre mil que pudieran tener de salvarse, una serie de escotillas se cerraban sobre sus cabezas y se podían atascar con la mayor facilidad por efecto de una explosión. Además, se trataba precisamente de que en el caso de un impacto, las escotillas *quedasen cerradas* herméticamente —y de ahí su pesada construcción— para aislar así los compartimentos que se inundasen abajo. Los hombres de la estación-radio lo sabían.

—Buenas noches. ¿Todo bien por aquí? —y la voz de Vallery, moderada y tranquila como siempre, resaltó como un grito en contraste con aquel silencio anormal. Los rostros, tensos y pálidos, se volvieron con sobresalto. Nicholls comprendió que el ruido de las cargas de profundidad había impedido que les sintiesen acercarse.

—No hay que preocuparse demasiado por ese jaleo de ahí fuera —dijo Vallery para tranquilizarlos—. Es sólo un submarino extraviado y el *Sirrus* va tras él. Sinceramente pueden ustedes alegrarse de estar aquí y no en ese submarino.

Nadie hizo el menor comentario. Nicholls observó que todas las miradas iban de los prohibidos cigarrillos a Vallery y se dio cuenta de la embarazosa situación en que les había puesto la inesperada visita del Capitán.

—¿Hay algún informe de la torre principal, Brierley? —preguntó al oficial.

—No, señor, nada en absoluto. Arriba está todo tranquilo.

—¡Estupendo! ¡Si no hay noticias, buenas noticias! —dijo Vallery con alegría que allí resultaba inadecuada. Sacó su pitillera y le ofreció un cigarrillo a Brierley—. ¿Fuma usted? ¿Y usted, Nicholls? —Encendió él también uno utilizando para ello la primera caja de fósforos que encontró a mano, con gran asombro de su dueño, que acabó sonriéndole, entre avergonzado y agradecido. Pero si el Capitán lo notó, no dio señales de ello.

El estruendo producido por más cargas de profundidad apagó el ruido de la tos de Vallery, la tos convulsiva que le causó el humo del cigarrillo en cuanto le penetró en los pulmones. Además, le descubrió el enrojecimiento de la toalla que llevaba en la mano. Cuando terminaron por completo las vibraciones, el Capitán levantó la mirada con un gesto de honda preocupación.

—¡Dios mío! ¿Siempre suena aquí de este modo?

Brierley esbozó una sonrisa:

—Más o menos, lo mismo. Casi siempre más que ahora.

Vallery dirigió la mirada hacia proa.

—¿El pañol de proa cae hacia allá, no?

—Sí, señor.

—Y tienen ustedes por los lados unos espléndidos tanques de combustible, ¿no?

—En efecto, señor. —Todos tenían los ojos clavados en el Capitán.

—Ya. Pues no querría que me cambiasen mi trabajo por el de ustedes, dicho sea con franqueza... Nicholls, creo que vamos a quedarnos aquí un rato fumando en paz. Además —añadió con una mueca— piense usted en lo afortunados que nos consideraremos cuando salgamos y comparemos nuestra tarea con ésta.

Permaneció allí cinco minutos charlando con Brierley y sus hombres. Luego, aplastó su colilla, se despidió y se dirigió hacia la puerta.

—Señor —la voz le detuvo en el umbral, la voz del hombre cuya caja de fósforos había utilizado él.

—¿Qué hay?

—He pensado que le convendría a usted llevarse esto —y le ofrecía una toalla nueva—. La que tiene usted está demasiado... Quiero decir... en fin...

—Gracias, muchas gracias —dijo el Capitán cogiendo sin vacilar la toalla.

A pesar de la ayuda que le prestaba Petersen, la larga subida hasta la cubierta alta dejó a Vallery muy debilitado. Arrastraba los pies pesadamente.

—¡Señor, esto es una locura! —exclamó Nicholls—. Lo siento, señor, no he querido... pero ¡por favor, venga a ver al Comandante Brooks! ¡Por favor!

—Desde luego —respondió Vallery roncamente—. La enfermería es precisamente el próximo puerto que tocamos.

A la media docena de pasos estuvieron ya ante la puerta de la enfermería. Vallery insistió en ver él solo a Brooks. Y cuando salió de allí, al cabo de un buen rato, tenía mucho mejor aspecto. Andaba con mayor facilidad. Tanto Brooks como él, sonreían. Nicholls se quedó a propósito retrasado para preguntarle a Brooks:

—¿Le dio usted algo, señor? Le aseguro que este hombre se está matando.

—Ha tomado un poco de la *medicina*. Un poquito nada más —dijo Brooks sonriente—. Ya sé que se está matando y él también lo sabe. Pero también sabe por qué lo hace y yo también lo sé y él sabe que yo sé por qué. ¿Está claro? De todos modos, se siente mejor ahora. ¡No se preocupe, Johnny!

Nicholls esperó junto a la enfermería, al final de la escala, a que Vallery y los otros regresaran del control telefónico y de la centralilla de fuerza núm. 1. Se apartó mientras ellos pasaban sobre la brazola pero Vallery le cogió del brazo y anduvo con él lentamente hacia proa, hasta más allá del pañol de torpedos a estribor. Saludó secamente a Carslake que estaba al mando de una patrulla de control de averías, y Carslake se le quedó mirando alocadamente como si no lo reconociera. Vallery vaciló, movió la cabeza y luego sonrió volviéndose hacia Nicholls.

—Estaban en sesión secreta ¿eh? No se preocupe, Nicholls. Soy yo quien me tendría que preocupar.

—¿Por qué, señor?

Vallery movió la cabeza:

—Ron en las torretas, cigarrillos en la estación-radio, y ahora un excelente y viejo *whisky* en un frasco de «Lysol». Creí que Brooks quería envenenarme, pero ¡qué muerte tan agradable! Magnífica medicina, y el Comandante-médico le pide a usted que le perdone por haberle gastado una parte de sus reservas.

Nicholls enrojeció intensamente y trató de disculparse, tartamudeando. Pero Vallery le interrumpió:

—¡Olvídelo, muchacho, olvídelo! Después de todo, ¿qué importa? Aunque esto hace que me pregunte cuál será mi próximo descubrimiento: ¿un fumadero de opio en la basada del cabrestante?, ¿o quizá unas bailarinas en la torre «B»?

Pero ya no encontraron nada en esos sitios ni en ningún otro, a no ser frío, miseria y un terrible agotamiento. Pero en todos los sitios reanimaba a los hombres la visita de Vallery. En cambio, ellos —los visitantes— estaban peor a cada minuto que

pasaba. Nicholls se sentía las piernas como de goma y le agotaba el continuo temblor que le sacudía el cuerpo. No podía comprender de dónde sacaba Vallery energías para continuar la inspección. Era inverosímil. Incluso al vigoroso Petersen le iban fallando las fuerzas, no tanto del esfuerzo de llevar casi en peso a Vallery como del continuo abrir heladas escotillas y puertas que casi nunca podían abrirse normalmente.

Recostado contra un mamparo, jadeante después de haber subido del pañol «A», Nicholls miró desesperadamente al Capitán, el cual interpretó acertadamente su mirada, le sonrió y le dijo:

—Mejor será que lo dejemos ya, muchacho. Sólo la basada del cabrestante. Creo que no habrá nadie allí, pero de todos modos convendría echar una ojeada.

Dieron despacio la vuelta a la pesada maquinaria del cabrestante, dejaron atrás el pañol de baterías, la prevención, hasta la puerta cerrada del pañol de pinturas, el compartimento situado más a proa en el barco.

Vallery tendió la mano, tocó la puerta simbólicamente, sonrió con gran cansancio y se volvió. Al pasar por la puerta de la Prevención abrió, como sin ganas de hacerlo, el ventanillo de inspección, lanzó por él una mirada distraída y prosiguió su camino, pero de pronto cayó en la cuenta de lo que acababa de ver y dio la vuelta a toda prisa. Abrió de nuevo el ventanillo.

—¿Qué diablos de...? Pero, Ralston, ¿qué hace usted ahí dentro? —gritó.

Ralston sonrió. Incluso a través del grueso cristal, no resultaba una sonrisa agradable. Indicó el obstáculo para recordarle que no podía oírlo.

En cuanto le abrieron, el Capitán preguntó:

—¿Qué hace usted aquí, Ralston? —Le llameaban los ojos—. ¡Encerrado en la prevención en estos momentos! ¡Hable, hombre! ¡Dígame! —Nicholls miraba asombrado a Vallery. ¡El viejo, furioso! ¡Era algo inconcebible! Nicholls pensó que prefería no ser el objetivo de la furia de Vallery.

—Me encerraron aquí, señor —dijo Ralston tranquilamente, pero con el tono de su voz daba a entender «¡Vaya una pregunta idiota!».

El Capitán se sonrojó levemente.

—¿Cuándo?

—A las 1050 de esa mañana, señor.

—Y ¿quién le ha encerrado?

—El Oficial de policía, señor.

—¿Valiéndose de qué autoridad? —preguntó furioso Vallery.

Ralston le miró unos instantes sin responder. Por fin, dijo, con el rostro inexpresivo:

—De la autoridad de usted, señor.

—¿Mía? —exclamó Vallery incrédulo—. ¡No le he dicho que le encerrasen a usted!

—Pero tampoco le dijo usted que no lo hiciera —replicó Ralston con toda calma.

—¿Cuál era su puesto en el zafarrancho?

—En los tubos de babor, señor.

—Y ¿por qué, por qué le han metido aquí durante el zafarrancho? ¿No sabe usted que está prohibido?

—Sí, señor. —Otra vez la helada sonrisa—. Ya lo sé. Pero ¿lo sabe el Jefe de policía? Es posible que lo haya olvidado.

—¡Hartley! —llamó el Capitán, que había recuperado el dominio de sí mismo—. ¡Que venga inmediatamente el Jefe de policía! Y que traiga las llaves. —Le entró un nuevo ataque de tos y escupió sangre. Miró otra vez a Ralston:

—Lo siento, muchacho —dijo lentamente—. Lo siento de verdad.

—¿Cómo está el petrolero? —preguntó Ralston.

—¿Cómo? ¿Qué petrolero? —Vallery no estaba preparado para este cambio.

—El que resultó averiado esta mañana, señor.

—Sigue con nosotros aunque en muy malas condiciones. —Le intrigaba la curiosidad de Ralston—. Pero, ¿por qué lo pregunta usted?

—Me interesa, señor. —Su sonrisa era más bien una mueca pero aun así sonreía—. Es que yo...

Cortó sus palabras una profunda y amortiguada explosión que extendió sus vibraciones por la noche silenciosa hasta escorar al *Ulysses* a estribor. Vallery perdió el equilibrio pero el brazo de Petersen le impidió caer. Miró a Nicholls con súbito desánimo. Aquel ruido era demasiado conocido.

Nicholls sólo pensó entonces en la nueva carga que caía sobre los hombros de este hombre moribundo y asintió con la cabeza en respuesta a la muda frase que había leído en los ojos de Vallery.

—Temo que tenga usted razón, señor. Un torpedo.

—«¿Me oyen? ¿Me oyen?» —gritaba el altavoz de la basada del cabrestante—. «¡El Capitán al puente! ¡Urgente! ¡El Capitán al puente! ¡Urgente!».

XI

LA NOCHE DEL VIERNES

Casi doblado, el Capitán Vallery agarró el pasamanos de la escala de babor que conducía a la cubierta del castillo. Desesperadamente trataba de divisar algo sobre las negras aguas, pero nada podía ver. Una oscura y revuelta niebla que giraba en torbellinos con flecos de sangre, una niebla cruzada de vez en cuando por luminosos relámpagos, le impedía la visión. Respiraba con enorme dificultad; sus torturados pulmones apenas podían seguir funcionando y unas terribles tenazas le aferraban las costillas inferiores. Aquella carrera desde el pique del barco, a tropezones, tambaleándose, en su afán por llegar antes al puente, le había matado o muy poco menos. Esto pensaba Vallery. «Demasiado. Es demasiado. Debo tener un poco más de cuidado».

Poco a poco se le fue aclarando la visión, pero persistía en sus ojos aquella luz brillante. «De todos modos —pensó Vallery—, para lo que permite ver la noche, un ciego podría verlo». En efecto, sólo podía distinguirse la tenebrosa silueta —tan débil que casi era necesario imaginarla— de un petrolero casi hundido en el agua y una gran columna de fuego que brotaba de la densa seta de humo que oscurecía la proa del barco torpedeado. Incluso a aquella distancia de media milla, el rugido de las llamas era casi insoportable. Vallery contemplaba, estupefacto, el espantoso espectáculo. Detrás de él, Nicholls no cesaba de lanzar palabrotas en voz baja.

Vallery sintió la mano de Petersen en su brazo:

—¿Desea el capitán subir al puente?

—Dentro de un momento, Petersen. Espere un poco. —La mente empezaba a funcionarle de nuevo. Y sus ojos, habituados por cuarenta años de entrenamiento, recorrían automáticamente el horizonte. «Era curioso —pensó— que apenas pueda verse el buque-tanque —debe de ser el *Vytura*— pues seguramente lo oculta esa inmensa capa de humo». En cambio, los demás buques aparecían claramente recortados contra el azul añil del cielo, bañados por aquel fantasmal resplandor. Las estrellas habían desaparecido.

Se dio cuenta de que Nicholls había interrumpido su monótona sarta de maldiciones y que le estaba hablando.

—¿Un petrolero, verdad, señor? ¿No deberíamos ponernos a salvo? Recuerde usted lo que pasó con el otro.

—¿Qué otro? —Vallery apenas escuchaba.

—El *Cochella*, hace unos días. ¡Dios mío, si fue esta misma mañana!

—Cuando los buques-tanques arden, duran mucho tiempo, Nicholls. —Vallery

parecía estar pensando en otra cosa—. Los tanques tardan mucho en morir, muchacho, mientras que cualquier otro barco se hundiría, ellos siguen resistiendo.

—¡Pero si debe de tener un boquete del tamaño de una casa en su costado! —protestó Nicholls.

Vallery parecía esperar algo. Pasados unos momentos, dijo:

—¿No ha oído usted hablar del sistema Nelson, que consiste en inyectar aire comprimido en los depósitos de combustible para «reanimarlos», para mantenerlos a flote? ¿No ha oído usted hablar del capitán Dudley Mason y del *Ohio*? ¿Nunca ha oído hablar de...?

Se interrumpió repentinamente y, cuando volvió a hablar, le había desaparecido de la voz aquella ausencia soñadora.

—¡Lo que yo pensaba! —exclamó con excitación—. ¡Lo que yo me figuraba! El *Vytura* sigue navegando. ¡Dios mío, aún debe de estar haciendo casi quince nudos! ¡Al puente, pronto!

Los pies de Vallery cesaron de tocar la cubierta y no volvieron a posarse hasta que Petersen lo fue deslizándose cuidadosamente ante el asombrado comandante. Vallery hizo una leve mueca, como burlándose de la estupefacción de Turner, que levantaba las hirsutas cejas en su rostro moreno y seco de bucanero y cuyas facciones se afilaban aún más con los reflejos del incendiado petrolero. «¡He ahí un hombre que ha nacido con cuatrocientos años de retraso! —pensó Vallery—, pero ¡qué hombre para tenerlo uno a su lado!».

—Muy bien, comandante —le dijo con una risita—. Brooks cree que debo llevar conmigo una especie de Viernes, como Robinson, y Petersen desempeña ese papel. Quizá su entusiasmo le haga excederse y tome las órdenes demasiado al pie de la letra... Pero esta noche ha sido para mí una bendición de Dios... En fin, no se preocupe usted por mí —y señaló al buque-tanque, el cual flameaba aún con más blancura y deslumbraba tanto como el sol a mediodía—. ¿Qué le parece?

—Que es un excelente faro para cualquier barco o avión alemán que nos esté buscando —gruñó Turner—. Más valdría enviar una señal a Trondheim dándoles nuestra latitud y longitud.

—Exactamente —dijo Vallery—. Aparte de que facilita unos cuantos hermosos blancos al submarino que acaba de darle al *Vytura*. Un tipo peligroso, Comandante. Fue un buen trabajo; sobre todo si tenemos en cuenta la oscuridad casi total en que lo consiguió.

—Probablemente alguien olvidó cerrar una portilla. No podemos estar comprobando a cada momento cómo están los barcos... El *Viking* lo tiene en contacto ahora. Está encima de él... Lo mandé allí...

—¡Muy bien! —dijo Vallery, cordialmente. Se volvió para mirar hacia el barco que ardía, y luego otra vez hacia Turner, con las facciones contraídas—. Pero tendrá que irse, Comandante.

Turner asintió moviendo la cabeza lentamente.

—Sí, tendrá que irse.

—Es, efectivamente el *Vytura*, ¿no?

—Sí, el *Vytura*. El mismo de esta mañana.

—¿Quién lo manda?

—No tengo ni idea —confesó Turner—. Piloto, ¿sabe dónde está la lista?

—No, señor —dijo el Kapok Kid, que por primera vez parecía inseguro de sí mismo—. La tenía el Almirante, y, probablemente, no existe ya.

—¿Qué le hace a usted pensarlo? —le preguntó secamente Vallery.

—Spicer, el mayordomo, estuvo a punto de asfixiarse con una humareda y encontró al Almirante quemando un montón de papeles en su bañera —dijo el Kapok Kid, fastidiado—. Explicó que estaba destruyendo documentos de vital importancia para que no cayesen en manos del enemigo. Creo que la mayoría no eran más que periódicos viejos, pero tengo casi la seguridad de que la lista iba entre ellos. Por lo menos, no está en ninguna parte.

—Pobre viejo... —Turner se acordó en seguida de que estaba hablando del Almirante y, callándose, se limitó a mover la cabeza compasivamente—. ¿Debo enviar una señal a Fletcher, del *Cape Hatteras*?

—No, déjelo, no hay tiempo. —Vallery estaba impaciente—. Bentley, al capitán del *Vytura*: «Abandone buque inmediatamente, por favor. Vamos a hundirlo».

De pronto, Vallery dio un traspiés y se sujetó al brazo de Turner.

—Lo siento —se disculpó—. Tengo que reconocer que mis piernas me van fallando. Mejor dicho, que ya no cuento con ellas. —Miró sonriendo amargamente a los rostros pendientes de él—. Es inútil fingir más, ¿verdad? Cuando se le amotinan a uno las piernas, nada hay que hacer. ¡Dios mío, ya no sirvo para nada!

—Y, ¿cómo puede usted extrañarse? —gritó Turner—. No trataría yo a un perro rabioso tan mal como usted se trata a sí mismo. Inmediatamente, señor, siéntese en la silla del Almirante. Y si no —añadió al ver que Vallery se resistía— le encargo esta tarea a Petersen.

Vallery sonrió débilmente y se dejó instalar en la alta silla. Dio un hondo suspiro de alivio al sentir la espalda y los antebrazos apoyados. Sentíase totalmente imposibilitado y con el cuerpo convertido en un mar de dolor. Le invadía un frío mortal, pero también se sentía orgulloso y agradecido porque Turner no le había enviado abajo y ni siquiera se lo había aconsejado.

Oyó crujir el portillo detrás de él, murmullo de voces, y Turner estuvo de nuevo a su lado:

—Aquí está el oficial de Policía, señor. ¿Lo mandó usted venir?

—Desde luego —dijo Vallery, retorciéndose en su silla y con el rostro sombrío—. ¡Acérquese, Hastings!

Hastings se cuadró ante él. Como siempre, su cara parecía una máscara inescrutable. Casi inhumana, iluminada como estaba por la luz feroz del barco incendiado.

—Escúcheme con la mayor atención. —Vallery tenía que elevar la voz mucho para que no la cubriese el rugir de las llamas, y ese esfuerzo le extenuaba aún más—. Ahora no tengo tiempo para hablarle. Ya le veré por la mañana. Entretanto, va usted a soltar inmediatamente a este hombre, el marinero Ralston. Luego entregará usted sus funciones, sus papeles y sus llaves al cabo Perrat. Por dos veces ha abusado usted de su autoridad, pero esa insolencia podría perdonársele. Lo peor es que ha tenido usted encerrado a un hombre durante el zafarrancho de combate. El preso podía haber muerto como una rata en una ratonera. Así que ha dejado usted de ser el jefe de la Policía del *Ulysses*. Eso es todo.

Durante unos momentos estuvo Hastings rígido, inmovilizado por el asombro. Luego se le quebró la disciplina de hierro. Dio un paso hacia adelante con los brazos levantados y parecía como si se le hubiera caído la máscara que siempre llevaba.

—¿Destituido, señor? ¡Destituido! ¡Pero, señor, no puede usted hacer eso! No puede...

Se le rompió la voz cuando Turner le apretó el codo con todas sus fuerzas.

—No le diga «no puede usted» al Capitán —le murmuró con la mayor suavidad al oído—. ¿Lo ha oído usted? ¡Váyase del puente!

Sonó el oscilante portillo al marcharse Hastings. Carrington dijo, en tono de conversación normal:

—Alguien está utilizando su cerebro en el *Vytura* y ha puesto un filtro rojo sobre el Aldis. Es la única manera de que le pueda ver.

Inmediatamente se relajó la tensión. Todos los ojos se fijaron en la luz roja que parpadeaba a unos treinta metros de las llamas y aun así era muy difícil distinguirla. De repente, se interrumpió.

—¿Qué ha dicho, Bentley? —preguntó en seguida Vallery.

Bentley tosió como preparando una disculpa:

—El mensaje dice así: «¿Está usted loco? Intente hundirnos y ya verá. Máquinas intactas. Podemos salir de ésta».

Vallery cerró un momento los ojos. Empezaba a comprender cómo reaccionaba el viejo «Giles» en una circunstancia como ésta. Cuando levantó de nuevo la cabeza, ya había tomado su decisión.

—Envíe esto: «Pone usted en peligro a todo el convoy. Abandone el barco inmediatamente. Repita: inmediatamente».

Se volvió hacia el Comandante. Tenía la boca amarga.

—Ese hombre merece toda mi admiración. ¿Le gustaría a usted seguir sobre una cantidad de petróleo como para hacer saltar medio mundo?... Dios mío, ¡cómo detesto verme obligado a amenazar a un hombre tan valiente!

—Lo sé, señor —murmuró Turner—. Sé muy bien lo que siente... ¿Qué estará haciendo ahí el *Viking*? Ya tendríamos que haber sabido algo.

—Envíe una señal —le ordenó Vallery—. Pida información. —Miró hacia popa buscando con la vista al teniente de torpedos—. ¿Dónde está Marshall?

—¿Marshall? —a Turner le había sorprendido mucho la pregunta—. En la enfermería, señor. ¿Dónde podría estar? ¿No recuerda usted que se rompió cuatro costillas?

—¡Claro, claro! —Vallery movió la cabeza cansadamente, irritado consigo mismo—. Y al segundo del jefe de torpedos, Noyas —¿no es ése su nombre?— lo mataron ayer en el número 3, ¿verdad? ¿Y qué hay de Vickers?

—Estaba en el F.D.R. ^[14]

—En el F.D.R. —repitió Vallery, lentamente. Se preguntaba por qué no dejaba de latir su corazón. Hacía ya mucho tiempo que había pasado de la fase de los huesos helados y la sangre coagulada. Todo su cuerpo era como un gran bloque de hielo... Nunca había podido imaginar que existiera un frío semejante. Le parecía extrañísimo no temblar ya...

—Yo mismo lo haré, señor —le dijo Turner, interrumpiendo así sus negros pensamientos—. Tomaré yo mismo el control de torpedos. Yo era el peor de los oficiales de torpedos... —sonrió levemente—, pero, ¡quizá no hayan olvidado mis manos lo poco que aprendieron!

—Gracias —Vallery sentía un hondo agradecimiento—. Sí, hágalo usted.

—Tendremos que cogerlo por estribor —le recordó Turner—. El control de babor quedó destrozado esta mañana. El palo mayor no le hizo un buen servicio... Utilizaré el Dumaresq... ^[15] ¡Dios! —Turner agarró a Vallery por un hombro con tal fuerza que estuvo a punto de tirarlo de la silla—. ¡Es el Almirante, señor! ¡Viene al puente!

Incrédulo, Vallery se retorció en la silla, en un violento esfuerzo para ver hacia aquel lado. En efecto, Tyndall se acercaba y se dirigía decidido hacia él. El resplandor de las llamas daba un aspecto fantasmal a la parte superior de su descarnada figura, pues la parte inferior quedaba invisible por la densa sombra arrojada por el lateral del puente. En silencio se colocó junto a Vallery, esperando.

Lentamente, apoyándose en el brazo que le ofrecía Turner, se incorporó Vallery penosamente y bajó de la silla. Con una impresionante seriedad y sin dejar de mirarlo, Tyndall saludó con una inclinación de cabeza y subió a su asiento. Cogió los prismáticos del soporte que tenía ante él y oteó el horizonte muy despacio.

Fue Turner el primero que se dio cuenta.

—¡Señor, no tiene usted puestos los guantes!

—¿Cómo? ¿Qué ha dicho usted? —Dejó los prismáticos, miró sin interés a sus manos vendadas y manchadas de sangre y dijo—: ¡Ah! ¡Ya me parecía que había olvidado algo! Gracias, Comandante. Ésta es la segunda vez que los olvido. —Sonrió cortésmente, volvió a coger los prismáticos y reanudó su lenta inspección del horizonte. Vallery sintió recorrerle el cuerpo un nuevo y terrible escalofrío. Este frío nada tenía que ver con la helada noche ártica.

Turner permaneció unos momentos desconcertado y por fin se decidió:

—¡Piloto! Me parece haber visto unos guanteletes en su caseta de derrota.

—Sí, señor, ahora mismo los traigo —dijo el Kapok Kid, que salió del puente a

toda prisa.

Turner miró de nuevo al Almirante.

—Su cabeza, señor. La tiene usted descubierta. ¿No quiere usted que le traigamos algo para cubrirse?

—¿Para qué? —Tyndall parecía divertido—. ¡Qué ocurrencia! No tengo frío. Por favor, Comandante... —y volvió a mirar con los prismáticos, enfocando ahora el incendiado *Vytura*. Turner le miró otra vez, luego a Vallery, y marchó hacia popa.

Carpenter volvía con los guanteletes cuando sonó el altavoz:

«Radio-puente... Radio-puente. Señal del *Viking*: “Perdido contacto. Sigo buscando”».

—¡Ha perdido el contacto! —exclamó Vallery—. ¡Lo peor que podría haber ocurrido! Un submarino por ahí, suelto, y todo el convoy ardiendo como en los fuegos artificiales. —«Como en una feria». Pensó amargamente que los barcos del convoy parecían indefensos blancos de una caseta de tiro. Una vez perdido el contacto no se podía devolver los disparos. «Ahora, en cualquier instante...».

Dio una vuelta y se sujetó en la bitácora para no caer. Había olvidado lo débil que estaba y cómo le hacía perder el equilibrio la escora del puente.

—¡Bentley! ¿Todavía no ha respondido el *Vytura*?

—No, señor. —Bentley estaba tan preocupado como el Capitán. Como él, sentía casi físicamente la urgencia—. Quizá no tenga ya corriente. ¡No, no, no... ya está aquí, señor!

Vallery volvió la cabeza:

—Dígame, Comandante, Supongo que no habrá más noticias malas, ¿verdad?

—Pues las hay, señor, lo siento. Los tubos torpederos de estribor no funcionan. Están obstruidos.

—¡Que no funcionan! —se irritó Vallery—. Eso no es una novedad. La nieve que se ha helado, eso es todo. Emplee el agua hirviendo; límpielos como sea...

—Lo siento, señor —Turner movía la cabeza apesadumbrado—. No se trata de eso. Están inutilizados definitivamente. Debe de haber sido una de las granadas. ¡Nada que hacer!

—Entonces, muy bien; utilizaremos los tubos de babor. —Vallery se impacientaba más a cada momento que pasaba.

—No hay ya control desde el puente, señor —replicó Turner—. A no ser que empleemos el control local.

—Y, ¿por qué no? —preguntó Vallery—. En realidad, para eso están preparadas las dotaciones torpederas. Encárguese de los tubos de babor. Doy por cierto que la línea de comunicación está intacta. Dígales que estén preparados.

—Sí, señor.

—Oiga, Turner...

—Señor...

—Perdón —sonrió maliciosamente—. Soy un viejo gruñón. Tiene usted que

aceptarme como soy.

Turner le dirigió una mueca que quería ser una sonrisa, pero en seguida se le ensombreció el rostro y señaló hacia delante con un movimiento de cabeza.

—¿Cómo está, señor?

Vallery miró unos instantes al Almirante y respondió a Turner con un gesto casi imperceptible. Turner asintió con otro gesto y se alejó.

—Bueno, Bentley, ¿qué dice?

—Algo confuso, señor —se disculpó Bentley—. No he podido tomarlo entero. Dice que va a separarse del convoy y navegar por su cuenta. Algo así, señor.

¡Marcharse solo! Vallery sabía que esa no era una solución. Aunque tomase otro rumbo, seguiría ardiendo aún muchas horas y presentaría así un blanco ideal. ¡Qué disparate, separarse del convoy un buque-tanque, sin protección, envuelto en llamas, con terribles averías! Y de allí a Murmansk había mil millas. El peor millar de millas de todos los mares. Vallery cerró los ojos. Se sentía íntimamente destrozado. ¡Un hombre como aquél, y un barco semejante, y no tendría más remedio que destruirlos a los dos, al hombre y al barco!

De pronto habló Tyndall.

—¡30 a babor! —ordenó. Su voz era resonante, autoritaria. Vallery no pudo contener un gesto de contrariedad. ¡Con 30 a babor irían a dar contra el *Vytura*!

Tras un instante de silencio, Carrington se inclinó sobre el tubo acústico y repitió: «30 a babor», pero, cuando Vallery inició un movimiento para anular esa orden, vio que Carrington le señalaba el tubo acústico. Lo había tapado con un guantelete.

—Capitán —dijo el Almirante.

—¿Señor?

—Esa luz me lastima los ojos —se quejó Tyndall—. ¿No habría manera de apagar el fuego?

—Lo intentaremos, señor —Vallery se acercó a él y le habló en voz baja—. Parece usted muy cansado, señor. ¿No prefiere bajar?

—¿Cómo? ¿Bajar? ¿Yo?

—Sí, señor. Le llamaremos si le necesitamos —añadió con el tono más persuasivo.

Tyndall estuvo un momento pensando y luego movió la cabeza negativamente, con toda decisión.

—No, Dick. No sería justo para con ustedes... —su voz se volvió confusa y murmuró algo así como «Almirante Tyndall», pero Vallery no estaba seguro.

—Señor, no le he entendido...

—¿Nada de lo que dije? —Tyndall miró al *Vytura* y, como dolorido, lanzó una exclamación a la vez que se protegía los ojos con un brazo. También Vallery se sobresaltó y tuvo que cerrar los ojos ante la súbita llamarada que se había levantado del *Vytura*.

Oyeron la explosión casi simultáneamente a la cegadora luz, y la onda expansiva

les hizo vacilar. El *Vytura* acababa de ser torpedeado nuevamente, a proa, junto a la sala de máquinas y ardía aún más por aquella parte. Solamente se había librado del fuego, milagrosamente, el centro del barco, en la isla del puente. En el mismo instante de la explosión, había pensado Vallery: «Ahora sí que no podrá resistir más», pero sabía que se engañaba a sí mismo tratando de evitar lo inevitable: la decisión que tendría que tomar. Los petroleros, como él mismo le había dicho a Nicholls, tardan mucho en morir, tienen una muerte terriblemente prolongada. El pobre «Giles» —pensaba—, el viejo «Giles»...

Fue hacia popa por la salida de babor. Turner gritaba furioso por el teléfono.

—¡Haga usted lo que se le manda! ¿Me oye? ¡Suéltelos inmediatamente! ¡Sí, he dicho *inmediatamente*!

Vallery, sorprendido, le tocó un brazo:

—¿Qué sucede, Comandante?

—¡Maldita insolencia! —gritó Turner—. ¡Tener la cara de decirme *a mí* lo que debo hacer!

—¿Quién?

—¡Ralston, ese amigo de usted!

—¡Ah, sí, Ralston! Me dijo que estaba esta noche de servicio. Y, ¿qué ocurre?

—Muy sencillo... ¡Dice que no puede hacer lo que le mando! —Turner ardía de ira—. No quiere hacerlo, no le da la gana. ¡Una descarada insubordinación! ¿Le parece a usted poco?

—¿Está usted seguro de que es Ralston? —dijo Vallery—. Es que no debe usted olvidar que ese muchacho ha pasado por unas circunstancias infernales... privadas, desde luego. ¿No cree usted...?

—No sé ya lo que debo creer —Turner volvió a levantar el teléfono—: ¿Tubos nueve-cero? ¡Por fin!... ¿Cómo? ¿Qué ha dicho usted?... ¿Que por qué no...? ¿Con los cañones? ¡Cañones! —Colgó violentamente y se volvió hacia Vallery.

—¡Me pide que empleemos la artillería en vez de torpedos! ¡Ese hombre está loco! Pero, loco o no, ahora mismo voy en su busca para darle una lección a ese joven amotinado. —Nunca había visto Vallery tan furioso a Turner.

La indignación de Turner se le había contagiado a Vallery:

—Hace usted muy bien. Sean cuales fueren sus sentimientos, no es ésta la ocasión de expresarlos. Quizá crea que estamos en deuda con él por el mal trato que ha recibido... Muy bien, muy bien, Comandante —la impaciencia de Turner crecía por instantes. Dijo—: Atacaremos dentro de tres o cuatro minutos. Vaya usted. —Vallery se volvió bruscamente, pasando a la plataforma de aguja, donde le preguntó a Bentley:

—¿La última señal?

—Más vale que mire usted, señor —le interrumpió Carrington—. Está perdiendo velocidad.

Vallery miró al *Vytura* y vio que su masa de fuego se iba inclinando rápidamente

a proa.

—¡Están soltando el bote, señor! —exclamó el Kapok Kid con entusiasmo.

—¡Gracias a Dios! —murmuró Vallery, que se sentía como si le hubieran concedido un nuevo aplazamiento de una condena.

—Envíe una señal en clave al *Sirrus* —ordenó ya en calma—. «Describa un círculo amplio a proa. Recoja a los supervivientes del *Vytura*, que haya en el bote salvavidas».

Sorprendió una rápida mirada de Carrington y se encogió de hombros:

—Hay que arriesgarse, Número Uno; así que al diablo con las órdenes del Almirantazgo. —Al volver la cabeza vio a Nicholls y Petersen.

—¿Sigue usted ahí, Nicholls? ¿No estaría usted mejor abajo?

—Si lo desea usted, señor —Nicholls vaciló y señaló hacia arriba con un leve movimiento de cabeza. Se refería a Tyndall. Añadió—: Creí que quizá...

—Puede que tenga usted razón —Vallery movió la cabeza, perplejo—. Bien, espere; ya veremos. —Levantó la voz—: ¡Piloto!

—¿Señor?

—¡Despacio las dos!

—¡Despacio las dos, señor!

El *Ulysses* se fue quedando atrás hasta que, pronto, incluso los últimos barcos del convoy se le adelantaron, rumbo nordeste. Ahora nevaba con mayor intensidad, pero los buques seguían envueltos en aquel salvaje resplandor, terriblemente vulnerables en su desnudez.

Hirviendo de indignación, Turner se presentó al poco tiempo en los lanzatorpedos de babor. Los tubos estaban fuera con sus horribles bocas iluminadas por las llamas y apuntando al intermitente fulgor del oleaje. Ralston, que estaba colgado en la posición de control —no protegida— sobre el tubo central, lo vio en seguida.

—¡Ralston! —le gritó Turner, con su voz más áspera—. ¡Quiero hablar con usted!

Ralston saltó a cubierta. Quedó frente al Comandante, que era de su misma estatura. Se miraban a los ojos, los de Ralston tranquilos, azules; los de Turner, oscuros y lanzando destellos de ira.

—¿Qué diablos le pasa a usted, Ralston? Se niega a obedecer órdenes, ¿no es así?

—No, señor —dijo Ralston, con una voz de una sorprendente calma—. Eso no es cierto.

—¡Que no es cierto! —Turner tenía los ojos semicerrados de pura furia—. Entonces, ¿a qué viene lo de no querer manejar los tubos? ¿Se propone emular al fogonero Riley? ¿O es que ha perdido usted la poca sensatez que tenía?

Ralston permanecía callado.

Este silencio, que él interpretaba fácilmente como una muda insolencia, enfurecía

aún más a Turner. Sus poderosas manos agarraron el cuello del *duffel* de Ralston. Tiró de él y le pegó la cara a la suya.

—¡Le estoy preguntando, Ralston! —dijo en voz baja y silbante—. No me ha respondido usted. Estoy esperando. ¿Qué significa todo esto? ¿No ve que me estoy dirigiendo a usted?

—Nada, señor —en los ojos del muchacho había quizá preocupación, pero no miedo—. Es que..., señor, es que no quiero. Sólo eso. Me repugna enviar a pique a uno de nuestros propios barcos —ahora su voz era suplicante y a la vez desesperada, pero Turner no captaba esta angustia. Ralston añadió—: ¿Por qué tenemos que hundirlo, señor? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?

—Eso a usted no le importa en absoluto. Pero, si quiere saberlo, da la casualidad de que ese barco está poniendo en peligro a todo el convoy. —Turner tenía aún la cara casi pegada a la de Ralston—. Ha recibido usted unas órdenes y ha de obedecerlas. ¡Ahora mismo va usted a ponerse ahí y hacer lo que le han mandado! —Ralston titubeó—. ¡Ande! —rugió Turner—. ¡Suba ahí! —casi escupía las palabras.

Ralston no se movió.

—Hay otros que pueden hacerlo, señor —y levantó los brazos en un gesto tan patético que Turner comprendió de pronto que aquel muchacho estaba desesperado—. ¿No podrían lanzarlos *ellos*, señor...?

—Así que desea usted cargarles a otros lo que a usted le molesta hacer —le soltó Turner con el mayor desprecio—. ¡Lo que a usted no le gusta, que lo hagan los demás! Ése es su plan, ¿verdad?, despreciable hijo de... —Pidió el teléfono y habló con el puente, mientras Ralston se subía a su posición de control.

—¿Número Uno? Habla el Comandante. ¿Está ahí el Capitán?

—Sí, señor. Lo llamaré —Carrington dejó el teléfono y se acercó a Vallery—. Capitán, señor... El Comandante, al...

—¡Un momento! —la mano levantada y la tensión en la voz, le hicieron detenerse en seco—. Mire, Número Uno. ¿Qué le parece? —Vallery señalaba al *Vytura*, por encima de la figura del Almirante, que tenía la cabeza caída sobre el pecho y murmuraba confusamente.

Carrington siguió la dirección que señalaba el dedo: el *Vytura* seguía navegando bajo la gran columna retorcida de llamas. Miró a Vallery asintiendo.

—¿Qué hará usted ahora, señor? El *Vytura* no cede. Puede navegar aún.

—¡Que Dios me proteja! No tengo elección. Nada del *Vytura*, nada del *Sirrus*, nada de nuestro *Asdic*, y los submarinos aún rondando por ahí... Cuénteles a Turner lo que ha sucedido. ¡Oiga, Bentley!

—¿Señor?

—Una señal para el *Vytura* —sus labios, contraídos, estaban blancos y los ojos reflejaban un tremendo dolor—: «Abandonen barco. Les torpedearemos dentro de tres minutos. Última señal». ¡Piloto, 20 a babor!

—20 a babor, señor.

El *Vytura* se desviaba tangencialmente, hacia el norte. Despacio, el *Ulysses* se le fue acercando, con un rumbo casi paralelo.

—¡Media adelante, piloto!

—¡Media adelante, señor!

—Piloto.

—Señor.

—¿Qué está diciendo el Almirante Tyndall? ¿Puede usted entender algo?

Carpenter se inclinó sobre Tyndall, escuchó y movió negativamente la cabeza. Le cayeron unos copos de nieve de su gorro de piel.

—Lo siento, señor, pero no se puede oír nada con el ruido que hace el *Vytura*. Me da la impresión de que está tarareando...

—¡Dios santo! —exclamó Vallery. Y levantó de nuevo la cabeza, con un gran esfuerzo, para mirar la masa de llamas del *Vytura*. El Aldis rojo estaba otra vez haciendo guiños. Intentó leer lo que decía, pero funcionaba con demasiada rapidez. O quizá fuese que sus ojos estaban demasiado viejos y cansados para eso. También podría ser que no pudiera ya pensar con agilidad. Pero la lucecita roja intermitente ejercía sobre él un efecto hipnótico al apagarse y encenderse por entre aquellas cortinas de llamas que tendían a juntarse majestuosamente en una sola. Luego, la pequeña luz se interrumpió. Y la voz de Bentley le llegó a Vallery antes de que se diera cuenta de esa interrupción.

—Señal del *Vytura*, señor. Dice así: «¿Por qué no se van ustedes a la...? ¡M... para el Alto Mando! Díganle que le envío todo mi amor».

—Todo mi amor... Todo mi amor —Vallery movía la cabeza como idiotizado. En seguida reaccionó—. Pero, ¡ese hombre está loco! «Todo mi amor» y estoy a punto de hundirlo... ¡Número Uno!

—Señor.

—Dígale al Comandante que esté preparado.

Turner recibió el mensaje del puente y se lo comunicó a Ralston.

—¡Preparado! —Vio que el *Ulysses* había dejado atrás al *Vytura* y que se disponía a interceptarlo—. Me parece que sólo quedan dos minutos. —Notó que bajo sus pies disminuía la vibración. El *Ulysses* aminoraba la marcha. En seguida empezaría a virar a estribor. Volvió a sonar el teléfono en su oído, pero con el crepitar de las llamas apenas podía oír. Se esforzó escuchando: «Sólo el “X” y el “Y”. Blanco, once nudos».

Turner preguntó:

—¿Cuánto tiempo?

—¿Cuánto tiempo, señor? —repitió Carrington en el puente.

—Noventa segundos —dijo Vallery roncamente—. Piloto, 10 a estribor. —Dio un brinco sobresaltado al oír el ruido de los prismáticos que se le habían caído al suelo al Almirante, que inmediatamente se derrumbó, dando con la cara y el cuello en el borde del cristal protector. Los brazos le quedaron colgando.

—¡Piloto!

Pero el Kapok Kid estaba ya allí. Sujetó el cuerpo de Tyndall y volvió a acomodarlo en la alta silla.

—¿Qué pasa, señor? ¿Qué tiene?

Tyndall se removía un poco, y con voz cascada como la de un hombre incalculablemente viejo, repetía.

—Frío, frío, frío...

—¿Qué? ¿Qué dice usted, señor? —le rogaba el Kapok Kid.

—Frío. Tengo frío. Un frío espantoso. ¡Mis pies, mis pies!...

El cuerpo de Tyndall volvió a resbalar y estaba ya en el suelo del puente, con la cara hacia la nieve... Una súbita intuición le hizo al Kapok Kid ponerse en cuclillas y mirar de cerca el cuerpo yacente de Tyndall. Se incorporó en seguida. Exclamó con un gesto de horror:

—¡Está descalzo, señor! ¡Se le han helado los pies, los tiene como piedras!

—¿Descalzo? —repitió Vallery, estupefacto—. ¡Descalzo! ¡Es imposible!

—Y además, señor; no lleva por dentro más que... ¡el pijama!

Vallery se quitó los guantes para tocar la helada piel del Almirante. ¡Los pies descalzos! Claro, por eso no le oyeron llegar. Tyndall había estado sentado allí, por lo menos cinco minutos, en pijama y descalzo, a una temperatura de 35° bajo cero... Sintió que lo levantaban por las axilas. Petersen. Sólo podía ser Petersen. Detrás de él, esperaba Nicholls.

Éste dijo:

—Déjeme esto a mí, señor. Bien, Petersen, llévelo abajo. —La voz segura, de persona competente, con que Nicholls iba dando instrucciones, hizo volver a Vallery a la realidad, al presente. Y el presente era el horrible calor que despedía el *Vytura*. ¿Cómo sería a bordo de éste? Y el presente era la tranquila actividad de Carrington gobernando el buque.

—Rumbo fijo, control local —dijo Vallery.

—Rumbo fijo, control local —repitió Carrington, que parecía estar haciendo ejercicios en la Escuela Naval.

—Control local —repitió Turner, colgó el teléfono y, volviéndose, sin alterarse, dijo—: Ahora le toca a usted, Ralston.

No recibió respuesta alguna. La figura acurrucada en la posición de control parecía una estatua de piedra, de tan inmóvil como estaba.

—¡Treinta segundos! —ordenó Turner secamente—. ¿Listos?

—Sí, señor —por fin la figura se había movido—. De pronto se volvió hacia Turner, en una última súplica desesperada:

—¡Por amor de Dios, señor! ¿No hay otro remedio?

—¡Veinte segundos! —dijo Turner enconadamente—. ¿Quiere usted tener mil vidas sobre su conciencia blanca de lirio? Y si falla usted...

A la luz roja de las llamas del *Vytura*, vio de pronto Turner —y esto le causó una

impresión tremenda— que Ralston estaba llorando. Entonces le oyó decir:

—No se preocupe, señor, no fallaré.

Perplejo, pues de pronto se le había pasado la indignación, Turner vio cómo se limpiaba Ralston las lágrimas con la manga derecha, cómo adelantaba ese mismo brazo y cerraba la mano sobre la palanca que disparaba el «X». En el cerrarse de aquella mano había una decisión irrevocable.

De repente, tan bruscamente que Turner se sobresaltó, la mano tiró convulsivamente hacia atrás. Oyó el *click* de la palanca, el sordo rugido de la cámara de explosión, el silbido del aire comprimido, y el torpedo había partido brillando de un modo intermitente a la luz de las llamas hasta estallar por debajo de la superficie. Inmediatamente salió el segundo torpedo.

De cinco a diez segundos estuvo Turner mirando fascinado las burbujas que se deshacían a lo lejos. Un total de 1.500 libras de amatol iba en esos torpedos. Que Dios premiase a los pobres desgraciados del *Vytura*... En ese momento sonó el altavoz.

—¿Oyen ustedes? ¿Oyen ustedes? ¡Protéjanse! ¡Protéjanse inmediatamente! — Turner apartó la vista del mar y vio que Ralston seguía acurrucado en su puesto.

—¡Baje de ahí en seguida, loco! —le gritó—. ¿Quiere salir volando cuando el *Vytura* salte en pedazos?

No se oía más que el rugir de las llamas.

—¡Ralston!

—Estoy muy bien, señor —ni siquiera había vuelto la cabeza.

Turner lanzó una palabrota, saltó sobre los tubos, agarró a Ralston y le obligó a resguardarse en cubierta. Ralston no se resistió. Parecía dominado por una inmensa apatía.

Los dos torpedos dieron en el blanco. El final fue rápido y nada espectacular. Los tripulantes del *Ulysses* estaban preparados para la explosión, pero el *Vytura* se hundió, cansado de luchar, sin ruido alguno. Tres minutos después, Turner entraba en el refugio del Capitán llevando consigo a Ralston.

—Se lo he traído por si le interesaba a usted ver de cerca a uno de estos «objetores de conciencia».

—Desde luego, me interesa —dijo Vallery, mirando a Ralston con severidad—. Un buen trabajo, Ralston, pero eso no disculpa su conducta. Un momento, Comandante.

Se volvió hacia el Kapok Kid, señalándole el libro de bitácora, que había estado leyendo cuando entró Turner.

—Está muy bien, Piloto. A sus señorías les gustará leerlo —y añadió con amargura—: A los que no los hunden los alemanes, los echamos a pique nosotros... Recuerde enviarle una señal al *Hatteras* por la mañana. Pregunte por el nombre del Capitán del *Vytura*.

—Ha muerto, no tienen ustedes que preocuparse ya de él —dijo Ralston con

resentimiento. Y se tambaleó al recibir una tremenda bofetada del Comandante. Turner jadeaba como si acabase de hacer el mayor de los esfuerzos. Le centelleaban los ojos de furia.

—¡Insolente! —le dijo en voz baja—. Eso fue demasiado.

Ralston se llevó lentamente la mano a la mejilla, que se le había enrojecido.

—No me ha comprendido usted bien, señor —hablaba con una gran calma y en un murmullo, que obligaba a los otros a prestarle mucha atención—. He querido decir que yo sé quién es el Capitán del *Vytura*. Es Ralston. El Capitán Michael Ralston. Era mi padre.

XII

SÁBADO

Todas las cosas tienen su fin, y todas las noches su amanecer. Incluso la más larga de las noches, cuando parece que nunca le llegará su alba, empieza por fin a clarear y da paso al día. Y también le llegó su amanecer al FR77, un amanecer tan gris, tan amargo, tan desesperanzado como había sido la noche. Pero le llegó.

Y la luz del día sorprendió al convoy a unas 350 millas al norte del Círculo Ártico, navegando con rumbo este por el paralelo 72 de latitud, a medio camino entre Jan Mayen y el Cabo Norte. El Kapok Kid creía que a 8° 45', pero no estaba seguro. Con una nieve densa y con el cielo cubierto de nubes en su totalidad, tenía que basarse en cálculos adivinatorios, puesto que el proyectil que había destruido la dirección de tiro, destrozó también el automático. Calculaba que faltaban 600 millas náuticas, cuarenta horas, y para entonces el convoy —o lo que buenamente quedase de él— entraría en la bahía de Kola y proseguiría hasta Polyarnoe y Murmansk... Cuarenta horas.

La luz del amanecer reveló a catorce barcos —esto quedaba del convoy— esparcidos por tres millas cuadradas de mar y cabeceando pesadamente a causa del NNE.: 14 barcos, porque otro había desaparecido en las tinieblas de la noche. ¿Una mina? ¿Un torpedo? Nadie lo sabía ni lo sabría jamás. El *Sirrus* se había detenido para buscarlo, inútilmente. No hubo supervivientes. Aunque el comandante Orr, por supuesto, no esperaba encontrar ninguno; imposible con aquella temperatura de 6° bajo cero.

Llegó el alba, después de una interminable noche de incesantes alarmas, de continuos contactos con el Asdic, de constantes lanzamientos de cargas de profundidad con resultado nulo. En cambio, para el enemigo, esa continua actividad, ese permanente zafarrancho de combate, suponía una victoria porque había dejado exhaustas a las dotaciones. Además, se habían quedado sin cargas de profundidad. Lo cual da una idea de lo implacable de la persecución. Nunca había sucedido hasta entonces. No les quedaba ni una sola carga de profundidad. Poco faltaba para que las «manadas de lobos» descubrieran que podían atacarlos a placer.

Y con el amanecer, por supuesto, otra vez el zafarrancho o lo que habría sido un zafarrancho si los hombres no hubieran estado ya en sus puestos durante quince horas de frío y sufrimiento, quince horas durante las cuales la dotación del *Ulysses* se había sostenido con cacao y emparedados de carne, uno cada uno: una fina loncha reseca de carne, ya que el día anterior no había habido tiempo de guisar. Una dotación amotinada como aquélla, de hombres que ya habían sido procesados y condenados,

hombres mentalmente rotos y físicamente deshechos, que ya no podrían volver a ser los mismos en su cuerpo ni en su mente... no tenía por qué avergonzarse. Muchos de ellos habían descubierto que el punto del que no se vuelve no era precisamente el borde del precipicio: podía ser el fondo del valle, el principio de una larga escalada y cuando un hombre emprende esa ascensión, nunca mira ya atrás.

Para algunos de esos hombres no existían el precipicio ni el valle. Hombres como Carrington, por ejemplo. Llevaba quince horas consecutivas en el puente y seguía siendo el Carrington indestructible, un hombre de infinita resistencia. Nadie podía saber por qué era así. Y también eran como él, el suboficial Hartley, el fogonero-jefe Hendry, el sargento abanderado Evans, y el sargento MacIntosh; cuatro hombres extrañamente iguales, duros, corpulentos, amables, ya no jóvenes, y fieles a las tradiciones del servicio. Taciturnos, nunca se daban importancia. Sabían —y esto tendrían que admitirlo todos los oficiales de la Marina— que ellos constituían la espina dorsal de la Armada Real y no los oficiales y jefes. Y este sentido de la responsabilidad era el que les daba su firme estabilidad de roca. Luego, estaban esos hombres —muy pocos— como Turner, el Kapok Kid, y Dodson, que el amanecer hallaba superándose a sí mismos, como si necesitaran del peligro y del agotamiento para dar de sí toda su medida, pues sólo para esto habían nacido. Y, por último, hombres como Vallery —que se había desmoronado a medianoche y que aún dormía en su refugio— y el Comandante-Médico Brooks. Su sensatez les servía de ancla: tenían una idea muy clara tanto de su insignificancia personal como de la del convoy FR77, y una fría comprensión intelectual —unida a una infinita compasión— de las locuras y los sufrimientos de la Humanidad.

Al otro extremo de la escala, el alba iluminaba a unos hombres —quizá unas cuantas docenas— que no tenían salvación. A unos los perdía su egoísmo y su miedo, como a Carslake; otros iban a la deriva, porque les habían quitado su armadura, los signos externos de la autoridad —el caso de Hastings— y otros, como Johnson y tantos más, porque los habían obligado a dar de sí más de lo que podían y, al verse «empujados», no podían ya recobrar el equilibrio. No tenían dónde agarrarse.

Entre ambos extremos, estaban aquéllos —la masa— que habían tocado fondo y descubierto entonces que la resistencia humana puede ser infinita. Esta convicción les servía de resorte para salir a flote continuamente. Sabían que la otra vertiente podía ser escalada, pero *no* sin apoyarse en un bastón. Y este bastón era, por ejemplo, para Nicholls, el orgullo y la vergüenza, cuando tenía que resistir después de toda una noche pasada junto a la mesa de operaciones. Para el cabo Doyle, era la piedad cuando veía cómo temblaban de frío los jóvenes artilleros de la dotación de los *pom-pom*. Pero la mayoría de ellos se apoyaban en lo mismo: en el tremendo respeto y la inmensa veneración que sentían por Vallery, en la firme convicción de que nunca lo abandonarían. Aparte de todo esto, había un elemento que sostenía hasta cierto punto a unos y a otros: el instinto básico de conservación, pero no era en modo alguno lo principal. Lo que nunca comentaban, lo que jamás les servía de acicate para

resistir, era ese odio al enemigo y ese amor a la patria que para los sentimentalistas y los periodistas de la Prensa popular, era el motor de la casi increíble capacidad para resistir. No odiaban al enemigo. Para odiar hay que conocer y ellos no conocían al enemigo. La cosa era muy sencilla: maldecían al enemigo, lo respetaban, lo temían y, si podían, lo mataban. Si no lo conseguían, el enemigo los mataba a ellos. Por otra parte, tampoco se veían a sí mismos estos hombres, como defensores del Rey y de la Patria. Comprendían que la guerra era necesaria, pero les molestaba que se pretendiera disfrazar esa necesidad con mala literatura patrioter. Hacían buenamente lo que les ordenaban y, si se negaban a hacerlo, los fusilarían. Las emociones básicas humanas, las fuerzas positivas del amor y la pena, la piedad y la desesperación, sólo eso puede hacer que un hombre cruce la última frontera. En esos momentos, los mitos tan cultivados, lejos de la tragedia, de nada sirven.

A mediodía, el convoy, en formación cerrada, seguía avanzando rumbo este bajo la cegadora nieve. La alarma del amanecer había sido la única aquella mañana. Ya sólo les quedaban treinta y seis horas. Y si proseguía aquel tiempo, con el terrible viento y la persistente nevada que imposibilitaba la actividad de la aviación, la visibilidad casi a cero y la mar gruesa que cegaría a cualquier periscopio... siempre había esperanza. Solamente treinta y seis horas.

El Almirante John Tyndall murió pocos minutos después de las doce de la mañana. Brooks, que había permanecido junto a él toda la mañana, certificó la causa del fallecimiento como «*shock* y exposición postoperatorias». La verdad era que «Giles» había muerto porque ya no deseaba seguir viviendo. Había perdido su reputación profesional: no podría ya recuperar la fe en sí mismo y le atormentaban los remordimientos por los centenares de hombres que habían muerto. Al perder las dos piernas, no le quedaría ni siquiera el consuelo de volver a esa vida a la que se había dedicado en cuerpo y alma con tanto entusiasmo durante cuarenta y cinco años. «Giles» murió contento, consciente de lo que hacía. Exactamente a mediodía recobró plenamente la conciencia y miró a Brooks y a Vallery con una sonrisa de la que había desaparecido toda huella de perturbación mental. Brooks sintió un escalofrío ante aquella sonrisa gris, burlona sombra de la famosa risotada del «Giles» de otros tiempos. Luego, el Almirante cerró los ojos y murmuró algo muy confuso sobre su familia. Brooks sabía que Tyndall no tenía familia. Cuando abrió de nuevo los ojos, miró a Vallery como si lo viera por primera vez y buscó con la vista a Spicer:

—Muchacho, una silla para el Capitán —dijo. Y entonces murió.

Fue sepultado —es decir, enviado su cadáver al fondo del mar— a las dos de la tarde, en plena tempestad de nieve. Al Capitán, que leía el servicio funeral, se le cortaba la voz con las rachas de viento y nieve. La bandera británica seguía flotando sobre la rampa de madera por donde había resbalado el ataúd y los hombres del *Ulysses* no se habían dado cuenta aún de que el Almirante iba ya camino del fondo.

Las notas de la corneta sonaron distantes y apagadas y luego los doscientos hombres que habían asistido a la ceremonia fúnebre volvieron silenciosamente a los helados ranchos de la marinería.

Apenas media hora después había desaparecido, de modo tan repentino como el de su aparición, la tempestad de nieve. Y aunque seguía el cielo oscuro y cargado de nieve, y aunque la mar estaba aún lo bastante agitada como para hacer bailar a barcos de quince mil toneladas, lo cierto era que el tiempo había mejorado notablemente. En el puente, en las torres, en los ranchos, los hombres evitaban mirarse y no cruzaban la palabra.

Muy poco antes de las 1500, el *Vectra* captó un contacto en el Asdic. Vallery recibió el informe y titubeó antes de tomar una decisión. Si enviaba el *Vectra* a investigar, y si el *Vectra* localizaba con exactitud al submarino y se limitaba —como tendría que hacer— a describir estrechos círculos sobre él, el Capitán del sumergible no tardaría más que unos minutos en darse cuenta de que no le lanzaban cargas de profundidad. Entonces, sería sólo cosa de poco tiempo (hasta que ese Capitán considerase que podía salir a la superficie y usar la radio) para que todos los submarinos que navegaban al norte del Círculo, supieran que el convoy FR77 podía ser atacado con impunidad. Además, era muy improbable que el enemigo realizara un ataque con torpedos en un tiempo como aquél, a pesar de la mejoría. La observación por periscopio seguía siendo casi imposible en aquella mar de leva, y, además, el submarino sería la más inestable plataforma de tiro, ya que los movimientos del oleaje no se limitan a la superficie. Por otra parte, había que contar con que el Capitán del submarino se decidiera a aceptar una probabilidad contra mil, lanzase un torpedo y acertara, si tenía muy buena suerte. Vallery ordenó al *Vectra* que investigase inmediatamente.

Era demasiado tarde. En cualquier caso habría sido demasiado tarde. El *Vectra* estaba todavía respondiendo a la señal del *Ulysses* y ni siquiera había empezado a virar cuando llegó a este último el tronar de una formidable explosión. Todos los ojos describieron un círculo completo por el horizonte en busca de humo y llamas y del barco que hubiera resultado víctima del sumergible alemán. Pero nadie encontró ni el menor indicio hasta que transcurrió medio minuto. Entonces vieron que el *Electra*, buque principal de la línea de estribor, perdía velocidad hasta detenerse, aunque sin escorar ni dar muestra alguna del impacto. Casi con toda seguridad el torpedo le había abierto una brecha en la cámara de máquinas.

El *Sirrus* había empezado a emitir señales. Bentley leyó el mensaje y se volvió hacia Vallery.

—El Comandante Orr pide permiso para acercarse a babor y recoger a los supervivientes.

—A babor, claro. El lado ciego del submarino —dijo Turner—. Con mar tranquila, no es mal asunto, pero con esta mar... Por lo pronto, se le va a estropear la pintura.

—¿Qué cargamento lleva? —preguntó Vallery—. ¿Explosivos? —Como los otros movían la cabeza sin contestarle, le dijo a Bentley:

—Pregúntele al *Electra* que si lleva explosivos.

Funcionó el Aldis de Bentley y no hubo respuesta. Era evidente que ya no iban a contestar.

—Por lo visto, se les ha averiado la energía eléctrica, o quizá se les haya inutilizado el Aldis —dijo el Kapok Kid—. ¿Qué tal estaría que emplearan una bandera para decir «explosivos» y dos banderas si no los llevan?

A Vallery le pareció muy bien la idea:

—¿Ha oído usted, Bentley?

El *Vectra* se hallaba casi a una milla de distancia y giraba en estrechos círculos. Había encontrado al agresor y no podía lanzarle ni una sola carga de profundidad. No tenía ni una.

Después de un buen rato sin respuesta, por fin vieron ondear dos banderas.

—Hagan una señal al *Sirrus* —ordenó Vallery—. «Adelante. Pero extremen la prudencia».

De pronto, sintió la mano de Turner en su brazo.

—¿No los oye usted?

—¿Oír qué?

—Sabe Dios. Es en el *Vectra*. Escuche.

Vallery siguió la dirección que le indicaba el dedo del otro. Al principio, nada vio; luego, de repente, vio unos pequeños geysers de agua que brotaban de la estela del *Vectra*, geysers que se extinguían rápidamente al cubrirlos el formidable oleaje. Por fin, pudo oír unas sordas y lejanas explosiones submarinas que el viento casi anulaba.

—¿Qué diablos está haciendo el *Vectra*? —preguntó Vallery—. ¿Y qué puede estar usando como cargas de profundidad?

—Me parecen fuegos de artificio —dijo Turner—. ¿Usted qué opina, Carrington?

—Cargas de mano, de veinticinco libras explicó el piloto.

—Tiene razón, señor —asintió Turner—. De eso se trata. Pero lo mismo daría que empleasen cohetes de feria.

El Comandante se equivocaba. Esas cargas tenían la décima parte de fuerza destructiva que una carga de profundidad pero si se alojan en la torreta o hacen explosión a la altura del plano de gobierno del submarino, pueden resultar tan mortales como las cargas de profundidad. Y apenas había acabado de hablar Turner cuando un submarino —el primero que el *Ulysses* había visto en la superficie desde hacía casi seis meses— surgió por encima de las olas, como de un salto, y se posó, entre las gigantescas olas que lo zarandeaban violentamente.

La dramática y repentina aparición, tan inesperada: primero el mar vacío, luego el submarino totalmente al aire, y luego su brusca desaparición, cogió por sorpresa a todos los barcos, incluido el *Vectra*, Aunque éste se hallaba en ese momento en el otro círculo del ocho que estaba describiendo encima del submarino, en cuanto lo vio

aparecer dirigió contra él el fuego de sus *pom-pom*, pero esta arma, ya muy poco eficaz en circunstancias normales, lo es mucho menos en el caso de un destructor que intenta atacar a un submarino en mar gruesa mientras sufre continuos balanceos y viradas. De todos modos, los Oerlikons lograron un par de impactos en la torreta. Y cuando ya el *Vectra* estaba preparado para utilizar su artillería principal, justamente entonces desapareció el submarino alemán bajo la superficie.

A pesar de ello, el *Vectra* disparó repetidas veces su cañón de 4.7 contra el lugar donde había desaparecido el sumergible, aunque hubo de suspender el cañoneo cuando dos granadas seguidas botaron sobre el agua y pasaron peligrosamente por entre los barcos del convoy. Disminuyó la marcha y no salió de aquel mismo lugar, dando lentas viradas. Desde el *Ulysses*, con los prismáticos, veíanse las figuras que, desde la cubierta de popa del *Vectra*, lanzaban sin cesar más cargas pequeñas por la borda. Luego, el barco se alejó rumbo sur con los cañones apuntando lo más bajo posible por estribor.

El submarino debía de estar aún más tocado, bien por las granadas o por las últimas cargas, porque volvió a emerger, todavía con más violencia que la primera vez, en un gran torbellino de espuma y también esta vez sorprendió mal al *Vectra* la aparición de su enemigo. Éste se había presentado por babor cuando el *Vectra* lo esperaba por estribor. Estaba a una distancia de unas trescientas brazas.

Ahora el submarino venía para quedarse. Y, por cierto, ni al Capitán ni a la dotación les faltaba valor. Estaba abierta la escotilla y por ella salían a toda prisa los hombres, dispuestos a utilizar el cañón de cubierta, en un gesto de desesperado desafío.

Los dos primeros hombres ni siquiera pudieron tocar el cañón. Las enormes olas los barrieron. Pero los siguientes lograron hacerlo girar 90° contra la amenazadora proa del *Vectra*, que se les venía encima. Increíblemente, pues el oleaje sacudía de una manera espantosa al submarino y de vez en cuando arrancaba a un hombre de su puesto y lo lanzaba al mar, lograron, sin embargo, que su primera granada hiciera blanco en el puente del *Vectra*. Fue la primera y la última granada que pudieron disparar, pues inmediatamente quedaron todos deshechos por la tremenda lluvia de metralla que lanzó contra ellos el destructor. Todos sus cañones habían abierto fuego a la vez contra el submarino y aquel barco estaba perfectamente armado, lanzando un fantástico total de unas trescientas granadas cada diez segundos. Si alguna vez ha estado bien empleada la expresión «granizada de plomo», fue en este caso. Ni uno solo de los alemanes pudo acercarse al cañón y todos ellos murieron.

Después, nadie pudo decir en el *Ulysses* cuándo se dieron cuenta de que el *Vectra* iba a abordar al submarino. Quizá no fue éste el propósito de su Capitán o tuviese la seguridad de que el submarino se hundiría en seguida. O quizá hubiera muerto el Capitán cuando aquella única granada dio en el puente. También pudo haber cambiado de idea en el último instante porque, cuando parecía que se dirigía contra la torreta del submarino, dio una violenta virada a estribor.

Por un instante, pareció que iba a evitar el choque con el sumergible, pero esta impresión desapareció en cuanto el *Vectra*, enfilando uno de los abismos entre las olas, embistió al submarino con el talón del tajamar, abriéndole una brecha —como si fuera cartón— en el acero del casco a unos nueve metros de la proa.

Y seguía empujándolo cuando dos terribles explosiones, tan próximas que se fundieron en un espantoso trueno, cubrieron por completo a ambos navíos en una tromba de inmensa altura compuesta por agua que parecía hervir y por montones de acero retorcido. Era fácil suponer lo ocurrido. La casualidad de este abordaje había hecho estallar la T.N.T. de la sección de proa de uno de los torpedos en uno de los tubos lanzatorpedos del submarino y luego los torpedos almacenados, así como el pañol de pólvora de proa del *Vectra*, habían hecho explosión por un efecto de rechazo.

Poco a poco, casi con una deliberada lentitud, las grandes nubes de agua fueron cayendo al mar, y el *Vectra* y el submarino —o lo poco que quedaba de ellos— surgieron de pronto a la vista. Los espectadores de esta tragedia, desde el *Ulysses*, no podían comprender cómo se mantenían a flote. El submarino estaba hundido hasta la mitad y el *Vectra* había quedado partido, un poco a proa del puente, como si lo hubieran rajado con un fantástico cuchillo. Era un corte increíble, de banda a banda, y el resto del barco había desaparecido por completo. Mientras los observadores, desde los demás buques del convoy, no podían dar crédito a lo que veían, el mutilado casco del *Vectra* fue dando la vuelta hasta rozar con su puente y su palo la torreta del submarino y así se los llevó el mar a los dos, estrechamente abrazados, hasta el fondo.

Los últimos barcos del convoy se hallaban ahora a un par de millas y a esa distancia era imposible ver si había supervivientes. No parecía probable. Y si quedaban algunos hombres intentando nadar, pidiendo socorro en el frío y asesino mar glacial, ya estarían todos a punto de morir. Desde luego, era imposible que conservara la vida alguno de ellos hasta que el más rápido de los barcos del convoy llegase hasta él. El convoy siguió, pues, navegando con rumbo este. Es decir, todos los barcos menos dos: el *Electra* y el *Sirrus*.

El *Electra* escoraba ahora casi 15° a babor y estaba muerto. La única apariencia de vida en él eran sus balanceos y los hombres que esperaban en cubierta, pues habían renunciado a la idea de abandonar el barco cuando vieron que el *Sirrus* se dirigía hacia ellos. Habían intentado soltar un bote salvavidas y seguía colgando de los pescantes, pues con la escora del *Electra* y el estado de la mar había sido imposible recuperarlo. Se balanceaba furiosamente contra el costado del barco, a unos seis metros sobre el mar. Orr había enviado por dos veces irritadas señales pidiendo que cortasen las tiras, pero el bote seguía allí y constituía un peligro para el *Sirrus* en sus intentos de aproximación. Probablemente, los frenos de los chigres se habían atascado con el hielo. De todos modos, no se podía perder tiempo. Si transcurrían otros diez minutos, se hundiría el *Electra* con toda su gente.

El *Sirrus* dio dos pasadas. Orr no pensaba detenerse al costado para que el carguero de 15.000 toneladas se le viniera encima. La primera vez pasó a lo largo del *Electra* muy despacio, a cinco nudos, y a una distancia de unos seis o siete metros, lo más que se atrevió a aproximarse con aquella mar que podía estrellar a ambos barcos arrojando cada uno hacia el otro en el mismo instante.

En cuanto la proa del *Sirrus* pasó, cabeceando, junto al puente del *Electra*, los hombres empezaron a saltar. Saltaban exactamente cuando el castillo del *Sirrus* se acercaba al nivel de la cubierta del *Electra*, en aquella danza descomunal; saltaban cuando quedaba de tres a seis metros por debajo. Uno pasó de uno a otro barco con toda calma, aprovechando el momento en que estaban ambos casi inmóviles, el uno respecto al otro, porque la mar los movía en el mismo sentido. Pasó como un equilibrista de un pasamanos a otro, con una maleta en la mano. En cambio, muchos se estrellaron en la cubierta de acero helado, allá abajo, y se torcían tobillos, se partían piernas, se dislocaban las caderas. Dos saltaron y cayeron fuera del *Sirrus* y uno de ellos quedó machacado entre los dos cascos en continuo balanceo, mientras el otro fue empujado por el *Electra* hasta dejarle entre las hélices del *Sirrus*.

Entonces ocurrió lo que ni siquiera la gran pericia marinera del Comandante Orr podía haber evitado. Había logrado una verdadera hazaña hasta entonces con ese salvamento pero no pudo evitar, claro está, las dos olas gigantescas —dos veces del tamaño que las otras— y la primera acercó al *Sirrus* peligrosamente al *Electra* para, en seguida, pasando por debajo de éste, escorarlo profundamente a babor mientras que el *Sirrus*, empujado por la segunda ola, se inclinaba aún más a babor. De modo que el choque fue terrible. Se oyó un espantoso chirrido. Todas las barandillas y las planchas de la parte superior del casco se le abollaron o arrancaron al *Sirrus* a lo largo de unos cuarenta o cincuenta metros. Simultáneamente, el bote salvavidas se aplastó contra el puente del *Sirrus* haciéndose añicos. Inmediatamente, Orr reaccionó y el *Sirrus* emprendió de nuevo la marcha apartándose del *Electra*.

A los cinco minutos ya estaba otra vez el *Sirrus* junto al barco que se hundía. Esta fría decisión era típica del valor del Comandante Orr, siempre confiado en esa buena suerte que, efectivamente, nunca le abandonó. Esta vez estaba el barco demasiado bajo para que temiese que se le viniera encima. Además, supo aprovechar unos momentos de calma en la mar. Los hombres restantes saltaron y su caída fue acolchonada esta vez con más precaución, ya con la experiencia anterior. A los treinta segundos no quedaba absolutamente nadie a bordo del *Electra* y el destructor se marchaba de nuevo. Dos minutos después le estallaban las calderas al *Electra*, que dio la vuelta hasta quedar con su quilla al aire por unos momentos y desaparecer definitivamente. Durante un minuto salieron grandes bocanadas de aire a la superficie y poco a poco se fueron apagando las burbujas.

El *Sirrus*, con sus cubiertas llenas de gente salvada, apresuró su marcha para alcanzar al convoy. El convoy FR77. El convoy que la Real Marina británica quería siempre olvidar. Treinta y seis barcos habían zarpado de Scapa y de Saint John's.

Ahora quedaban doce, sólo doce. Y aún faltaban casi treinta y dos horas para alcanzar la bahía de Kola.

Turner contemplaba al *Sirrus*. El espectáculo que acababa de presenciar había paralizado un tanto su tremenda e inagotable vitalidad. Dirigió una furtiva y compasiva mirada al Capitán Vallery, que ya no era más que un esqueleto viviendo, animado por sabe Dios qué fuerza misteriosa, para luchar hora tras hora contra la muerte. Y en verdad, pensó Turner, que la muerte —incluso la esperanza de la muerte— debe de ser ahora para Vallery infinitamente agradable. Mirándolo, se dio cuenta de todo el dolor que se grababa en aquella máscara gris cada vez que se hundía un barco del convoy. Y Turner lanzó una amarga y silenciosa maldición. Luego, aquellos ojos sin brillo, cansadísimos, se posaron en el rostro de Turner y éste carraspeó, como sorprendido en falta.

—¿Cuántos supervivientes lleva ya el *Sirrus*? —preguntó Turner.

Vallery se encogió de hombros levemente.

—Ni idea, Comandante. Un centenar; quizá más. ¿Por qué?

—Un centenar —repitió Turner pensativo—, y «no se recogerá a los supervivientes»... Me estaba preguntando ahora mismo qué dirá el viejo Orr al depositar a esos hombres en el amoroso regazo del Almirante Starr, cuando regresemos a Scapa Flow.

XIII

LA TARDE DEL SÁBADO

El *Sirrus* estaba aún a una milla a popa del *Ulysses* cuando el Aldis empezó a destellar. Bentley tomó el mensaje y se volvió a Vallery.

—Señor, dice: «Tengo 25-30 heridos a bordo. Tres muy graves, quizá moribundos. Necesitamos urgentemente médico».

—Dígales que lo he recibido —dijo Vallery. Titubeó un momento y añadió—: Feliciten de mi parte al Teniente Médico Nicholls. Que venga al puente. —Dirigiéndose al Comandante, le sonrió con malicia—: La verdad es que no me imagino a Brooks en la proeza atlética de pasar al *Sirrus* por el andarivel en una mar como esta. Va a ser una buena prueba.

Turner miró otra vez al *Sirrus*, que a veces describía en sus balanceos un arco de 40°.

—No va a ser un «picnic» que digamos —asintió el Comandante—. Además, el andarivel no está hecho para transportar a personas tan venerables como nuestro jefe médico. —Turner pensó en la naturalidad con que estaban tomando la situación: nadie había ni siquiera nombrado al *Vectra* después de su abordaje al submarino y su hundimiento con él.

La puerta crujió. Vallery se volvió lentamente y correspondió al leve saludo de Nicholls.

Sin más preámbulo, le dijo:

—El *Sirrus* necesita un médico. ¿Qué tal le parece el plan?

Nicholls buscó un punto de apoyo pues perdía el equilibrio con el balanceo del barco. Le disgustaba extraordinariamente la idea de abandonar el *Ulysses* y se asombró de tener esa reacción. ¡Él, Johnny Nicholls, el oficial que más detestaba todo lo naval, acabar tomándole ese cariño a un barco! «Debo de estarme reblandeciendo», pensó. Pero en seguida supo por qué sentía así. No era cuestión de amor propio, ni de principios o de sentimentalismo. Era, sencillamente, que él pertenecía ya al *Ulysses*. Se dio cuenta de que todos estaban pendientes de su reacción y, desconcertado, miró al mar.

—Entonces, ¿qué? —dijo Vallery con cierta impaciencia.

—No me viene muy bien, señor —dijo Nicholls francamente— pero desde luego iré. ¿Ahora mismo, señor?

—En cuanto tenga usted listas sus cosas —respondió Vallery.

—Entonces, ahora mismo, porque tenemos siempre dispuesto un botiquín de urgencia para un posible traslado. —Miró preocupado a la mar, cuyo estado era cada

vez peor—. ¿Cómo he de ir, señor, saltando por la borda?

—¡No, hombre, no! —le animó Turner dándole unas palmadas en la espalda—. No tiene usted que preocuparse. No lo va a notar. Éstas fueron exactamente las palabras que usted me dijo cuando me sacó aquella muela, hace unas tres semanas. Le vamos a enviar a usted con el andarivel, muchacho.

—¡El andarivel! —exclamó Nicholls alarmado—. Pero, ¿se ha fijado usted en el estado de la mar, señor? Subiré y bajaré como un «yo-yo».

—Lo que es la ignorancia de la juventud —dijo Turner moviendo la cabeza—. Ya nos aproaremos al mar, hombre, y podrá usted hacer el recorrido como en un *Rolls*. Ahora mismo vamos a aparejarlo. Chrysler, llama a Hartley. Que venga al puente en seguida.

Chrysler no parecía haberlo oído. Se hallaba en su posición favorita de aquellos días, con sus manos enguantadas agarradas a los tubos del vapor y la mitad superior de la cara pegada al visor de goma de los potentes prismáticos del control de proyectores de estribor. Estaba inmóvil.

—¡Chrysler! —rugió Turner—. ¿Estás sordo?

Pasaron tres, cuatro, cinco segundos más sin que Chrysler se moviera y todos lo miraban, intrigados. De pronto, se echó atrás, miró hacia abajo, al indicador y por fin se volvió. Su rostro expresaba la mayor excitación.

—¡Aviones! —gritó—. ¡Exactamente en el horizonte! —Se lanzó de nuevo a los prismáticos—. ¡Cuatro, siete... no, diez! ¡Diez aviones! —chilló.

Turner trataba de verlos con sus gemelos.

—¡No veo nada! ¿Estás seguro, muchacho?

—Completamente seguro, señor. —Su voz revelaba la más absoluta de las convicciones.

Turner se acercó a él en unas zancadas.

—Déjame ver. —Estuvo observando un momento, ocupando el puesto de observación donde había estado Chrysler y se retiró poco después con gesto irritado.

—Tienes una imaginación muy exaltada. O es que te falla la vista. La verdad es que...

—Tiene razón —intervino Carrington con toda calma—. Yo también los veo.

—¡Y yo también, señor! —gritó Bentley.

Turner volvió a mirar por los prismáticos montados y en seguida se volvió hacia Chrysler:

—Recuérdame que me disculpe algún día, muchacho —le dijo sonriendo y volvió junto a Vallery, el cual estaba ya dando órdenes precipitadamente.

—Señal para todo el convoy. Clave H. Toda avante, Piloto. Por los altavoces, que estén preparados los artilleros. ¿Comandante?

—¿Señor?

—Blancos independientes, fuego independiente en todos los antiaéreos. ¿De acuerdo? ¿Y las torres?

—Aún no sé... Chrysler, ¿puede usted ver...?

—Cóndor, señor... —se le anticipó Chrysler.

—¡Cóndores! —repitió Turner incrédulo—. Una docena de ellos... ¿Estás seguro, muchacho? Bueno, bueno, ya sé que no te equivocas. —Y moviendo la cabeza con asombro, le dijo a Vallery—: ¿Dónde diablos he puesto mi casco? ¡Dice que son Cóndores!

—Pues no lo dude, Turner. Si él lo asegura, eso son —dijo Vallery. Turner se maravilló de verle tan tranquilo.

—¿Le parece bien que todas las torres disparen con independencia? —preguntó Vallery.

—En efecto, señor.

Turner dio las órdenes oportunas. Vallery le indicó a Nicholls que se acercara:

—Bueno, joven, puede irse abajo. Lamento que su pequeña excursión haya sido aplazada.

—Yo no lo siento —replicó Nicholls rudamente.

—¿No? ¿Acaso tenía miedo? —dijo Vallery con una sonrisa.

—No, señor. Miedo, no. Y usted sabe que no lo tenía. —También Nicholls se sonreía.

—Sí, hombre, ya lo sé. Gracias de todos modos.

Vio cómo salía Nicholls del puente, llamó al mensajero y luego se volvió hacia el Kapok Kid:

—¿Cuándo enviamos nuestro último radio al Almirantazgo, Piloto? Mire un momento el registro.

—Ayer a mediodía —dijo al instante el Kapok Kid.

—No sé qué haría sin usted —murmuró Vallery—. ¿Posición actual?

—72.20 norte, 13.40 este.

—Gracias. —Miró a Turner—. ¿No cree que ya carece de sentido mantener el silencio de la radio, Comandante?

Turner movió la cabeza.

—Bien, pues enviaremos este mensaje: «Al D.N.O., Londres». —Se interrumpió—. Por cierto, Comandante, ¿qué hacen nuestros amigos?

—En círculo hacia el oeste, señor. Supongo que emplearán el truco de siempre: mucha altura y ataque por la popa. Sin embargo, el nivel de las nubes está apenas a trescientos metros.

Vallery siguió dictando el radio: «FR77. 1600. 72.20, 13.40. Mantenemos 090. Fuerza 5, norte; mar de leva, muy fuerte: situación desesperada, ¡repito!: situación desesperada. Lamento profundamente muerte Almirante Tyndall a las 1200 de hoy. Petrolero *Vytura* torpedeado anoche, hundido. *Washington State* hundido hoy 0145, *Vectra* hundido 1515, colisión con submarino. *Electra* hundido 1530. Me atacan peligrosamente doce —mínimo doce— Focke-Wulfs 200. Imprescindible enviar ayuda. Cobertura aérea esencial. Aconsejen inmediatamente». Transmite eso en

seguida, ¿eh?

Turner dijo bruscamente:

—Su nariz, señor.

—Gracias. —Vallery se frotó la nariz que lucía blanca en el gris azulado de su rostro pero renunció a esta operación al poco tiempo pues el esfuerzo no merecía la pena. Necesitaba evitar hasta el más pequeño gasto de energía. La necesitaría toda—. Comandante, estamos metidos en un buen lío —murmuró tranquilamente.

Temblando, oteó con sus prismáticos todo el convoy. Obedecían la clave H. Los barcos se esparcían por la mar como a capricho, rompiendo las dos líneas en que iban formados y que habría hecho las cosas demasiado fáciles para los bombarderos en un ataque por la popa. Ahora no podrían ensartarlos; tendrían que buscar el blanco barco por barco. Pero si convenía que estuviesen esparcidos, tampoco podían estar muy separados, pues debían combinar entre todos la barrera de fuego antiaéreo si querían que resultase eficaz. «Estaban bien como estaban», pensó Vallery con satisfacción mientras volvía los prismáticos hacia el oeste.

Ahora no había confusión posible. Era una escuadrilla de «Cóndores». Hacia popa, cuatro enormes cuatrimotores tomaban altura sin cesar.

De pronto comprendió Vallery con absoluta claridad que el enemigo sabía estas dos cosas: había sabido dónde encontrar al FR77 (la Luftwaffe no solía enviar bombarderos pesados a recorrer el Ártico en todas direcciones por si casualmente encontraban un convoy) y ni siquiera se habían molestado en mandar a «Charlie» en reconocimiento previo. Era seguro que algún submarino los había localizado y había dado su posición y rumbo. En aquella mar de leva, la posibilidad del convoy de descubrir un periscopio habría sido nula. Por otra parte, los alemanes *sabían* que el *Ulysses* no contaba ya con su radar. Los «Cóndores Focke-Wulfs» se elevaban ahora para ocultarse por encima de la capa de nubes y bajar sólo segundos antes del momento de bombardear. Contra un barco con su radar en funcionamiento normal hubiera sido casi un suicidio tratar de ocultarse a tan poca distancia. Pero los alemanes estaban completamente seguros de que el radar del *Ulysses* se hallaba inutilizado.

Vio cómo desaparecía el último de los bombarderos por encima del techo de nubes. Vallery, con un gesto de gran cansancio, llamó a Bentley:

—Clave R. Inmediatamente.

Las banderas empezaron a moverse. Luego pasaron unos veinte segundos sin que nada ocurriese y al impaciente Capitán le parecieron diez veces más tiempo. Luego, como marionetas en manos de su manipulador, las proas de todos los barcos del convoy empezaron a virar: las de los buques situados a babor del *Ulysses*, al norte; las de aquellos que estaban a estribor, al sur. Cuando los bombarderos surgiesen por entre las nubes —«Dentro de dos minutos a lo más», pensó Vallery— se encontrarían con el mar vacío. No tan vacío, después de todo, pues allí estarían el *Ulysses* y el *Stirling*, que no eran presas despreciables. Pero ambos barcos de guerra estaban

admirablemente dotados para defenderse a sí mismos. Y los bombarderos se hallarían en pleno fuego cruzado de los mercantes y los destructores y demasiado tarde —a aquella escasa altura— para alterar su rumbo y bombardear en la dirección proa-popa a los mercantes. Vallery se sonrió maliciosamente. No era gran cosa como táctica defensiva, pero, sin duda, era lo único que se podía hacer en aquellas circunstancias. Podía oír las rugientes órdenes dadas por Turner por los altavoces y estaba satisfecho de poder dejar la defensa del barco en las competentes manos del Comandante. Si por lo menos no se sintiese él tan cansado...

Transcurrieron noventa segundos, luego ciento, dos minutos, y no aparecía «Cóndor» alguno. Cien ojos observaban tensamente el cielo, que seguía impasiblemente gris y borroso.

Habían pasado dos minutos y medio. Todo seguía igual.

—¿Nadie ha visto nada? —preguntó Vallery, inquieto y sin apartar la mirada ni un instante de aquel trozo de cielo—. ¿Nada? ¿Nada en absoluto? —El silencio era oprimente.

Tres minutos. Tres y medio. Cuatro. Vallery bajó la mirada para descansar un momento los ojos y sorprendió a Turner mirándole a él, con inconfundible aprensión. En el mismo instante ambos volvieron a mirar al cielo.

—¡Claro, tiene usted razón, Comandante! —exclamó Vallery—, porque es seguro que lo estaba usted pensando: nos han pasado por encima con la intención de cogernos de frente. ¡Dios mío, han estado a punto de sorprendernos!

Turner había recuperado su jovialidad:

—¡A mirar todos como fieras! ¡Y he dicho *todos*, porque todos estamos en el mismo bote! ¡Cuarenta días de permiso al primero que divise un «Cóndor»!

—¿Desde cuándo se empieza a contar el permiso? —preguntó el Kapok Kid, fríamente.

Turner se sonrió, pero en seguida cambió el gesto y preguntó:

—¿Los oye usted? —Lo dijo en voz muy baja, como si temiera que el enemigo pudiera escucharlo—. Están ahí mismo, no sé dónde. Con ese viento, no hay manera...

El violento tableteo de los Oerlikons del *Ulysses* le interrumpió y le hizo apoderarse del micrófono en un movimiento convulsivo. Pero había llegado tarde; de todos modos, habría sido tarde. Los «Cóndores» —los primeros tres, uno tras otro, eran ya visibles— habían cruzado ya la barrera de las nubes, a unos ochenta o noventa metros de altitud y apenas a tres cuartos de milla de distancia... y por la popa. Sí, avanzaban contra el *Ulysses* por su *popa*. Los bombarderos debían de haber vuelto hacia el Oeste en cuanto se cubrieron con las nubes y les habían engañado completamente... Seis segundos, seis segundos es tiempo sobrado para que un bombardero recorra descendiendo una distancia de menos de un kilómetro. No tuvieron tiempo ni para darse cuenta de lo comprometidos que estaban cuando estuvieron ya sobre ellos los aviones alemanes.

Ya estaba anocheciendo; era el tétrico crepúsculo del Ártico. Las balas trazadoras surcaban el espacio como puntos al rojo vivo en la creciente oscuridad; al principio, perdiéndose en la lejanía y luego apagándose al penetrar en el fuselaje de los «Cóndores». Pero no había tiempo; los cañones antiaéreos sólo mantenían la puntería un par de segundos como máximo y aquellos gigantescos «Focke-Wulfs» tenían una enorme capacidad para aguantar castigo, como si fueran toros banderilleados. El primero de los «Cóndores» descendió unos noventa metros y sus bombas de doscientos cincuenta kilos siguieron unos instantes la línea paralela a la del vuelo del avión para luego arquearse perezosamente hacia el *Ulysses*. En seguida el «Cóndor» levantó el hocico y se dirigió en busca de su refugio en las nubes. Las bombas fallaron su objetivo. Cayeron a unos diez metros a popa e hicieron explosión al contacto con el agua. Para los hombres que se hallaban en las cámaras de máquinas y de calderas, y en la de transmisiones, la sacudida debió de ser terrible, literalmente ensordecedora. Unas trombas de agua de seis a siete metros de diámetro en sus turbulentas bases y de una altura que sobrepasaba los truncados palos, se inmovilizaban unos segundos para luego caer en cascadas sobre el puente y la cubierta de popa calando a todos los artilleros de los antiaéreos, con sus casetas abiertas. A la temperatura que había, esta agua se les helaba encima.

Además, los cegaban los trallazos de agua; así que el «Cóndor» siguiente pudo efectuar su ataque sin encontrar más resistencia que la de un Oerlikon solitario instalado en un ala corta al costado de estribor del puente. Se acercó perfectamente por la línea central proa-popa. Tres bombas esta vez; por un instante pareció que fallarían las tres, pero la primera cayó en el castillo, entre el rompeolas y el cabrestante, y estalló bajo la cubierta. Esta explosión levantó aquel trozo de cubierta en un revoltijo de acero destrozado. Apenas se apagó el estruendo de la explosión, se oyó un furioso entrechocar de cadenas, pues se había partido el freno del cabrestante; y el ancla de estribor, que, además tenía partido el grillete que la retenía, caía a plomo en las profundidades del Ártico.

Las otras bombas cayeron al mar y desde el *Stirling*, que estaba a una milla, vieron cómo desaparecía el *Ulysses* bajo una inmensa tromba de agua. Pero ésta fue descendiendo y el *Ulysses* salió indemne en apariencia. No había en él fuego ni humo. Imposible que los hubiese con la formidable cantidad de agua que le había caído encima. El *Ulysses* seguía siendo un barco de buena suerte... Pero, por fin, después de veinte meses de fantásticas escapatorias, la fabulosa buena suerte que lo había convertido en un barco legendario, un símbolo de la inmunidad en los mares del Norte, esa buena fortuna cambió de signo.

Irónicamente, fue el propio *Ulysses* el que se acarreó la desgracia, el que materialmente se la echó encima. Los más potentes de sus cañones, los 5,25 de popa, estaban disparando a bocajarro sus granadas de cien libras contra los bombarderos conforme éstos descendían sobre el barco. Y la primera granada que salió de la torre «X», precisamente la primera, arrancó el ala de estribor del tercer «Cóndor», entre los

motores, se la arrancó por completo y el ala cayó al mar dando vueltas lentamente, como una hoja seca. Durante unos instantes, el «Focke-Wulf» siguió su vuelo y de pronto el gigantesco avión cayó en picado, casi verticalmente, mientras sus restantes motores aceleraban inexplicablemente en un estruendoso *crescendo*. Iba derecho contra la cubierta del *Ulysses*.

No hubo tiempo para tomar precaución alguna, ni tiempo para pensar ni para tener esperanza. Un racimo de bombas, arrojadas como se tira el lastre, fueron estallando en la hirviente estela del *Ulysses* (que estaba haciendo más de treinta nudos) y dos más alcanzaron la cubierta de popa, estallando la primera en el rancho de marineros a popa, y la otra en el rancho de la infantería de Marina. Un segundo después, con un horroroso rugido y una cegadora llamarada producida por la gasolina, el propio «Cóndor», a una velocidad de unos quinientos kilómetros por hora, se estrelló contra el *Ulysses*, junto a la torre «Y».

Lo increíble fue que éste resultó por entonces el último ataque contra el *Ulysses*, que a partir de entonces estaría completamente indefenso, abierto a cualquier ataque por la popa. La torre «Y» había desaparecido, y la «X», milagrosamente indemne, se hallaba medio enterrada bajo los restos del «Cóndor», y cegada por el humo y las llamas. Los cañones antiaéreos de la cubierta de botes, también habían sido reducidos al silencio. A los artilleros, que medio minuto antes casi se ahogaban por el diluvio provocado por las bombas en el agua, se esforzaban frenéticamente por sacarlos de aquel encierro donde se les había helado la ropa. Los *duffels* se les resquebrajaban como maderas de caja de fósforos. A toda prisa, los llevaban abajo para que se deshelaran, exactamente como bloques de hielo.

Los demás bombarderos estaban materialmente envueltos por las algodonosas nubecillas de las granadas antiaéreas que estallaban en gran número a su alrededor. Pero proseguían su vuelo a través de este alud de metralla y parecían invulnerables. Ya empezaban a desaparecer por entre las nubes para emprender el rumbo sureste que les llevaría a sus bases. A Vallery le extrañó mucho que no concentraran sus esfuerzos sobre el imposibilitado *Ulysses*. Y no podía decirse, en modo alguno que las dotaciones de los «Cóndores» careciesen de valor. Habían demostrado lo contrario en aquel ataque. El Capitán dejó de pensar en aquello y fijó su atención en sus preocupaciones más urgentes. ¡Había tanto de qué preocuparse y de qué ocuparse!

El *Ulysses* ardía a popa —un fuego de la cubierta y del rancho—, pero los pañoles de municiones estaban exactamente debajo. Docenas de hombres de las patrullas de salvamento corrían hacia popa resbalando y cayéndose en la helada cubierta, desenrollando las mangas detrás de ellos. Cada vez que dos rollos, hechos una masa de hielo, se pegaban el uno al otro, al estirarse la manga, los hacía caer de bruces. Y otros, los que traían a hombros o bajo el brazo los rojos extintores, tropezaban en ellos y caían también. Un desgraciado marinero —A. B. Ferry, que había salido de la enfermería contra las órdenes severas que se lo prohibían— resbaló y cayó cuando se dirigía adonde pudiera ayudar. El ala de babor del «Cóndor»

estrellado contra la torre «X», aunque se había desprendido y caído al mar, había destrozado las barandillas y, al patinar sobre la cubierta helada, después de frenéticos esfuerzos por recobrar el equilibrio, salió despedido por la borda. Lanzó un horrible grito que todos oyeron claramente a pesar del rugir de las llamas y murió inmediatamente que el agua se cerró sobre él. Las hélices estaban casi debajo de donde él cayó.

Los extintores apenas sirvieron de nada. Era la primera vez que se usaban para apagar un fuego en el *Ulysses*. Los marineros habían descubierto hacía mucho tiempo las propiedades del líquido extintor para quitar las manchas de la ropa. La mayoría de ellos se hallaban medio vacíos y algunos totalmente. Además, era casi imposible abrirlos, pues el hielo había encasquillado las válvulas y en todo caso la terrible intensidad del incendio impedía acercarse lo deseable. En cuanto a las mangas, resultaron igualmente ineficaces, pues el agua se helaba y no había manera de hacerla circular. Si el fuego se fue aplacando poco a poco, no fue por la intervención de las patrullas de salvamento, sino porque en el barco había muy poca materia inflamable.

Brown fue el primero que entró en la torre «Y». Con un esfuerzo sobrehumano logró abrir la puerta de acero del reducto. No habían pasado diez segundos cuando salió tambaleándose, buscando, como borracho, un punto de apoyo. Lo que había visto le hizo sentir una irreprimible náusea.

Nicholls no perdió tiempo en la torreta «Y» ni en los carbonizados esqueletos que seguían bajo el fuselaje del «Cóndor». Subió a toda prisa por la escala vertical de acero hasta la cubierta de la «X» y dando la vuelta tras el reducto, intentó abrir la puerta. No había modo de hacerlo, ya fuese por el frío o por la distorsión del acero. Miró en torno suyo buscando una palanca y vio acercarse a Doyle con el rostro alucinado y una mandarria en la mano. Con ella dio unos tremendos golpes en el acero, que allí dentro debían de resonar de un modo insoportable y por fin quedó abierta la puerta. Doyle se apartó para dejar entrar a Nicholls.

Todos estaban muertos. El Sargento abanderado Evans se hallaba sentado, muy tieso, rígido y alerta en la muerte lo mismo que estuvo en vida; a su lado, Foster, el bizarro Capitán de infantería de Marina, a quien la muerte le sentaba tan mal. Los demás estaban cada uno en su puesto, como si nada les hubiera sucedido, a no ser que se fijara uno en los hilillos de sangre que les salieron de la oreja o de la boca y que el intenso frío había coagulado ya. La sacudida debió de ser espantosa y la muerte de todos ellos instantánea. Nicholls llamó al puente desde el teléfono que allí había.

Contestó el propio Vallery que, con un gesto de infinito cansancio, se volvió hacia Turner.

—Era Nicholls —dijo—. La torre «Y», inutilizada. No hay supervivientes. La torre «X» parece intacta, pero todos están muertos en ella. El incendio en la cubierta de los ranchos, sin dominar aún del todo... Sí, muchacho, ¿qué ocurre?

Esto último se lo dijo el Capitán a un marinero que esperaba.

—El pañol «Y», señor —dijo el marinero titubeando—. Quieren hablar con el

Oficial artillero.

—Dígales que no puede ahora —respondió Vallery con brusquedad—. No tenemos tiempo... ¿Dijo usted el pañol «Y»? Acérqueme ese teléfono.

»... Bien... Sí, habla el Capitán, pañol «Y». ¿Qué pasa?... ¿Cómo? —Se volvió y gritó—: ¡Que conecten este teléfono con el amplificador!... Ahora está muy bien.

El amplificador sobre la caseta de derrota lanzaba unos extraños gruñidos muy difíciles de entender con el cerrado acento de Glasgow del que hablaba.

—¿Me oye usted ahora? —tronó el amplificador.

—Sí, le oigo. —Y la voz de Vallery resonó también con enorme fuerza—. Es usted McQuater, ¿no?

—Sí, sí, señor, el mismo. ¿Cómo se las arregló usted para conocerme? —y la sorpresa era inconfundible en el tono de la voz. A pesar de lo exhausto que se hallaba, Vallery sonrió.

—No se preocupe ahora de eso, McQuater. ¿Quién está al cargo del pañol? Gardiner, ¿verdad?

—Sí, señor; Gardiner.

—Que se ponga.

Hubo una pausa.

—No puede ser, señor. Gardiner ha muerto.

—¡Muerto! —A Vallery le costaba mucho creerlo—. ¿Ha dicho usted «muerto», McQuater?

—Sí, señor, y no es sólo él. —Aunque la voz sonaba truculenta, el fino oído de Vallery percibía en ella una débil vibración emotiva—. Yo también me llevé un buen golpe, pero ya estoy bien.

Vallery tuvo que esperar a que se le pasara al joven McQuater un ataque de tos.

—Pero, ¿qué ha sucedido?

—Yo qué sé... Quiero decir, señor, que no pude darme cuenta... Un ruido espantoso... ¡*Baaang!* Y luego, no sé, no sé qué pasó... Gardiner echando sangre por la boca sin parar...

—¿Cuántos quedan de ustedes?

—Sólo Barker, Williamson, y yo, señor. Nadie más.

—Y ¿ustedes están bien?

—Muy bien, señor. Pero Barker dice que se está muriendo. A mí lo que me parece es que anda mal de la azotea.

—¿Cómo?

—Que está medio loco, señor —explicó McQuater, cachazudamente—. No hace más que decir que va a reunirse con su Hacedor y está el hombre muy fastidiado porque en su vida no ha hecho más que fechorías y no sabe con qué cara se va a presentar al Hacedor. —Vallery vio que Turner contenía una risita. Recordó que Barker era el que llevaba la cantina. La voz de McQuater prosiguió—: Y Williamson, señor, no deja de meter los cartuchos otra vez en su sitio, porque tenemos todo el

suelo lleno de cartuchos...

—¡McQuater! —gritó Vallery, en un tono de evidente censura.

—Sí, sí, señor, perdone, es que olvidé... ¿Qué debemos hacer?

—¿Hacer qué? —preguntó Vallery, impaciente.

—Pues de este sitio donde estamos: el pañol de pólvora «Y». ¿Está ardiendo el barco por ahí fuera? Aquí hace un calor que ni el mismísimo infierno.

—¿Qué dice usted? —esta vez no pensaba en reñirle a McQuater—. ¿Ha dicho usted calor? ¿Cuánto calor hace? ¡Conteste rápido!

—Cuánto, cuánto, no sé. Pero la verdad es que no puedo tocar el mamparo de popa sin quemarme. Si lo tocara un momento, me quedaría sin la mano.

—Pero, ¿qué pasa con los refrigeradores? —gritó Vallery—. ¿Es que no funcionan? ¡Dios mío! Dese usted cuenta de que el pañol puede volar de un momento a otro si no funcionan los refrigeradores inmediatamente.

—Sí, señor, claro —dijo McQuater como la cosa más natural del mundo—. No, señor, el sistema para «refrescar» esto con agua, no marcha. No sé qué le pasa. Ya tenemos 20° sobre la temperatura normal.

—¡No se quede ahí parado! Hágalos funcionar a mano. El agua no puede haberse helado con esa temperatura. Deprisa, muchacho, rápido. Si vuela el pañol, el *Ulysses* habrá acabado. ¡Por amor de Dios, haga algo!

—Ya he probado, señor —dijo McQuater con toda calma—. No hay manera. Están como de piedra.

—Entonces, ¡rómpalos con una barra! ¡Destrócelos, hombre! ¡Corra!

—Tiene usted mucha razón, señor, pero, si lo hago, ¿cómo quiere usted que cierre luego las válvulas?

—¡Ya sé que es imposible, pero por lo pronto, ábralos, rómpalos como sea! No se preocupe de lo demás. ¡No pierda un segundo!

Hubo una pausa. Oyeron los golpes metálicos que producía McQuater tratando de abrir los refrigeradores. Por lo que se oía, podía figurarse uno a McQuater atizando unos golpes tremendos a las manijas de las válvulas. De pronto, cesaron los ruidos.

Vallery esperó hasta que oyó que cogían de nuevo el teléfono y se adelantó a preguntar:

—Bueno, ¿ha conseguido usted algo?

—Ahora funcionan bárbaro, señor —y se le notaba en la voz lo orgulloso que estaba de su hazaña—. Además, he coronado a Barker con la barra.

—¿Qué dice usted, hombre de Dios?

—Que le he puesto fuera de combate, señor. Es que Barker quiso impedirme que lo hiciera... Por cierto, esos aparatos son estupendos. Nunca los había visto funcionar. Ahora tenemos agua hasta los tobillos.

—¡Basta de charla! —gritó el Capitán, irritado—. ¡Salga de ahí en seguida y no deje de llevarse a Barker como sea!

—Una vez vi una película —prosiguió McQuater como si tal cosa—. Era en el

cine Paramount de Glasgow, me parece. Seguramente estaba un poquillo alegre. — Vallery miraba a Turner, que experimentaba, como él, la irrealidad de la situación—. Uno gritaba allí: «¡Lluvia!». Pero la cosa no estaba tan mal como aquí; salía mucho vapor, pero aquí está saliendo a chorros por el mamparo de popa. ¡Y luego dicen que si en el invernadero del Jardín Botánico! ¡No se puede ni comparar!

—¡McQuater! —chilló Vallery—. ¿Me ha oído usted? ¡Salga de ahí al instante!

—Ya me llega el agua por las rodillas —dijo McQuater con gran admiración—. Tanto calor antes y ahora hace un frío con esta agua... Tiene gracia.

—¡Le he dicho que se vaya de ahí al instante! Pero, ¿no me oye?

—Sí le oigo, señor... pero no es tan fácil, señor, por eso he hecho como si no le oyera. Verá usted, señor, es que no se puede salir. Está agarrotado el cobertor de acero de la escotilla y no hay quien lo abra. No es por ganas de quedarme aquí, señor; ya se me había ocurrido a mí lo de marcharme... Pero no puede ser.

El eco de la voz de McQuater quedó vibrando en el mutilado puente y se apagó hasta dejar un silencio helado. Vallery miraba inconscientemente el microteléfono como esperando que saliera algo más por allí. Luego recorrió con la vista los rostros en torno a él. Allí estaban Turner, Carrington, el Kapok Kid, Bentley, Chrysler y los otros. Todos le miraban con la misma intensa curiosidad, y como si todos ellos se resistieran a creer lo que sucedía. Vallery cerró los ojos, como para aclarar su mente y volvió a llamar al pañol «T».

—¡McQuater! ¡McQuater! ¿Está usted ahí?

—Claro, señor, ¿dónde diablos voy a estar?

—¿Está usted seguro de que está tan agarrotada que no se puede abrir? Si intentara usted...

—Capitán, si le pusiera una buena carga de dinamita, seguiría tan pegada como ahora. Además, la escotilla se ha puesto ya al rojo vivo. Es que debe de haber un fuego de mil demonios encima.

—Espere un momento, McQuater —dijo Vallery, y se volvió—: Comandante, haga que Dodson envíe un fogonero a popa adonde está la válvula de inundación del pañol principal.

Luego se informó, por otro teléfono, hablando con Hartley, del estado en que se hallaban los incendios de la cubierta de los ranchos. Le dijo Hartley que era cosa de media hora o quizá una hora, pero que el rancho de infantería de Marina era un infierno, exactamente encima del pañol «Y». McQuater había tenido que subir a la escala huyendo del agua que aumentaba sin cesar, pero decía que no aguantaría mucho tiempo allí.

Vallery no sabía ya qué decirle.

—¿Cómo está Williamson?

—Tiene el agua al cuello. Está medio muerto, señor. —McQuater tosió otra vez—. Dice que tiene un mensaje para el Comandante y para Carslake.

—¿Un... un mensaje?

—Sí, señor... Que le digan al viejo «Barbanegra» que no abuse de la botella —se notaba que le encantaba dar este recado—. Y en cuanto al «mensaje» para Carslake, era irreproducible.

Vallery ni siquiera se inmutó con la falta de respeto y de disciplina.

—Y usted, McQuater, ¿no tiene ningún mensaje para nadie?

—¿Yo? Pues no, señor... Quizá que me destinaran al *Spartiate*, pero quizá sea un poquito tarde para eso. (El *Spartiate* era el Cuartel General Naval para el Oeste de Escocia, instalado en el Hotel Saint Enoch, en Glasgow)... ¡Williamson! ¡Williamson! —Ahora gritaba McQuater con desesperación—. ¡Resiste, chico, que voy en tu ayuda! —Oyeron el estruendo metálico cuando McQuater tiró el teléfono y éste chocó contra el mamparo. Luego, silencio absoluto.

—¡McQuater! ¡McQuater! —chilló Vallery. Pero ya no se oyó nada. Pensó en aquel pañol donde había estado veinticuatro horas antes. Lo veía ahora tan claramente como entonces. Pero ahora lo veía lleno de agua y al pobre chico escocés tratando desesperadamente de sostener por encima del agua helada la cabeza de su compañero, reduciéndose sus ya exiguas reservas de energías a cada momento. Estaba seguro de que los dos se ahogarían a la vez. Sólo dieciocho años tenía McQuater. Vallery se volvió, dio unos traspiés, como ciego, para cruzar hasta la machacada plataforma de la aguja. Empezaba de nuevo a nevar y oscurecía por momentos.

XIV

EL SÁBADO, ANOCHECIDO

El *Ulysses* seguía navegando, de balanceo en balanceo, en el crepúsculo del Ártico. Iba dando bandazos con su fantasmal aspecto sin los dos palos, con todos los botes de salvamento perdidos, así como las balsas, con toda la superestructura, tanto a proa como a popa, machacada, con un puente absurda e inverosímilmente torcido y roto, una torreta de popa retorcida y medio enterrada por el esqueleto del fuselaje del «Cóndor»... Pero, a pesar de todo ello; a pesar también de sus chillonas manchas rojizas de plomo y los horribles boquetes negros en el castillo y a popa —y ésta sin dejar de lanzar humo y llamas—, no obstante tanta mutilación, resultaba un elegante y atractivo fantasma, una criatura que se hallaba a gusto en su propio elemento, no ya el agua, que es el elemento de cualquier barco, sino el Ártico, al cual pertenecía el *Ulysses*. Y, además, era evidente que este buque poseía una formidable resistencia, y que aún podía ser mortífero para cualquier enemigo. Pero sobre todo, tenía sus enormes motores, unos motores extrañamente dotados de una infinita inmunidad. Por lo menos, esto parecía...

Transcurrieron cinco interminables minutos durante los cuales el cielo se oscureció rápidamente, durante los cuales los informes de popa decían que los hombres que intentaban apagar los fuegos bastante hacían con evitar quemarse; cinco minutos en que Vallery recobró algo de su habitual autodomínio. Pero el Capitán estaba ya terriblemente débil.

Chrysler dijo a Vallery:

—Capitán, en la cámara de máquinas de popa quieren hablar con usted.

Turner miró al Capitán:

—Señor, ¿quiere usted que me encargue de eso?

—Gracias —asintió Vallery con gesto de efectivo agradecimiento. Turner cogió el teléfono.

—Habla el Comandante... ¿Quién es ahí?... Ah, el Teniente Griersen. ¿Qué sucede, Griersen? ¿No podrían ser buenas noticias, para variar?

Durante todo un minuto Turner estuvo escuchando en silencio. Los demás veían cómo se le endurecía el gesto.

—¿Cree usted que resistirá? —dijo por fin Turner—. Sí, desde luego; dígale que haremos cuanto podamos.

Turner colgó y miró a los demás.

—La temperatura sube sin cesar y las máquinas se resienten. El eje de estribor se ha retorcido. El propio Dodson está ahora en el túnel de ejes. Creo que está curvado

ese eje como un plátano. Además, la línea de lubricación está fracturada. Habrá que lubricar a mano el asiento del eje. De manera que quieren que dejemos reducidas al mínimo las revoluciones o que paremos del todo la máquina. Parece ser que la avería no es reciente; creen que empezó la noche en que perdimos las cargas de profundidad.

—Así que no hay posibilidad de repararlo —dijo Vallery.

—No, señor. Ninguna.

—Muy bien. Entonces, reduzcan la velocidad al mínimo. Comandante...

—¿Señor?

—Zafarrancho toda la noche. No lo diga usted así, pero conviene que estén dispuestos... Tengo un cierto presentimiento...

—¿Qué es eso? —gritó Turner—. ¡Mire! ¿Qué demonios está haciendo ese mercante?

Señalaba al último barco de carga del convoy, en la línea de estribor. Sus cañones disparaban contra un blanco invisible y las trazadoras dejaban en el cielo del anochecer unas estelas blanquecinas. Cuando se precipitaba al teléfono, Turner vio que el *Viking* disparaba también con todas sus armas.

—¡Todos los cañones! ¡Fuego independiente! ¡Blancos independientes! ¡Fuego a discreción, disparar a discreción!

Era demasiado tarde. Cuando el *Ulysses* empezaba a virar, ya se lanzaban contra él los aviones enemigos. Eran «Cóndores», sin sombra de duda. Otra vez habían localizado al convoy. Se habían marchado sólo para regresar. Se habían acercado sigilosamente, deslizándose mientras el viento se llevaba hacia atrás, lejos de los barcos, el ruido en sordina de sus motores. Una maniobra perfecta, soberbia. Habían calculado admirablemente el tiempo y la distancia.

El mercante fue alcanzado al menos por siete bombas. En la casi oscuridad era imposible ver dónde caían las bombas, pero las explosiones eran inconfundibles. Cada vez que pasaba por encima de él un avión, le barría éste la cubierta con fuego de ametralladora. Y cuando los «Cóndores» atacaban ya el segundo barco de carga de la fila, el primero no era más que un revoltijo de llamas. Además, era seguro que tenía desgarradas sus entrañas. Se partió el casco muy cerca de la proa del puente y se hundió antes de que el ronroneo del último de los aparatos se hubiera perdido a lo lejos.

La sorpresa táctica había sido completa. Un barco hundido, otro inmovilizado y muy sumergido a proa —con la extraña circunstancia de no salir de él humo, llamas, ni notarse en su cubierta movimiento alguno— y un tercer buque gravemente averiado pero aún gobernable. Los alemanes no perdieron ni un solo «Condor».

Turner ordenó que cesara el fuego, aunque algunos artilleros seguían disparando en la oscuridad. Por fin, cuando el último Oerlikon se calló, oyó Turner otra vez el ronroneo de los motores de la aviación.

Nada se podía hacer. El «Focke-Wulf», aunque envuelto por una nube baja, nada

hacía por ocultar su presencia. El ominoso zumbido no se dejaba oír del todo en ningún momento. Estaba claro que daba vueltas directamente encima del *Ulysses*.

—¿Qué cree usted, señor? —preguntó Turner.

—No sé —dijo Vallery—. No tengo ni idea. Pero estoy seguro de que los «Cóndores» no nos visitarán ya. Está demasiado oscuro y ellos saben que no nos van a coger otra vez. Lo más probable es que nos estén vigilando para no perdernos de vista.

—Imposible, porque dentro de poco habrá una oscuridad como si esto fuera alquitrán —protestó Turner—. Quizá sea sólo un poco de guerra psicológica, para sacarnos de quicio.

—Sabe Dios —suspiró Vallery—. Lo único que sé es que daría todas mis oportunidades presentes y futuras por disponer ahora de dos «Corsairs», o del radar, o de la niebla, o de una noche como aquella que tuvimos en el estrecho de Dinamarca. —Se rio forzadamente y terminó con un ataque de tos—. ¿Cuánto tiempo hace que zarpamos de Scapa Flow?

Turner lo pensó un momento.

—Cinco... seis días, señor.

—¡Seis días! —Vallery movió la cabeza, incrédulo—. Seis días y... trece barcos... sólo tenemos ya trece barcos.

—Doce —le corrigió Turner, tranquilamente—. Me gustaría que de cuando en cuando se ocuparan un poco del viejo *Stirling* y nos dejaran tranquilos.

Una súbita racha de nieve hizo temblar a Vallery.

—Al amanecer estaremos a la altura del Cabo Norte. Las cosas pueden ponerse un poco difíciles, Comandante. Esa gente va a arrojarlos todo lo que tenga a mano.

—Ya las hemos pasado muy malas otras veces.

—Poco apostarí por nuestras probabilidades de salir adelante. Cincuenta a favor y cincuenta en contra. —Vallery se había abstraído—. *Ulysses* y las sirenas... La odisea del *Ulysses*. «Y podría suceder que los abismos nos tragasen»... Le deseo buena suerte, Comandante.

Turner se le quedó mirando fijamente.

—¿Qué quiere usted decir?

—Bueno, yo también necesito buena suerte —sonrió Vallery. Hablaba con voz muy débil.

Turner hizo entonces lo que nunca hasta ese momento había hecho, lo que nunca se creyó capaz de hacer. En la semioscuridad se inclinó sobre el Capitán, le levantó el rostro con gran delicadeza y lo observó un buen rato con ojos emocionados. Vallery no protestó y por fin le dijo Turner con voz suplicante:

—Hágame un favor, señor. Váyase abajo. Yo me puedo ocupar de todo esto. Y Carrington subirá pronto. A popa están dominando la situación.

—No; esta noche, no. —A pesar de su sonrisa, Vallery hablaba con inquebrantable decisión—. Y de nada le servirá a usted hacer venir al viejo Sócrates

al puente. Por favor, Comandante, quiero permanecer aquí; necesito ver cómo se presentan las cosas esta noche.

—Sí, sí, lo comprendo. —Era extraño, pero de repente, Turner estaba de acuerdo con él y perdió todo deseo de insistirle. Se volvió y gritó—: ¡Chrysler! Le doy a usted diez minutos para traerle una buena cantidad de café hirviendo al Capitán. Y se lo lleva usted a la protectriz. Porque se va usted a meter ahí, ¿verdad, Capitán? Y en ese abrigo se bebe usted el café. Si no, pues...

—Bueno, bueno, encantado —murmuró Vallery—. Y supongo que me lo reforzará usted con su incomparable ron.

—¡Naturalmente! —Levantó la cabeza—. No sé cuánto tiempo se va a pasar ese condenado «Charlie» dando vueltas y más vueltas.

Vallery se aclaró la garganta, tosió y antes de que pudiera hablar, resonó el altavoz:

«Radio-Puente... Radio-Puente... Dos mensajes».

—Apuesto cinco libras a que uno de ellos es de ese tremendo Orr —gruñó Turner.

«El primero, del *Sirrus*. Dice así: “Solicito permiso para recoger supervivientes”».

—¿Con esta mar? —exclamó Vallery—. Y con esta oscuridad... Ese hombre quiere suicidarse.

—Eso no es nada para lo que va a hacerle el viejo Starr cuando pueda echarle mano —dijo Turner, casi jovialmente.

—Nunca me hubiera atrevido a pedirle a nadie que abarloase en esas condiciones. Además, no hay justificación para que corra ese riesgo. El mercante está en las últimas y deben de quedar muy pocos con vida a estas horas.

Turner guardaba silencio.

—Que envíen esta señal —dijo Vallery—: «Permiso concedido. Gracias. Buena suerte». Y dígle al radio que lea el otro mensaje.

Después de unos instantes de silencio, el altavoz graznó de nuevo:

—De Londres para el Capitán. En clave. Lo descifro y lo envío inmediatamente al puente con un mensajero.

—Que lo lea directamente —ordenó Vallery.

Poco después vociferó el altavoz:

—«Para el oficial que manda el 14 A.C.S., FR77. Profundamente apenado por las noticias. Es imperativo mantener el rumbo 090. Escuadra acude toda velocidad SSE. Cita aproximadamente 1400 mañana. Sus Señorías envían sus mejores saludos al Contraalmirante, repito, Contraalmirante Vallery. D.N.O., Londres».

Cuando se cortó con un chasquido el altavoz, sólo se oía el monótono ping-ping del Asdic y el moscardoneo del «Cóndor». Pero en todos los presentes resonaba aún el tono alegre y orgulloso de la voz que acababa de leer el radiograma.

—Sus Señorías no suelen tener esos detalles —dijo por fin el Kapok Kid, siempre a la altura de la situación—. Un magnífico rasgo, sí, señores.

—Más vale tarde que nunca, porque se lo tenía merecido hace ya mucho tiempo —dijo Turner con un gruñido de satisfacción. Y añadió con fervor—: Mis más sinceras felicitaciones, señor.

En todo el puente vibró un murmullo de contento.

—Gracias, gracias. —Vallery estaba hondamente emocionado. Pensaba en que por fin llegaba una promesa de ayuda y para todos ellos esto significaba la diferencia entre la vida y la muerte, porque, con toda seguridad, esta promesa se cumpliría... y estos hombres que le rodeaban sólo pensaban en su ascenso que, en definitiva, sólo era ponerse los zapatos del muerto. Estuvo a punto de decirlo, pero se contuvo para no estropearles una alegría tan sincera.

—Les agradezco a ustedes muchísimo esa actitud —dijo—, pero, caballeros, parece como si no hubieran ustedes reparado en la única noticia importante...

—No, no le hemos dado importancia —rezongó Turner—. Una escuadra de socorro... ¡Bah! Como siempre, demasiado tarde. Desde luego, llegarán a la hora de la muerte o muy poco después. En el mejor de los casos, a tiempo para recoger a unos cuantos supervivientes. Supongo que vendrán con ellos el *Illustrious* y el *Furious*.

—Quizá, no lo sé. —Vallery sonrió y añadió—: A pesar de mi reciente... digamos ascenso, Sus Señorías no me comunican aún sus secretos. Pero sin duda habrá portaaviones y sus aparatos podrán adelantarse y darnos cobertura desde el amanecer.

—No, no; es inútil hacerse ilusiones —dijo Turner proféticamente—. El tiempo les impedirá volar.

El ruido de los motores del «Cóndor» aumentaba a cada momento y se convirtió en un ensordecedor rugido cuando el bombardero pasó directamente sobre el *Ulysses*, a unos cincuenta metros de los palos rotos para quedarse luego en el ronroneo habitual mientras el «Cóndor» daba vueltas por todo el convoy.

—Comuniquen a los buques de escolta que lo dejen en paz. Ni bengalas ni nada. Está tratando de lograr que nos descubramos, que le demos claramente nuestra posición... ¡Dios mío, qué insensatos! ¡Demasiado tarde! —Vallery estaba furioso, porque acababa de prever lo que sucedería y había llegado tarde.

Uno de los barcos mercantes había abierto el fuego antiaéreo con Oerlikons o Bofors, no podría decirse con exactitud. Disparaban a ciegas, completamente a ciegas. Y con el viento huracanado, la nieve y las tinieblas, las probabilidades de localizar a un avión eran nulas.

No duró mucho el cañoneo antiaéreo. En realidad fue sólo cosa de segundos. Pero bastó para que el «Cóndor», valiéndose de una bengala, convirtiese en día la noche. Bajo su paracaídas, la intensa luz dejaba de pronto al descubierto todos los barcos del convoy.

Turner vociferaba en el transmisor:

—¡Disparen todos contra esa luz! ¡Todos los Oerlikons, todos los *pom-pom*!

—Esto no me gusta ni pizca —dijo el Kapok Kid.

—Ni a mí tampoco. —Vallery estaba muy deprimido—. Y lo que menos me gusta

es que se haya marchado «Charlie».

—¡No, no se ha ido! —gritó el Kapok Kid—. ¡Ha dado la vuelta, viene a popa!

El «Cóndor» lanzó otra bengala desde mucha mayor altura que la anterior y esta vez exactamente en el centro del convoy. Poco después, fueron encendiéndose en el cielo otras cuatro. Lentamente, descendían en sus paracaídas. Todos los detalles podían percibirse ahora con absoluta claridad.

Turner fue el primero en darse plenamente cuenta —como si recibiera un choque físico— del alcance de esta operación al ver que la iluminación se extendía hacia el norte, mientras que, más allá de la banda de estribor de los barcos del convoy, se detenía la luz y hacia el sur todo volvía a estar en tinieblas. Lanzó una bronca exclamación y se lanzó al transmisor. No había tiempo para solicitar permiso del Capitán:

—¡Torre «B»! —era un alarido—. ¡Bengalas al sur! Green 90, Green 90. ¡Urgente, urgente! Máxima elevación 10. Disparen en cuanto estén listos. ¡Todos los cañones! ¡Bengalas al sur! Dispuestos a rechazar ataque aéreo por estribor.

Vallery había comprendido también y enviaba ya una señal a todos los barcos. La cosa resultaba ahora evidente: todos los buques silueteados por el norte y expuestos a un ataque, a cubierto de la oscuridad, por el sur.

—Tiene usted razón, Comandante —murmuró Vallery. Las granadas iluminadoras estallaban a dos millas de distancia hacia el sur—. ¡Claro que tiene usted razón! —añadió el Capitán—. ¡Ahí vienen ya!

En efecto, llegaban por el sur, en formación cerrada. Tres oleadas con cuatro o cinco aparatos en cada una. Se acercaban manteniendo una altura de unos ciento cincuenta metros. Pronto deshicieron la formación descendiendo y esparciéndose en busca de blancos individuales; por lo menos esto parecía al principio. Pero no; lo que buscaban era sólo el *Ulysses* y el *Stirling*. Incluso despreciaron el blanco ideal que era el mercante averiado y el destructor *Sirrus*, casi inmóvil a su costado. Actuaban obedeciendo órdenes.

Toda la artillería del convoy disparaba y la barrera de metralla era muy intensa. Los bombarderos-torpederos, que resultaban de muy difícil identificación, pero que parecían «Heinkels», tenían que volar por entre una mortífera cortina de acero y de explosivos de alta potencia. El elemento sorpresa lo habían perdido los alemanes. Las bengalas del convoy, gracias a Turner, habían ganado unos valiosísimos veinte segundos.

Cinco bombarderos se dirigían ahora contra el *Ulysses*, en abanico, pero con la evidente intención de concentrarse sobre el barco. Para librarse del fuego cruzado, descendían casi hasta rozar las olas. Uno de ellos bajó demasiado y tardó una fracción de segundo más de lo conveniente en volver a elevarse, lo que le hizo chocar contra la cresta de una ola mayor que las otras y fue dando alocados tumbos de ola en ola hasta hundirse en un seno entre ellas y desaparecer para siempre.

Un instante después, el avión que dirigía la formación en el medio se desintegró

en una llamarada. Había recibido un impacto en la cabeza de uno de sus torpedos. Un tercer bombardero tuvo que hacer un movimiento brusco para evitar el choque con el incendiado y aunque lanzó en ese momento un torpedo, éste cayó a unas cincuenta brazas detrás del *Ulysses*.

Los aviones pasaban y volvían a pasar con tremendo valor, desafiando el alud de metralla que les rodeaba. Teóricamente, nada más fácil que hacer blanco en un aeroplano que se dirige contra nosotros directamente. En la práctica, nunca resultaba así. En el Ártico, en el Mediterráneo, en el Pacífico, la relativa inmunidad de los bombarderos-torpederos, el elevado porcentaje de buen éxito en sus ataques contra barcos que les lanzaban una lluvia de metralla, siempre constituía un misterio para los expertos. La tensión, la angustia, la impaciencia, el miedo, todo ello contribuía al fracaso de los defensores, porque con los bombarderos-torpederos no hay medias tintas: o los derriba uno o ellos acaban con nosotros. Y nada hay que destroce más los nervios (desde luego, con la excepción de los «Stukas» con sus bombardeos en picado, casi verticales) que ver venir la enorme masa de un bombardero-torpedero contra el cañón que teóricamente debería abatirlos en seguida, sabiendo uno como sabe que sólo le quedan unos segundos de vida. Y con el *Ulysses*, desde luego, el continuo balanceo del crucero hacía imposible la buena puntería.

Los dos últimos bombarderos llegaron juntos —ala con ala—; el más cercano a la proa lanzó su torpedo a menos de doscientos metros del barco. Luego, separado ya de su compañero, dio una pasada por estribor y roció el puente con una granizada de proyectiles de cañones ligeros y ametralladoras. El torpedo había caído en el agua oblicuamente, luego se elevó en un sorprendente brinco y volvió a lanzarse contra las olas. Se hundió demasiado y pasó por debajo de la quilla del *Ulysses*. Pero unos segundos antes que éste, el otro bombardero-torpedero había realizado su ataque fallándolo y costándole la vida. Se acercó rugiendo a sólo unos tres metros por encima de las olas, sin soltar su torpedo, hasta que las cruces de la parte superior de las alas quedaron claramente visibles. Estaba a menos de cien metros. De pronto, desesperadamente, el piloto había empezado a elevarse. Estaba claro que se le había atascado el mecanismo del lanzatorpedos, y lo mismo podía ser por una avería mecánica que por el intenso frío que lo helaba todo. Era evidente que el piloto había querido arrojar el torpedo en el último instante, contando con el súbito aligeramiento del avión para poder elevarse en seguida por encima del *Ulysses*.

Pues bien, el hocico del bombardero se estrelló contra la chimenea de proa y el puntal trasero del mástil en trípode le cortó limpiamente el ala de estribor como si fuera de cartón. Se produjo una instantánea y cegadora llamarada de gasolina, pero no explosión ni humo. Poco después, el destrozado aparato, que ya no era un avión sino un llameante y retorcido crucifijo, fue a perderse en el mar, con un chirrido espantoso, a unos doce metros. Apenas se habían cerrado las aguas sobre él cuando una formidable explosión sacudió al *Ulysses*, una gigantesca explosión submarina que arrojó sobre cubierta a muchos hombres y que averió completamente el sistema

de iluminación de la banda de babor del crucero.

El Comandante Turner se levantó con gran dificultad, sacudió la cabeza para librarse de los vapores de la cordita y del atontamiento producido por las granadas que estallaban casi encima de ellos. Pero si Turner estaba tumbado en cubierta no era como efecto de la explosión del torpedo, sino que se había arrojado allí unos segundos antes cuando los cañones de otro bombardero habían machacado el puente a bocajarro.

Ante todo, pensó en Vallery. El Capitán yacía de lado, extrañamente encogido contra la bitácora. Con la boca seca, y sintiendo un escalofrío que no era producido por el viento polar, Turner se inclinó rápido y volvió de cara el cuerpo de Vallery.

Éste no daba ni la menor señal de vida. Pero no se le veía herida alguna. Turner se quitó un guante, metió la mano por debajo del *duffel* del Capitán y de su chaqueta y percibió el debilísimo latir de su corazón. Con toda suavidad, le levantó un poco la cabeza y miró hacia arriba, porque había alguien junto a él. Era el Kapok Kid.

—Que venga Brooks en seguida, Piloto —le dijo—. ¡Es muy urgente!

Con paso inseguro, el Kapok Kid cruzó el puente. Un marinero del servicio de comunicaciones parecía esperarle, apoyado en la puerta de esclusa y con el teléfono en la mano.

—¡La enfermería, en seguida! —ordenó el Kapok Kid—. Dígle al Comandante médico... —se interrumpió porque se dio cuenta de que aquel hombre estaba todavía demasiado conmocionado para comprender—. ¡Deme el teléfono! —Impaciente quiso arrancarle el aparato de la mano y se dio cuenta, horrorizado, de que el marinero estaba muerto al verlo resbalar poco a poco hacia atrás sobre la oscilante puerta de esclusas. Carpenter miró al hombre que yacía boca abajo a sus pies: tenía un boquete del tamaño de un puño entre los omoplatos.

Entonces se fijó en que la cabina del Asdic estaba acribillada por la metralla. El Asdic tenía que estar inutilizado, y con esto perdían la última defensa contra los submarinos. El operador del Asdic era el hermano de Chrysler, que sollozaba allí cerca.

Sintiendo náuseas, el Kapok Kid habló por teléfono con la enfermería...

Turner exploraba metódicamente la cubierta del puente en busca de más víctimas. Encontró otras tres y no le sirvió de consuelo comprender que debieron de morir sin darse cuenta. Cinco muertos por una explosión de tres segundos «Un buen resultado», pensó Turner amargamente. Mirando luego al *Stirling*, recordó sus propias palabras de hacía diez minutos. Había dicho algo así como «Ya es hora de que la tomen de vez en cuando con el *Stirling* y nos dejen en paz». Algo así. Se le retorció la boca. También ellos se habían llevado lo suyo. El *Stirling*, a una milla de distancia, escoraba a estribor y tenía la superestructura de proa envuelta en un capullo algodonoso de blancas llamas. Miró con sus prismáticos nocturnos tratando de calcular los daños, pero un sólido muro de llamas ocultaba la superestructura y nada podía ver, absolutamente nada. Lo que sí estaba claro era que el *Stirling* se escoraba

fatalmente a estribor. Después se supo que había sido alcanzado dos veces: los alemanes lo torpedearon desde los aviones en la cámara de calderas de proa y unos segundos después un bombardero-torpedero había ido a estrellarse contra el costado de su puente llevando aún colgado en la panza de su fuselaje el torpedo sin estallar. Casi con toda seguridad, le había ocurrido lo mismo que al avión que atacó al *Ulysses*: se le había agarrotado con el hielo el mecanismo lanzatorpedos. Todos los hombres que estaban en el puente y en las cubiertas debieron de morir instantáneamente. Entre ellos estaban el Capitán Jeffries, el Primer Teniente y el Oficial de derrota.

Apenas había desaparecido en la oscuridad el último bombardero, cuando Carrington, colgando el teléfono de popa, se volvió hacia Hartley y le dijo:

—¿Cree usted que puede arreglárselas solo? Me necesitan en el puente.

—Creo que sí, señor —Hartley, ennegrecido con el humo y manchado de la espuma de los extintores, se pasó fatigadamente una manga por la cara—. Lo peor ha pasado ya... ¿Dónde está el Teniente Carslake? Quizá él podría...

—Olvídelo —le interrumpió Carrington bruscamente—. No sé dónde está ni me importa. Estamos mejor sin él, Hartley. Y si volviera, seguirá usted al cargo de esto. No lo olvide.

Camino del puente, Carrington pasaba por la deshecha cantina cuando vio una alta y sombría figura junto a los tubos lanzatorpedos, que trataba de abrir la válvula de un extintor que se le había agarrotado, siguió avanzando y, un instante después, vio otra confusa forma que salía sigilosamente de entre las sombras dirigiéndose hacia el hombre del extintor y llevaba en una mano, levantada por encima de la cabeza, una barra de madera o de metal.

—¡Usted, cuidado! —gritó Carrington—: ¡Mire detrás de usted!

Todo fue rapidísimo: el salto del atacante, la reacción inmediata del otro que, arrojando el extintor, se había puesto en cuclillas en el mismo momento en que su agresor se le venía encima, de manera que éste, con un penetrante chillido de ira y terror, dio un involuntario salto mortal y salió lanzado al mar por el hueco abierto en las barandillas para los tubos lanzatorpedos. Se oyó la caída del cuerpo en el agua. Luego, un silencio absoluto.

Carrington se acercó al hombre que había sido atacado y lo reconoció. Era Ralston. Carrington lo agarró por los brazos y le miró con gran inquietud.

—¿Está usted bien? ¿No le ha dado? ¡Dios mío, quién habría sido capaz...!

—Gracias, señor, por haberme avisado —Ralston jadeaba, pero su rostro volvía a ser tan inexpresivo como siempre—. Me libré por un pelo. Muchísimas gracias, señor.

—¿Pero quién ha sido capaz...? —repitió Carrington, que no salía de su asombro.

—No he podido reconocerlo, señor. Pero sé quién era. Tengo la absoluta

seguridad de no equivocarme: era el Subteniente Carslake. Me ha venido siguiendo toda la noche. Ni un momento me ha perdido de vista. Ahora sé por qué.

Hacía falta mucho para que la ecuanimidad del Primer Teniente se alterase, pero aquello le había sacado de quicio.

—¡Sabía que tenía muy mala sangre! —murmuró—. Pero, ¡que llegara a esto! No sé lo que va a decir el Capitán cuando se entere.

—¿Y para qué ha de saberlo? —dijo Ralston, con un tono de asombrosa indiferencia—. ¿Para qué ha de saberlo nadie? Quizá Carslake tuviera parientes. No es necesario herir los sentimientos de estas personas; no hay que herir a nadie. Que cada uno piense lo que mejor le parezca —se rio en tono muy bajo—. Pueden pensar que tuvo una muerte gloriosa, una muerte de héroe, que se cayó por la borda en un accidente... Cualquiera cosa —miró al agua tenebrosa y rugiente y le tembló todo el cuerpo—. Dejémoslo como está, señor. Ya ha pagado de sobra.

Unos instantes estuvo Carrington mirando también al mar y después al alto joven que tenía a su lado. Luego, le dio una palmada en un brazo, asintió con la cabeza y se alejó lentamente.

Turner oyó el ruido de la puerta al abrirse, bajó los prismáticos y vio a Carrington a su lado abstraído en la contemplación del crucero incendiado. En este mismo instante gimió Vallery y Carrington descubrió entonces la lamentable figura que tenía a sus pies.

—¡Dios mío! ¡Es el Viejo! ¿Está malherido, señor?

—No lo sé, Número Uno. Si no lo está, será un formidable milagro —añadió con amargura. Se inclinó para colocar al Capitán en posición sentada.

—¿Se encuentra usted bien, señor? —le preguntó angustiado—. ¿Está usted herido?

Vallery tuvo un largo y agotador ataque de tos y luego denegó con la cabeza.

—Estoy muy bien —dijo con un hilo de voz—. Me lancé a la cubierta, pero creo que se me puso por medio la bitácora. —Se frotó la frente que tenía magullada y amoratada—. ¿Cómo va el barco, Comandante?

—¡Al diablo el barco! —dijo Turner rudamente. Le pasó un brazo a Vallery por la espalda y le hizo ponerse en pie.

—¿Cómo van las cosas a popa, Número Uno?

—Ya controladas. Sigue algo del incendio, pero dominado. Dejé a Hartley al cargo de aquello —no citó a Carslake.

—¡Bien! Encárguese de que pregunten por radio al *Stirling* y al *Sirrus* cómo están.

—Vamos, señor, hay que buscarle a usted un sitio tranquilo... ¡relativamente tranquilo, por supuesto!

Vallery protestó débilmente, una protesta sólo formularia, pues se hallaba

demasiado débil para poder resistir en pie.

Pasaron junto al muerto extendido a la salida y se detuvieron ante la cabina del Asdic. Una figura sollozante estaba acurrucada junto a la puerta. Vallery le puso una mano en uno de sus hombros, que le temblaban convulsivamente. Trató de verle la cara, que el muchacho rehuía.

—¿Qué le pasa? Pero... ¡si es Chrysler! —Éste había levantado su palidísima cara hacia el Capitán—. ¿Qué ha sucedido?

—¡La puerta, señor, la puerta! —a Chrysler le temblaba la voz—. ¡No puedo abrirla!

Entonces vio Vallery en qué estado había quedado la cabina protegida del Asdic. Su mente funcionaba ahora muy despacio y sólo por un lento proceso de asociación de ideas llegó a darse cuenta de que allí dentro, tras la puerta empotrada en el acero acribillado, se hallaba el operador del Asdic.

—Sí, la puerta está hundida. Nada se puede hacer, Chrysler —dijo Vallery—. Vamos, muchacho, no hay que ponerse así.

—Mi hermano está ahí dentro, señor —y estas palabras desesperadas de Chrysler, le sentaron a Vallery como un golpe. ¡Dios! ¿Cómo había podido olvidarlo?... Miró al muerto que tenía a los pies, el marinero cubierto ya con una leve capa de nieve.

Luego, como había observado que los rayos luminosos del Aldis cortaban las tinieblas sin cesar, y el Comandante le confirmó lo que él se había figurado: que Bentley había muerto manejándolo, dijo:

—Comandante, que apaguen ese Aldis... Oiga, Chrysler...

—Señor...

—Vaya abajo y traiga café.

—¿Café, señor? —el pobre hombre no podía comprender—. Pero, señor, ¿café cuando mi hermano...?

—Lo sé —prosiguió Vallery suavemente—. Lo sé, pero ¿quiere traer café?

Chrysler salió dando tumbos. Turner y Vallery entraron en la protectriz del Capitán. Éste dijo:

—No hace veinticuatro horas que Ralston vio cómo se hundía aquel barco con su padre... Ahora este chico... *Dulce et decorum*, el privilegio, que nos enorgullece, de ser los hijos de Nelson y Drake... ¿No habría manera...?

—Yo me encargaré de eso —dijo Turner. Aún no se había perdonado lo que le había dicho y hecho a Ralston la noche anterior, a pesar de la noble actitud que Ralston había tomado hacia él y lo pronto que había aceptado sus excusas—. Sí, señor, le tendré ocupado mientras tratamos de abrir la puerta de la cabina... Siéntese, señor... Y procure tomar esta poderosa medicina —sonrió levemente—, ya que el amigo Williams ha traicionado mi culpable secreto... ¡Hombre, tenemos compañía!

En ese momento entraba Brooks en el resguardo de Vallery. En cuanto cerró la puerta, se clavaron sus ojos en la botella que tenía Turner en las manos:

—¡Ajá! Ya veo que llego a punto. No dudo de que se reciban con agrado todas

las posibles adhesiones. —Abrió su maletín sobre una mesita y estaba buscando algo en él, cuando alguien llamó con fuerza a la puerta.

—Adelante —dijo Vallery.

Entró un señalero con una nota para Vallery.

—De Londres, señor. Dice el jefe que debe de haber alguna respuesta.

—Gracias, ya telefonearé si hay algo.

La puerta se abrió y se cerró. En cuanto quedaron solos los tres, dijo el Capitán, que había mirado las manos de Turner, libres en un instante de lo que antes sostenían.

—Gracias, Comandante, por haber hecho desaparecer con esa presteza las pruebas de nuestra culpabilidad. No tengo hoy bien la vista. ¿Quiere usted leer el radio, Comandante?

—Pero antes, Capitán —dijo Brooks— creo que le convendría a usted tomar un poco de auténtica *medicina* y no esa porquería que le ofrece Turner —y sacó de su maletín un frasco de líquido ambarino—. Le aseguro que, con todos los recursos de la moderna medicina... bueno, casi todos..., no encuentro nada que pueda compararse con esto.

—¿Se lo ha dicho usted a Nicholls? —preguntó Vallery, que se había tendido en el sofá. Sonreía débilmente con sus labios sin sangre.

—Pues... todavía no, pero hay tiempo sobrado. ¿Quiere un trago?

—Bueno, gracias. Pero, antes, ¿cuáles son esas buenas noticias, Turner?

—¿Buenas noticias? —la súbita y fría calma de la voz del Comandante no presagiaba nada bueno—. No, señor, no son buenas noticias.

—«Contraalmirante Vallery, al mando de la 14 ACS, y del FR77». La que leía era una voz inexpresiva, sin tono alguno. «Se nos informa que el *Tirpitz*, escoltando cruceros, destructores, saldrá Alta Fjord a la puesta del sol. Intensa actividad aeródromo Alta Fjord. Temor salida bajo protección escuadra. Tome todas medidas evitar inútil sacrificio mercantes y barcos de guerra. - D.N.O., Londres». —Turner dobló con toda calma el papel y lo dejó sobre la mesa—. ¿Verdad que es maravilloso? Y, ¿qué vendrá luego?

Vallery se había sentado, como movido por un resorte, en el sofá y sin darse cuenta de la sangre que le corría desde la comisura derecha de la boca. La impresión de su rostro era de una impresionante calma. Parecía que nada le preocupase en el mundo.

—Ahora es cuando me beberé eso, si quiere usted, Brooks —y pensaba: «El *Tirpitz*. El *Tirpitz*». Movía la cabeza como en una pesadilla. El *Tirpitz*, ese nombre que nadie pronunciaba sin crear una resonancia de terror, el nombre que había dominado por completo la estrategia naval del Atlántico Norte durante los dos años pasados. Por fin, salía de su madriguera, el coloso blindado, el barco hermano de aquel otro Titán que había destruido al *Hood* de un solo golpe salvaje (el *Hood*, que era el niño mimado de la Armada Real, el barco más poderoso del mundo, o, por lo menos, el que era considerado más poderoso). ¿Qué esperanza podía tener, pues,

aquel crucero, una modesta cáscara de nuez en comparación con aquellos colosos? Vallery movió furioso la cabeza y se propuso dejarse de cábalas y pensar sólo en la concreta y presente situación, en las medidas necesarias, aparte del resultado que pudieran tener.

—En fin, caballeros, supongo que es verdad eso de que el tiempo acaba trayéndolo todo... incluso el *Tirpitz*. Algún día tenía que presentarse. Nuestra mala suerte ha querido que seamos nosotros el cebo. Un cebo que está demasiado cerca, demasiado tentador.

—Mi joven colega se va a alegrar mucho —dijo Brooks sombrío—. Por fin, después de tanto tiempo, sabrá lo que es un *verdadero* barco de guerra.

—A la puesta del sol —reflexionaba Turner—, a la puesta del sol... Dios mío, aun contando con lo que pueda tardar en salir del *fjord*, lo tendremos encima dentro de cuatro horas.

—Exactamente —corroboró Vallery—. Y de nada nos servirá huir hacia el Norte. Nos alcanzaría antes de que nos hubiéramos acercado a cien millas de ellos.

—¿Ellos? ¿Se refiere usted a los que vienen a ayudarnos? Ya sabe usted, Capitán, lo que pienso de esos refuerzos: siempre tarde, o sea, dicho de otro modo, tarde como siempre —tras un silencio de unos instantes, exclamó amargamente—: ¡Supongo que ese viejo bastardo, el Almirante Starr, estará por fin satisfecho!

—¿A qué viene toda esa preocupación? —dijo Vallery con un sorprendente gesto de malicia—. Podemos estar de regreso, sanos y salvos, en Scapa Flow, dentro de cuarenta y ocho horas. Ya han oído ustedes lo que nos dicen: «Evitar inútil sacrificio mercantes y barcos de guerra». El *Ulysses* es quizá el barco más veloz del mundo. De modo que es muy fácil volver pronto a casa, caballeros.

—¡No, no! —gimió Brooks—. No podría resistir un cambio tan radical de la situación. No puedo hacerme a esa idea.

—¿Acaso vamos a hacer otro PQ17?^[16] —dijo Turner, con un intento de sonrisa que no llegó a salirle—. No lo soportaría la Armada Real británica. Otro golpe como aquél sería demasiado. Desde luego, el Capitán-Contraalmirante Vallery no lo consentiría y, en cuanto a mí —y hablo también atribuyéndome la representación de esa pandilla de amotinados y piratas que, según se nos dice, son nuestros hombres— no podría dormir tranquilo el resto de mi vida.

—¡Diablos! —murmuró Brooks—. Este hombre es un poeta.

—Tiene usted razón, Turner —dijo Vallery, que se bebió el contenido del vaso y volvió a echarse en el sofá, exhausto—. No parece que nos quede elección... ¿Y si recibimos orden de retirarnos a toda máquina?

—Pues, como le falla a usted la vista, no podría leer esas órdenes y no se enteraría de ellas —dijo Turner con rudeza.

—Gracias, caballeros. Me facilitan ustedes mucho las cosas —Vallery le sonrió a Turner—. Informen a todos los barcos mercantes, y a los de escolta. Díganles que ponemos rumbo al norte.

Turner lo miró asombrado.

—¿Al norte? ¿Ha dicho usted «al norte»? Pero el Almirantazgo...

—He dicho «al norte» —repitió Vallery despacio—. El Almirantazgo puede hacer lo que quiera. Ya hemos jugado bastante a ese juego. Les hemos servido para hacer saltar la trampa. ¿Qué más pueden desear de nosotros? Así tendremos una probabilidad, aunque quizá casi inexistente. Seguir hacia el este es un suicidio —volvió a sonreír como en sueños—. El final no importa demasiado, después de todo. No creo tener que responder de esto. Ni ahora ni nunca.

Turner, que se había alegrado en un instante, hizo una mueca.

—Bien, señor. Ha dicho usted: «Rumbo norte».

—Hay que informar al convoy —prosiguió Vallery— de que le daremos toda la protección posible y durante todo el tiempo que podamos... Buenamente lo que sea posible. No nos engañemos. Tenemos una probabilidad contra mil... ¿Se le ocurre algo más que podamos hacer, Comandante?

—Rezar —dijo Turner.

—Y dormir —añadió Brooks—. ¿Por qué no se echa usted una media hora, señor?

—¡Dormir! —repitió Vallery, como si la idea le pareciese la mayor broma del mundo—. Tendremos todo el tiempo del mundo para dormir.

—Quizá tenga usted razón —admitió Brooks.

XV

EL SÁBADO POR LA NOCHE (I)

Ahora llegaban sin cesar mensajes al puente, enviados por los mercantes, expresando su incredulidad ante la noticia de que el *Tirpitz* les amenazara con su presencia. El *Stirling* comunicaba que el incendio de la superestructura estaba ya dominado y que los mamparos de la cámara de máquinas, resistían. Orr, desde el *Sirrus*, decía que su barco, a consecuencia de un fuerte choque con el mercante que se hundía hacía agua, que a duras penas podía extraerse con las bombas. Opinaba con toda franqueza que el *Sirrus* había hecho ya cuanto era humanamente posible y pedía permiso para regresar a Inglaterra. Esta señal llegó al *Ulysses* después de hacer recibido el *Sirrus* la mala noticia. Turner sonrió porque sabía que ahora, por nada del mundo abandonaría Orr la partida, aunque viese desesperada la situación. Por señales o por radio, no dejaban de afluir los mensajes al *Ulysses*. Ya era inútil mantener el silencio de la radio. El enemigo sabía perfectamente dónde estaban. Tampoco habría tenido sentido prohibir las señales luminosas cuando el *Stirling* iluminaba con sus furiosas llamas al mar en una extensión de una milla a la redonda. Todos aquellos mensajes expresaban el miedo, la angustia y la sensación de impotencia. Sin embargo, el mensaje más inquietante no llegó por señales luminosas ni por radio.

Había transcurrido un cuarto de hora largo después de terminar el ataque y el *Ulysses* cabecaba en su nuevo rumbo de 350°, cuando la puerta del puente se abrió de golpe y un hombre jadeante y agotado entró, tambaleándose, en la plataforma de la aguja. Turner, que estaba de nuevo en el puente, examinó de cerca a aquel individuo, ayudado por los rojos reflejos del *Stirling*, y reconoció en él a uno de los fogoneros. Llevaba en la cara como una máscara de sudor que se resquebrajaba, helada. Y a pesar del intensísimo frío, iba destocado y sin abrigo. Le agitaba un temblor violento, y no de frío, sino a causa de la excitación en que se hallaba.

Turner lo sujetó por los hombros.

—¿Qué le pasa, hombre? —le preguntó con gran ansiedad. El fogonero, que seguía jadeando, no podía aún contestarle—. ¿Qué pasa? ¡Hable en seguida!

—¡La estación radio, señor! —les palabras le salían confusas y atropelladas—. ¡Está llena de agua!

—¿Se ha inundado? —Turner no acababa de creerlo—. ¿Y cuándo ha ocurrido?

—No estoy seguro, señor —seguía tratando de respirar con normalidad—. Pero fue una explosión horrible, señor...

—¡Lo sé, lo sé! —le interrumpió Turner, impaciente—. El bombardero se llevó por delante el túnel de proa, estalló en el agua, a babor. ¡Pero eso fue hace quince

minutos, hombre! ¡Quince minutos! Dios mío, acaso...

—Ha desaparecido el cuadro de distribución, señor —el fogonero, protegiéndose contra el viento, empezaba a reponerse, pero seguía frenético ante la actitud violenta del Comandante y se agarraba al *duffel* de Turner, sin saber lo que hacía—. ¡Y el cobertor de la escotilla está atrancado, señor! ¡No puede salir ninguno!

—¿Pero qué le ha pasado?

—Se le ha roto el contrapeso, señor. Sólo podemos abrirlo una pulgada.

—¡Número Uno! —gritó Turner.

—Estoy aquí, señor. —Carrington estaba a su lado—. Lo he oído... ¿por qué no pueden ustedes abrirla?

—¡Es la escotilla de la estación radio! —gritaba el fogonero, desesperado—. Un cuarto de tonelada, señor. Ya sabe usted, la que hay debajo de la escala, cerca de la caseta del timón. Lo hemos intentado... De prisa, señor... Por favor.

—Un momento —Carrington daba muestras de una impresionante calma—. ¿Hartley? No; ése sigue apagando el fuego. Evans, MacIntosh... muertos —pensaba en voz alta—. ¿Acaso Bellamy?

—¿Pero qué dice usted, Número Uno? —estalló Turner. Se le habían contagiado la terrible impaciencia y la angustia del fogonero—... ¿Qué intenta usted?

—La escotilla más la polea metálica... mil libras —murmuró Carrington—. Para una tarea especial necesitamos un hombre especial.

—¡Petersen, señor! —el fogonero había comprendido inmediatamente—. ¡Petersen!

—¡Desde luego! —Carrington batió una contra otra sus manos enguantadas—. Ya estamos encarrilados, señor. ¿Acetileno? No hay tiempo. Fogonero, que preparen unas barras y unos machos... Convendría que llamase usted a la cámara de máquinas, señor.

Pero Turner ya tenía el teléfono en la mano.

A popa, el fuego estaba ya dominado, a excepción de algunas llamas sueltas alimentadas por la corriente de aire que salía por un tremendo boquete. En los ranchos, los mamparos, las escalas y las taquillas se habían retorcido y tomaron, a causa del intenso calor, las formas más extrañas. En cubierta, las llamas de la gasolina, quemando las planchas de siete centímetros, habían fundido el calafateado como con un gigantesco soplete, dejando al descubierto limpiamente las planchas de acero que chirriaban al caer en ellas los copos de nieve.

En cubierta y debajo de ella, Hartley y sus hombres, helándose por momentos y asándose instantes después, se esforzaban como una pandilla de locos. Sólo Dios sabía de dónde sacaban las fuerzas sus exhaustos cuerpos. Desde las torres, desde las cubiertas de los ranchos y desde otros sitios iban sacando uno tras otro a los hombres que habían sido aplastados por el «Cóndor», cuando se estrelló contra el barco.

Tiraban de ellos, los miraban, lanzaban unas palabrotas, lloraban y volvían a meterse, sin tener en cuenta el dolor ni el peligro, en el horrible revoltijo incandescente. Tenían los guantes rotos y quemados y, cuando acababan de caérseles a tiras, utilizaban sencillamente las manos.

El cabo Doyle iba alineando los cadáveres conforme los sacaban. Menos de media hora antes, Doyle había estado tumbado en el callejón de la cocina de proa, desheliéndose, después que lo sacaron de su *pom-pom*. Cinco minutos después, había vuelto a su cañón y empezado a disparar de nuevo, granada tras granada, contra los bombarderos-torpederos. Y ahora, siempre como una roca, se hallaba en la popa. Era un hombre de hierro y su rostro también parecía férreo, mientras recogía impasible un muerto tras otro, se acercaba a la borda y arrojaba al mar su carga con toda precisión. Doyle nunca supo cuántas veces había realizado aquella noche el breve y tétrico viaje. Perdió la cuenta después de los veinte primeros. No debía hacer aquello, desde luego: las ordenanzas navales insistían mucho en que todos los hombres de la dotación tenían derecho a una decente sepultura en la mar y lo que él estaba haciendo nada tenía de ello... El velero había muerto y nadie sabía coser aquellos sudarios de urgencia que él preparaba tan bien con la lona. «A los muertos no les importa —pensaba Doyle fríamente—. Que se cuiden ellos solos lo mejor que puedan». Eso mismo pensaban Carrington y Hartley, por lo cual no intentaron llamarle la atención.

Bajo sus pies, los ardientes ranchos resonaban con los *¡claangs!* ensordecedores, mientras Nicholls y el telegrafista Brown, que seguían enfundados en sus trajes blancos de amianto, daban tremendos martillazos contra los cierres de seguridad de la escotilla del pañol «Y». Con el humo, la oscuridad y su desesperada prisa, apenas acertaban a verse el uno al otro, y mucho menos a los cierres. Así que fallaban la mayor parte de los martillazos.

«Quizá haya tiempo todavía —pensaba Nicholls, angustiado—. Quizá haya tiempo». Habían cerrado hacía cinco minutos la válvula principal de inundación. Era posible —sólo posible— que los dos hombres encerrados allí dentro estuvieran agarrados a la escala manteniendo la cabeza por encima del agua.

Ya sólo quedaba un cierre sujetando la escotilla. Con golpes alternos de sus machos lograron de pronto, inesperadamente, que la escotilla se abriera con la fuerza explosiva del aire comprimido debajo. Brown chilló al darle el cobertor un tremendo golpe en la cadera derecha, y luego cayó en cubierta, donde permaneció gimiendo.

Nicholls ni siquiera le dirigió una mirada. Se asomó por la abertura, ayudándose con la fuerte luz de su linterna. Nada podía ver, nada en absoluto. Es decir, no veía lo que él deseaba ver. Sólo agua, sombría, viscosa y mala, agua que subía y bajaba en un fantasmal silencio.

—¡Ahí abajo! —gritó Nicholls con todas sus fuerzas. La voz, quebrada con el esfuerzo, resonaba atterradoramente en el túnel de hierro—. ¡Ahí abajo! —volvió a

gritar—. ¿Hay alguien ahí? —aguzó los oídos, esperando percibir algún leve sonido, pero nada oyó.

—¡McQuater! —gritó por tercera vez—. ¡Williamson! ¿Pueden ustedes oírme? —volvió a mirar, estuvo unos momentos escuchando y recorriendo con el haz luminoso de su linterna la siniestra y aceitosa superficie del agua, que oscilaba suavemente de un lado a otro. Por fin, bajo esa turbia superficie... tembló. El agua también parecía estar muerta; agua vieja, cruel, infinitamente horrible. Irritado de pronto contra sí mismo, sacudió la cabeza para librarse de esos terrores primitivos y estúpidos. Tenía que combatir los extravíos de su imaginación. Retrocedió y con cuidado volvió a cerrar el cobertor de la escotilla. La cubierta del rancho resonó trágicamente, mientras su martillo golpeaba una y otra y otra vez los cierres.

El Jefe de máquinas, Dodson, se movió y gimió: trataba desesperadamente de abrir los ojos, pero los párpados se negaban a moverse. Por lo menos, eso se figuraba él, porque la oscuridad que le rodeaba seguía siendo absoluta, impenetrable, casi palpable.

Se preguntaba qué le habría ocurrido, cuánto tiempo llevaba allí. Y la cabeza le dolía terriblemente a un lado, debajo de la oreja. Muy despacio, se fue quitando un guante y estuvo tocándose aquel sitio. Retiró la mano mojada y pegajosa: con una débil sorpresa, comprobó que tenía el cabello empapado en sangre. No la veía, pero tenía que ser sangre; la sentía caer despacio por una mejilla.

Y aquella vibración profunda y poderosa, una vibración indefinible, que le hacía rechinar los dientes. Podía oírla inmediatamente frente a él. Tendió una mano y la retiró con un movimiento reflejo instantáneo al tocar algo que era suave y giraba. Algo que estaba al rojo vivo.

¡El túnel de ejes! Desde luego, eso era: el túnel de ejes. Habían descubierto tubos lubricantes rotos a babor, y Dodson había decidido mantener en marcha esta máquina. Sabía que habían sido atacados. Aquí abajo, en las entrañas del barco, no penetraban los sonidos. Nada había oído de los motores de aviación. Ni siquiera los disparos de la artillería del barco. Pero en lo que no cabía confusión posible era en el terrible choque de los cañones de cinco veinticinco en su movimiento de retroceso de sistema hidráulico. Luego, un torpedo quizá, o una bomba muy cercana.

¡El túnel de ejes! ¡Y estaba casi al rojo vivo! Frenéticamente, tanteó en torno suyo, logró coger la lámpara de emergencia e hizo girar su base. No daba luz. Lo intentó de nuevo, tocó los bordes rotos de la pantalla, y la bombilla, y arrojó la inútil lámpara. Sacó del bolsillo su linterna eléctrica; pero también estaba rota. Desesperado, anduvo buscando a tientas la lámpara de petróleo: la tenía al lado, pero estaba vacía.

Ni una gota de petróleo. Como todos los hombres que se han pasado la vida con las máquinas, había desarrollado un sexto sentido para estas cosas. Sabía que

necesitaba inmediatamente encontrar petróleo, pero también tenía conciencia de su extrema debilidad como consecuencia del choque y la pérdida de sangre, y el túnel era largo, resbaladizo y muy peligroso. Sobre todo, estaba completamente a oscuras. Hubiera bastado un resbalón para caer sobre el incandescente eje... El Comandante-maquinista volvió a tender la mano y la puso por una fracción de segundo sobre el implacable eje, retirándola en seguida con un terrible dolor. Se llevó la mano a la mejilla. Sabía que no era la fricción lo que había despellejado y quemado la piel de las yemas de sus dedos. No había elección. Con súbita decisión, se fue poniendo en pie, apoyando la espalda en la convexidad del túnel.

Entonces notó por primera vez aquella luz, un solo punto luminoso que oscilaba y que resultaba incalculablemente lejano entre los lados convergentes de aquel túnel tenebroso, aunque Dodson sabía perfectamente que no podía estar más allá de unos cuantos metros. Pestañeó, cerró los ojos unos instantes y volvió a abrirlos para mirar aquella extraña lucecita, que avanzaba ahora sin cesar. Además, podía oír el arrastrarse de unos pies. Al instante volvió a sentir mareos y se dejó caer otra vez como si ya pudiera descansar tranquilo.

El hombre de la luz se detuvo a su lado, colgó la lámpara en un arbotante y se arrodilló para observar mejor a Dodson. La luz de la lámpara iluminó de lleno el pesado rostro de Dodson, con sus enmarañadas cejas y su prognática mandíbula.

—¡Riley! ¡Fogonero Riley! —exclamó Dodson, tremendamente sorprendido. Su gesto revelaba las sospechas que le invadían—: ¿Qué diablos hace usted aquí?

—He traído una lata de aceite lubricante —gruñó Riley. Puso un termo en las manos del jefe de máquinas—. Y aquí tiene usted café. Yo me ocuparé de esto, mientras usted se bebe el café... ¡Santo Cristo! Este maldito eje está al rojo vivo.

Dodson tiró el termo y le preguntó irritado a Riley:

—¿Está usted sordo? ¿Por qué está aquí? ¿Quién le ha enviado? Su puesto está en la cámara de calderas «B».

—Me ha mandado Griersen —dijo Riley, con malos modos. Pero su rostro seguía impasible—. Dijo que no podía prescindir ahora de ninguno de sus hombres de la cámara de máquinas. Son demasiado necesarios en estos momentos... ¿Estoy echando demasiado? —preguntaba mientras vertía el espeso y viscoso aceite sobre el eje recalentado.

—¡El teniente Griersen! —Dodson hablaba como a trallazos, aunque no levantaba la voz—. ¡Ésa es una cochina mentira, Riley! El teniente Griersen no ha podido mandarle a usted aquí: supongo que a él le ha dicho usted que otra persona le había mandado.

—Bébase el café —le aconsejó Riley, con voz agria—. Le necesitan a usted en la cámara de máquinas.

Dodson apretó los puños y se contuvo con gran dificultad.

—¡Condenado hijo de...! —estalló, pero logró controlarse de nuevo y dijo—: Preséntese usted mañana por la mañana para ser arrestado. ¡Esto me lo pagará usted,

Riley!

—No, no lo pagaré —Dodson vio furioso que el insolente le dirigía una mueca como si el asunto le divirtiese extraordinariamente.

—¿Y por qué no? —preguntó agresivo.

—Porque usted no me denunciará —Riley parecía estarse divirtiendo muchísimo.

—Ah, ¿conque no? —Dodson miró en torno suyo y su rostro se contrajo al darse cuenta de lo completamente solos que estaban en la oscuridad del túnel. De pronto, tuvo la certidumbre de lo que se proponía Riley, que se inclinaba amenazador sobre él. Sonreía, pero, como pensaba Dodson, ninguna sonrisa podría transformar la cara horrible y brutal del fogonero. Era como si sonriese un tigre...

Dodson comprendía que el miedo, el cansancio terrible, el interminable esfuerzo producen unos efectos espantosos en un hombre y que es imposible reprochárselo. Y Dodson se decía que si en este caso había alguna responsabilidad era la que él —Dodson— tenía para consigo mismo. Recordaba cómo le había echado en cara Turner, casi insultándolo, que se hubiera negado a meter a Riley en la Prevención.

—¡De modo que ésas tenemos! —repitió Dodson despacio—. No esté tan seguro, Riley. Puedo hacer que le echen a usted veinticinco años, pero...

—¡En el nombre de Cristo! —gritó Riley, que perdía la paciencia—. ¿De qué habla usted, señor? Bébase el café, por favor. Le estoy diciendo que le necesitan a usted en la cámara de máquinas y no me hace usted caso.

Dodson desatornilló la tapadera del termo y, de pronto, tuvo la sensación de no ser más que un espectador de esta fantástica escena. Le dolía infernalmente la cabeza.

—Dígame, Riley —le preguntó en un tono casi amable—, ¿por qué tiene usted una seguridad tan grande de que no le denunciaré?

—Puede usted hacerlo si quiere; no me importa —dijo el fogonero, que de pronto había vuelto a ponerse contento—. Pero yo no estaré frente al Comandante mañana por la mañana.

—¿No? —el tono de Dodson era medio interrogante medio de desafío.

—No —dijo Riley, con una burlona mueca—. Sencillamente, porque mañana por la mañana no habrá sitio donde presentarme al Comandante. Ni siquiera habrá Comandante —se desperezó, apoyando la cabeza en las manos entrelazadas por detrás—. La verdad es que no habrá nada de nada.

Había algo en la voz del fogonero —más aún que en sus palabras— que llamaba la atención de Dodson. Comprendió inmediatamente que, aunque Dodson estuviera sonriendo, no bromeaba. Le miró con curiosidad, pero no dijo nada.

—El Comandante acaba de anunciar por los altavoces que el *Tirpitz* ha hecho una salida. De manera que nos quedan cuatro horas.

La absoluta calma con que Riley pronunció estas palabras, su total carencia de histrionismo, de intención de impresionarle, daban una gran fuerza a la noticia. El *Tirpitz* había salido de caza. El *Tirpitz*... Dodson se lo repetía interminablemente. Cuatro horas, sólo cuatro horas. Le asombró su falta de interés, la absoluta

indiferencia con que acogía la tremenda noticia.

—Bueno, ¿qué? —Riley empezaba a ponerse nervioso—. ¿Va usted o no? No estoy gastándole una broma, señor; es que le necesitan a usted urgentemente.

—Es usted un embustero —dijo Dodson medio sonriente—. Dígame entonces por qué ha traído el café.

—Lo traje para mí, señor. Pero he comprendido que es usted quien lo necesita. No tiene usted buena cara, ni mucho menos... Allí, en la cámara de máquinas, le atenderán a usted.

—Y allí es adónde va usted a ir ahora mismo —dijo Dodson, sin levantar la voz.

Riley no dio ni la menor señal de haberle oído.

—¡Ande, Riley! ¡Es una orden!

—El que se va a quedar soy yo. No hace maldita la falta tener tres grandes galones dorados en la bocamanga para manejar una lata de aceite como ésta.

—Es probable que no —y Dodson no pudo evitar, en un violento balanceo del barco, caer sobre Riley—. Lo siento, Riley. El tiempo empeora, por lo que veo.

Luego insistió:

—Dígame, Riley. ¿Qué le trajo a usted aquí?

El fogonero estaba ofendido:

—Se lo he dicho a usted: me envió el Teniente Griensen.

—Le estoy preguntando *qué* le ha traído aquí.

—Eso es asunto mío.

—¿Por qué ha venido usted aquí? ¿No habrá sido para acabar conmigo?

—Por amor de Dios, ¡déjeme en paz de una vez! —gritó Riley, y su voz resonó en el oscuro túnel. De pronto, torciendo agriamente la boca, dijo—: Lo sabe usted perfectamente.

Tenía los hombros encogidos y la cabeza inclinada. Luego la levantó, miró fijamente a Dodson y añadió:

—Usted ha sido el único hijo de la gran... en este barco que me ha dado una oportunidad... El único hijo de... de todos los que he conocido, que me haya echado una mano y no me haya tratado como a un perro —Dodson sabía que lo de «Hijo de...» era la suprema expresión de afecto que podía dar Riley y se sintió avergonzado de su última suposición—. De no haber sido por usted —prosiguió Riley— me habrían metido en el calabozo la primera vez, en la cárcel civil la segunda... ¿No lo recuerda, señor?

Dodson asintió con la cabeza.

—Fue usted un insensato, Riley.

—¿Por qué lo hizo usted? —el corpulento fogonero estaba realmente intrigado—. Todo el mundo sabe cómo soy yo. No se comprende que usted...

—No sé. Siempre he supuesto que en usted había un hombre mejor que el que aparentaba.

—¡No me venga con esas historias! De sobra sé cómo soy. En mí no hay nada

bueno. Tienen razón los que me tratan como un perro —se inclinó hacia Dodson—. Además, ¿sabe usted una cosa? Soy católico. Y dentro de cuatro horas... Debería estar ahora mismo arrodillado, rezando... Ya sabe usted, el arrepentimiento, y debería pedir eso... ¿cómo lo llaman?

—La absolución —dijo Dodson.

—Eso, eso: la absolución. Pero el caso es —y adoptó una actitud engallada— que me importa tres pitos todo eso. Para que vea usted cómo soy.

—Por última vez, Riley, váyase a la cámara de máquinas —murmuró Dodson.

—¡No!

El Comandante-maquinista suspiró y cogió el termo:

—Bueno, entonces ¿quiere usted que nos bebamos entre los dos el café?

Riley imitó las palabras y el tono de un célebre personaje cómico de la Radio, el Coronel Chinstrap:

—Pues le diré que no me molestaría mucho aceptar.

Vallery rodó con las piernas dobladas y agarró automáticamente la toalla. Un ataque de tos le sacudía todo el cuerpo. ¡Dios mío, pensó, nunca ha sido tan terrible como ahora! Su refugio de hierro resonaba tétricamente como la tos. ¡Qué curioso, pensaba, no me duele ni una pizca! El ataque fue cediendo. Miró la enrojecida toalla y la tiró con repentino asco, con las escasísimas energías que le quedaban, al rincón más oscuro de la protectriz.

«¡Lleva usted este maldito barco sobre los hombros!». La frase del viejo Sócrates le volvía insistentemente al recuerdo y acabó haciéndole sonreír. «Muy bien —pensó—, si alguna vez me han necesitado es ahora». Y si esperaba un poco más, ya no habría modo de ponerlo de nuevo en circulación, aunque fuera por muy poco tiempo. Consiguió sentarse, a costa de un enorme esfuerzo que le hizo sudar copiosamente. Y en el momento en que ponía los pies en cubierta para empezar a levantarse, el *Ulysses* cabeceó profundamente. Rodó de nuevo y fue a dar contra una silla. Tardó muchísimo en volverse a incorporar y, por fin, ponerse en pie. Otro esfuerzo como aquél, pensó Vallery, le costaría la vida.

Y luego, había que contar con aquella formidable puerta, pesadísima, de acero. Tenía que abrirla, fuera como fuese, y sabía que le sería imposible hacerlo. Pero, contra toda lógica, bastó que apoyara ligeramente la mano en la manecilla de la puerta para que ésta cediera suavemente y, de pronto, se encontró azotado por el viento bajo cero que se le metía en los pulmones y se los desgarraba. La fuerza del viento hizo que se tambaleara.

Miró a proa y a popa. Vio que el fuego estaba casi apagado tanto en el *Stirling* como a popa del propio *Ulysses*. Gracias a Dios por esto, al menos. Junto a él, dos hombres habían acabado de arrancar la puerta de la cabina del Asdic y trataban de ver dentro ayudándose con una linterna. Pero Vallery no podía fijar la atención ni un

momento. Volvió la cabeza, tendió las manos al aire, tambaleándose y logró sujetarse en la puerta de la plataforma de la aguja.

Turner lo vio y se precipitó hacia él acompañándolo luego hasta su silla.

—No tiene usted derecho a estar aquí, señor —le dijo—. ¿Cómo se encuentra usted?

—Ahora estoy mucho mejor, gracias. —Vallery sonrió y añadió—: Ya sabe usted que nosotros, los Contralmirantes, tenemos nuestras responsabilidades. Comandante, ha llegado el momento de que empiece a ganarme mi principesco sueldo.

—¡Ustedes, atrás! —gritó Carrington—. A la timonera, o suban por esa escala. Nosotros, vamos a echarle una ojeada a esto.

Estuvo observando el pesado cobertor de la escotilla y nunca se había dado cuenta de la enorme masa de acero que lo formaba. Entreabierto, no más de tres centímetros, reposaba sobre una barra. Vio la polea inutilizable y, apoyado contra la timonera, el formidable contrapeso.

Entre Carrington y un marinero intentaron levantar el cobertor de la escotilla. Se pusieron rojos con el esfuerzo, pero no consiguieron mover la masa de acero. Lo admirable es que alguien hubiera logrado levantarla esos tres centímetros. De todos modos, por muy cansados que estuvieran, dos hombres de sus fuerzas debían haber levantado el cobertor. Lo más seguro es que los goznes estuvieran descentrados o la cubierta abarquillada. En tal caso, de nada iba a servir una polea con aparejo.

Carrington se arrodilló y pegó la boca al borde abierto de la escotilla:

—¡Oigan, ahí abajo! ¿Me oyen?

—Sí, le oímos. —La voz llegaba muy lejana y débil—. ¡Por amor de Dios, sáquenlos de aquí!

—¿Es usted, Brierley? No se preocupe, le sacaremos en seguida. ¿Cómo está ahí el agua?

—¿Agua? ¡Lo que hay aquí es aceite, mucho más aceite que agua!

—Pero, ¿a qué nivel?

—Tres cuartas partes. Estamos de pie sobre los generadores, y agarrados al cuadro de distribución. Uno de nuestros chicos se nos ha ido ya. No hemos podido sostenerlo. —A pesar de lo apagada que llegaba la voz, se percibía perfectamente la terrible desesperación de aquel hombre—. ¡Por amor de Dios, dense prisa!

Carrington comprendía muy bien cómo podía apoderarse el pánico del que se encuentra en semejantes condiciones, pero su voz era seca y autoritaria:

—¡He dicho que los vamos a sacar muy pronto! ¿Pueden ustedes empujar desde dentro?

—En la escala sólo puede estar uno —gritó Brierley—. Es imposible empujar desde nuestra posición. —Siguió un repentino silencio y luego unos terribles tacos.

—¿Qué pasa? —gritó Carrington.

—Nos cuesta mucho trabajo sostenernos. Hay aquí unas olas de medio metro. Hemos perdido de vista a uno de nuestros hombres. Ahora parece que sale otra vez. No vemos nada aquí dentro.

Carrington oyó unos pesados pasos a su lado. Era Petersen. En aquel espacio tan reducido, el rubio noruego parecía aún más gigantesco. Carrington observó un instante su enorme corpulencia y las manazas que colgaban a sus costados sosteniendo, como si fueran bastoncillos, tres pesadas palancas y un imponente martillo. Carrington, de pie junto a él, le miró a sus serios ojos de un azul asombrosamente claro y en seguida se sintió lleno de confianza.

—No podemos abrir esto, Petersen. ¿Podría hacerlo usted?

—Lo intentaré, señor. —Dejó a un lado las herramientas, se inclinó, agarró el extremo de la barra que asomaba por debajo del cobertor de acero y tiró de ella sin aparente esfuerzo. Se entreabrió un poco más, muy poco, pero volvió a inmovilizarse mientras la barra se doblaba casi en ángulo recto.

—Creo que los goznes no funcionan, señor —dijo Petersen tranquilamente. Entonces, después de un breve examen de los goznes, empezó a darles unos golpes con el macho. Al tercero, se le rompió el martillo. Petersen lo tiró con gesto despectivo y cogió la más pesada de las palancas que había llevado. También esta vez se dobló la barra pero la escotilla se abrió un poco más. Cogiendo un nuevo macho, hasta que se le rompió, y luego otro, Petersen estuvo martilleando de nuevo sobre los goznes. Después, metió las dos últimas barras que le quedaban y tiró de ellas a la vez. Jadeaba y empezó a sudar. Le temblaba todo el cuerpo bajo el titánico esfuerzo. Entonces, lenta e increíblemente, las dos barras a la vez empezaron a doblarse.

Carrington contemplaba, fascinado, aquel espectáculo. Nunca había visto nada ni remotamente parecido a esto y estaba seguro de que nadie lo había visto tampoco. Ninguna de aquellas dos barras podría haberse doblado a no ser con la presión de media tonelada. Era fantástico, pero cierto. Bajo el inverosímil esfuerzo del gigante, se doblaban más a cada instante. Entonces, tan inesperadamente que todos dieron un brinco, el cobertor de la escotilla se abrió unos treinta centímetros y Petersen salió despedido contra el mamparo. Las barras se le cayeron de las manos y fueron a parar abajo, al agua.

Petersen, con un gesto feroz de tigre, se lanzó de nuevo contra la masa de acero, como si lo hiciera contra un enemigo y, agarrándola por el borde, al quinto intento, el cobertor saltó con un terrible crujido del torturado acero y fue a quedar apoyado en el soporte vertical que había detrás. Ya estaba abierta la escotilla. Petersen permanecía allí sonriente empapado de sudor y respirando a grandes bocanadas.

El nivel del agua en la centralilla de fuerza núm. 2 llegaba a unos sesenta centímetros de la escotilla; a veces, cuando el *Ulysses* acusaba un balanceo mayor, el agua salía y barría el suelo de arriba. En seguida sacaron a los hombres que estaban empapados en aceite de los pies a la cabeza, con los ojos cegados —pues tenían como engomados los párpados— y a punto de desmayarse. Tres de ellos estuvieron a punto

de resbalar por la escala abajo, pero Petersen alargaba el brazo y los iba pescando uno a uno como si hubieran sido niños.

—¡Que lleven estos hombres a la enfermería en seguida! —gritó Carrington—. Y a usted, Petersen, lo felicitaremos todos en cuanto haya un momento libre. Ahora tenemos todavía mucho quehacer. Hay que cerrar la escotilla. Ha de quedar bien encajada.

—Será difícil, señor —dijo Petersen.

—Difícil o no, *hay que hacerlo*. El timón de emergencia está destrozado. Si se nos inunda la timonera, estamos perdidos.

Nada replicó Petersen. Quitó la aldaba que sujetaba al cobertor de la escotilla cuando estaba levantado y después de varios intentos infructuosos para cerrar desde fuera, le dijo Carrington:

—Si la pudiéramos cerrar desde dentro... Hasta yo sería capaz de hacerlo. Dentro de unos minutos será imposible cerrarla con la presión del agua.

Petersen, en cuclillas junto al cobertor, miraba la oscuridad que empezaba a sus pies.

—Tengo una idea, señor —dijo por fin—. Si dos de ustedes se suben sobre el cobertor de espaldas a mí y empujan contra la escala... Sí, así, señor...

Carrington empujaba con todas sus fuerzas contra el primer peldaño de hierro de la escala. De pronto oyó un golpe metálico y el ruido de algo que caía en el agua y volvió la cabeza con el tiempo justo para ver una mano agarrada a una barra que desaparecía por el borde del cobertor de la escotilla. Ni señal de Petersen. Como tantos hombres de enorme corpulencia, Petersen era de movimientos felinos. Se había deslizado por la abertura sin un sonido.

—¡Petersen! —gritaba Carrington, arrodillado junto a la escotilla—. ¿Qué diablos hace usted? ¡Salga de ahí! ¿Es que quiere ahogarse?

No hubo respuesta. Abajo había un silencio completo, un silencio intensificado por el suave murmullo del agua aceitosa. De pronto se rompió este silencio por unos martillazos de metal contra metal y luego por un chirrido al caer el cobertor unos quince centímetros. Antes de que Carrington tuviera tiempo de pensar, la tapa de acero descendió varios centímetros más. Desesperadamente, el Primer Teniente metió una palanca por la abertura, pero en el mismo instante el gran cobertor de acero cayó del todo sobre ella. Carrington pegó su boca a la rendija que quedaba y gritó:

—Por amor de Dios, Petersen, ¿está usted loco? ¿Por qué se ha metido ahí? ¡Abra usted! ¡Abra en seguida!

—No puedo —su voz sonaba y se apagaba conforme el agua descubría y volvía a cubrir la cabeza del fogonero—. No quiero. Usted mismo dijo que no había tiempo. Había que hacerlo desde aquí dentro.

—Pero mi intención no era...

—Lo sé. De todos modos, no importa. —Era ya casi imposible entender sus palabras—. Díganle al Capitán Vallery que Petersen siente muchísimo... Ayer intenté

decírselo al Comandante...

—Dice usted que lo siente... Pero, hombre, ¿qué tiene usted qué sentir? —Carrington, como un loco, tiraba inútilmente de la barra de hierro que hacía de palanca. La enorme tapa de acero no se movía ni un milímetro.

—El soldado de infantería de Marina que murió en Scapa Flow... No quise matarlo... Pero es que me sacó de quicio y no supe lo que hice... ¡Maté a mi amigo!

Carrington dejó de esforzarse con la palanca. ¡Petersen! Claro, ¿quién, si no, iba a poder estrangular a un hombre con esa facilidad? Petersen, el forzudo escandinavo, que de la noche a la mañana se había convertido en un gigante serio, terriblemente serio, que recorría a todas horas el barco sin que nadie le hubiera visto sonreír más y que nunca dormía. Con una súbita iluminación interior, Carrington vio del modo más claro lo que torturaba a aquel hombre sencillo y bueno, capaz, sin embargo, de matar a un buen amigo suyo en un arrebato.

—Escuche, Petersen —siguió gritándole por la rendija—. No me importa en absoluto lo que pueda usted haber hecho. Le prometo que nadie lo sabrá nunca. Por favor, Petersen, sólo tiene usted que...

—No; le aseguro que es mejor así. —La apagada voz revelaba una extraña alegría—. No está bien matar a un hombre... No se vive a gusto cuando se ha hecho eso... Por favor, dígame usted a mi Capitán que Petersen está arrepentido, que está avergonzado de lo que ha hecho... Y esto lo hago por mi Capitán... —De pronto, la palanca que sostenía entreabierto el cobertor de acero se le fue a Carrington de las manos. Petersen le había dado un tirón desde abajo. Durante un minuto, la caseta de derrota resonó con los golpes metálicos que daba el noruego desde abajo, ya definitivamente encerrado. Luego cesó todo ruido a no ser el murmullo del agua fuera de la timonera y los chirridos del timón, dentro, conforme el *Ulysses* rectificaba su rumbo.

Vallery había conectado el *pick-up* con el sistema de amplificadores, su distracción cuando no era necesario el silencio. Ahora la música sonaba por encima del ronroneo de las máquinas y una voz suave y agradable se entremezclaba con los cien motores eléctricos.

Casi invariablemente, el repertorio era estrictamente clásico popular. Es decir, Bach, Beethoven, Tchaikovski, Lehar, Verdi, Delius... El «Claro de Luna», «El vals de los patinadores», «El Alster a la luz de la Luna», etc... La dotación del *Ulysses* no se cansaba de oír estas cosas. «Ridículo, imposible», piensan los que equiparan el gusto musical de los marineros con la idea que tiene la gente de su ética y su moral. Pero es que esa misma gente nunca ha presenciado con qué silencio de catedral escuchan los marineros de un gran portaaviones, en Scapa Flow, el mágico violín de un Yehudi Menuhin. Esa música borra de las mentes de un millar de hombres las angustias del último convoy y las urgentes tareas que les reserva la realidad.

Ahora cantaba una muchacha. Era Diana Durbin, que interpretaba «Bajo las luces del hogar», la más nostálgica de todas las canciones, una canción como para partirle el corazón a los que viven en el peligro, muy lejos de sus casas. En las cubiertas y debajo de ellas, inclinados sobre las grandes máquinas, o acurrucados junto a los cañones, escuchaban la adorable voz que invadía los oscuros rincones del barco, a través de los copos de nieve que incesantemente caían, y, volviendo sus mentes hacia adentro, pensaban en sus hogares y en el horrible contraste entre aquello y esta realidad que vivían... y lo que aún les esperaba. De pronto, cuando iba por la mitad, la canción se interrumpió bruscamente.

—¿Oyen ustedes? —tronaban los altavoces—. ¿Me oyen? Aquí... aquí habla el Comandante. —Era una voz profunda y vacilante. Ni un solo hombre de la dotación dejaba de prestarle una dolorosa atención—. Tengo que darles una mala noticia. —Turner hablaba con calma y lentamente—. Lo siento muchísimo. —Se interrumpió y prosiguió, aún con mayor lentitud—. El Capitán Vallery ha muerto hace cinco minutos. —El altavoz estuvo unos segundos silencioso y volvió a sonar—. Murió en el puente, sentado en su silla. Sabía que se estaba muriendo y no creo que haya sufrido en absoluto... Insistió... insistió en que les agradeciese a ustedes en su nombre lo bien que se han portado prestándole toda la ayuda que han podido. «Dígales usted», éstas fueron sus palabras, «dígales que, a no ser por la cooperación de todos mis hombres, me habría sido imposible traer el barco hasta aquí, dígales que son la mejor dotación que Dios haya dado nunca a un Capitán». Y luego dijo, fue lo último que dijo: «Pídales usted que me perdonen. Porque, después de todo lo que han hecho por mí..., pues, en fin, quiero que sepan que me duele en el alma dejarlos así, abandonarlos en estos momentos tan duros». Eso fue cuanto dijo. Eso: que lo sentía muchísimo. Y en seguida murió.

XVI

EL SÁBADO POR LA NOCHE (II)

Richard Vallery había muerto. Murió apesadumbrado por la idea de que abandonaba su barco en el momento más peligroso, que dejaba sin dirección a sus hombres. Pero no debía haberse preocupado tanto, pues la dotación del *Ulysses* iba a estar muy poco tiempo separada de su Capitán. Antes del alba, centenares de hombres habían muerto, como él, en los cruceros, en los destructores y en los barcos mercantes. Y no murieron, como tanto habían temido, por los cañonazos del *Tirpitz* —otro tétrico parecido con la odisea del PQ17—, pues el *Tirpitz* ni siquiera salió de Alta Fjord. Murieron, ante todo, porque el tiempo había cambiado.

Richard Vallery había muerto y con su muerte los hombres del *Ulysses* experimentaron un gran cambio. Cuando Vallery murió, otras cosas se extinguieron también, porque el Capitán se llevó consigo esas cosas. Se llevó el valor, la cordialidad, la inquebrantable fe, la resistencia increíble, la paciencia y la comprensión... todas aquellas cosas que le habían caracterizado en vida. Pero lo extraordinario era que al *Ulysses* ya no le importase tal pérdida. La dotación del *Ulysses* no necesitaba ya del valor ni de sus derivados, pues ya no tenían miedo a nada.

Vallery había muerto y ellos no habían sabido lo mucho que lo querían y lo respetaban hasta que lo perdieron. Entonces supieron que algo maravilloso, algo que se había convertido en una parte perdurable de sus espíritus y sus recuerdos, algo infinitamente bueno y hermoso había desaparecido y nunca podrían volverlo a tener. Por eso estaban como locos de pena. Y, en la guerra, un hombre enloquecido por la pena es el peor enemigo imaginable. Para un hombre en esas condiciones, no existen ya el miedo, la prudencia, ni el dolor físico... Vive sólo para golpear a ciegas al enemigo, para destruir, por el medio que sea, al causante de su pena. Con razón o sin ella, el *Ulysses* nunca pensó en atribuir la causa de la muerte de su Capitán más que al enemigo. Para ellos no había más que la aflicción y un odio ciego. Nicholls había llamado una vez fantasmas a estos hombres y ahora el *Ulysses* era un barco en manos de unos fantasmas que recorrían incansablemente las cubiertas, sobre la nieve y el hielo, viviendo como autómatas, sólo para la venganza.

El tiempo cambió precisamente al terminar la guardia de media. La mar no cambió, pero el viento amainó y con esto desaparecieron las tinieblas hacia el sur, al acabar la nevada que envolvía al convoy. Hacia las cuatro de la madrugada estaba el cielo completamente despejado.

Aquella noche no había luna, pero sí estrellas que relucían como cristales helados

por la brisa que soplaba incesantemente del norte.

Entonces, de un modo imperceptible, empezó a cambiar el cielo. Primero fue sólo una leve claridad en el horizonte norte. Luego, lentamente, una franja de luz se fue ensanchando, alzándose un poco más a cada minuto por encima del horizonte sur. Después, esa franja vibrante de luz pareció reproducirse en otras paralelas a ella, y sus colores eran delicadísimos, como pintados al pastel, en los más finos matices azules, verdes y violetas, pero predominando el blanco. Esas tiras luminosas horizontales no dejaban de aumentar en tamaño y brillantez. Al alcanzar su momento culminante, una ancha faja de luz blanca se extendió por encima del convoy, de horizonte a horizonte... Era la Aurora Boreal, que siempre es un bellissimo y maravilloso espectáculo, pero esa noche adquiría un esplendor inusitado. Abajo quedaban los barcos del convoy, perfectamente iluminados sobre el tenebroso mar encrespado. Y los hombres miraban las luces y las odiaban.

En el puente del *Ulysses*, Chrysler —el de la vista infalible y el oído supersensible— fué el primero en oírlo. Y no tardaron todos en oír también el lejano e intermitente ronroneo de un «Cóndor» que se aproximaba por el sur. Pronto comprendieron que el «Cóndor» no seguía acercándose, pero fue una esperanza muerta apenas nacida. Ahora no había error: un «Cóndor Focke-Wulf» llegaba en vuelo ascendente. El Comandante se volvió, con gesto cansado, hacia Carrington.

—Sí, es «Charlie» —dijo, sombrío—. Ese hijo de perra nos ha localizado. Ya habrá comunicado por radio nuestra posición a Alta Fjord y me apuesto lo que usted quiera a que va a lanzar de un momento a otra una bengala a tres mil metros. Esa luz la verán a cincuenta millas a la redonda.

—Nunca apuesto para perder, Comandante. Tiene usted toda la razón. Y luego, ¿no cree usted que lanzará unas cuantas bengalas a unos seiscientos metros?

—Exactamente —dijo Turner—. Piloto, ¿a qué distancia supone usted que estamos de Alta Fjord? Quiero decir, en horas de vuelo.

—Para un avión de doscientos nudos, poco más de una hora —dijo el Kapok Kid, tranquilamente. Había perdido su característica exaltación. Desde la muerte de Vallery hacía dos horas, andaba sombrío y apagado.

—¡Sólo una hora! —exclamó Carrington—. Así que dentro de una hora estarán aquí. Hasta ahora no nos habían bombardeado ni torpedeado de noche. Pero esta vez vienen a acabar con nosotros. Tampoco hemos tenido encima al *Tirpitz* hasta ahora...

—El *Tirpitz* —interrumpió Turner—. ¿Dónde diablos está ese barco? Ya ha tenido tiempo de sobra para alcanzarnos... Sí, sí, ya sé que hemos alterado el rumbo —añadió para contestar a la objeción que Carrington intentaba hacer—, pero con su velocidad nos habría descubierto ya... ¡Preston! —le gritó al suboficial de señales—. ¿Está usted dormido, hombre? ¿No ve que ese barco nos está llamando?

—Lo siento, señor. —Preston, poniéndose en pie trabajosamente, levantó su Aldis e hizo la señal de dispuesto. La luz del mercante empezó de nuevo a guiñar furiosamente.

—«Graves averías en las máquinas. Tendremos que moderar velocidad» —fue leyendo Preston.

—¿Qué barco es ése? —preguntó Turner.

—El *Ohio Freighter*, señor.

—Dígale esto: «Esencial mantener velocidad y posición». Vaya una ocasión para una avería en las máquinas... Piloto, ¿cuándo es la cita con la flota?

—Exactamente dentro de seis horas, señor.

—Quizá sean seis horas —dijo Turner apretando los labios.

—¿Quizá, señor? —se extrañó Carrington.

—Sí, porque depende del tiempo. El Comandante general no arriesgará barcos fundamentales tan cerca de la costa si no cuenta con una buena cobertura aérea. Y si quiere usted saberlo: ésa es la razón por la cual no ha zarpado todavía el *Tirpitz* de su base. Algún submarino le habrá comunicado que nuestros portaaviones han puesto rumbo sur. Estará esperando a que el tiempo se ponga a su favor... ¿Qué está diciendo ahora, Preston? —Se refería al mismo mercante. La lámpara del *Ohio* estaba comunicando.

—«Inevitable aminorar velocidad —dijo Preston—. Avería muy grave. Disminuyo velocidad».

—Ya lo vemos —dijo Carrington con toda calma—. No tiene salvación, señor, a no ser que... —Comprendió, al mirar a Turner, que éste quizá estaba pensando en lo mismo que él...

—¿A no ser qué? ¿Que le dejemos un barco de escolta? ¿Y cuál le vamos a dejar? ¿Acaso el *Viking*, la única unidad eficaz que nos queda? —MoviÓ la cabeza a la vez que tomaba lentamente su decisión—. Tenemos que lograr la mayor ventaja posible para el mayor número que podamos. Así ha de ser. Preston, comuníqueme esto: «Lamentamos no poderle dejar escolta. ¿Cuánto tardarán en las reparaciones?».

La bengala se encendió en el momento en que Preston se disponía a hacer funcionar de nuevo su Aldis. Se encendió directamente sobre el FR77. Era difícil calcular la altitud. Probablemente de seis a ocho mil pies. Pero a esa altitud no era más que un punto luminoso contra la banda verde de la Aurora Boreal que se arqueaba majestuosamente allá arriba. Pero el paracaídas descendía rápidamente y a cada instante aumentaba su luminosidad.

El altavoz de la radio empezó a llamar:

—Radio-puente... Radio-puente... Mensaje del *Sirrus*: «Tres supervivientes muertos. Muchos muertos o gravemente heridos. Urgente asistencia médica. Repito: necesitamos urgente asistencia médica». El altavoz se calló cuando el *Ohio* empezaba a transmitir su respuesta.

—Envíen al Teniente Nicholls —ordenó Turner—. Díganle que venga al puente en seguida.

Carrington miró el espantoso estado de la mar. La proa del *Ulysses* se hundía pesadamente a cada cabezada.

—¿Va usted a arriesgarlo, señor?

—Debo hacerlo. Y usted haría lo mismo, Número Uno... ¿Qué dice el *Ohio*, Preston?

—Comprendido. Nos las arreglaremos como podamos. *Au revoir*.

Turner quedó pensativo. Luego dijo:

—Si alguien me dice que los marinos norteamericanos no tienen riñones, le romperé la boca. Preston, envíe esto: «*Au revoir*. Buena suerte». —Se frotó la frente con la palma de la mano. Señaló el refugio donde aún yacía el cadáver de Vallery y se subió a la silla alta—: Se pasó muchos meses tomando decisiones como ésta que yo acabo de tomar... No me extraña que se haya... Número Uno, me siento como un asesino.

Nicholls entró en ese momento.

—Ah, es usted, Nicholls. Tengo un trabajito para usted, muchacho. No puedo permitir que se pasen ustedes, los medicuchos, los días enteros sin hacer nada. —Interrumpió con una risita la protesta que —también en broma— iniciaba Nicholls—. Ya sé, ya sé, hombre. Y ¿cómo van las cosas en el frente, médico? —preguntó ya en serio y con interés.

—Hemos hecho cuanto hemos podido, aunque, la verdad, apenas había ya nada que hacer —dijo Nicholls con voz de gran cansancio. Tenía el rostro extremadamente demacrado—. Nos faltan medicinas y apenas nos quedan vendas. No hay ya anestésicos, aparte del que tenemos en el botiquín de emergencia. El Comandante-Médico se niega a tocarlo.

—Bueno, bueno... Y usted, ¿cómo se encuentra, muchacho?

—Horriblemente.

—Lo creo. No hay más que verle la cara... Nicholls, lo siento muchísimo, puede usted creerme, pero no tengo más remedio que enviarle a usted al *Sirrus*.

—Sí, señor —dijo Nicholls, sin manifestar sorpresa alguna. Le había sido muy fácil adivinar para qué lo llamaba el Comandante. Sólo preguntó—: ¿Ahora?

Turner afirmó con la cabeza. Su enjuto rostro de facciones duras, cejas enmarañadas y ojos hundidos, quedaba ahora bien visible a la luz de la bengala, cuya intensidad crecía al descender en su paracaídas. Un rostro como para no olvidarlo en la vida.

—¿Qué cantidad de material debo llevar conmigo, señor? —preguntó Nicholls.

—El botiquín de emergencia y nada más. No viaja usted en «Pullman», muchacho.

—¿Puedo llevarme mi cámara, mis películas?

—Bueno —y Turner sonrió levemente—. Supongo que no quiere usted perder la ocasión de fotografiar los últimos instantes del *Ulysses*, ¿verdad? No olvide que el *Sirrus* está como un colador. Piloto, avise al *Sirrus* que abarloee para recoger al Teniente-Médico. Lo enviaremos por andarivel.

En ese momento se presentó Brooks, tambaleándose. Como todos los hombres

del barco, estaba muerto de pie. Pero sus ojos azules le brillaban con más intensidad que nunca.

—Tengo espías por todas partes —dijo—. ¿Qué es eso de que el *Sirrus* nos rapta a nuestro joven Nicholls?

—Lo siento, viejo —se disculpó Turner—. Parece ser que las cosas andan mal en el *Sirrus*.

—Ya. —Brooks tembló con un escalofrío. Miró al cielo—. Muy bonito, muy bonito. ¿Para qué son esas iluminaciones de feria?

—Esperamos visita —dijo Turner con una retorcida sonrisa—. Es una antigua costumbre, oh, viejo Sócrates, poner luces en las ventanas y lo mejor que se tenga. —De pronto sus facciones se atirantaron—. La visita está ya ahí.

Sus últimas palabras quedaron ahogadas en una terrible explosión. Turner la esperaba porque había visto subir de la proa del *Ohio* un fino estilete de fuego. El sonido había tardado cinco o seis segundos en llegar hasta ellos, pues el *Ohio* estaba a una milla a estribor, pero claramente visible con la iluminación de la Aurora Boreal, que había traicionado al mercante, allí parado, dejándolo a merced de un submarino errante.

El *Ohio Freighter* no siguió visible mucho tiempo. Aparte del momento del impacto, no hubo humo ni llamas ni más ruidos. Con toda seguridad, debió de partirse el casco, y llevaba un gran cargamento de tanques y municiones. El final del *Ohio* tuvo una impresionante dignidad. Se hundió rápida y discretamente. En tres minutos había desaparecido.

Fue Turner el que rompió el pesado silencio del puente.

—*Au revoir* —murmuró sin dirigirse a nadie en concreto—. *Au revoir*, eso fue lo que dijo... —Movié la cabeza con irritación y tocó en el brazo al Kapok Kid... Dígame al *Viking* que se sitúe encima de ese submarino hasta que nos alejemos.

—¿Cómo va a terminar todo esto? —dijo Brooks.

—¡Sabe Dios! ¡Cómo odio a esos asesinos! —masculló Turner—. Sí, ya sé, ya sé que también nosotros lo hacemos... pero a mí que me den algo que se pueda ver, algo contra lo que se pueda luchar, algo...

—Pues al *Tirpitz* podrá usted verlo perfectamente —replicó Carrington, secamente—. Según parece, es lo bastante grande como para no pasar inadvertido.

Turner lo miró y de pronto sonrió. Dio unas palmadas a Carrington en la espalda y se quedó contemplando el cielo y preguntándose cuándo caería la próxima bengala.

—¿Tienes un momento libre, Johnny? Me gustaría hablarte —dijo el Kapok Kid en voz baja.

—Desde luego —respondió Nicholls, sorprendido—. Por lo menos dispongo de diez minutos, hasta que el *Sirrus* se acerque. ¿Qué sucede, Andy?

—Sólo un momento —y el Kapok Kid se dirigía ahora al Comandante—. ¿Me

permite ir a la caseta de derrota, señor?

—Muy bien, vaya —dijo Turner, sonriendo.

El Kapok Kid cogió a Nicholls del brazo y le llevó a la caseta de derrota, encendió la luz y sacó el tabaco. Miró fijamente a Nicholls mientras encendían los cigarrillos.

—¿Sabes una cosa, Johnny? —dijo de pronto—. Creo que tengo sangre escocesa en mis venas. Esta noche me siento raro. Nunca he tenido esta sensación en mi vida.

—¡Qué tontería! Eso no es más que una indigestión. —Nicholls trataba de burlarse del estado de ánimo del otro, pero estaba preocupado.

—Nada de eso —dijo Carpenter—. Apenas he comido estos dos días. Estoy perfectamente, Johnny. —A Nicholls le impresionaba la seriedad del Kapok Kid, su voz emocionada, tan insólita en él.

—No volveré a verte —prosiguió Carpenter en voz baja—. ¿Quieres hacerme un favor?

—¡No digas tonterías! ¿Cómo demonios piensas...? —se indignó Nicholls.

—Guárdate esto. —El Kapok Kid había sacado un pedazo de papel—. ¿Puedes leerlo?

—Sí, lo leo muy bien. —A Nicholls se le había pasado su irritación. En la cuartilla había un nombre y una dirección. El nombre de una muchacha y una dirección de Surrey—. De manera que se llama así... —murmuró Nicholls—. Juanita... Juanita. —Lo pronunció cuidadosamente y bastante bien, en español—. Mi canción favorita y mi nombre preferido —dijo como para sí.

—Sí, ¿de verdad te gusta, Johnny? También es mi nombre preferido... Pues bien, si no nos vemos... quiero decir, si las circunstancias... ¿irás a visitarla?

—Pero, ¿de qué me estás hablando? —Medio en serio medio en broma, Nicholls dio unas palmadas a Carpenter en el pecho—. Con este traje tan formidable, puedes ir nadando desde aquí a Murmansk. Tú mismo lo has dicho un centenar de veces.

—Sí, ya lo sé... pero, ¿irás a verla, Johnny?

—¡Si, sí, iré, hombre, maldita sea nuestra suerte! Y ya es hora de que vaya a otro sitio. Vamos. —Y Nicholls apagó la luz, abrió la puerta y, en seguida, volviéndola a cerrar con cuidado, encendió de nuevo la luz. El Kapok Kid no se había movido. Miraba fijamente a Nicholls.

—Lo siento, Andy. No sé por qué me he portado... —dijo Nicholls cordialmente.

—Son cosas del temperamento —le interrumpió alegremente Carpenter—. ¡Siempre te ha molestado que yo tuviera razón y tú estuvieras equivocado!

Nicholls contuvo la respiración y luego le tendió la mano a Carpenter.

—Mis mejores deseos, Vasco —le dijo con un esfuerzo por sonreír—. Y no te preocupes. La veré, te lo prometo... Juanita... ¡Pero si te encuentro allí —le amenazó cómicamente con el dedo—, entonces te...!

—Gracias, Johnny. Muchísimas gracias. —El Kapok Kid era casi feliz—. Buena suerte, muchacho... *Vaya con Dios*^[17], esto es lo que ella me decía siempre... *Vaya*

con Dios.

Treinta minutos después, Nicholls estaba operando en el *Sirrus*.

Eran las 0445. Hacía un frío espantoso, con un viento ligero constante que soplaba del norte. La mar estaba más revuelta que nunca. De cada cresta a la siguiente, había más distancia que nunca y el abismo entre ellas era más hondo. El cielo tenía una maravillosa pureza y las estrellas habían reaparecido, pues la Aurora Boreal se estaba desvaneciendo. La quinta bengala —pues ya iban cinco— caía hacia el mar.

Eran las 0445 cuando oyeron el distante ruido de cañoneo, hacia el sur —quizás un minuto después de haber visto un brillante resplandor en el horizonte. No podía caber la menor duda sobre lo que estaba sucediendo. El *Viking*, aún en contacto con el submarino, estaba siendo atacado a placer. Y el ataque debió de ser rápido y eficaz, pues el cañoneo cesó poco después de haberse iniciado. No se tuvo ningún mensaje. Nadie supo nunca lo que le había ocurrido al *Viking*; no hubo supervivientes.

Apenas se había extinguido a lo lejos el último eco de los disparos del *Viking* cuando oyeron el ruido de los motores del «Cóndor». Durante cinco o diez segundos, el gran «Focke-Wulf» voló por debajo de la última bengala que había arrojado y desapareció. De repente, el cielo se iluminó con tal número de luces y tan intensas que dolían los ojos al mirarlas. Casi inmediatamente los bombarderos enemigos volaban sobre los barcos del convoy utilizando el círculo de luz, más claro que un mediodía de fuerte sol. La cronométrica colaboración entre los bombarderos y su vigía había sido perfecta.

La primera oleada la formaban doce aviones. No hubo, como la otra vez, concentración sobre un objetivo. No más de dos aparatos atacaban a un mismo barco. Turner, que los observaba desde el puente y veía cómo descendían sobre el *Ulysses* para volverse a elevar antes de que los cañones antiaéreos hubieran podido abrir fuego, se sintió mucho más abatido que nunca. Había algo terriblemente familiar en la velocidad, la silueta y el estilo de aquellos bombarderos. De pronto estuvo seguro: eran «Heinkels». ¡Dios mío, «Heinkels»! Y para colmo, «Heinkels III», que llevaban el arma más temida por Turner: la bomba deslizante.

De pronto, como si el Comandante hubiera apretado un mágico botón, todos los cañones disponibles del *Ulysses* abrieron fuego a la vez. El aire se llenó de humo, del acre olor de la cordita quemada. El estruendo era indescriptible. Y de repente, Turner se sintió ferozmente feliz, absurdamente dichoso... Que se fueran al infierno con sus bombas deslizantes, pensó. Ésta era la guerra que a él le gustaba: un enemigo bien visible, no el estúpido trabajo de tener que adivinar por dónde iban a atacar las «manadas de lobos». Ésta era la guerra abierta, en la cual podía ver al enemigo, odiarlo y amarlo y hacer todo lo posible por destruirlo. Turner estaba seguro de que la dotación del *Ulysses* lo destruiría esta vez. Era evidente el cambio que se había

operado en sus hombres. Sí, ahora ya eran sus hombres. No eran hombres que se preocuparan de sí mismos ni tenían ya miedo ni pensarían en otra cosa que en disparar y disparar contra el enemigo hasta vencerlo o hasta que el enemigo los aniquilase.

El «Heinkel» que iba en cabeza estalló en el cielo y fue la torre «X» la que lo destruyó, la torre «X», la de los soldados de infantería de Marina muertos, la misma torre que había acabado con aquel «Cóndor» y que ahora manejaba una dotación improvisada. El «Heinkel» que volaba detrás, se desvió forzosamente para evitar el choque con los restos incendiados del fuselaje y los motores. Pasó muy bajo a toda velocidad por encima de la proa del crucero, viró cuando estaba a babor y volvió sobre el barco. Los cañones antiaéreos no habían podido seguir este movimiento a tiempo. El «Heinkel» tuvo el tiempo justo para lanzar su bomba y huir frenéticamente mientras los Oerlikons y los *pom-pom* le disparaban todos a la vez. Escapó milagrosamente.

La bomba alada estaba muy alta, pero no lo bastante alta. Vaciló, descendió, se deslizó atrás y adelante por entre el humo de los disparos y por fin cayó sobre su blanco con una explosión tan terrible que sacudió al barco hasta la quilla. Todos los hombres del *Ulysses* estuvieron a punto de que les estallara el tímpano.

A Turner, que miraba hacia popa desde el puente, le pareció que el *Ulysses* no podría sobrevivir a este golpe. Él había sido oficial de torpedos y un experto en explosivos y podía calcular la fuerza destructora de una bomba. Nunca había estado tan cerca de una explosión tan devastadora. Siempre había temido estas bombas deslizantes, pero, aun así, no había podido imaginar su tremenda potencia. El impacto había sido dos o tres veces más fuerte de lo que él suponía.

Lo que Turner no sabía era que no había oído una explosión, sino dos, pero casi simultáneas, por lo que resultaban una sola. No había manera de distinguirlas. La bomba deslizante, por una caprichosa casualidad, había ido a caer sobre los tubos lanzatorpedos de babor. Sólo quedaba en ellos un torpedo, pues los otros dos habían sido utilizados para hundir al *Vytura*. Normalmente, el amatol, el explosivo empleado en la cabeza de los torpedos, es muy estable e inerte, incluso cuando se le somete a un choque violento, pero la bomba que había estallado junto a él era demasiado potente. La detonación por simpatía fue inevitable.

Los daños fueron graves y espectaculares, pero no fatales. La banda de babor del *Ulysses* se había abierto como con un gigantesco abrelatas, casi hasta el borde del agua. Los tubos desaparecieron. Las cubiertas quedaron astilladas y agujereadas; la chimenea, escorada a babor por lo menos en quince grados. Pero la mayor parte de la fuerza explosiva había ido hacia popa, perdiendo sus efectos en la mar después de dejar la cocina y la cantina, que ya estaban muy averiadas, convertidas en un montón de chatarra.

Casi antes de que el polvo y los destrozos de la explosión se sentaran, desaparecía el último de los «Heinkels» rozando las olas y serpenteando alocadamente para eludir

los proyectiles de los antiaéreos. De pronto quedó todo reducido al silencio mortal y la luz de las bengalas, las negras columnas de humo que ascendían del *Stirling* y un buque-tanque con su superestructura de popa casi desaparecida. Pero ni uno sólo de los barcos que quedaban en el FR77 se había detenido y habían destruido cinco «Heinkels». Una costosa victoria, si es que podía llamársele victoria. Pero sabía que los «Heinkels» volverían. No era difícil imaginar la furia del alto mando alemán en Noruega, su amor propio herido. Si Turner no se equivocaba, ningún convoy a Rusia había logrado hasta entonces llegar tan al norte.

El Jefe de máquinas se había quedado dormido sobre el hombro de Riley. Éste, procurando no moverse apenas, seguía engrasando el eje. Pero no pudo evitar despertarlo. Dodson abrió dificultosamente los párpados, que tenía como engomados.

—¡Santo Dios! —dijo con enorme cansancio—. ¿Todavía está usted aquí? —Era la primera vez que habían hablado desde hacía varias horas.

—Pues gracias a que estoy aquí —dijo Riley señalando el eje. Era injusto lo que le decía; Dodson y él se habían estado turnando para dormir cada uno media hora, mientras el otro engrasaba el eje. Pero se creía en la obligación de decir algo, aunque le era cada vez más difícil hablarle de un modo truculento al Jefe de máquinas.

Dodson sonrió, se aclaró la garganta y dijo:

—Parece que el *Tirpitz* lo está tomando con calma, ¿no cree usted?

—Sí, señor. Hace mucho tiempo que debía de estar aquí.

—¿Me quiere usted traer más café, Riley? Estoy seco.

—No —dijo Riley rudamente—. Vaya usted a buscarlo.

—Se lo pido como un favor, Riley. Tengo una sed horrorosa.

—Bueno, qué se le va a hacer. —El fogonero se puso dificultosamente en pie—. Y, ¿dónde lo encontraré?

—En la cámara de máquinas hay todo el que usted quiera. Si lo que beben allí no es agua helada, es café. A mí el agua helada no se me apetece ahora.

Dodson tembló. Riley cogió el termo y se alejó dando tumbos por el callejón. Pero, a los pocos pasos, ambos sintieron las sacudidas del *Ulysses* a consecuencia del retroceso del armamento pesado. Ellos no lo sabían, pero era el comienzo del ataque aéreo.

Dodson se apoyó en el túnel y vio que Riley hacía lo mismo. Pero éste sólo se detuvo un momento. En seguida salió corriendo, cayéndose y levantándose a cada momento. Dodson pensó que en aquella carrera había algo grotescamente familiar. Riley parecía un gigantesco cangrejo preso del pánico. Esta palabra —*pánico*— sobresaltó a Dodson con sólo pensarla. «Eso es, el pobre Riley está actuando bajo la presión del pánico».

Todo el túnel vibró de nuevo, con más violencia esta vez. «Debe de ser la torre “X”, que está casi directamente encima», pensó Dodson. «No, no puedo culpar de

nada a Riley. Gracias a Dios que se ha marchado ya. No lo volveré a ver». Sonriendo, se recostó en la pared del túnel, esperando el descanso definitivo. Pero lo único que sentía era una inmensa desilusión.

Riley volvió unos momentos después; increíblemente pronto. Traía un termo nuevo, mayor que el anterior, y dos tazas. Jadeante, se sentó junto a Dodson y le sirvió una taza de café hirviendo.

Dodson lo miraba irritado:

—¿Por qué ha vuelto usted? No quiero que esté aquí, se lo he dicho cien veces...

—Usted me dijo que quería café —le replicó Riley con malos modos—. Así, que bébaselo.

En aquel instante, la explosión de los tubos lanzatorpedos resonó espantosamente, con una fantástica vibración, en el siniestro túnel, y los dos hombres cayeron el uno junto al otro. La taza de café se derramó sobre la pierna de Dodson. Sus reacciones eran tan lentas, su mente se hallaba tan cansada, que lo primero que pensó, aunque parezca mentira, fue en el condenado frío que hacía en el túnel de ejes. El café hirviendo le había calado la ropa, pero no podía sentir el calor ni la humedad. Tenía las piernas insensibles, muertas por debajo de las rodillas. Movi6 la cabeza y miró a Riley:

—¿Qué diablos era eso? ¿Qué pasa?

—No tengo ni idea —respondió el fogonero—. No me detuve a preguntar. —Estaba soplando el café, que aún no podía beber de tan ardiendo como estaba, tranquilamente, como el que por fin se puede permitir un lujo. De pronto, le asaltó un pensamiento feliz y se le iluminó la cara de contento, si es que aquella cara podía dejar de parecer feroz.

—Quizá sea el *Tirpitz* —dijo esperanzado.

Tres veces más durante aquella terrible noche, las escuadrillas alemanas despegaron del aeródromo de Alta Fjord y pusieron rumbo norte-noroeste en la durísima noche ártica, en busca de los restos del convoy FR77. La búsqueda no era difícil, pues el Focke-Wulf los acompañó continuamente sin que los antiaéreos pudieran acabar con él. Parecía tener una interminable provisión de aquellas mortíferas bengalas —mortíferas como deladoras— y probablemente no llevaba más que bengalas. Los bombarderos se limitaban a seguir la indicación de las luces.

El primer asalto —a eso de las 0545— fue un ataque ortodoxo, a unos novecientos metros. Podían ser «Dorniers», pero no era posible identificarlos con seguridad porque volaban muy altos por encima de tres bengalas muy próximas ya a la superficie del mar. Este ataque fue casi un fracaso para los alemanes. Se notaba que no ponían en él un gran entusiasmo, cosa comprensible, pues la barrera de fuego antiaéreo era muy intensa. De todos modos, lograron dos buenos impactos: uno en un mercante, volándole casi todo el castillo de proa, y el otro en el *Ulysses*. La bomba se

hundió por la cabina de día del Almirante y fue a estallar en la enfermería, que estaba abarrotada de heridos y enfermos. Para muchos de ellos, aquella bomba fue una bendición, pues hacía mucho tiempo que el *Ulysses* carecía de anestésicos. No hubo supervivientes. Entre los muertos estaban Marshall, el Oficial de Torpedos; Johnson, el Oficial de Policía —que había sido levemente herido una hora antes en la explosión de los tubos lanzatorpedos—; Burgess, inmovilizado en la camisa de fuerza (se había vuelto loco a consecuencia de un tremendo golpe que recibió en la noche de la gran tormenta); Brown, que tenía rota una cadera de cuando abrieron la escotilla del pañol «Y», y Brierley, que de todos modos hubiera muerto de un instante a otro, pues tenía los pulmones empapados de aceite. Brooks no estaba allí en el momento de la explosión.

Esta misma explosión había destrozado las comunicaciones telefónicas del barco, exceptuando las del puente con los cañones y con las máquinas, así como los tubos acústicos.

El segundo ataque, a las siete de la mañana, lo hicieron sólo seis bombarderos. También esta vez eran «Heinkels» y llevaban bombas deslizantes. Era evidente que actuaban siguiendo órdenes rigurosas, pues se concentraron exclusivamente sobre los cruceros y despreciaron a los mercantes. Fue un ataque muy caro. A cambio de un solo impacto en la popa del *Stirling*, la escuadrilla alemana perdió cuatro aparatos. Pero el *Stirling* perdió sus dos cañones de popa.

Turner, silencioso, con los ojos enrojecidos, destacado en aquel viento bajo cero, paseaba por el destrozado puente del *Ulysses*, maravillándose de que el *Stirling* estuviese aún a flote y que continuase luchando con lo poco que le quedaba... Y luego recorrió con la mirada su propio barco —menos un barco que un montón goteante de acero retorcido— y se maravilló aún más, pues el *Ulysses* seguía navegando imperturbable por la mar de leva, como si tal cosa. Cruceros hechos trizas, cruceros incendiados y a punto de ser definitivamente aniquilados, no eran una novedad para Turner: había visto al *Trinidad* y al *Edimburgh*. Pero nunca había visto un barco soportar ese terrible castigo, como lo estaban recibiendo sin cesar el *Ulysses* y el *Stirling*, y seguir navegando y viviendo. No lo hubiera creído posible.

El tercer ataque llegó poco antes del amanecer. Fue un ataque de gran valentía, llevado a cabo por cinco «Heinkels III», de bombas deslizantes. En aquella débil luz del alba ya inminente, los únicos blancos de los bombarderos eran los dos cruceros, pero se vio en seguida que el favorito era el *Ulysses*. Increíblemente la dotación de este crucero —la dotación de fantasmas que Nicholls había dejado atrás— acogió con alegría el ataque, casi con entusiasmo, pues, ¿cómo va uno a acabar con su enemigo si éste no se presenta? Para aquellos hombres no existía el miedo, ni la angustia, ni la casi certidumbre de la muerte. El hogar y la patria, las familias, las esposas y las novias, sólo eran ya nombres para ellos. Se habían vaciado de toda realidad.

«Dígales, había dejado encargado Vallery a Turner al morir, dígales que son la mejor dotación que Dios haya dado a un Capitán». Vallery, eso era lo único que

importaba. Vallery y todo aquello que Vallery había sostenido con su fenomenal esfuerzo. Y los hombres del *Ulysses* disparaban los cañones y hacían todo lo que podían con el material disponible en el barco, lo hacían sin vacilar un momento, para no dejar mal a Vallery. Sólo por eso. Porque aquel hombre había muerto disculpándose por haberlos abandonado en los peores momentos.

La primera parte del ataque fue dedicada al *Stirling*. Turner vio dos «Heinkels» que descendían sobre ese crucero, y no creía posible que sobrevivieran al concentrado fuego de los antiaéreos, que disparaban ahora casi a bocajarro. Las bombas, de acción retardada y capaces de taladrar el blindaje, dieron en el centro del buque, penetraron por la cubierta y estallaron en la cámara de calderas y en la de máquinas. Los tres bombarderos siguientes fueron recibidos sólo con fuego de *pom-pom* y de Lewis. Los cañones de proa se habían quedado silenciosos. Turner comprendió en seguida lo que había ocurrido: la explosión había cortado la energía eléctrica a las torres^[18]. Los aviones despreciaron la insignificante oposición y siguieron machacando al *Stirling* con sus bombas. Turner vio cómo escoraba a estribor y se incendiaba de nuevo.

Ahora cinco «Heinkels» se lanzaban contra el *Ulysses*. Venían a diferentes alturas en esta primera oleada. Todos convergían sobre la popa. Había tanto humo y ruido, por el fuego de los antiaéreos, que Turner sólo pudo tener impresiones fragmentarias. De pronto pareció como si el aire se llenara de bombas deslizantes —como pequeños aviones sin motor— y con el fuego de los cañones y ametralladoras de los bombarderos. Una bomba estalló en el aire exactamente encima de la chimenea de popa. Una espantosa lluvia de metralla barrió la cubierta de los botes de salvamento e inmediatamente se callaron todos los Oerlikons y *pom-pom*, pues éstos se habían quedado sin dotaciones. Otra penetró hasta la bajada a máquinas y convirtió en un matadero la cabina de radiotelegrafía... Las dos restantes estallaron en la torre «X». La torre quedó abierta por arriba y por los lados. La explosión la dejó grotescamente tumbada sobre la cubierta de popa.

Aparte de los que estaban en la cubierta parcial de los pescantes de botes y los artilleros de las torres, sólo otro hombre perdió la vida en ese ataque. La metralla de la primera bomba había partido un cilindro de aire comprimido del almacén de torpedos, y Hartley, el hombre que representaba la espina dorsal del *Ulysses*, se había refugiado allí unos segundos antes...

El *Ulysses* navegaba por entre una densa masa de humo negro. El *Stirling* ardía como una gigantesca antorcha, pues se le habían incendiado sus tanques de combustible. Nadie pudo saber lo que sucedió en los diez minutos siguientes. De pronto, el *Ulysses* salió de la masa de humo, y los «Heinkels», que ya no tenían bombas, se dedicaron a cañonearlo y ametrallarlo incesantemente. Querían acabar con su víctima, a la que ya tenían de rodillas. Pero, todavía disparaba de vez en cuando el *Ulysses* algún cañonazo.

Por ejemplo, debajo del puente, en un ala había un cañón que aún funcionaba. Turner vio que un artillero perseguía a un «Heinkel». Entonces el avión respondió y

Turner se tiró a cubierta, arrastrando con él al Kapok Kid, que estaba a su lado. Por fin, se alejó el bombardero y el cañón del *Ulysses* se calló. Turner se levantó y se asomó: el artillero estaba muerto con la ropa hecha tiras.

Junto al Comandante apareció ahora Chrysler, que no había pronunciado una palabra desde que abrieron la cabina del Asdic. Al mismo tiempo, tres aviones surgieron por estribor. Los «Heinkels» preparaban un nuevo ataque.

—Tírese, ¿quiere usted suicidarse? —le gritó Turner a Chrysler.

Chrysler lo miró sin reconocerlo, con los ojos muy abiertos. Estaba palidísimo. Luego se dejó caer sobre el ala corta, desde donde había estado disparando el artillero. En un extraño y desesperado silencio, Chrysler se esforzaba por sacar de la coraza del Oerlikon aquel cadáver. Cuando logró dejarlo a un lado, con una serie de movimientos convulsivos, se instaló en el lugar que había ocupado el otro, y Turner vio que tenía la mano en carne viva. En ese momento se acercaron los «Heinkels» disparando contra la cubierta del *Ulysses*, y Turner se tiró de espaldas.

Unos segundos después, oyó los disparos del Oerlikon —sólo seis disparos— y vio al enorme Heinkel que caía incendiado y, después de rozar el puente, iba a hundirse en el mar. Antes, se había rasgado su ala de babor con la torre de dirección de tiro.

Chrysler seguía sentado y con la mano izquierda se agarraba el hombro derecho, que la metralla le había hecho pedazos. Trataba inútilmente de contener la sangre, que le salía a borbotones. Pero en ese instante se aproximaba un nuevo bombardero y, cuando se echaba atrás para protegerse, Turner pudo ver cómo empezaba Chrysler a disparar de nuevo con su mano derecha desgarrada y sangrante. Tumbado junto a Carrington y al Kapok Kid, Turner dio un puñetazo en la cubierta con un sentimiento de terrible frustración e ira. Pensaba en Starr, el hombre que les había traído todo esto, y lo odiaba como no se figuraba que podría odiar a nadie. Si lo hubiera tenido delante en aquel momento, podría haberlo matado. Pensó en Chrysler, en aquel hombro deshecho, sobre el que repercutía el retroceso del Oerlikon, en aquel muchacho de ojos vidriados por el dolor físico y moral. Si salían de esto, tenía que recomendar a este muchacho para la Cruz de la Reina Victoria. De pronto cesó el fuego del cañón y un «Heinkel» cayó ardiendo por estribor. Salía una humareda por cada uno de sus motores.

Rápidamente, acompañado por el Kapok Kid, Turner se asomó por ese lado del puente. Estuvo a punto de morir en ese momento, pues un nuevo «Heinkel» pasó barriendo el puente con sus balas. Por lo visto, el puente era el blanco favorito de estos alemanes. Sintió las ráfagas que pasaron a su lado. Otra vez se encontró mirando, a unos centímetros de sus ojos, las planchas de la cubierta del puente. Pero no las veía. Lo único que podía ver era la espantosa herida de Chrysler, una herida del tamaño de un puño, abierta en la espalda, y lo veía echado sobre el Oerlikon, levantándolo absurdamente hacia el cielo con el peso de su cuerpo. Y como la mano de Chrysler se había quedado crispada en el disparador, el Oerlikon seguiría

disparando hasta que se vaciaran sus tambores, pues la mano del muerto seguía aferrada al disparador.

Uno por uno, los cañones del *Ulysses* se fueron callando y el ruido de los motores de aviación se fue extinguiendo a lo lejos. El ataque había terminado.

Turner se puso en pie, lenta y pesadamente esta vez. Se asomó por el costado del puente y miró el Oerlikon. En seguida apartó la vista, con el rostro absolutamente inexpresivo.

Detrás de él, alguien tosía. Era una tos extraña. Turner dio la vuelta y se quedó como de piedra, con las manos crispadas a los costados.

El Kapok Kid, con Carrington arrodillado a su lado, con el gesto del que nada puede hacer cuando más lo desearía, estaba sentado tranquilamente en la cubierta del puente con la espalda apoyada contra las patas de la alta silla del Almirante. Desde la ingle izquierda hasta el hombro derecho, pasando por en medio de la «J» bordada en el pecho, corría una línea de puntos perfectamente trazada, con espacios simétricos de un punto a otro. Era la labor de cosido de la ametralladora del «Heinkel». La explosión de las granadas debió de lanzarlo primero a través del puente.

Turner seguía inmóvil. Tuvo la certeza de que al Kid sólo le quedaban unos segundos de vida. Cualquier movimiento suyo podría adelantar la rotura del finísimo hilo que le ataba aún, tan flojamente, a la vida.

Poco a poco, el Kapok Kid fue dándose cuenta de la presencia del Comandante y levantó la vista con infinito cansancio. El azul brillante de sus ojos estaba ya empañado y en su cara no parecía quedar una gota de sangre. Su mano derecha recorrió lentamente la línea de pequeños agujeros tratando de taparlos con los dedos, como el que toca una flauta. De pronto sonrió y se miró el acolchado traje.

—¡Me lo han estropeado! ¡Me lo han dejado inservible! —murmuró. Y entonces, la mano que andaba revisando los daños, cayó inerte a un lado, con la palma hacia arriba. La barbilla se le clavó en el pecho. El viento le agitaba su cabello de lino.

XVII

LA MAÑANA DEL DOMINGO

El *Stirling* murió al amanecer. Murió navegando, cabeceando en la mar gruesa, con su retorcido puente y la superestructura al rojo vivo, mientras que el viento agitaba las llamas de sus depósitos de combustible en un incandescente holocausto. Un espectáculo extraño y terrible, pero no único: así había muerto también el *Bismarck*, blanco de puro incandescente, poco antes de que los torpedos del *Shropshire* lo enviaran al fondo del mar.

El *Stirling* habría desaparecido de todas maneras, pero los «Stukas» aceleraron su muerte. La Aurora Boreal se había desvanecido hacía tiempo: y ahora también se marchaba la claridad del cielo porque una tenebrosa y enorme nube se formaba hacia el norte. Los hombres del convoy anhelaban que esta nube se extendiera sobre el FR77 y lo cubriera con una manta de nieve. Pero los «Stukas» se habían anticipado.

Los «Stukas» —esos temibles aviones «Junkers 87», bombarderos en picado— llegaron del sur, volaron muy alto sobre el convoy, dieron la vuelta, se dirigieron de nuevo hacia el sur... Al llegar al oeste del *Ulysses*, que era el último barco del convoy, iniciaron otro viraje: entonces, a la manera característica de los «Stukas», se fueron lanzando contra sus blancos.

Los técnicos de Whale Island habían demostrado que era totalmente imposible que un avión pudiera lanzarse directamente contra un blanco, donde le esperaban cañones dispuestos a derribarlo. Hicieron las pruebas con cañones antiaéreos y «duplicados» de los aviones. Pero, desgraciadamente, no pudieron «duplicar» ningún «Stuka» para hacer esa demostración.

«Desgraciadamente», porque en la hora efectiva de una batalla naval, el «Stuka» era el único factor de la situación que realmente importaba. Lo único que podía uno hacer, por muchos cañones que tuviera a su disposición, era buscar un refugio lo antes posible y escuchar el chirriante silbido, que parecía ir a desgarrarle a uno los tímpanos, del «Stuka», que descendía casi vertical, como una exhalación, protegerse si era posible contra su granizada de balas, verlo aumentar de tamaño a toda velocidad y saber positivamente que nada podría impedirle arrojar sus bombas donde quisiera. Hoy viven centenares de hombres que tuvieron la gran suerte de sobrevivir a un ataque de «Stukas» y todos ellos confirmarán que la segunda Guerra Mundial no produjo nada que pueda comparársele, en cuanto a su poder de destrozar los nervios, nada tan desmoralizador como la estridente presencia de esos «Junkers», con el extraño ángulo diedro de sus alas en los últimos segundos antes de volver a elevarse.

Sin embargo, de cada cien veces una, o quizá una de cada mil, cuando dejaba de

operar el factor humano del individuo situado detrás del cañón, podían tener razón los técnicos. Y ahora, en el *Ulysses*, iba a presentarse esa ocasión número mil, porque el miedo era ya sólo un fantasma, que se había disuelto en la noche. Para oponerse a los *Stukas* no había más que un *pom-pom* múltiple y media docena de Oerlikons —las torres de proa no podían ya funcionar—, pero bastaba con ellos, y sobre todo en manos de aquellos hombres inhumanamente tranquilos, tan helados como el mismo viento polar y pletóricos de una decisión tan firme que resultaba terrible. Tres «*Stukas*» fueron destrozados en pocos segundos. Dos cayeron al mar y el tercero fue a estrellarse, con un horrisono estruendo, en la ya machacada cabina de día del Almirante.

Era casi imposible que no se le incendiaran los depósitos de gasolina o que no le estallara la bomba, pero ninguna de estas dos cosas sucedió. Apenas pareció digno de comentarse —en las situaciones extremas el valor se convierte en una rutina— cuando el barbudo Doyle, abandonando su *pom-pom*, se arrastró hasta la cubierta del castillo y se arrojó sobre la bomba, que rodaba pesadamente, con los balanceos del barco, sobre imbornales empapados en gasolina de 100 octanos. Una diminuta chispa producida por las botas de Doyle o por el continuo roce del partido acero del «*Stuka*» contra la superestructura, habría sido un infalible detonador. La bomba tenía aún intacto el fusible de contacto y, rodando y rodando sobre la helada cubierta, con Doyle encima de ella, tratando desesperadamente de pararla, parecía un ser vivo dispuesto a aplastar su delicada nariz percutora contra cualquier mamparo o candelero.

Si es que Doyle pensaba en estas cosas, no le importaban. Fríamente, casi con descuido, acabó de arrancar el único sujetador que quedaba en un trozo de barandilla destrozado, hizo resbalar la bomba, con las aletas por delante, inutilizó primero el detonador y luego la hizo caer al mar, sin que ocurriese nada.

Esta bomba cayó al mar en el preciso instante en que la primera bomba se abría paso a través del inútil blindaje de dos centímetros y medio del *Stirling*, e iba a estallar en la sala de máquinas. Otras tres, cuatro, cinco, seis bombas fueron a hundirse en el moribundo corazón del crucero, mientras los «*Stukas*» se lanzaban en picado y volvían a elevarse a babor y a estribor del barco. Desde el puente del *Ulysses*, daba la impresión de que éste era un bombardeo increíblemente silencioso. Las bombas no hacían más que desaparecer en aquel infierno de humo y llamas como si acudieran a una cita.

No fue un golpe determinado el que acabó con el *Stirling*, sino una formidable acumulación de ellos. Había aguantado mucho y ya no podía encajar más golpes. Era como un boxeador ya «sonado», un boxeador que nada tiene que hacer frente a un rival de mala técnica, pero de instintos asesinos. La resistencia del buen boxeador es muy grande, pero el alud de directos es de efectos fatales.

Con las facciones como talladas en piedra, indeciblemente amargado por su impotencia, Turner lo veía morir. «No falla, pensó con enorme cansancio, el *Stirling* es como los demás». «Los cruceros deben ser los barcos más duros del mundo», siguió diciéndose. Había visto desaparecer a muchos de ellos, pero a ninguno fácilmente, de un modo limpio y espectacular. No hubo, para ninguno de esos cruceros, un *knock-out* decisivo, no hubo *coup de grace*. Siempre, siempre tenían que ser vencidos a fuerza de innumerables golpes... Como el *Stirling*.

Para él, como para todos los marinos, un barco querido era lo mismo que un amigo al que se tiene gran cariño: desde hacía quince meses, el *Stirling* había sido para ellos como una sombra fiel. Había compartido la tarea del *Ulysses* en los peores convoyes de la guerra. Era el último de la vieja guardia, aparte el *Ulysses*. «Es terrible ver morir a un amigo». Turner bajó la vista y hundió la cabeza entre los hombros encogidos.

Podía cerrar los ojos, pero no los oídos. Se sobresaltó al oír el monstruoso y rugiente chirrido del agua hirviendo y del vapor, mientras la superestructura al rojo vivo del *Stirling* se sumergía en el helado Ártico. Se prolongó aquel tétrico silbido durante unos segundos y, de pronto, como cortado por una guillotina, desapareció. Cuando Turner levantó lentamente la mirada, sólo vio la mar, las aceitosas burbujas que subían a la superficie, burbujas que sólo salían para que las hiciese estallar la fina llovizna que volvía al mar desde las grandes nubes de vapor que se iban condensando en aquel cielo amargo.

El *Stirling* había muerto y los demolidos restos del FR77 proseguían, como si tal cosa, navegando con rumbo norte. Quedaban siete barcos: los cuatro mercantes —incluyendo el buque del Comodoro—, el buque-tanque, el *Sirrus* y el *Ulysses*. Ni uno solo de ellos iba íntegro. Todos estaban gravemente averiados, aunque ninguno tanto como el *Ulysses*. Siete barcos, sólo siete. Y habían salido hacia Rusia treinta y seis. A las 0800, comunicó Turner al *Sirrus* este mensaje: «No tengo radio. Digan al Comandante en jefe rumbo, velocidad, posición. Confirмен las 0930 cita. Clave».

La respuesta llegó exactamente una hora después: «Demorados por estado de la mar. Cita aproximadamente a las 1030. Imposible cobertura aérea. Sigam navegando. — Comandante en jefe».

—¿Han oído ustedes? —dijo furioso Turner—. ¡Dicen que sigamos navegando! ¿Qué diablos podemos hacer sino seguir? ¿Acaso esperaban que nos hundiéramos nosotros mismos abriendo las válvulas de inundación? No me gusta repetir las cosas —añadió amargamente—, pero tengo que decirlo: ¡Demasiado tarde, como de costumbre!^[19]

Hacía ya mucho tiempo que había amanecido, pero volvía a oscurecer. Unas nubes grises, informes y amenazadoras, tapaban el cielo de horizonte a horizonte. Eran nubes de nieve y, gracias a Dios, pronto empezaría a nevar. Eso podría salvarles;

sólo eso.

Pero no cayó la nieve; por lo menos, no cayó entonces. Una vez más, los que llegaron fueron los «Stukas», y el rugido de sus motores bajaba y subía, mientras los aparatos sobrevolaban el mar vacío en busca de sus blancos. «Charlie» se había marchado al amanecer. Pero la escuadrilla de bombarderos en picado no tardó en encontrar al pequeño convoy. A los diez minutos de haberseles oído llegar, ya estaban lanzándose verticalmente contra los barcos.

Sólo diez minutos, pero lo suficiente para fraguar un plan a la desesperada. Cuando los «Stukas» empezaron a actuar, encontraron al convoy extendido en una línea, los siete de frente: el buque-tanque *Varelia* en medio, con dos mercantes a cada lado, y el *Ulysses* y el *Sirrus* guardando los flancos. Una formación suicida en agua de submarinos. Un torpedo lanzado de babor a estribor no podía fallarlos a todos. Pero el estado del tiempo impedía la intervención de submarinos, y la formación presentaba por lo menos la ventaja de poder oponerse mejor a los «Stukas». Si se acercaban por la popa —su técnica favorita de ataque— se encontrarían con el fuego en masa de siete barcos. Si se aproximaban por los costados, tenían que empezar atacando a los barcos de escolta, pues ningún «Stuka» presentaría su vientre sin protección a los cañones de un barco de guerra... Eligieron, sin embargo, esta forma de ataque lateral: cinco por el este y cuatro por el oeste. Turner observó que esta vez llevaban depósitos de combustible de largo alcance.

Turner no tuvo tiempo de ver cómo le iba al *Sirrus* y ni siquiera pudo ver lo que pasaba en su propio barco, pues salía por los cañones de las torres «A» y «B» un denso humo negro. Entre los estampidos de aquellos cañones, podía oír el rápido *tactac* del *pom-pom* de Doyle, en medio del buque, y el tenaz machaqueo de los Oerlikons.

De pronto, dos grandes haces de blanquísima luz, taladraron la grisácea atmósfera. Turner, sobresaltado, vio lo que era y se sonrió con profunda alegría. ¡Eran los proyectores de 44 pulgadas! ¡Naturalmente, los enormes proyectores, que todavía figuraban entre la lista secreta oficial, capaces de iluminar a un barco enemigo a seis millas de distancia! ¡Qué insensato había sido al olvidarse de ellos! Vallery, en cambio, los había usado con frecuencia, tanto de día como de noche, contra los aviones enemigos. ¡Nadie podía enfrentarse ante aquellos terribles ojos, aquellos flamígeros arcos entre los electrodos, sin cegarse!

Guiñando los ojos, Turner miró hacia popa para ver quién estaba en la posición de control. Pero ya sabía quién era antes de verlo. Sólo podía ser una persona: Ralston. Turner recordó que el control de proyectores era su puesto durante el zafarrancho de combate. Además, no podía pensar en nadie más que tuviese la rapidez mental para encender los proyectores por su propia iniciativa.

Turner lo contemplaba desde el puente olvidándose de su barco y hasta de los bombarderos aunque él ya no podía hacer nada contra ellos personalmente. Le fascinaba aquel hombre en los mandos de los proyectores. Ralston movía las luces

con una absoluta impasibilidad en su rostro. Como una estatua de mármol, su único movimiento era la suave caricia que imprimía con sus dedos a la rueda. Su extremada concentración infundía pavor. ¿En qué estaría pensando aquel muchacho?, se preguntaba Turner. ¿En su madre y sus hermanas, que yacían enterradas bajo las ruinas de un *bungalow* de Croydon? ¿Acaso en su hermano, víctima inocente del motín de Scapa Flow? (Y, ¡qué imposible parecía ahora aquel motín!). ¿O quizá recordaba a su padre, que murió cuando él mismo, su propio hijo, había tenido que hundir el barco que él mandaba? Turner no lo sabía y, con toda clarividencia, estaba seguro de que ya era demasiado tarde para que nadie supiera en qué estaba pensando Ralston.

Su rostro tenía una inmovilidad inhumana. Ni cuando el primer «Stuka» empezó a ondular y agitarse tratando de escapar de aquella implacable llama de luz, ni cuando el segundo, queriendo lanzar una bomba sobre el *Ulysses*, la tiró al mar desconcertado por el proyector, ni al estallar el tercer «Stuka» en el aire... se le alteró el rostro lo más mínimo. Pero tampoco se le notó expresión alguna cuando las balas de otro «Stuka» inutilizaron uno de los proyectores... Ni tampoco cuando las granadas del cañón del último «Stuka» destrozaron el control de proyectores y de camino se le llevaron la mitad del pecho. Murió al instante, pero permaneció un momento allí como si le costase un gran esfuerzo abandonar su puesto y luego cayó de espaldas, en cubierta. Turner se acercó al cadáver, se inclinó sobre él para observarle el rostro y los ojos, que parecían contemplar los primeros copos de nieve que estaban cayendo. Los ojos y toda la cara conservaban la misma expresión vacía, de máscara, que tenía momentos antes manejando los proyectores. Turner tembló y apartó la vista.

Una sola bomba cayó sobre el *Ulysses*. Dio en la cubierta del castillo, delante de la torre «A». No hubo bajas, pero la vibración había fracturado las líneas hidráulicas de la torre. Así que, por lo menos temporalmente, la torre «B» sería la única utilizable en el barco.

El *Sirrus* no había tenido tan buena suerte. Había derribado a un «Stuka» —uno de los mercantes dijo que había destruido otro— pero le habían acertado dos veces. Las dos bombas cayeron en la cubierta del rancho de popa. El *Sirrus*, sobrecargado de supervivientes, llevaba el doble de dotación normal. Habitualmente, esa parte del barco estaba llena de gente pero durante el zafarrancho no quedaba nadie en ella. De ahí que no hubiera ni una sola baja. Y ya no perdería nadie su vida a bordo del *Sirrus*. Nunca volvió este buque a ser averiado en los convoyes a Rusia.

La esperanza aumentaba sin cesar. Ya sólo faltaba menos de una hora para que llegase la escuadra. Había una densa oscuridad; las tinieblas que siempre produce una tormenta en el Ártico, y estaba nevando intensamente. La nieve caía silbando suavemente sobre el agitado y tenebroso mar. Era imposible que un avión pudiese

encontrarlos en aquella oscuridad envuelta en nieve. Además, estaban fuera del alcance de las bases aéreas, excepto para los «Cóndores». Y, para los submarinos, era un tiempo casi imposible.

—«Pudiera ser que tocásemos en las Islas Afortunadas» —citó Carrington en voz baja.

—¿Qué dice usted? —exclamó Turner, volviéndose estupefacto—. ¿Qué ha dicho usted, Número Uno?

—De Tennyson, señor —se disculpó Carrington—. El Capitán lo estaba citando siempre. Quizá consigamos llegar, después de todo...

—Quizá, quizá. —Turner no quería dar su opinión—. ¡Preston!

—Sí, señor, lo estoy viendo —dijo Preston que miraba hacia el norte, donde la lámpara de señales del *Sirrus* hacía rápidos guiños.

—¡Un barco, señor! —exclamó Preston, excitado—. El *Sirrus* dice que se acerca un barco de guerra por el norte.

—¡Por el norte! ¡Gracias a Dios! ¡Gracias a Dios! —gritó Turner con inmensa alegría—. Si es por el norte, tienen que ser ellos. Es que han ganado tiempo... Retiro lo que dije de que siempre llegaban tarde. ¿Puede usted ver algo, Número Uno?

—Nada, señor. Demasiado oscuro. Pero creo que está aclarando algo... El *Sirrus* comunica otra vez.

—Preston, ¿qué dice? —preguntó Turner, anhelante.

—Contacto, señor. Submarino, contacto. Se acerca.

—¿Un contacto, dónde estamos ya? —Turner gimió desesperado. Dio un puñetazo sobre la bitácora y lanzó una blasfemia.

—Pues ahora no va a detenernos. ¡Preston! Comunique al *Sirrus* que se quede ahí...

Se interrumpió mirando incrédulo hacia el norte. Por allí, entre las tinieblas y la nieve, unos estiletes de llamas blancas habían surgido para apagarse en seguida. Entonces, tanto Carrington, que estaba a su lado, como él, vieron unas granadas que caían en el agua a proa del buque del Comodoro, el *Cape Hatteras*. Luego, otra vez los fogonazos, más brillantes ahora, unos fogonazos que iluminaban por unos instantes la proa y la superestructura del barco que disparaba.

—He ahí la respuesta a muchas preguntas —dijo en voz baja—. Para eso nos han estado madurando durante los dos días últimos. Ahora llega el zorro en busca de los indefensos pollitos. Ése es nuestro amigo el crucero *Hipper*, que viene a hacernos una visita de cumplido.

—Sí, ése es.

—Tan cerca como estamos y sin embargo... —Turner se encogió de hombros. Tuvo un gesto de malicia—: ¿Qué tal le parecería morir como un héroe?

—Sólo pensarlo me aterra —vociferó detrás de ellos Brooks, que acababa de llegar al puente.

—A mí también —reconoció Turner. Sonrió; se sentía casi feliz—. ¿Nos queda

otra salida, caballeros?

—Por desgracia, no —dijo Brooks con amargura.

—Entonces, ¡avante toda! —ordenó Carrington por el tubo acústico. Ésa fue su respuesta a Turner.

—No, no —le reconvino Turner amablemente—. Hay que decirles que tenemos mucha prisa y recordarles las apuestas que había con el *Abdiel* y el *Manxman*. Hay que sacar de los motores todo lo que puedan dar de sí... ¡Preston! Comunicado general: «Esparcirse: cada uno, por su cuenta, a los puertos rusos».

La cubierta alta tenía encima una buena capa de nieve recién caída, y seguía nevando. El viento se levantaba de nuevo y después del calor de la cantina donde había estado operando, Johnny Nicholls lo sintió penetrar dolorosamente en sus pulmones. Pensó: «La temperatura debe de estar bajo cero». Metió la cabeza en el cuello levantado del *duffel* y subió dificultosamente la escala del puente. Se hallaba agotado, mortalmente cansado, y apretaba los dientes por el agudo dolor que le causaba la pierna cada vez que apoyaba el pie. Por encima del tobillo tenía la pierna astillada por la metralla de la bomba que estalló en la cubierta del rancho de popa.

Peter Orr, el Comandante del *Sirrus*, le esperaba a la entrada de su pequeño puente.

—Supuse que le gustaría a usted ver esto, doctor. —Tenía una voz extrañamente aguda para un corpachón tan grande como el suyo—. ¡Mire cómo se nos va; mírelo!

Nicholls miró hacia babor. A media milla, el *Cape Hatteras* ardía furiosamente. Unas millas al norte, bajo la nevada, sólo muy vagamente podía distinguirse la forma del crucero alemán, una silueta de la que sobresalían, como alfileres, los cañones que aún seguían disparando implacablemente sobre el barco que se hundía. Todos los disparos daban en el blanco. La puntería del crucero alemán era fantástica.

Media milla a popa, el *Ulysses* se acercaba a toda máquina, envuelto en espuma y en salpicaduras, con la proa casi fuera del agua para luego hundirla entre las olas y volverla a levantar, en un fantástico galope. Los motores del *Ulysses* lo empujaban por el agua a una velocidad que no cesaba de aumentar.

Nicholls contemplaba fascinado aquel espectáculo. Era la primera vez que veía al *Ulysses* desde que salió de él y estaba estupefacto. Toda la obra muerta, a proa y a popa, se había convertido en un revoltijo de acero roto o retorcido. Habían desaparecido los dos palos, tenía destrozadas las chimeneas que se habían ladeado grotescamente, la torre de dirección de tiro absurdamente tumbada y hecha trizas; unas grandes columnas de humo salían de los enormes agujeros abiertos en el castillo y en la popa; las torres de popa, arrancadas de sus bases, habían ido a parar a la cubierta. El esqueleto del «Cóndor» seguía aún delante de la torre «Y»; un «Stuka» yacía en la cubierta del castillo; y Nicholls sabía que por la otra banda, el *Ulysses* tenía una brecha que le llegaba hasta la línea de flotación y que empezaba junto a los

tubos lanzatorpedos. El *Ulysses* parecía salido directamente de la más espantosa y terrible pesadilla.

Procurando mantenerse en equilibrio en el violento cabeceo del destructor, Nicholls seguía mirando aquel horror y le costaba un gran esfuerzo creer en su realidad. Orr le observaba y luego atendió a un mensajero que había llegado al puente.

—«¡Cita a las 1015!» —leyó—. ¡A las 1015! ¡Dios mío, por veinticinco minutos! ¿Lo oye usted, doctor? ¡Por veinticinco minutos!

—Sí, señor —dijo Nicholls, ausente. No le había oído.

Orr le tocó un brazo; señaló al *Ulysses*.

—Es increíble, ¿verdad?

—¡Cómo desearía estar a bordo de él! —murmuró Nicholls, sintiéndose el más desgraciado de los hombres—. ¿Por qué me habrán enviado...? ¡Mire! ¿Qué es eso?

Una enorme bandera. Una bandera de seis metros de longitud, ondeaba en el *Ulysses* sujeta a lo poco que había quedado del palo mayor. El viento la tensaba. Nicholls nunca había visto nada que se pareciera a aquello. Era una bandera descomunal, roja, azul y más blanca que la nieve que caía sobre ella.

—La bandera de batalla —murmuró Orr—. Bill Turner ha tenido tiempo en estos momentos para sacarla... En fin, doctor, eso no se le ocurriría más que a Turner. ¿Lo conocía usted bien?

Nicholls afirmó con un movimiento de cabeza.

—Yo también —dijo Orr—. Los dos podemos considerarnos afortunados.

El *Sirrus* hacía aún quince nudos, dirigiéndose hacia el enemigo cuando el *Ulysses* pasó ante ellos a tal velocidad que les dio la impresión de haberse quedado parados.

Más adelante, Nicholls nunca llegaría a poder contar aquello con exactitud. Le quedó una confusa impresión del *Ulysses* navegando, no ya hundiéndose y levantándose alternativamente por entre las olas sino sin diferencia de calados, como una flecha. Llevaba la cubierta en un forzado ángulo desde el encabritado talón del tajamar hasta la bovedilla, unos cinco metros dentro del hirviente y torturado mar de blancura que se arqueaba magníficamente sobre la destrozada popa. También podía recordar que la torre «B» disparaba continuamente, lanzando sus proyectiles a través de la nieve cegadora, cada uno con su agudo silbido, para estallar en luminoso esplendor por encima del crucero alemán y algunos sobre él. Porque la torre «B» sólo podía disparar bengalas, era lo único de que disponía ya. También recordaba vagamente la figura de Turner saludando irónicamente desde el puente, y cómo se iba rompiendo y deshilachando la enorme bandera. Pero lo que nunca podría olvidar, lo que seguiría oyendo en su corazón y en su mente mientras viviese, era el tremendo y sobrecogedor rugido de los grandes ventiladores de la cámara de calderas que tragaban, en potentes bocanadas, el aire necesario para las máquinas, sometidas a un fabuloso esfuerzo. Porque el *Ulysses* navegaba con el despliegue de toda su potencia,

a una velocidad que inevitablemente tendría que haberle quemado los motores, y haberle partido su vibrante espina dorsal. La intención de Turner estaba muy clara: se proponía abordar al enemigo, embestirle para destruirlo y llevárselo con él al fondo del mar a una increíble velocidad de más de cuarenta nudos.

Nicholls no podía apartar los ojos del barco y no sabía qué pensar: sentía una grandísima amargura, pues aquel navío era ya parte de su vida, y allí estaban sus grandes amigos —especialmente el Kapok Kid, pues ignoraba que Kid estaba ya muerto— que también eran parte esencial de su vida y, además, siempre es terrible ver morir una leyenda, verla desaparecer hacia el fondo del mar. Pero también sentía Nicholls una gran exaltación moral: porque el *Ulysses* moría, pero ¡de qué manera! Y si los barcos tienen corazón, si tienen alma, como sostienen los viejos marinos, con toda seguridad el *Ulysses* quería morir de ese modo y moría a gusto.

Todavía continuaba su fantástico galope, hacía aún los cuarenta nudos cuando, como por arte de magia, apareció un gran boquete en su proa, precisamente encima de la línea de flotación. Quizá se lo hubieran abierto unas granadas pero resultaba difícil con aquel ángulo. Debió de ser un torpedo del submarino que aún no había sido localizado. Era muy probable que un súbito descenso de la proa hubiese coincidido con una subida de la mar gruesa que forzase al torpedo a subir a la superficie. Cosas como ésta habían sucedido otras veces: era raro, pero ocurrían... El *Ulysses* no hizo caso alguno del torpedo, ni de la espantosa herida que le había inferido, ni de las granadas que continuamente estallaban en su castigadísimo cuerpo, y continuaba impávido su insensata carrera.

Seguía haciendo cuarenta nudos, navegando raudo bajo el fuego de los cañones enemigos, que le disparaban ya a bocajarro, cuando el pañol de pólvora «A» estalló deshaciendo toda la proa en una horrisona detonación. El iluminado castillo de proa se encabritó un segundo en el aire y luego se hundió profundamente en el seno del mar. Por la proa se fue hundiendo, hasta desaparecer el barco entero a toda máquina en el negro abismo del Ártico. Las hélices, girando frenéticamente y los motores que no cesaban de rugir, fueron los ejecutores del fantástico final del *Ulysses*, que así, más que irse a pique, se hundió en la muerte por sus propios medios.

XVII

EPÍLOGO

La atmósfera era muy agradable: tibia y tranquila. Un cielo intensamente azul, maravillosamente azul, presentaba como adorno unas leves nubecillas algodinosas que se movían con pereza en el lejano horizonte. Los jardines entre espaciadas calles, los pájaros en sus jaulas con flores, manchas de color azules, amarillos, rojos y dorados, le ofrecían las bellas tonalidades cuya existencia había él ya casi olvidado. De vez en cuando, un viejo o un ama de casa apresurada o un muchacho que llevaba del brazo a su risueña novia, se detenían a admirar los pájaros y las flores y luego continuaban su camino sintiéndose más a gusto. Los pájaros cantaban y ponían unas notas de ameno contraste en las distantes estridencias del tráfico y el Big Ben daba solemnemente la hora cuando Johnny Nicholls salía dificultosamente del taxi, pagaba al conductor y subía cojeando los escalones de mármol.

El centinela, de cara de palo, lo saludó militarmente y le abrió la pesada puerta oscilante. Nicholls entró, miró en torno suyo por el inmenso vestíbulo y vio que a ambos lados había una puerta de imponente tamaño. Al fondo, bajo la gran curva de las escaleras y encima del amplio mostrador convexo, como los que suelen verse en los Bancos, colgaba un rótulo: «Información».

El tip-tap de las muletas resonaba exageradamente en el suelo de mármol mientras Nicholls se dirigía hacia el mostrador. Con fría objetividad, pensó Nicholls: «Resultado conmovedor y melodramático. Confío en que el distinguido público considere que el espectáculo merece el dinero que ha pagado por él». Media docena de mecanógrafas habían interrumpido su trabajo como obedeciendo una orden y le contemplaban con descarada curiosidad, mientras sus manos reposaban tranquilamente sobre las máquinas de escribir. Una agradable joven pelirroja, del Servicio Naval Femenino, acudió al mostrador.

—¿Puedo ayudarle en algo, señor? —La serena voz y los ojos azules revelaban una sincera compasión. Nicholls, que en ese momento se estaba observando reflejado en el espejo que había detrás de la muchacha, vio una arrugada chaqueta de uniforme sobre un jersey gris de pescador, unos ojos enfebrecidos y hundidos y una tez muy pálida. Reconoció que la compasión de la joven estaba justificada. Aunque no hubiera sido médico, Nicholls habría sabido que su aspecto era como para enviarlo a la consulta de uno de sus colegas.

—Me llamo Nicholls, el Teniente-Médico Nicholls. Estoy citado...

—El Teniente Nicholls... ¡Claro, el *Ulysses*! —La joven no pudo ocultar su admiración—. Desde luego, señor; le esperan.

Nicholls la miró unos segundos, y miró también a las otras *Wrens* inmóviles en sus sillas. Sorprendió la intensa expresión de todas ellas contemplándole con el asombro con que podría uno mirar a un ser de otro planeta. Se sintió un poco molesto.

—Supongo que será arriba, ¿no? —No había podido evitar aquel tono tan brusco.

—No, señor. —La *Wren* salió de detrás del mostrador—. Es que, en vista de que usted... Se han enterado de que venía usted herido, señor —murmuró como si se estuviera disculpando— y por eso se han reunido aquí abajo. Por favor, señor, sólo hay que cruzar el *hall*. —Le sonrió y anduvo más despacio para no obligarle a cojear más de prisa.

Llamó a la puerta con los nudillos, la abrió, le anunció a alguien que Nicholls no podía ver y, en cuanto le hizo pasar, cerró la puerta suavemente y volvió a su puesto.

Había tres hombres en la habitación. Nicholls sólo reconoció en un principio al Vicealmirante Starr, que se acercó a saludarlo. Parecía mucho más viejo y mucho más cansado que cuando Nicholls lo había visto por última vez, apenas quince días antes.

—¿Cómo está usted, Nicholls? —le preguntó—. Ya veo que no camina usted tan bien como antes. —Aquel esfuerzo, tan inoportuno, por establecer entre ellos un tono de confianza, molestó a Nicholls—. Venga y siéntese.

Le acompañó hasta la gran mesa forrada de cuero. Detrás de ella estaban sentados dos hombres, cuyas figuras se recortaban sobre los enormes mapas que cubrían la pared del fondo. Starr se los presentó. Uno de ellos, corpulento y de rostro muy colorado, vestía el uniforme y en sus bocamangas relucían la ancha banda y los cuatro galones de Almirante Supremo. El otro era un personaje civil, un individuo rechoncho de cabello gris y una mirada perspicaz de hombre experimentado. Entonces lo reconoció Nicholls y, de todos modos, habría bastado, para saber quién era, ver la deferencia con que le trataban los dos Almirantes. Pensó amargado que la Marina le estaba haciendo orgulloso, pues le halagaba la idea de que recepciones como aquella no se las hacían a todos... Pero los tres personajes parecían reacios a empezar esa recepción pues no se decidían a hablar. Nicholls había olvidado la mala impresión que su aspecto producía. Tenían primero que reaccionar.

Por fin, el hombre del cabello gris rompió el silencio:

—¿Cómo va esa pierna, joven? —le preguntó—. Me parece que la tiene usted bastante mal. —Hablaba en voz baja pero con indudable autoridad.

—No está demasiado mal, gracias señor —dijo Nicholls—. Dentro de dos o tres semanas podré reincorporarme al servicio.

—Va usted a tomarse dos meses de descanso, muchacho —dijo el personaje rechoncho con gran calma—. Y más, si lo necesita usted. —Sonrió levemente—. Si le pregunta alguien, díglele sólo que lo he mandado yo. ¿Un cigarrillo?

Hizo funcionar el gran encendedor de mesa y se volvió a sentar en su silla. Por unos momentos, parecía no saber qué decir. Luego levantó bruscamente la mirada.

—¿Ha hecho un buen viaje de regreso?

—Muy bueno, señor. Me han tratado como a persona de gran importancia. Moscú, Teherán, El Cairo, Gibraltar. —Nicholls torció la boca. Se interrumpió para aspirar una gran bocanada de aire—. Habría preferido volver en el *Sirrus*.

—Lo comprendo —dijo Starr secamente—. Pero no podemos permitir que cada uno siga sus caprichos. Estábamos impacientes por tener un informe directo de primera mano, sobre el FR77, y muy especialmente, sobre el *Ulysses*, lo antes posible.

Las manos de Nicholls se crisparon en los bordes de su silla. Le había brotado la ira como una llamarada y sabía que el hombre que tenía enfrente lo observaba con la mayor atención. Procuró dominarse y miró al personaje del cabello gris, cuyas cejas levantadas estaban expresando con toda claridad su impaciencia por recibir la información esperada. Éste hizo un gesto de asentimiento con la cabeza y dijo amablemente:

—Díganos cuanto sepa, todo de todo... Tómese el tiempo que necesite.

—¿Desde el principio? —preguntó Nicholls en voz baja.

—Desde el principio.

Y Nicholls lo contó. Habría querido contarles absolutamente todo, pero aunque hizo cuanto pudo, solamente logró un relato inconexo y nada convincente. Era extraño, pero la verdad es que su narración carecía de fuerza de convicción. La atmósfera, el escenario, no eran los adecuados para situar esos recuerdos y expresarlos bien. El contraste entre el acogedor ambiente de esta sala y el frío y la crueldad del inhumano Ártico, era un inmenso abismo que sólo hubiera podido ser salvado a fuerza de experiencia y comprensión. Aquí, en el corazón de Londres, el fabuloso e inverosímil relato sonaba a falso incluso para sus propios oídos. Cuando lo llevaba mediado, se interrumpió, miró a sus oyentes y estuvo a punto de no proseguir. ¿Incredulidad? No; Nicholls sabía que no era eso —por lo menos, en lo que afectaba al personaje del cabello gris y al Almirante Supremo—. Era sólo una mezcla de estupefacción y de dificultad para comprender.

Fue mejor cuando contó hechos concretos: los portaaviones inutilizados por la furia del mar, los portaaviones minados, aislados y torpedeados; los hechos de la espantosa tempestad, de la lucha desesperada para sobrevivir; los hechos de la gradual disminución del convoy, de la terrible muerte de los dos buques-tanques, de los submarinos y bombarderos enviados al fondo del mar, del *Ulysses* cruzando como una flecha el mar embravecido, disparado a cuarenta nudos por hora, machacado por el crucero alemán; de la llegada de la escuadra, de la huida del crucero enemigo antes de causar más daño, de la dispersión de los restos del convoy, de la protección de los cazas rusos en el mar de Barents; de la llegada, por fin, a la bahía de Kola de los cinco barcos que quedaron del FR77.

Pero al llegar a hechos menos concretos, a afirmaciones que nunca podrían ser comprobadas, era cuando Nicholls se sentía perdido y sin capacidad alguna para convencer. Su relato fue lo más desapasionado y conciso que pudo: la historia de

Ralston, el de los reflectores, de su padre y de su familia; de Riley, el cabecilla del motín, que se negaba a abandonar el túnel de los ejes; de Petersen, que había matado a un hombre y que dio su vida alegremente por los demás; de McQuater, Chrysler, Doyle y tantos otros.

No pudo evitar que le dominase la emoción al contar la historia de la media docena de supervivientes del *Ulysses*, recogidos por el *Sirrus* poco después del hundimiento. Contó cómo había dado Brooks su chaqueta salvavidas a un marinero, el cual resistió increíblemente quince minutos en el agua helada; cómo Turner, herido en la cabeza y en el brazo, había sostenido a Spicer, que había perdido el conocimiento, hasta que se acercó el *Sirrus*, le había rodeado con una bolina y se había hundido sin que se pudiera hacer nada por salvarlo; y cómo Carrington, aquel hombre de resistencia férrea, con un madero astillado bajo los brazos, había sostenido a dos hombres a flote hasta que llegó el *Sirrus*. Ambos murieron poco después; Preston era uno de ellos. Carrington subió a pulso por la cuerda que le tendieron y llegó hasta la barandilla con una pierna colgándole inerte. Tenía deshecho desde el tobillo para abajo. Carrington sobreviviría. Carrington era indestructible. Por último, también Doyle había desaparecido. Le arrojaron una cuerda, pero no la vio porque se había quedado ciego.

Sin embargo, no era esto lo que los tres hombres deseaban saber. Lo que les interesaba era cómo se había portado la dotación del *Ulysses*, cómo, siendo una dotación de amotinados, habían cumplido con su deber. Él les había contado heroicas hazañas, cosas espléndidas que demostraban hasta qué extremo de desprendimiento y grandeza puede llegar el ser humano. Pero los tres personajes allí sentados no podían compaginar esas proezas, esa grandeza de alma, con hombres capaces de levantarse en armas contra su propio barco, es decir, contra el Rey.

Por eso Nicholls trató de explicarles cómo era posible esa contradicción, pero de pronto comprendió que no podía hacerlo comprender. Y, en realidad, ¿qué podía decirles? ¿Que Vallery había hablado a sus hombres por los altavoces? ¿Que se había mezclado con ellos y los había considerado como si fueran él mismo? ¿Podía hablarles de aquella tétrica y magnífica inspección por todo el barco cuando ya Vallery apenas podía tenerse en pie? ¿O quizá tenía que decirles cómo murió Vallery pensando en sus hombres, pidiéndoles perdón por abandonarlos y cómo la muerte del Capitán los había hecho hombres de nuevo? Porque eso era lo único que podía decirse y, en verdad, apenas era nada para los que pedían hechos. Con súbita clarividencia, Nicholls comprendió que el significado de aquella extraña transformación de los hombres del *Ulysses*, la transformación de unos hombres amargados, resentidos, interiormente rotos, en hombres superiores, de magnífico temple moral... eso no había manera de explicarlo ni de comprenderlo, pues todo el secreto de ese cambio radicaba en la persona de Vallery, y sólo en él. Y Vallery había muerto.

Ahora se sentía Nicholls desesperadamente cansado. Sabía que se hallaba muy

mal... Tenía la mente confusa, y empezaba a equivocarse y a mezclar los recuerdos. Había perdido el sentido del orden cronológico y no hacía más que titubear y rectificarse. De pronto, le anonadó el convencimiento de la absoluta inutilidad de su intento. Empezó a apagársele la voz, a deshilar las frases, hasta que se quedó callado.

Vagamente oyó que el hombre del cabello gris preguntaba algo en voz baja y sobresaltado, murmuró unas palabras sin saber bien lo que decía:

—¿Cómo? ¿Qué ha dicho usted? —El personaje del cabello gris lo miraba de un modo extraño. Detrás de la mesa, el rostro del Almirante Supremo seguía impávido. Y Nicholls estaba seguro de que Starr no se había creído nada.

—Sólo he dicho: «Eran la mejor dotación que Dios ha dado a un Capitán» —murmuró Nicholls.

—Ya. —Los cansados ojos le miraban fijamente, pero no hubo comentario alguno. Tamborileando con los dedos sobre la mesa, miró a los dos Almirantes y luego, de nuevo, a Nicholls.

—Tranquilícese, muchacho... Disculpenos un momento.

Se levantó y se acercó lentamente a los grandes ventanales que había al otro lado de la larga sala. Los dos Almirantes siguieron al gran personaje. Nicholls no se movió, ni siquiera los siguió con la mirada. Se quedó encogido en su silla, deprimido, mirando las muletas que reposaban entre sus pies.

De vez en cuando oía murmullo de voces. La que mejor le llegaba era la voz estridente de Starr: «Un barco amotinado... nunca vuelven a ser los mismos... Más ha valido así». Una respuesta en voz demasiado baja para que Nicholls pudiera oírla y luego otra vez Starr que decía: «... estaba ya concluida como unidad de combate». Unas palabras tajantes del personaje del cabello gris, palabras de completo desacuerdo con Starr, pero no las podía entender Nicholls. Luego la profunda voz del Almirante Supremo que dijo algo sobre «expiación» y entonces el personaje asintió con la cabeza. Después Starr miró hacia él por encima del hombro. Nicholls sabía que ahora estaban hablando de él. Le pareció oír las palabras: «Horrible tensión nerviosa... esfuerzo excesivo... está bastante mal». O es que se imaginó oírlas.

De todos modos, ya no le importaba en absoluto lo que pudieran decir. Sólo había una cosa que le interesara vivamente: salir de allí cuanto antes. Se sentía extranjero en un país desconocido y ya era lo mismo que aquellos señores le creyesen o no. Allá ellos. Nicholls no pertenecía ya a aquel mundo de los Almirantes donde todo era tan lógico, tan cuerdo y tan real, y, por otra parte, era un mundo de sombras.

Se preguntó qué habría pensado el Kapok Kid si hubiera estado allí y sonrió al recordar con cariño a su amigo: sus comentarios habrían sido terribles y a la vez de lo más pintoresco. Luego pensó en lo que habría dicho Vallery y sonrió otra vez por hallarse tan seguro de que el Capitán habría dicho: «No los juzguéis porque no comprenden».

Paulatinamente fue dándose cuenta de que los murmullos de la conversación se

habían interrumpido. Se le desvaneció la sonrisa y levantó lentamente la mirada para encontrarse con que los tres, de pie junto a él, lo estaban observando de manera extraña, como muy preocupados:

—Lo siento muchísimo, muchacho —dijo el del cabello gris con tono muy sincero—. Está usted enfermo y le hemos exigido demasiado. ¿Quiere usted beber algo, Nicholls? Ha sido un olvido imperdonable...

—No, gracias, señor. —Nicholls se estiró en su silla—. Estaré bien en seguida. —Titubeó—. ¿Hay algo... quizá algo más que...?

—No, nada en absoluto. —Su sonrisa era natural, amistosa—. Nos ha ayudado usted mucho, Teniente. Nos ha sido muy útil, de verdad. Un excelente informe. Gracias.

«Es un embustero y un caballero», pensó Nicholls con agradecimiento. Se puso en pie trabajosamente y cogió las muletas. Estrechó la mano al Almirante Starr y al Almirante Supremo y se despidió de ellos. El personaje del cabello gris lo acompañó hasta la puerta llevándolo cogido del brazo.

En la puerta se detuvo Nicholls.

—Perdone que le moleste, señor, pero ¿cuándo empieza mi permiso?

—Ahora mismo —respondió el otro recalcando mucho las dos palabras—. Y que se divierta mucho. Bien sabe Dios que se lo ha ganado, joven... ¿Adónde irá usted?

—A Henley, señor.

—¡Henley! Si yo creía que era usted escocés.

—Lo soy, señor. Pero no tengo familia.

—Ah, ¿una muchacha, Teniente?

Nicholls asintió en silencio.

El personaje le dio una palmada en la espalda y le sonrió amablemente.

—Estoy seguro de que es muy bonita.

Nicholls se le quedó mirando, luego miró hacia afuera, donde el centinela tenía ya abierta la puerta oscilante, y volvió a agarrar sus muletas.

—No lo sé, señor. De verdad que no lo sé. Nunca la he visto.

Emprendió la marcha, cojeando, por las losas de mármol, cruzó la gran puerta y salió al sol.

ESTE LIBRO FUE
IMPRESO POR AGUSTÍN NÚÑEZ,
PARÍS, 208, BARCELONA,
EN ENERO DE 1962



Alistair Stuart MacLean (28 de abril de 1922 - 2 de febrero de 1987) fue un novelista escocés, autor de varias novelas de ambiente bélico, de suspense y de aventuras, de las cuales las mejores conocidas son quizás «Los cañones de Navarone» y «El desafío de las águilas» («Donde las águilas se atreven»). MacLean también usó el seudónimo Ian Stuart.

MacLean era el hijo de un pastor protestante, y aprendió inglés después de su lengua materna, el gaélico escocés. Nació en Glasgow pero pasó gran parte de su niñez y juventud en Daviot, 10 millas al sur de Inverness.

Se unió a la Royal Navy en 1941, prestando servicio en la Segunda Guerra Mundial con los rangos de Ordinary Seaman, Able Seaman, y Leading Torpedo Operator. Primero fue asignado al PS Bournemouth Queen, una embarcación de recreo reconvertida para albergar cañones antiaéreos que prestaba servicio de guardacostas en Inglaterra y Escocia. Desde 1943, sirvió en el HMS Royalist, un crucero liviano clase Dido. En el Royalist participó en acciones en 1943 en el Atlántico, escoltando convoys árticos así como grupos de portaaviones en operaciones contra el Tirpitz y otros objetivos en las costas noruegas; en 1944 en el Mediterráneo, preparando la invasión del sur de Francia, ayudando a mantener el bloqueo de Creta y bombardeando Milos en el mar Egeo; y en 1945 en el Pacífico, escoltando grupos de portaaviones contra objetivos japoneses en Birmania, Malasia, y Sumatra. Tras la rendición del Japón, el Royalist ayudó a evacuar prisioneros de guerra liberados de la prisión de Changi en Singapur.

MacLean fue licenciado de la Royal Navy en 1946. Estudio inglés en la Universidad de Glasgow, graduándose en 1953. Seguidamente obtuvo plaza de maestro de escuela en Rutherglen.

Mientras estudiaba en la universidad, MacLean empezó a escribir historias cortas para conseguir ingresos extra, ganando una competición en 1954 con la historia marítima «Dileas». La editorial Collins le pidió una novela, y escribió HMS Ulysses, basada en sus propias experiencias en la guerra, con la ayuda acreditada de su hermano Ian, un Master Mariner. La novela tuvo un gran éxito y pronto MacLean pudo dedicarse completamente a escribir novelas de guerra, de espías, y otras aventuras.

A principios de 1960, MacLean publicó dos novelas bajo el seudónimo «Ian Stuart» para probar que la popularidad de sus libros se debía a su contenido y no a su nombre en la portada. Se vendieron bien, pero MacLean no hizo ningún esfuerzo para cambiar su estilo de escritura, por lo que sus fan pudieron haberlo reconocido fácilmente tras su seudónimo escoces. Entre 1957 y 1963 vivió en Ginebra para evitar los impuestos. Desde 1963 hasta 1966 se retiró temporalmente de la escritura para gestionar un negocio hotelero en Inglaterra.

Los últimos libros de MacLean no fueron tan bien recibidos como los anteriores y, en un esfuerzo para actualizar sus historias, a veces inventaba unas tramas muy improbables. También luchaba constantemente contra el alcoholismo, que posiblemente fue la causa de su muerte en Múnich en 1987. Está enterrado a unos metros de Richard Burton en Céligny, Suiza. Se casó dos veces y tuvo tres hijos con su primera esposa.

MacLean recibió un doctorado de literatura por la Universidad de Glasgow en 1983.

Notas

[1] Buque de escolta y patrulla de unas 1.400 toneladas, 17 nudos y cañones de 120 mm. <<

[2] Estos números indican la hora: las 15 y 45. <<

[3] La jerarquía naval británica es: Almirante Supremo (Admiral of the Fleet); Almirante; Vicealmirante; Contraalmirante; Comodoro; Capitán, Comandante, Teniente-Comandante, Teniente, Subteniente. <<

[4] Aparato británico para la detección de ecos sonoros submarinos. <<

[5] Luz de señales portátil utilizada en buques y aviones. <<

[6] Los barcos de salvamento se utilizaron en muchos de los primeros convoyes. El *Zafaaran* se hundió en uno de los peores. El *Stockport* fue torpedeado y se hundió con todos los supervivientes que habían sido salvados de otros barcos echados a pique. <<

[7] Los *cam-ships* eran barcos mercantes con castillos especialmente acondicionados y reforzados. En éstos se colocaban rampas —a proa y a popa— desde las cuales se podían catapultar aviones de caza del tipo de los *Hurricanes* modificados, y con ellos se defendía al convoy. Una vez comenzada la batalla, los pilotos de esos aviones no tenían ninguna probabilidad de posarse en el barco, en tierra ni en el mar. La misión de aquellos valientes no puede ser calificada de «azarosa» ni de «extremadamente peligrosa». «Suicida» sería la palabra más exacta. <<

[8] Iniciales de *Emergency Actions Stations*. Llamada urgente a los puestos de zafarrancho de combate. <<

[9] Orden para aguantar el rumbo a que se está gobernando. <<

[10] *Wilco*: Con esta palabra convencional se indica la recepción y entendimiento de un mensaje radiofónico. <<

[11] VHF (*Very High Frecuencias*). Frecuencias de hasta 300 megaciclos. <<

[12] Comodoro, aparte de ser un grado en la jerarquía naval, entre Contraalmirante y Capitán, es también el oficial que manda los barcos mercantes de un convoy. <<

[13] Distinción honorífica: *Distinguished Service Order*. <<

[14] *Fighter Direction Room*. Cámara de Dirección de Tiro. <<

[15] El *Dumaresq* era una mesita de derrota, en miniatura, gracias a la cual se averiguaban factores tan importantes como velocidades y rumbos para poder dirigir los torpedos. <<

[16] El PQ17, un gran convoy mixto formado por más de treinta barcos británicos, norteamericanos y panameños (es decir, con bandera de Panamá), zarpó de Islandia rumbo a Rusia escoltado por media docena de destructores y quizá hasta por una docena de barcos de guerra menos importantes, y tenía como apoyo inmediato una escuadra mixta anglo-norteamericana de cruceros y destructores. Por si fuera poco todo esto, hacia el norte esperaban otras fuerzas navales de cobertura, también anglo-norteamericanas, compuestas por un portaaviones, dos acorazados, tres cruceros y una flotilla de destructores. Como en el caso del FR77, todo este formidable despliegue constituía el resorte de una trampa que tardó demasiado en cerrarse.

Era hacia la mitad del verano de 1942, un tiempo suicida para realizar ese plan, pues en los meses de junio y julio, en esas altas latitudes, no hay noche. Hacia la longitud 20° Este, el convoy fue duramente atacado por submarinos y aviones alemanes que se presentaron por sorpresa.

El mismo día en que empezaron los ataques —el 4 de julio— la escuadra de cobertura compuesta de cruceros y destructores recibió por radio el aviso de que el *Tirpitz* acababa de zarpar del Alta Fjord. (Lo cual no resultó cierto, pues lo único que hizo el *Tirpitz* fue realizar una breve y fingida salida en la tarde del día 5 de julio para regresar al poco tiempo, aunque hubo rumores de que le habían obligado a ello las averías causadas por un torpedo de un submarino ruso). La escuadra de apoyo y la escolta del convoy se retiraron inmediatamente a toda máquina, abandonando el convoy PQ17 a su suerte. Los mercantes tuvieron que irse cada uno por su lado y se dirigieron sin escolta y como Dios les dio a entender, rumbo a los puertos rusos. Puede imaginarse fácilmente lo que pensarían y dirían las tripulaciones de los barcos mercantes ante esa traición y sálvese-quien-pueda de una fuerza naval tan formidable, cuya misión se suponía que era protegerlos. También se puede uno figurar sin gran esfuerzo el miedo que pasaron esas tripulaciones mercantes al verse abandonadas en el momento de mayor peligro; pero por grande que fuera este miedo, la realidad lo había de justificar sobradamente, pues los alemanes hundieron a placer 23 mercantes, mediante sus bombarderos y submarinos. El *Tirpitz* no apareció por ninguna parte y en momento alguno intentó acercarse al convoy. Pero bastó la amenaza de su presencia para que las poderosas escuadras emprendieran la más veloz retirada.

El autor confiesa que no conoce todos los hechos relativos al PQ17, y que no pretende interpretar los que conoce: y mucho menos intenta acusar a nadie. Lo más curioso es que la única conclusión irrefutable a que puede llegarse en este asunto es que el Almirante Hamilton, Comandante general de esas fuerzas, no puede ser culpado en modo alguno por lo sucedido. No partió de él la orden de retirada. Esta orden la dio el propio Almirantazgo y fue tajante. Pero no podemos envidiar al

Almirante Hamilton por el papel que le tocó representar.

Fue un triste accidente, aún más amargo porque contradijo de un modo hiriente las nobles tradiciones de un gran Servicio. Se pregunta uno con pena lo que habría pensado de esto *Sir Philip Sydney* o, en tiempos más modernos, Kennedy, el del *Rawalpindi*, o Fegen, el del *Jervis Bay*. De lo que no hay duda alguna es de lo que pensó entonces la Marina Mercante y de lo que aún opina. No hay posibilidad de que la mayoría de los supervivientes olviden aquella tragedia. Lo más probable es que la recuerden toda su vida. Pero la Marina Real británica querría olvidarla, por encima de todo. Es difícil censurar a cualquiera de las dos partes. <<

[17] En castellano en el original. <<

[18] Es casi imposible destruir o incapacitar con un solo impacto, o con varios en el mismo sitio, todas las máquinas de un gran barco de guerra, o cortar de una sola vez las varias secciones de la distribución eléctrica del buque. Cuando una máquina o su sección correspondiente queda inutilizada, los fusibles intermedios saltan automáticamente y aíslan la sección averiada. Pero en la práctica puede ocurrir que no se produzca este aislamiento y entonces la avería es absoluta. Un rumor persistente sostiene que uno de los principales barcos de guerra británicos se perdió porque el sistema de interruptores de las máquinas —con fusibles del orden de 800 amperes— no funcionó y el barco quedó indefenso. <<

[19] Es lamentable pero cierto: la escuadra de la Home Fleet llegaba casi siempre tarde. No se podría culpar al Almirantazgo, ya que los barcos principales eran imprescindibles para el bloqueo del *Tirpitz* y no se atrevían a enviarlos cerca de tierra por medio a las bases aéreas desde donde acechaban los bombarderos. La trampa en que tanto se confiaba saltó por fin pero cazó sólo al crucero pesado *Scharnhorst* y no al *Tirpitz*. Nunca sirvió trampa para atrapar al gran acorazado, que fue destruido en su fondeadero de Alta Fjord por los bombarderos Lancaster de las Reales Fuerzas Aéreas. <<